

¿Y qué de los 16 lustros?

¿Y qué de la media centuria de docencia universitaria?



ATILIO MILANTA

¿Y qué de los 16 lustros?

¿Y qué de la media centuria de docencia universitaria?



Milanta, Atilio

¿Y qué de los 16 lustros? - 1a ed. - La Plata: Dei Genitrix, 2006.
338 ps. 17 x 22 cms.

ISBN 987-9014-68-5

1. Ensayo Argentino. I. Título
CDD A864

Fecha de Catalogación: 08/08/2006

DEI GENITRIX: Órgano Editor sin fines de lucro

del Instituto Literario **Horacio Rega Molina**
de la República Argentina

42 N^o. 621 B1904AGY La Plata – Tel. (0221) 4823558

Domic. Postal: C. C. 705 B1900WAA La Plata (Argentina)

COPYRIGHT by ATILIO MILANTA

Primera Edición, 2006

Obra: **¿Y qué de los 16 lustros?**

Segunda Edición, noviembre de 2013

ISBN-10: 987-9014-68-5

ISBN-13: 978-987-9014-68-4

Efectuóse el depósito legal (L. 11723)

PRINTED AND MADE IN ARGENTINA.

PRÓLOGO

Nos consta que, Atilio, sin ser profeta, en cambio vaticina (recuérdese que el sinónimo de poeta es vate), y no pocas cosas, proyectos, decisiones o realizaciones actuales, que aparentemente desconciertan o pueden fomentar perplejidades, con el tiempo adivinamos, no tardíamente (pues, siempre lo seguimos con fe y entusiasmo), la precisión, verdad y justificable razón de aquéllos.

No creemos lo haya dicho, o de haberlo hecho, no lo hemos escuchado, pero sin duda habrá pensado: «muchos no sabrán ni comprenderán muchas decisiones mías, tal vez indeliberadas, pero siempre consultadas con Dios y mi conciencia, presumiendo de buena fe los instintos, deseos e intereses de terceros, de los demás; pero dentro de algunos pocos o muchos años, no sé si cinco, diez o cincuenta, se advertirá que, no obstante padecer muchos errores, equívocos y falencias, me asistió, a su turno, fundamento o razón valedera para la toma de siempre importantes decisiones. Lo que ocurre es lo de siempre: no existen incomprendidos, sino personas que no comprenden».

Hoy nos encontramos en un tramo importante de su vida. Como dicen los orientales (es decir, los uruguayos, nuestros hermanos amigos, a pesar de las papeleras), Atilio raya en los ochenta “pirulos” o como él prefiere en los “dieciseis lustros», fácil de llegar con la ayuda del Altísimo, pero no tan fácil de llenar, abastecer y justificar (sobre todo, que no se ha vivido sin hacer nada, sin comprometerse, sin desafíos y sin angélicas osadías). Se advertirá en parte por este libro, cuanto de él se dice, y todo cuanto sabemos de su trayectoria nicoleño-platense, que Atilio no es un hombre cualquiera, porque cualquier hombre no se arriesgaría nunca a jugarse como él lo hizo, ya en la docencia, ya en la magistratura de la justicia, ya en el ejercicio profesional de la abogacía, ya en la literatura o en la escritura científica, en la investigación y en el andar de todos los días con ese empuje, entusiasmo y altivez que no todos pueden seguir, ni menos imitar. Habrá hombres “superiores” a él (no pocos de éstos son los de la “apariencia”, los que suelen estar de

“moda” por la publicidad, el rating –Abschätzung- o el marketing -Mark, Platz, Absatzgebiet-, pero no son tantos los que lucen ciertas gratificaciones justificadísimas, por cierto, tales como la designación con su nombre de una peatonal de la Escuela de Policía Juan Vucetich (la que va del Casco a las aulas), establecimiento donde él se inició en la docencia policial; así como la designación, también con su nombre, de la primera sala del Museo Policial Juan Vucetich (en 54 N° 393 de La Plata), quizá, por haber sido él el que más difundió la vida y obra del sabio en los últimos tiempos (sobre todo, a través de la Fundación Juan Vucetich, a la que él le dio vida el 20 de julio de 1998 en la sala de la Bolsa de Comercio en La Plata, que entonces presidía el Dr. Rogelio Edgardo Simonato), sin omitir los innumerables galardones (sobre todo las Fajas de Honor de la SADE y de la SEP, entre otros reconocimientos de importantes entidades científicas, culturales y literarias) que merecerían su obra escrita (de la que hablaremos después) y la designación de Socio Honorario de la SADE y del Círculo Policial del la Pcia. De Bs. Aires, así como la de “Cidadano Ilustre” del Partido de La Plata el Día de La Plata del año 2005 (19 de noviembre), entre otros reconocimientos, placas, diplomas, etc. Recordemos, incluso, que si bien dio carta (o partida) de natalicio a la Fundación Juan Vucetich, aún la preside con el consentimiento y aval de todos nosotros y demás miembros que la componen, al igual que preside el benemérito Instituto Almafuerteano de la Provincia de Buenos Aires (fundado el 13 de mayo de 1954 en La Plata) y es vicepresidente I del Instituto Belgraniano de la Provincia de Buenos Aires (fundado el 20 de junio de 1948), entidades en las cuales trabaja a la par de los demás (porque no es de los que esquivan el bulto y hacen rostro y apariencias de figuración). ¡Dios sabe cómo se da tiempo para todo ello! Indudablemente que es porque no lo pierde en insustanciales veladas de las aludidas “apariencias” y de los frustrados “aristócratas”, así como la de los necios y demás layas de envidiosos y rutinarios que sólo se ocupan de los otros como chismosos de la maldad, de la mentira o de la calumnia.

¿Y qué hizo, entonces, además de tales fundaciones, sino también fundar el Instituto Literario Horacio Rega Molina de la República Argentina (el 10 de julio de 1989, cuanto al gran poeta nicoleño lo evocaba Atilio en ocasión de nonagésimo aniversario de su natalicio), así como colocar la piedra fundamental del Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura Leopoldo Lugones (el 13 de junio de 1999 en el monolito erigido en 47, 4 y diag. 80 de La Plata), entre otros emprendimientos y realizaciones fundacionales aquí y en San Nicolás?

Atilio no es un fatalista, aunque cree en Dios, y dentro de sus confesa-

das “falencias”, como él dice, trata de cumplir los mandamientos bajo las sagradas indicaciones de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), allegándose a cuanto enseñaba San Juan luego de afirmar que quien no ama, está muerto, y quien aborrece, es un homicida (1 Jn. 3, 14-15: **qui non diligit, manet in morte; omnis qui odit fratrem suum, homicida est**) y San Pablo (1 Co., 13, 13) que dice en forma contundente: **Nunc autem manent fides, spes, caritas, tria haec, maior autem horum est caritas** (Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad; pero, la caridad es la más excelente de todas). O sea, sin la caridad (el amor), ¿de qué valen la esperanza y la fe?

Y también, Atilio, con innegable razón y fundamento, siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo II (en **Compendio de la Doctrina Cristiana**, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2005, 141), sostiene con el Papa que “La caridad presupone y trasciende la justicia: esta última ha de complementarse con la caridad. Si la justicia es de por sí apta para servir de árbitro entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor (también ese amor benigno que llamamos misericordia), es capaz de restituir el hombre a sí mismo” (sic), agregando Atilio que ese amor benigno se completa con la “piedad”, y quizá, algo más benigno aún, sentir “lástima”. Es preferible, así, antes que la repulsa, el encono o el odio.

Además, como lo sostiene en las conferencias con previa reflexión, seguridad y aplomo del convencido con cuanto expone o asegura, “todo cuanto está demás, nunca está demás; pero, lo que está de menos, siempre está de menos”. Claro está que algunos que aparentemente la “parlan” bien, cuando se les pregunta a los escuchantes qué es lo que el “fulano” dijo, no saben decir nada porque la “parla” no es convincente por lo vacua, insustancial, rebuscada y “calesitera” (?).

Este libro llama la atención como las producciones anteriores, ya por sus títulos, como por los contenidos y deliberados propósitos. Por cierto es que, sin incluir los estudios y trabajos publicados en revistas (**Trabajo y Seguridad Social**, así como **El Derecho** y la del **Colegio de Abogados** de La Plata), y diario (“El Norte” de San Nicolás o “El Día” de La Plata), entre otros medios, y las pertinentes separatas, en poesía solamente son dignas de mención las siguientes obras: “Resonancias nicoleñas”, “Poemas”, “Dictamen de mí mismo”, “Ismael”, “Microcosmo”, “Fresa y esmeril”, “De succubus et de incubus”, “Poesía-Poésie”, “Entre Dios y el universo”, “Ein Literalischer SpäB”, “La mesa” y “Odas y poemas”; y en prosa (obras científicas, estudios

y ensayos) algunos de los siguientes títulos: “Tratado de derecho deportivo”, “Decálogo del policía”, “De las almas que no mueren”, “La mitad más uno”, “Abogados poetas I”, “No tanto por mí”, “Lugones gremialista”, “¿Órgano judicial o administrativo para conocer y decidir las controversias individuales de intereses en lo laboral?”, “Cazalla”, “Abogados poetas II”, “De lo que sucedió en una ínsula (a propósito de Lepanto y de un profesor de esgrima)”, “Nelly Alfonso (1908-1977) en el XXXVIII Aniversario de la SADE platense”, “Panchito, El poeta, y el LXX Aniversario de la Fundación del Rotary Club La Plata”, “Rivarola y el LXXV Aniversario del Colegio de Abogados de La Plata”, “La primera centuria del primer proyecto laboral (y addenda sobre Filosofía del trabajo a través de los tiempos)”, “República científica platense” y “¿Quién es Almafuerte?”, entre otros.

Lo demás, está académica e inteligentemente puntualizado en la Introducción de este libro con las transcripciones de las autorizadas palabras de los profesores Juan José Terry, María del Carmen Garay Muñiz y Raquel Sajón de Cuello.

Y todo lo que sigue, queda a juicio del lector y de las futuras generaciones, sobre todo para reflexionar una vez más aquellas palabras de Nelly Alfonso, respecto a los géneros literarios, los que ya no cuentan tanto porque proliferan especies de los mismos...

La Plata, invierno de 2006.

Junta interdisciplinaria de institutos y asociaciones culturales y científicas:
*Sergio **Romano**, Ricardo **Volpe**, Juan Miguel **Vian**, Horacio **Dotti**, Miguel **Prados**, Oscar **Real**, Hugo **Sigliani** y Ricardo **Torres Medrano**.*

Dedicatoria

A Elsa, a nuestros hijos y nietos

A mis padres y hermanos

A todos los integrantes de la SADE La Plata y las queridas y beneméritas entidades científicas, históricas, culturales y literarias

A San Nicolás de las Arroyos

A la ciudad de La Plata

Especial reconocimiento y gratitud a la Facultad de Ciencias Económicas (UNLP) por su consideración, solidaridad, estímulo, apoyo y desinteresada colaboración.

Especialmente a Sergio Romano

A mis ahijadas María José Milanta y Carola Pica.

INTRODUCCIÓN

I

Juan José Terry sabe muy bien que si él me entrega el público testimonio de cuanto dijo de mí un día cualquiera, de cualquier año y por cualquier circunstancia, ése no iría al archivo de una olvidada carpeta que impediría el conocer o saber en el cercano o lejano futuro (o de los ausentes de circunstancias), sino que veo el justificado deseo de la perdurabilidad de la palabra que alguna vez se dijo. A favor o lo opuesto.

Y esto fue, justamente, cuanto sucedió un sábado 10 de junio de 2006 en el Centro Naval, en oportunidad de la presentación en bloque de mis últimos cuatro libros editados en el bienio 2005/2006 (**República científica platense; ¿Quién es Almafuerte?**; el poemario **La Mesa** y las **Odas y poemas**), en que el amigo belgraniano y amante de la belleza, dijo (en helénica fonética **Ston agapiméno mu filo Atilio - Giánis Iosíf Terry**) “a mi querido Atilio”, lo siguiente.

Στον αγαπημένο μου φίλο Ατηλιω Γιαννης Ιωσηφ Τερρυ

Los griegos tienen dos palabras para designar el amor: Ágape y Eros. Ágape es el amor, pero el amor ofrenda, el amor como don de sí mismo, del que acepta y del que recibe. Entre los primeros cristianos, ágape designaba tanto el amor de los hombres por Dios como el amor de Dios por los hombres. Ágape, entonces, va más allá de la atracción y del deseo sexual, de la atracción sentimental, que queda reservada a Eros, ese adolescente alado que siempre está en el aire. Ágape es el placer de estar juntos, el placer del intercambio, del don mutuo, de compartir aquellos bienes del corazón. Convertido en plural, ágapes, es el que hallamos en los primitivos cristianos para designar las comidas en común de los fieles. En esas comidas o en esos banquetes de amor es donde la unión se convertía en comunión.

Con este amor y con esta común unión, haremos esta noche este ágape para referirnos a la obra de nuestro carísimo amigo, el profesor, doctor y poeta Atilio Milanta.

Atilio Milanta es un hombre notable que honra a nuestra ciudad, en la que ha sido declarado Ciudadano Ilustre en ocasión del último aniversario de La Plata el pasado año 2005. Gran creador, es un escritor polivalente, de espíritu inquieto, multiforme y complejo, dedicado simultáneamente a una diversidad de géneros literarios, como la poesía, el ensayo, la prosa poética, el estudio histórico y la investigación. Podríamos decir que es un torrente de palabras escritas.

Y simultáneamente con ello, lleva a cabo una actividad pública eminente que traduce en conferencias y actos de distinta naturaleza literaria y filantrópica, sin abandonar la cátedra universitaria en la Universidad Nacional de La Plata, ni sus actividades musicales como profesor de violín y su gusto por la música, la participación plena en la vida de instituciones que fundara o que preside e integra, como el Instituto Literario Horacio Rega Molina de la República Argentina, el Instituto Belgraniano de la Provincia de Buenos Aires, la Fundación Juan Vucetich, el Círculo Cultural Conde de Cavour, la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), el Instituto Almafueretano de la Provincia de Buenos Aires, el Sello Editor Dei Genitrix sin fines de lucro, la Asociación de Escritores y Poetas Nicoleños, la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP, el Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura Leopoldo Lugones, etc., etc.

Les aseguro que es necesario mucha disciplina espiritual para seguirle de cerca en toda esa actividad. Y ya que hemos mencionado el espíritu –el ánimo que, junto al cuerpo, integra la persona-, es preciso decir que nuestro autor mantiene una vida espiritual intensa y es dueño de una conducta de verdadera santidad.

La presentación del hombre no estaría completa si no dijéramos, también, que conocí a Atilio hace muchos años junto a su querida mujer, Elsa Peralta, una cantante melódica extraordinaria, a quien la une la felicidad de no olvidarla, en una suave tarde de invierno en los salones del Jockey Club de nuestra ciudad.

Desde el principio, Atilio Milanta me impresionó bien. Muy bien, diríamos ahora. Su alta estatura física y moral, erguido, alerta a todo lo que se decía, probaba que tenía un gran control de sí mismo. Su rostro amable, su sonrisa cordial, chispeante, siempre parece estar bajo el golpe de la idea. Sus tiempos eran medidos y profundos; su palabra cincelada por el pensamiento, atrapaba a uno para atraerlo como en un abrazo. Experimenté enseguida una amistad calurosa que se mantiene a través de los años. Hablamos entonces

de muchos temas, de la belleza, el arte y el propósito o meta que guía a cada uno en la vida, que es la aspiración más alta y la más difícil del hombre, pero también de gran alegría, pues es el camino que lo conduce, para los que creemos, directamente a Dios.

Desde que lo he conocido, me ha manifestado siempre una gran afección, amistad y confianza. Toda su vida y a cada instante es consciente del deber. Ama apasionadamente la lectura, la escritura, la música, y sin fatigarse, naturalmente, está siempre dispuesto a luchar, a seguir el combate por la belleza y la poesía en otro libro, en otro acto, en otra conferencia.

Podríamos decir que es una amalgama de realismo y de romanticismo, de firmeza y de dulzura. Yo le suelo manifestar que, por su sobriedad, su asiduidad al trabajo y sus viajes, para dar clases en varias ciudades de la provincia, donde en los micros sigue pensando, organizando actos o redondeando sus libros, esa labor que se ha hecho parte de su vida, está traspasando los límites de la resistencia humana.

Abierto al espacio espiritual, nos cabe señalar ahora que hay en la existencia de Atilio Milanta un fondo inconfundible que, en sus momentos más intensos, se hace un eco anticipado de la beatitud. A ello hay que agregar la originalidad de sus obras, el vuelo lírico y la sensibilidad que logra, que llega a hacer percibir una sensación secreta que remite a una fuerza espiritual superior. Es una invitación a descubrir la profunda dimensión de la vida, que su poesía es capaz de encender en el corazón de sus lectores, alimentando el vínculo siempre latente entre lo natural y lo espiritual.

Atilio Milanta nació en San Nicolás de los Arroyos, la ciudad del Acuerdo, junto al Paraná, ciudad donde se asienta su familia y donde encuentra a los amigos de la juventud. Luego de cumplidos sus estudios primarios y secundarios, de maestro normal nacional y de bachiller, se trasladó a La Plata, donde se graduó de abogado, cursando sus doctorados en las Universidades de La Plata y Buenos Aires.

La Plata lo atrapó de una manera u otra hasta que se estableció definitivamente aquí, que es donde escribió toda su obra científica y literaria de más de cuarenta títulos. Comenzó a editar en 1960, destacándose entre ellos los que presentamos esta noche: **La mesa; Odas y poemas; ¿Quién es Almafuerte? y República Científica Platense.** Otros libros suyos son: **Resonancias nicoleñas; Poemas; Dictamen de mí mismo; Ismael; Microcosmo; Fresa y esmeril; De succubus et de incubus; Poesía – poetry – edición bilingüe inglés – español; Poesía – poésie, edición bilingüe francés – español; Entre Dios y el universo – Una escultura del espacio; Ein literarischer SpaB; Tratado de derecho deportivo; Decálogo del policía;** la siempre recordada obra **De las almas que no**

mueren; La mitad más uno; Abogados poetas (tres volúmenes); **No tanto por mí; Lugones gremialista; Protagonismo de la abogacía en la gesta maya; En el natalicio de Almafuerte; ¿Órgano judicial o administrativo para conocer y decidir las controversias individuales de intereses en lo laboral?; El concepto de patria en los hombre de Mayo; De lo que sucedió en una ínsula (a propósito de Lepanto y de un profesor de esgrima); Nelly Alfonso**, sobre nuestra muy querida amiga y poeta platense; **Panchito; Rivarola**, etc.

Decíamos que, aquí, en La Plata, formó su familia, ejerció la abogacía y la magistratura en el fuero laboral, no abandonando nunca la cátedra universitaria ni las actividades literarias. Pero, retorna siempre a su San Nicolás natal, del que nunca se olvida, ciudad a la que se encuentra ligado por lazos familiares, amicales, la devoción a la Sma. Virgen del Rosario y la realización de actos y conferencias a beneficio de las instituciones de la ciudad. Allí también rememora a aquellos inolvidables tiempos pasados de la niñez y de la juventud a la vera del río, la plaza o el club. Eso, señores, se llama nostalgia, esa palabra griega que tanto usamos que significa **algia del nostros**. Un **algia** es un dolor o un sufrimiento físico o moral; y **nostros**, una de las palabras claves de la **Odisea** de Homero, significa el deseo de retorno. Pues bien, Atilio siempre está pendiente de lo que allá ocurre, donde lo esperan siempre como a un patriarca, para dar a conocer, entre los que considera verdaderamente suyos, sus odas y sus poemas.

Vivimos en un mundo donde la voz del poeta –palabra que en griego significa creador– corre el peligro de extinguirse por la falta de amor. Pero, ante el ejemplo que tenemos a la vista, vemos que no es así y que la poesía renace constantemente. Amenazada, esta voz sabe siempre donde encontrar refugio. Su campo propio está en el corazón de todos los hombres de la tierra, porque posee el encanto de huir de la industria de la costumbre, de la industria de la vulgaridad, del mundo alienado que vivimos, en el que los sentimientos se volatilizan, para afirmarse en el amor, para dar perennidad a la lengua, su carta de nobleza y su horizonte esencial.

Esta presentación es para mí un placer; ha significado una compañía, un caminar paralelo a estas cuatro obras de Atilio, por las orillas del lenguaje del autor; ha significado, también, una interpretación en la que, a la partitura original, hubo que observarla bajo mi espíritu y mi punto de vista; y puedo asegurarles que su autor ha salido ganador por varios cuerpos, como dirían en la jerga del hipódromo. Y así estamos en condiciones de expresarles que su vasta producción escrita en medio siglo de existencia, y que comprende, como he dicho, múltiples campos del saber humano, se halla íntimamente unida por un secreto hilo conductor que convierte a Atilio en un testigo lú-

cido de nuestro tiempo, en un poeta magnífico que mira, examina, interroga e imagina el mundo que le rodea, y construye, para dejarnos un mensaje duradero y permanente, una conducta gobernada por la ética y un estilo de vida solidario y afectuoso.

No es la suya una poesía abstracta, sino que hay en ella una idealización, una exaltación y a veces júbilo; y sabe convertirse en un murmullo solidario de los olvidados, también de los pobres y hasta un murmullo de los que duermen ya en el sueño eterno y nos precedieron en la partida final.

Son también un inventario original, lírico y lúdico de todo lo que ha compartido su vida, para expresar maravillosamente los momentos naturales y espontáneos del alma, en un torrente similar al que corre en el caudal del agua o el que abunda en el corazón de las lágrimas, al decir de un gran poeta heleno.

Poeta y humanista, su vida se bifurca por senderos paralelos de paciencia y compromiso, orientándose siempre hacia lo que estima como lo más profundo, un ser libre, irreductible, que cree en el alma humana y en la misión salvadora de la poesía, donde cada palabra y cada imagen son como una oración intensa y profana de milagros y de divinidad.

Ahora voy a dar lectura a algunos de sus poemas. He seleccionado una muestra tomada del corpus de sus libros, en donde se podrá apreciar el siempre conmovedor y exigente mensaje del poeta. Son apenas una pequeña parte de su extraordinaria obra, que fluye como una constante ósmosis entre pasado y presente, entre San Nicolás y La Plata, sus angustias, felicidades y sueños; todo ello y mucho más, reflejado en hermosas creaciones dotadas de un impulso y un sentimiento de nobleza y de ternura infinita, para hacer realidad, así, en el diario y humilde comportamiento humano, como él mismo expresara, las tres virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, y seguir dando, y entregando mientras sus fuerzas y lucidez mental se lo permitan.

Quiero resaltar que su vinculación con las entidades que he mencionado y con muchas otras más, cuya nómina sería demasiado extensa para citarlas aquí, ha sido siempre para dar, nunca para pedir; y de su bolsillo sin subsidios, como acostumbra a decir, sacó lo poco que sus ingresos le permitían para mantener viva la imagen y obra de grandes figuras de las ciencias, la cultura y el bien público, como Lugones, Vucetich, Almafuerte, Belgrano, Rega Molina y tantos otros grandes que sería redundante mencionar ahora.

Por eso, antes de dar lectura a los poemas, les pido me acompañen en un caluroso aplauso a este ser humano de inconfundible perfil, capaz de pensar y mirar a distancia, que alberga una vastísima cultura literaria, a pesar que la jurídica constituyó como especialidad su profesión de vida.

Soñador, delicado y reflexivo, docente esencial, no sólo de cátedra y

texto, sino de vida, su pasión por proyectar y hacer le ha permitido dejar sus vivencias en sus obras, junto con su temple de fe y amor, siempre ligado a lo trascendente y espiritual, lo grande y lo sencillo, o sea, la vida misma.

II

Claro, después de esto ¿qué se puede decir sin lágrimas en el corazón que no pueda serlo sino con el silencio y una extraña sonrisa, que más que sonreír fuere **sonllorar**? Por suerte, como poeta, o más bien, vate, que viene de vaticinar, decía alguna vez mi querido Gustavo García Saraví (que prologó mis dos primeros libros mencionados por Terry), llevé a ese acto una mal compaginada e improvisada escritura la que, por probidad intelectual, transcribiré dando fe de textual lectura. Lo que no podré transcribir, será la emoción que por momentos hizo interrumpir la lectura por algunos segundos. Dije entonces (sic) cuanto sigue.

Debo significar, previamente, que todo esto no es sólo esfuerzo personal, atribuido a mí, generosamente, por personas e instituciones benefactoras y culturales.

Sin la ímproba colaboración de muchos hombres y mujeres en la tarea diaria y en la específica de incalculable importancia, nadie, y menos yo, podría exhibir los resultados de obras, emprendimientos, realizaciones y actos generales de divulgación cultural, intelectual y científica.

No habré de enumerar el apoyo, la colaboración y el imprescindible estímulo de Juan José Terry, de Jorge Rubén Giménez Perret, de Ricardo Volpe, de Mabel Pérez, de Martín López Armengol, de Rubén Oscar Giusso, así como de los de muchas personas que ignoro sus nombres como los integrantes de la guardia de seguridad del Centro de Altos Estudios en Especialidades Policiales de la Policía de la Pcia. de Ba. Aires, así como la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata o de la lejana Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en la que estuve desde 1956 hasta 1996, del Instituto Platense de Cultura Hispánica, de la Municipalidad de La Plata, del Círculo Policial de la Pcia. de Bs. Aires, de la Federación de Instituciones Culturales y Deportivas de La Plata, de la SADE y del Rotary Club, entre muchas otras, y que no habré de enumerar esos apoyos y estímulos porque, además de innumerables, lesionaría la humildad y el recato de cada uno. Pero, aquí, y una vez más, gratitud profunda y emocionada fraternidad hacia todos.

El Centro Naval siempre fue generoso con mi persona y me ofrendó

notorio respeto y consideración, aceptándome incluso como Socio Concu-
 rrente, no obstante no revestir estado militar en la Marina de Guerra. Nunca
 dejaré de agradecer tan cordial aceptación para un hombre que, de marino,
 alguna vez, sólo tuvo el intento de ingresar a la Escuela Naval Militar, pero
 el defecto de la vista fue el impedimento inevitable de tal deseo y ya gra-
 duado de abogado, también se frustró el segundo intento de ingresar como
 Teniente de Fragata profesional, por la misma causa. Solicité entonces en
 1955 la convocatoria de un Tribunal de Oficiales Superiores, quienes luego
 de escucharme se lamentaron de viva voz, respondiéndome con indisimula-
 do orgullo, que demasiado sentían el mero inconveniente reglamentario de
 la salud visual, pues la Armada prescindía de un hombre que evidenciaba
 con franqueza y vocación, su ingreso a las filas de la marina de Guerra de
 la Nación; vocación que habríase evidenciado por la práctica náutica en el
 Club de Regatas de San Nicolás del remo largo en las cuatro y ocho tripula-
 ciones desde novicio, cadete, junior hasta senior. Pero, esto ya pasó, y estoy
 gratificado y agradecido hacia mi querido club nicoleño, como a la Armada
 Nacional. Y por estas gratitudes, justamente, también estoy aquí, así como,
 con placer y beneficio espiritual, viniendo en nombre de Dei Genitrix a la
 presentación breve de los cuatro últimos libros y la pertinente donación
 de la recaudación de la venta de los mismos, donación que no proviene de
 mí, ciertamente, sino de ese dinero que resulta de la generosidad de todos
 ustedes que harán las adquisiciones de ejemplares.

También mi gratitud a variados colaboradores en las ediciones, a saber:
 respecto de la obra **República Científica Platense**, en primer lugar, a la
 Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP, la que no sólo colaboró eco-
 nómicamente en la edición, como se reconoce en la portada del libro, sino
 que también lo hizo en la difusión del libro y en los actos de presentación. Y
 dentro de esa unidad académica, en la que me encuentro desde hace un cuar-
 to de siglo, a dos almas imprescindibles: su vicedecano el joven licenciado
 Martín López Armengol y a la profesora y contadora Mabel Pérez, y junto a
 éstos, a los demás docentes de la cátedra Laboral a mi cargo, a funcionarios
 y empleados del decanato y amigos personales que, por suerte, nunca faltan.

Claro que, sin duda, están los otros, los negativos, envidiosos, mediocres
 y necios, a quienes los tengo en el sincero perdón, por esas cosas de la cari-
 dad o del amor benigno, como decía Juan Pablo II, o sea, la misericordia y
 la piedad. Y es conveniente, quizá, que en la viña del Señor se encuentren
 estos seres, pues, como decía Antonio Herrero, refiriéndose a los engréidos
 y necios que combatían a Vucetich, que, “cuando en un necrólogo se afirma
 que Fulano no ha tenido más que amigos en vida, puede estarse seguro que
 dicho Fulano ha sido un cretino, porque es menester ser un nulo para no

tener ningún adversario”.

Respecto del segundo, **¿Quién es Almafuerte?**, en primer lugar, a Ricardo Volpe y a Gustavo De Gaetano en el diseño, tipeado, etc., del libro, y como en el anterior, a Cop-Art que los imprimió. No puedo ni debo prescindir en este libro Almafuerteano de la presencia del Vicepresidente I del Instituto provincial que lo tiene de patrono, Prof. Juan José Terry, que se prestó a la ardua o difícilísima tarea de corrección, la que significó una edición de buena factura ecdótica. He expresado mi gratitud en la obra al ex Arzobispo de La Plata Mons. Carlos Galán, quien me hizo llegar la fe de bautismo del poeta.

Los de este año, en primer lugar, el poemario **La mesa**, dedicado a Leopoldo Lugones, Horacio Rega Molina y Francisco Luis Bernárdez, así como a la escritora platense Aurora Venturini y al nicoleño Miguel Julio Perret, contó con la preciosísima colaboración de la licenciada en Diseño y Comunicación Visual María Florencia Visconti en el cuidado, diagramado de tapa y diseño, así como a By Tonner de Francisco Tizzano que imprimió la obra. Y por último, el extraño libro, como lo dice el prologuista Volpe, titulado **Odas y poemas**, dedicado a Mozart y a mi hijo Atilio (músico), así como a mi maestra de primer grado en San Nicolás, Angelita Ríos, y al presbítero pergaminense Omar Luis Zeballos, con más de media centuria de profunda amistad, fallecido el 17 de febrero último. No podré seguir sobre estos temas y nombres, porque la emoción hasta me impide seguir escribiendo y así será en la lectura, pues Mozart, mi hijo, Angelita y Omar...

Y ahora, el levísimo relato o reseña, no obstante saber, como lo he sostenido en otras oportunidades, que todo libro tiene un destino incierto, oculto, secreto, que impide toda valoración y quizá presagio de su perdurabilidad y medida del tiempo futuro; por lo tanto, aspiro sólo hoy a expresar lo que se supone fuese un encuentro de coincidencia para, más que hablar, sentir la poesía y, quizá, todo el amor o causa de su existencia y visibilidad en los espíritus, contribuyendo, con ocasión de estos humildes volúmenes, a demostrar la auténtica vocación, más del que escribe, de Dei Genitrix, como Editorial, y de ustedes los lectores.

Esta levísima reseña, esta crítica y deliberación sobre el libro, prefiero, por eso, dejárselas al lector, último y verdadero juez en esta tierra y quien dirá su versión y su consideración, o mejor, las reflexiones que le proporcionó un día, una línea o una palabra de un poeta y escritor nicoleño que adquirió carta de ciudadanía platense en otra ciudad de poetas, sin olvidar a San Nicolás, otra ciudad de poetas como Rega Molina, Bustos o Semorile.

En el primero de los aludidos libros, encontrarán el regocijo y el límpido orgullo de ser apenas un grano de arena —el más pequeño de todos— de la Universidad Nacional de La Plata, a la que estoy ligado ininterrumpidamente

desde 1946 en que ingresé como alumno, y luego, en 1956 como docente, hasta hoy. En él he volcado con entusiasmo, emoción y verdad no pocas cosas y advertencias, además de la consideración de los símbolos que los elevo a cuatro, pues además del escudo, las dos hojas de roble y el himno, incluyo el cuarto (inolvidable, por cierto, y que algunos olvidan): la famosa lección de optimismo, que no leeré hoy, aunque tenga justificadas y grandes ganas de hacerlo, pues me iré demasiado lejos en el tiempo, en el que ya llevo varias leguas caminando. En el frontispicio de la obra, luce, luego del reconocimiento al apoyo de la Facultad de Ciencias Económicas, este sabio pensamiento de Lugones: “Hacer lo que se debe del mejor modo posible”.

En cuanto al segundo, el preguntario sobre quién es Almafuerte, a propósito, jurídicamente, de cuál es su verdadero nombre, y a propósito también, de los preceptos legales del Código civil (arts. 79, 80 y 86, **inter alia**) y los de la L. 18.248, luego del detalle de mis anteriores conferencias sobre el poeta, demostrando que jamás repetí conceptos sobre el mismo, verán ustedes cuál es el verdadero nombre de Almafuerte. Y si alguien pregunta, pues respondo: Almafuerte es Almafuerte... un cierto Don Pedro de apelativo Palacios.

Luego, vino **La mesa**, un poemario escrito hace algunos años y hallado un día, después de una mudanza, y como siempre ocurre, buscando otras cosas. Allí está ella diciendo de la mejor manera qué es y quién es ella, ya la de una o más patas, ya la del almuerzo o la lectura, ya el de la celebración de los sagrados misterios del cuerpo y sangre del Señor. Dice bien Barcia que el poemario se diferencia del libro de poemas, porque, en tanto el último es un acopio de diversos temas, el primero reúne uno de ellos, en este caso la mesa, y sin apartarse un ápice de él, realiza la obra compendiadora aludida. Es un muy sentido libro, y algunas veces, cuando releo algún tema, o simplemente alguna línea, no falta mucho para que alguna lágrima quiera exponer lo que se puso en el momento. Seres queridos, lejanos tiempos, distintas situaciones, diferentes mesas, destinos, formas, etc.

Y por último, **Odas y poemas**, y como su nombre lo indica todo, pero mejor lo aclara el aludido prólogo de Volpe, al que me remito porque tiene una velada crítica con solvencia y probidad.

Muchas gracias a todos y reitero mi profunda gratitud a cuantos he aludido en este día, así como a muchos otros que me han alentado con sus juicios, cartas hermosas, caminatas, charlas en las esquinas, a la salida de la facultad, en el café... y mucho más. También a los otros que envidian porque me dan ocasión del perdón de mi parte por caridad, amor, o ese amor benigno manifestado antes que es la misericordia o piedad, que como dijo Juan Pablo II “es capaz de restituir el hombre a sí mismo”. Y a Dios Nuestro Señor que nunca me ha dejado en la estaquilla. Ni siquiera cuando **motu**

propio escogí el esquife para desafiar a cuanto viniere o encontrare en la derrota, ese rumbo o dirección que se lleva navegando, incluyendo las almas, los corazones y las inteligencias.

III

Durante el acto y aún después del mismo, la nostalgia me llevó a un día en San Nicolás, más precisamente en la Casa del Acuerdo el 18 de agosto de 1990 en que María del Carmen “Cochecha” Garay Muñiz pronunció una conferencia para el recuerdo o la memoria, máxime que cuatro años más tarde (+10 de mayo de 1994), no sin un inevitable y notorio dolor, se iría a la dimensión del Señor.

Cochecha me acompañó a mi ciudad, como me asistió y colaboró conmigo en muchos emprendimientos de entonces. Y confieso que, luego de su partida, siempre tuve en cuenta sus viejas y actuales ideas, propósitos e intenciones para referir en los hechos cuanto presumiblemente la gran amiga, poetisa y escritora habría de sugerirme, aconsejarme o asistirme, como siempre. Por estas razones, creo haberme equivocado poco o nada, y al ofrendarle mi reconocimiento, regreso a San Nicolás para escuchar nuevamente a Cochecha cuanto dijo aquel día.

1

Vengo de una ciudad que nació bajo el signo de la poesía, **que es milagro**. Ya fue milagrosa por su nacimiento cuando la federalización de Buenos Aires obliga a inventar una nueva capital para la provincia (por cierto que San Nicolás estuvo en las conversaciones de entonces para tal fin), un acto de voluntad creadora de aquella generación del 80, la levantó de la noche a la mañana (como frotando una lámpara de Aladino), perfecta en su trazado geométrico, en sus palacios bellísimos, en sus arboledas, sus diagonales, su catedral inconclusa, el Bosque vecino.

Y emergió, asimismo, como ciudad **universitaria**, por donde alguna vez pasó el meridiano de la cultura de América. Nació, pues, con gran fuerza espiritual, como un ámbito propicio para el florecer filosófico, artístico, poético.

Decíamos que, de entrada, no más, tuvo su mito, su leyenda poética. Disimulado entre el trajín burocrático de los primeros días de la fundación, venía **Matías Behety**, aquel joven patricio que Miguel Cané evoca en su libro **Juvenilla**, como el más brillante de su generación, un espíritu fino y cultivado como el de un griego “que marchaba en el cielo estrellado del

poeta”. Sin embargo, devorado quién sabe por qué “mal del siglo” se deja devorar y destruir por la bohemia. Quizás en una última tentativa para salvarse, viene a La Plata, alcanza a publicar algunos poemas tristísimos en el periódico recién nacido, pero poco después muere tuberculoso. Y la leyenda lo persigue hasta después de muerto...

Pero, esto que vengo diciendo, es solo una introducción “con cara de excusa”, dijera Gabriela Mistral, y es que el haber estado desde siempre en un ámbito poético, somos culpables de haber andado como distraídos (por lo menos, en lo a que a mí respecta) de los sueños de nuestros hermanos del interior. Y en estos días, tuve una gran revelación, al repasar detenidamente la **Primera Antología de Poesía Nicoleña**, dignísima producción, desde las dulces voces que vienen del pasado, como el entrañable **Horacio Rega Molina** (cuyos libros me acompañaron desde siempre) y, junto a esos viejos prestigiosos, las victoriosas audacias de los más jóvenes... Y me entero de los otros volúmenes que ya ha editado el Fondo Editorial San Nicolás. Como asimismo he leído de un importante premio al que convocan –juntamente con la provincia- la Municipalidad y la SADE de esta ciudad (que lleva el nombre de Ginés García).

2

Es, pues, con un grato respeto y admiración por el alma, el pasado y el presente cultural de San Nicolás, que vengo esta noche a conversar sobre uno de sus poetas incluidos en aquella Antología y cuya filiación compartimos ustedes y nosotros. Ustedes, por nacimiento y por ser los dueños de su infancia y adolescencia (y ya sabemos que todo verdadero poeta lírico, es alguien que mantiene intacta, dentro de la memoria, aquellas dos edades). Nosotros, por haberle proporcionado el ámbito propicio para su desarrollo interior y para el lanzamiento de sus libros.

3

Teóricamente yo debía presentar hoy **Microcosmo**, la flamante publicación de **Atilio Milanta**. Pero, puesto que su ya definitiva obra presenta (me parece), con matices, una **línea de unidad** de pensamiento; y por cuanto según me ha dicho, es la primera vez que se presenta aquí un libro de él, me pareció más interesante invitarlos a que recorramos juntos, para ir viendo la evolución de la temática, el lenguaje, los modos y procedimientos en su particular e íntimo proceso de creación.

Vamos a empezar por ubicarlo en los tiempos poéticos de La Plata. Para rastrear qué pudo haber bebido en determinadas tendencias o movimientos previos y cómo va plasmado lo individual de su quehacer.

Dejo de lado sólo la única publicación que diríamos de juventud: **Resonancias nicoleñas**, que no conozco. Y no quise pedirla al autor, porque quizá pensé que podría desviarme (pensando en el título) de una intención esencial **metafísica** que creo define su lírica. Por cierto que ya está anunciada una segunda edición.

4

Atilio Milanta se instala en La Plata en 1949. Aunque suponemos que habrá escrito desde siempre, no publica un libro hasta 1972. En el entretanto, son años fecundos de sus estudios de derecho, plantación de una familia, sus cátedras universitarias, el ejercicio de la magistratura, conferencias y artículos en revistas especializadas, etc.

Y en lo lírico, ¿cuáles son las vertientes tradicionales que él respira en la ciudad de adopción? Perdura todavía (sobrevivirá siempre) aquella amada generación del 20, llamada **Escuela de La Plata**. Delheye, Mendióroz, Ripa Alberdi, López Merino, todos muertos jóvenes, amigos entre sí. Que aunque denuncian lecturas de líricos ingleses o simbolistas franceses, de Samain, de Rodenbach, de Francis Jammes, traducen **la verdad** de una atmósfera serena y melancólica que viven: la de una ciudad que, a poco del esperanzado esplendor fundacional, conoce la crisis, el éxodo. Y se queda solitaria y nostálgica, con su enorme cielo, sus domingos y campanas y un devenir humano puro y simple, que esos poetas transcriben de un modo más o menos directo.

Y en esa incipiente búsqueda de la “serenidad de la esencia”, va a insinuarse más en la llamada “generación del 40”, poetas que han frecuentado la filosofía de la angustia, que han leído a Hölderlin, a Rilke, y que, como en los dos Ponce de León (Alberto y Horacio), Narciso Pousa, Ciochini, Núñez West, Silvetti Paz, Speroni y tantos otros, componen un tono neorromántico, elegíaco y con cierta tendencia al hermetismo.

5

Y en 1972, dijimos, Atilio Milanta da a luz su libro **Poemas**. Y la crítica saluda como sorprendida a esta poesía que **nace madura y original**. ¿En qué estriba esta originalidad?

Es cierto que Gustavo García Saraví, que escribe el prólogo, reconoce (al igual que otros críticos) que subsisten páginas sentimentales e inmediatas, fechas de su cotidianidad, algún eco de López Merino (que él mismo nombra con ternura en el poema que comienza “Voy con mi silencio a cuestras...”).

Pero, hay más que eso. Hay una **indagación más allá de las circunstan-**
tancias. Una aceptación plena de que ella es, en sí misma, **misterio** (o no

es nada). Es como un doble juego de espejos: la cosmovisión particular de un ser dotado para poeta, atraviesa (como Alicia en el país de las Maravillas) el espejo de la realidad, para **aprehender** lo que hay del otro lado. El instrumento para esa aprehensión es **el lenguaje**.

Pero, cuando retorna con el poema, trae una tal carga semántica secreta, que le es **propia**, que (en el espejo de esta realidad en que se refleja), ya las palabras “flor”, “pájaro”, o “noche” o “mar”, poco tienen que ver con lo que esas mismas palabras significan para el lado común del espejo.

Para **apresar esa esencia**, el poeta hace **indagaciones** en el tiempo y en el espacio.

El retorno a las fuentes, el espíritu heredado de sus maestros, a costa de la pérdida de ese padre reverenciado.

La convicción de que la vida entera no alcanzará para responder a una única pregunta, la que él expresa con **rigurosa precisión**, en el poema final, despojado de todo, reducido al puro hueso de la Poesía. “Buceo, buceador,/ hasta llenarme de búsquedas./ Oh, ¡cuán breve es la vida/ para saber cómo es el dolor/ que es!”.

Fue Edgar Allan Poe quien dijo que la poesía lírica suele nacer muy breve porque, al reflejar el minuto de una sensación de intensa subjetividad, esa **tensión** del espíritu no puede prolongarse más allá de ese minuto. En tal sentido, hay un admirable ejemplo: el poema V, en el que: una música preferida se asocia al paisaje otoñal, a su propia tristeza, al recuerdo del padre, en solamente ocho versos cortos (que es uno de los de la serie **Instantes a mi padre**), que dice así: “deletreaba las hojas de junio/ con un viento/ que apresuraba la lectura,/ mientras dentro de mi muerte/ un requiem no distinguía/ la imagen de Mozart/ y el recuerdo de mi padre.// Hoy. Domingo. Fuera de mí”.

Se ha elogiado con acierto (desde este primer libro) **la musicalidad** de su lenguaje. Esta es una condición de jerarquía, que es la legítima de la autenticidad de Atilio Milanta. Creo que **poesía y música**, la respiración lírica y el canto de su violín, deben haber estado entrañablemente entreverados a lo largo de toda su vida. Y de su obra. Mientras nos da cuenta de sus búsquedas y miedos, aparecen aquí, junto con Mozart, las sombras luminosas de Brahms, Schumann o Beethoven.

Hay un libro de Vicente Fatone, “Filosofía y poesía”, donde dice que ambas cumplen la misma función **liberadora**: la de enseñarnos a sospechar que este mundo no se limita a ver lo que **parece** ser; y lo que **distancia** a ambas es, justamente, lo que las une: la palabra, el lenguaje. Porque mientras el lenguaje filosófico no tiene voz ni acento, es un lenguaje neutro, como si no lo pensase nadie, todo lo contrario, en cambio, es el reino privativo del

lenguaje lírico. Hecho también de pausas, de ritmo, de melodía, de silencios.

Y concluye así Fatone: “Por eso, a los poetas se termina por cantarlos. Rabindranath Tagore, a fuerza de **entonar** sus versos, los convirtió en **canciones**; y como tales, los conoce el pueblo de Bengala. Pensemos la felicidad que ha corrido por el mundo con los versos de Antonio Machado. O de Miguel Hernández. El mismo Poe da de la poesía lírica una definición que creo no ha sido superada: Idea + Música”.

6

Después del libro **Poemas** (1972), hay casi veinte años de silencio. Pero, ese solo libro primero, le conquistó un **magisterio intelectual** entre sus pares de la ciudad y del país. Fue elegido en dos períodos para la presidencia de la SADE La plata, y durante su gestión, se editaron dos antologías de la poética bonaerense (1977) y actuó como jurado de la SADE nacional.

Y ahora resulta que, entre el otoño de 1989 y el otoño de 1990, aparecen cuatro (o cinco, si incluimos un opúsculo en prosa del que después hablaremos) libros de Atilio Milanta.

Naturalmente, habrán sido pensados, experimentados, concebidos y corregidos durante esos casi veinte años de silencio. Pero, lo cierto es que el fruto se dio en el lapso de un año. Y en estas ediciones platenses dignas, de elegante diagramación y cuidada tipografía. Algo pasmoso en estos tiempos. Como yo lo siento a Atilio como un **hombre justo** (en el sentido bíblico), me pregunto si le habrá sido propicio algo así como una conjura de ángeles que detuvo el reloj del tiempo para que el precio del papel no siguiera la cotización del dólar. O el imprentero será otro poeta... O será joven y estará enamorado... No sé. No quise preguntarle cómo hizo esta hazaña.

El primero es la segunda edición del libro **Poemas** que acabamos de comentar.

Otro signo de **autenticidad** en la creación es el hecho de que, a casi veinte años de distancia, no ha corregido ni una coma de la primera versión. Recuerdo haberle oído decir a Borges (hace muchos años en una conferencia) que el poeta debe sí fatigar los borradores. Pero que, una vez dados a luz, ya no tiene derecho a modificar nada. Esos versos ya no le pertenecen. Ya son del lector y del tiempo. Y si el lector (apasionado por la poesía, claro está) comprueba el cambio de un adjetivo o de un sustantivo, le suena como una nota falsa, lo siente como una traición. Como todo lo que uno ama, suele amar también las imperfecciones del poema. Aquello que dice Juan Ramón: “No lo toques ya más/ que así es la rosa”.

El siguiente se titula **Dictamen de mí mismo**. Curiosamente está prologado por el mismo García Saraví, quien advierte sobre el **cambio** (¿cambio?) de una poesía que ha superado definitivamente la mera emoción estética, para abismarse en las connotaciones de **tiempo y muerte**, “dos profundidades de la desesperación humana que sólo el poeta puede indagar” (dice). Además, no es que el artista **se proponga** deliberadamente ser **distinto**. En estos días, en que se acumulan los recursos sobre Astor Piazzola, leí un viejo reportaje donde él (con esa percepción del genio), dice esto mismo: “Creo que cuando uno **se propone** ser distinto, **fracasa**. Se nace distinto. Se **es** distinto”.

En todo caso, quienes reciben alborozados la nueva voz de Atilio como la de un hermano, son los poetas de la llamada “generación del 60” (los que en este momento están produciendo): un Rafael Oteríño, por ejemplo, o un Horacio Preler.

Han pasado tantas cosas en el mundo... Han cambiado tanto las expectativas... Y estos poetas han sentido la **necesidad**, como un **deber**, como una **disciplina** estricta, de romper con una poesía intimista y confesional: **conocer e impregnarse** de la gran poesía universal, que **expresa de otro modo el mundo** (la de Ungaretti, Quasimodo, Eliot, Montale, Ezra Pound). La que descubren en sus amados padres inmediatos (“los ángeles y los ancianos”). Porque siempre se es hijo de alguien. Los **Cantos** del americano Ezra Pound, el inglés Erriot y su **Tierra yerma**; los italiano Ungaretti, Quasimodo... Fundadores de un movimiento que se denomina **hermetismo**.

Los maestros han adquirido una conciencia lúdica de su **misión**, como poetas en el mundo. Cada creación individual debe batallar para lograr el más alto **rigor expresivo**; pero, a la vez, no ser solamente la expresión de un hombre, sino que se comprometa de alguna manera a testimoniar **por todos los hombres**. Y por encima de todo, **misión**. La belleza cifrada de las imágenes, deberá llevar la impronta de **esa alma** intransferible, de **un** temperamento, de un sentido particular de vida que dé a su libro una total unidad de sí mismo. Y que la individualice entre los demás libros y poetas.

Claro: no es una poesía nada fácil, nada cómoda, ni para el creador, ni para el lector. Puede resultar de entrada oscura, enigmática, no accesible, **hermética**. No es que busque ser **confusa** (el confuso no es poeta, es un saltimbanqui). Sino que la realidad que se trata de apresar es **misteriosa**. Y su percepción, se da como relámpagos. Pero, cuando el lector accede, ese **destino** del poeta se le aparece, aparece transparente como de una inocencia **genesíaca** y conmovedora.

El lector que ha de transformarse en su **cómplice**, que ha de poner su

alma al mismo diapasón, para poder compartir esas sutiles percepciones y emociones, acaso fugasísimas, **con igual intensidad**.

No de balde el abate Bremond (en “Plegaria y poesía”) dice que la experiencia poética de todo gran lírico es: de un **aprendiz de místico**. Y eso es para nosotros el poeta: hombres comunes, que comparten nuestra cotidianidad. Pero, los sentimos como monjes, encapsulados en su celda, contemplativos de la belleza, que es la **Verdad**.

Así lo siente el propio poeta, a veces. Como en el **Teorema II bis** (Como el religioso. O tal vez como el botánico./ Habría que establecer las diferencias./ o conocer los parecidos./ Habré sabido de las flores y los dioses./ Y aún sigo pensando/ y estoy pidiendo saber más de ellos y de mí.// Aunque en este oficio/ me he olvidado quizá de lo mejor (para/ las indagaciones sobre la verdad): predicar/ con el poema hacia la luz,/ en el retorno de los misterios,/ los vocablos, las redenciones).

Todo el libro es una elaborada Poética, reflexiones sobre el destino de su oficio o misión.

A veces, el poeta es una suerte de exiliado, como en el comienzo del **Teorema IX** (Cuando los ojos ven hacia atrás,/ cuando escuchamos el dolor y respiramos/ nuestra sangre y nuestra piel...). Aparece como siempre el gran pavor: de que la poesía puede dejar de existir. Como en el **Último Teorema** (La síntesis será que todo se revierta,/ que regresemos a un día definitivo y total,/ que las voces nazcan sin sonido, que el dolor sea una estampa,/ algo para eludir u ocultar en la mañana.// Que el amor comience de una vez./ Pero, será preciso morir en algún instante/ y renacer./ Aunque creamos en los álamos y los cipreses/ vendrán de nuevo/ y los ríos tendrán sangres de prehistorias,/ el viento acudirá/ y continuará huyéndonos sin prisa./ La tierra tendrá nuevos abismos y últimos vestigios.// Y otra vez será con otros días nuestras vidas./ De los muertos quedarán estatuas y los olvidos./ Permanecerán intactos los silencios y tal vez/ los gritos de los primeros que vinieron/ a estas vastedades desvastadas/ y que nadie ha imitado.// Sobre las ruinas, tambaleantes y sin corazas,/ quedará el último hombre/ que verá el nacimiento de la nueva especie próxima:/ la que no edificará sin imaginación,/ con sueño ni poesía).

O bien, filosófica o religiosamente como un quehacer de salvación, como una **tensión**, como la flecha en el arco, como un **Inter, entre mí** (Pulsar el instrumento, tener memoria/ (o no tenerla),/ alegría, tristezas, sentimiento. Pensar/ a quien va el mensaje, la verdad, el canto./ Ser Belerofonte en su Pegaso, Panida, Apolo,/ o un semidiós./ O el mismo dios./ Describirse o dibujarse en una línea,/ o un pentagrama o una piedra,/ como el horizonte. O una cruz./ Tensar el arco/ y dispararse como lanzándose hacia adentro/

y expulsarse al infinito/ hasta quedar rodeado solamente de sí mismo/ con el universo en su interior,/ o en su mano,/ o no más allá de su contorno./ O ser una partícula entre sus dedos).

Alternando con alusiones de delicadeza y ternura –no sólo en éste, sino para con los otros dos libros-, asoma una nota nueva, que desarrollará en ellos (**Ismael y Microcosmo**): un cierto tono irónico, juegos caprichosos con nombres propios, con vocablos, con números.

Porque ésa es la verdadera fiesta del lírico: jugar con las palabras, restaurarles su hermosura pristina, asociar los sonidos mágicamente, y a veces, risueñamente, como una travesura inocente.

8

¿Qué es? ¿Quién es Ismael (título del volumen siguiente)? ¿Es su sosías, su **alter ego**? ¿El poeta busca esfumarse como ser personal, repudiar el **mí mismo** (del libro anterior) y meterse en la piel del otro, al que representa, y que identifica con ese nombre (como podría identificarlo con cualquier otro)?

Hay un **Ismael** bíblico, en Génesis, Cap. 16 en adelante. Sara, mujer de Abraham, no había podido darle hijos y le entrega a su esclava egipcia Agar para que tenga descendencia. Luego Sara, por un don especial de Dios, da un hijo legítimo, Isaac, a Abraham.

Ismael significa en hebreo “dios escucha”. Y según el relato bíblico, de él (el más desvalido, el arrojado al desierto, donde casi muere de sed), descienden tribus nómadas y aguerridas.

Antes hablamos del poeta como un **exiliado**. Pero, gana batallas después de muerto. Y sobrevive a las penurias y a los siglos. Y se hacen muchedumbre los que lo aman...

Pensamos en Homero. O en Shakespeare. O en Lugones.

¿Habría, decíamos, en todo ello, humildemente, una alegoría apropiada al título y a su contenido? No lo sé.

Lo cierto es que **Ismael** es el obsesionante protagonista, está en el título de cada uno de los veinticuatro poemas.

De entrada hay una cierta intención lúdica, en el tono y en la estructura de la página 5, por ejemplo, una alternativa audaz de verso y prosa. Este primer poema es como un diálogo musical consigo mismo, sobre la poesía como **conocimiento**, algo que antes parecía privativo de la filosofía.

Y todo el libro son misteriosas alusiones al poeta o a sus gestos que lo salve: a la duda, a la desorientación, la incertidumbre, el **quizá...**

Veamos algunos fragmentos.

Lo cotidiano puede conducir a Ismael al absurdo en un teatro de operaciones que podría llamarse: **Malvinas...**

O también, el milagro puede nacer en **San Telmo**. O en el café (...en un lugar cualquiera/ de las sorpresas, los misterios y otras alternativas/ de lo cotidiano y de la nostalgia).

Y dice: “Y reanudamos la contemplación”.

La conclusión final (en prosa), plantea una vez más la eterna duda. Además, véase la página 36.

Por otra parte, termina así: “De **Tagore** silencioso escuchando una sinfonía de **Mozart** o de **Bruckner**. De Gandhi perplejo, después de muerto, perdonando, y sabiendo de las encrucijadas de los **medas** y los **yogas**, que advertían en los otros muertos que le sucedieron. Y el **Cristo** que le imaginó un poema de la alianza nueva en la mirada mansedumbre de su milenaria cabra. ¡O el Kafka que lo incriminó con la perversidad de sus puerilidades! Por fin, **Montesinos**, con el manchego eterno, misterioso y profundo, mientras palidecen el sol y la luna. Y las estrellas y las miradas de todos cuantos ven a los ojos que miran. Y nuestro yo asume la robustez de un titán o de un cóndor, y al mismo tiempo, la evanescencia de una serpentina en el interior del cielo para saber algo más de las agorafobias que aún aquejan a nuestro siglo. O... -Eli, Eli, lamma sabacthani?”

9

Su última publicación, del otoño de 1990, es este volumen **Microcosmo** con esta aclaración: “o tetralogía del hombre, como azul espejo fiel y resumen completo del macrocosmo”... y agrega (imaginamos con una tierna y orgullosa sonrisa) este paréntesis: (en tanto el hijo piensa su **Universo azul**).

Una pequeña digresión. Es ésta, evidentemente, una familia tocada por la gracia del arte, de la poesía y de la música. He leído por ahí que su mujer, Elsa Peralta, fue una exquisita cantante. Y ahora, a esta angélica eclosión de varios volúmenes importantes, Atilio Milanta (h), de poco más de veinte años, yuxtapone sus dos primeros libros (por cierto que la emoción paterna le dio el espaldarazo en la presentación respectiva en La Plata). **Atado en la pared** reúne las poesías que él mismo musicalizó y las canta con un conjunto juvenil de música moderna. La crítica lo saludó como a algo que posee la frescura jugosa de un primer durazno, con sus gotas de acidez. Los temas de la soledad, el conocimiento del amor, el recuerdo de la madre, se enhebran en imágenes sueltas y sutiles. Soltura y sutileza que se apilan meditativamente en su segundo libro, como lo vaticina respetuosamente algún crítico. ¡Buen viaje!

Una tetralogía –ya sabemos- es aplicado a la música de Wagner, por ejemplo, un ciclo de cuatro óperas. Pero, para los antiguos poetas griegos que se presentaban a concursar, era un conjunto de tres tragedias y un drama

satírico. En efecto, la estructura del libro aparece dividida en tres estratos vitales y un cuarto de un matiz diferente (ya veremos).

Microcosmo es el regreso exasperado (diríamos, en el mejor de los sentidos) de toda la temática y procedimientos creativos de Atilio Milanta. El trasfondo es siempre contraste: lo efímero cotidiano / lo ideal trascendente. Pero, está además la **acumulación** de todo lo **personal** e intransferible del autor. Es como si sintiera la necesidad de no dejar nada ni a nadie de cuanto considera constitutivo de su universo interior, fuera de su mira, del testimonio agradecido que significa –entre otras muchas cosas- su poesía.

Están las largas listas de dedicatorias a amigos entrañables, a maestros y superiores a quienes entiende deber algo de su formación, de su exigencia vital: a poetas (cercanos y lejano), de esos que al tiempo de ayudarnos a soñar, nos enseñaron a vivir; a Ernesto Sabato, a Emily Dickinson, a Santo Tomás de Aquino, a Papas y distintos prelados, a un conde, un general, un Cardenal, un rey, un barón, un filósofo. Y más y más poetas, y más y más amigos. Y una maldición final para el demonio.

Es como un buhonero medio loco (Atilio de nuevo dice por ahí: “Nos vemos cuerdos/ somos locos”, de modo que tengo derecho a usar la presunción) que de golpe vuelva la rienda secreta de su corazón.

Está su horror a la **violencia** y a toda su carga cultural, sus alusiones **mitológicas**, su hontanar bíblico. Sin ser una poesía explícitamente religiosa, el viento de lo sobrenatural agita sus páginas. Suele identificar el vocablo **luz** (y es una verdad teológica) con la fe.

En **Primera hipótesis de la travesía** (travesía sería el **vivir**) la alude así (en versos fragmentados. “Esa penumbra,/ como un testamento de los ciegos,/ acierta a parecerse a los antiguos relatos./ Los de los milenios con piedras y con musgos.// Esas nostalgias que tienen/ la lealtad de las memorias/ sin las certezas de guarismos y baldosas,/ aún no dice cómo fueron los alaridos/ y las risas,/ los monosílabos o los gestos/ de los contertulios de las hullas,/ los báratros, las grutas y las grietas./ Y los abismos que no vemos.// Como esa sombra que allí está/ esperando en el silencio,/ nada más,/ que el hombre deje este mundo/ para convertirse en luz./ O en ala.// Y proseguir en la obstinación/ de su misterio”.

Otra búsqueda de Dios puede verse en la página 7 (**Poema en fa (por si es fácil que las flores y las hojas precedan a las espinas en abandonar los tallos**, en donde, por ahí, dice: “que penetran de ecos/ a la cavidad del misterio/ y a lo indefinible de esas olas).

O define así a la fe en la página 8 (“Esa, sin la cual no existe la verdad./ Ni la belleza de la verdad”).

Y ahora, una breve digresión (algo así como una **tregua**, en esta **tensión** como la flecha en el arco a que nos somete esta lírica intensa, rica, que busca la **verdad** en armonía, en belleza).

He llamado a Atilio un hombre **justo** y lo he hecho en conciencia porque lo conozco. Entre los avatares de su cotidianidad, está el ser desde hace muchos años, profesor y de singular prestigio, primero en la Escuela Vucetich del Parque Pereyra Iraola y luego de la Escuela Superior de policía.

El ama todo lo que hace. Y ama por consiguiente a esos discípulos que tienen la inquietud (a través de los cursos intensos que realizan) de ponerse en contacto con las más nobles expresiones del lenguaje literario y con los movimientos filosóficos que han buscado la **verdad** a través de los siglos, como un modo de **conocer** mejor lo secreto de las criaturas humanas que deben afrontar en su arduo trajinar.

Y entre sus publicaciones aparece ahora (en orden cronológico) este opúsculo **Decálogo del Policía**, recordándole los deberes y derechos de su difícil misión, con toda la calidez de un amigo, además de profesor. Son fórmulas siempre directas, **claves** para tomar como norma de su profesión, que apuntan al corazón mismo de la decencia, del derecho, la libertad, la paz, la justicia. Y dice esto tan hermoso y profundo: “Vence así, amigo, para que tu propio hijo siga esos pasos. O para que le aconsejes que los siga”.

Y solamente un **hombre justo** (además de poeta), puede hablar de la **docencia** como un acto de **amor**, de íntima efusividad, de **ternura** interior. La docencia, dice, es el **milagro de la palabra** que trasmite el conocimiento. Mejor dicho, el milagro “de transmitirse el **hombre todo**, por el espacio y por el tiempo, hacia todo el hombre”...

Y lo mismo anhela para el otro, para su semejante. Le dice a una hija: “Entonces, Claudia, seguiremos al hombre/ con la esperanza de verlo trenzado con sus orgullos,/ trepándose a un cielo/ para trocarse en cruz”.

Su devoción o fervor por la **belleza**, en la naturaleza, en el arte, entreveradas músicas y literaturas, hasta en títulos alusivos a Don Quijote, otra vez **El manco** (sin duda, sus dos criaturas claves: la real y la soñada), Paganini, Petrarca, tubas, o fagot, o violas, **Poema en fa. Recitativo en clave de fa. Coda**. Bartok siempre. Y Bach. Y los libros amados. Y todo ello entre esmaltes de imágenes: “sentí orgullo de llamarle rosa/ a la botánica de mi corazón y de mi anhelo”, poema que concluye con admirable precisión y alta simplicidad: “En la perspectiva del hijo longilíneo,/ adiviné la estatura de mis debilidades/ y la vocación de amarte sin estilo”.

La costumbre de la soledad echada al vacío... O... “el elegido Bartok/ alza los brazos apretando claves y corcheas/ que pondrá en su jardín, como

claveles”. O... “la erudición de la rosa/ aún permanece en un rincón de la plaza./ Y nadie lo sabe”. O... “la profecía de la mano que intenta/ el deslumbramiento de la caricia”.

La verdadera gran **fiesta** del poeta lírico, es **enamorarse de las palabras**. Por grave, por dramática que sea su actitud, el registro de su **inspiración**, siempre se reservará una **tregua irónica** para jugar caprichosamente con las palabras, con los nombres propios, con los números.

Si por un lado, les restaura su hermosura, por otro asocia los sonidos mágicamente, y a veces, **risueñamente**, como una travesura inocente. Porque otro show aparte son los titulados de las distintas cuatro partes y de algunas dedicatorias. Leamos los títulos: “**I.** Estrato y travesía (pendientes materias en secreto jardín). **II.** De nornas y otras veleidades (o variables) ecuóreas (y no), tales como los supuestos espejismos de Efraín. **III.** En el acceso al portalón del embarco (o bienvenido a bordo). **IV.** Portalón de desembarco (o de las contradicciones entre el humor, el sarcasmo y los deseos o in-deseos del amor)”.

Sin duda, hay aquí marcadamente perfilada esa actitud de **divertimento**, lo cual está muy adherido a la personalidad de Atilio Milanta. Por otra parte, él mismo se denuncia en el apartado aludido (el IV).

11

Como me pesa que no puedo quedarme con la frustración de no poder desmontar todo el andamiaje de un libro, les voy a hacer una confidencia divertida.

Espero que ustedes solucionen el problema de un modo menos oneroso. Por otra parte, el revés de lo que pasa en una exposición de pintura abstracta, cuando solemos consultar disimuladamente el catálogo que nos ayuda a “adivinar” el tema de un óleo.

Esas dos esferas: la de lo cotidiano o neutro y la de la real trascendencia, lo ideal irrenunciable, giran cada uno por su lado, y a veces, entran en pavorosa colisión y pueden destruir a un ser.

Sólo convergen **armoniosamente** cuando coinciden en un punto: el mundo de los sentimientos, el del amor, la familia, los hijos.

El nombre de **Elsa** es el memorial del amor, eterno, desde el minuto inicial del éxtasis hasta el más allá de la muerte. En la obra ella está siempre implícitamente, cuando no en las expresas dedicatorias de varios poemas (“Mar sin soledad”, página 18, o “canéfora en secreto”, 21).

Finalmente, para dejar en el aire una nota alegre, los juegos felices con el hijo.

Las postreras palabras de María del Carmen, fuera del texto, e improvisadas en aquella sesión nicoleña de la Casa del Acuerdo, del sábado 18 de agosto de 1990, quedan en la memoria de cuantos tuvieron el privilegio de escucharla en esa única y última vez, en ese nicoleño atardecer de los matices crepusculares que nunca habré de olvidar.

Día de Santa Elena. Tan improvisada, regresando a las aludidas postreras palabras... que no deseo reproducir por temor de faltar a una coma (siquiera) o a la conjugación de un verbo, a la precisión de un nombre, de un artículo o de un epíteto... ¡Y basta!. Y pues, es lo cierto que, de aquel viaje a San Nicolás, me queda no sólo el testimonio de este generoso, enaltecido, profundo y enjundioso discurso, sino la comprensión e inteligibilidad de cuantos la escucharon: Duilio Cámpora, Marta Faure Bluhm, mi hermano Roberto, Graciela Yaracci, Ana Aurora Ferreira, mis ex compañeros de la Escuela Normal Rafael Obligado de San Nicolás (Pedro Camozzi, Elvira Varela, Elsa Homs, “Pepita” Inza, Virginia Henry y Rosita Castelli), entre otros.

¡A Dios gracias haberlos tenido entonces y para siempre a todos ellos!
¡Vives en mi corazón y en mi memoria, María del Carmen!

IV

El martes 21 de junio de 1994, a las 19 hs., en el Colegio de Abogados de La Plata, presidido entonces por el Dr. Juan Carlos Simoncelli, junto con la Asociación de Jubilados y Pensionados de la Caja de Previsión Social para Abogados de la Provincia de Buenos Aires, presidida por el Dr. Oscar Lapalma, acto realizado en adhesión al Día de la Bandera y evocación del prócer Gral. Manuel Belgrano, en que presenté un extraño y difundido libro que mi hijo, una vez leído en su totalidad, me sugirió este título: **De las almas que no mueren.**

No habré de incluir, aunque quisiera hacerlo por todas las personas aludidas y evocadas en el libro, pues ya excedería considerablemente esta introducción. Pero, en su lugar, y en sentido homenaje a la gran amiga que despedí cuando se fue con el Señor (+11/05/01), talentosa personalidad en las letras y directivas de la SADE, Raquel Sajón de Cuello, dejaré el texto del 26 de abril de 1995 que ella escribió, con indisimulado amor y notoria probidad intelectual, bajo el título **Sobre “de las almas que no mueren” de Atilio Milanta.** Dice así:

1

¡Destacable humildad la de este Doctor, Profesor, amigo y compañero en tantas andadas por el mundo de los poetas, escritores, soñadores, creadores del mundo que, a veces, sólo existen en sus mentes o creyeron que existían!

Y repito, loable humildad para presentar un libro de tan alto valor literario, informativo, anecdótico, intensamente vivencial, altamente nutrido de tanta presencia querida de algunos que se fueron y de tanta aroma que se quedó prendida en las aulas, en los jardines, en los árboles que rodean nuestra siempre presente Universidad, la que nunca podremos olvidar porque allí, en sus paredes, aún resuena la voz de los maestros que dieron brillo a esta Casa que llevaremos por siempre en nuestra alma.

Y volviendo al libro, con tan precioso título, sorprende la precisión de las citas bibliográficas, inevitables en una obra de tan largo aliento como en memorar vivencias, rostros, voces, ya muchas en un tiempo de Eternidad.

2

¡Magnífico exordio al creador de nuestro símbolo patrio al que, a veces, sólo se lo recuerda en los días festivos! Y bien viene a muchos recordar ese soneto de uno de los grandes poetas nuestros, Gustavo García Saraví, en una sola justísima expresión versicular para definir al patriota: «general de la pena y el desvelo,/ adelantado, fundador del cielo,/ eternamente limpio y silencioso». ¡Cuánto valdría que nuestros niños, llegados apenas a pisar los umbrales de la escuela, lo aprendieran de memoria como se reza un Padrenuestro!

3

Los datos biográficos de cada figura evocada, hacen que esta obra sea multiplicadamente útil para el lector común que no habiendo estado en contacto con ese friso evocativo le sea doblemente útil su lectura por la limpieza de la pluma evocativa, pues el cuidado profesional de los datos biográficos evitará una otra lectura de carácter histórico.

¡Generoso espíritu el del autor de esta obra que lleva de la mano al lector por caminos a los que no todos acceden y, por tanto, desconocidos!

Así se justifica desde el comienzo el título de la obra: **De las almas que no mueren.**

Biografías vitales, intensamente vivas, aproximan al lector a las fuentes que no siempre accederán por sí mismo.

Y, transcribir -como en éste y otros casos- poesía, denota un espíritu de desbordante generosidad.

El valor reside en que no sólo se hace referencia a la fuente, sino que se

la transcribe. ¡Doble mensaje! Y ¡altamente rico!

Señalar, por ejemplo, que del «contraste» entre «sedoso cabello rubio» y su «piel blanca y sonrosada», nació en su alma el color de la Patria, es nota digna de destacarse.

¡Cielo y sol! ¡Exaltación del alma de los grandes llamados a acciones ciclópeas!

La gloria no reclama riquezas, porque aquélla es la verdadera riqueza de los grandes.

Y me detengo para decirme: ¡Páginas para leer en silencio, sin prisa, sin tiempo, quedándose después de la palabra para meditar... meditar largamente! Porque esto es exaltación de los grandes valores del espíritu que significa «docencia», «enseñanza» y, de la primera, otra palabra casi homóloga y... ¡tan olvidada!: **¡decencia!**.

Estas páginas dedicadas a la evocación del humilde gran patriota de nuestra civilidad, merecen ser leídas por niños y grandes.

Labor de rigurosa pluma que no se basta con evocar sino que se acorre siempre con una densa bibliografía transcrita en jugosas páginas. Fuentes detonantes de una mente lúcida y de un nobilísimo espíritu que no oculta el origen de una lectura, sino que refuerza su pensamiento sirviéndose de otra fuente de apoyo y, esto, no es común.

Cierro este comentario del primer capítulo con una frase imperdible: «¡Gracias, General celeste y blanco, oh Santo de la Patria!».

4

Y vendrán luego la evocación de los poetas y, en el comienzo, aquel compañero, luego Profesor, que enseñaba con la palabra lenta, virtuosa, con un gesto de humildad y voz en casi medio tono, amigo de antaño con quien transcurríamos las clases de Literatura Española en nuestra vieja Facultad de Humanidades.

¡Facultad de maestros insustituibles que dejaron en el alma de sus alumnos la semilla del saber, auscultar, penetrar en el mundo radiante de la mejor poesía secular! Y, todo, en el capítulo dedicado a **Mario Camacho**.

Su lectura me devuelve presencia, su figura lenta en el andar, pausado en el hablar, rico en la imagen del decir.

También yo he compartido su amistad durante y después, ya graduados y profesores en largas horas de exámenes. Nunca lo vi violentarse. Calmo, sereno, esperando benévolutamente que el alumno «acertara» en algo de aquellas luces del Parnaso Español.

Me he emocionado en la evocación de ese ser querido que, aunque ausente físicamente, permanece en las horas de la evocación. Su recuerdo justifica

el título de esta obra de tan rica estirpe.

Los recuerdos se entrelazan, cruzan, van y vienen y hasta su escritura, el aula, el patio, el parque, los árboles... el sol, la lluvia, el **abril**, los **octubres** iestupenda manera de evocar un otoño y una primavera por los nombres del calendario!

Me he deleitado en el recuerdo de esta figura inolvidable para quienes compartimos horas comunes en los años de estudiantes y, luego, en la docencia: el recreo, el café bebido a grandes sorbos, de pie entre una hora y otra; y luego, en las interminables horas de los exámenes; en el distendimiento del espíritu para abreviar el tiempo y, así, en “su tenue y permanente sonrisa y su mirada picara de niño”.

¡Magnífica semblanza que enaltece el recuerdo del amigo, del «correntino bueno» con su particular tonada que un día nos dejó!... ¡Hasta en esa muerte hubo un extraño recato!

La feliz cita de unos versos lo muestran humildemente bueno, sencillo como el canto que sube alto sin alharacas porque se llevó «el corazón entre las manos/ satisfecho y cantando como un nido”.

¡Feliz evocación de tu pluma, Atilio Milanta!

Por sobre el valor de la palabra, relumbra la terneza de tu evocación. ¡Y es de admirar!

¡Claro que venía aquí de perlas este título de la obra “**De las almas que no mueren**”! ¡Pero, no es fácil lograr esta suerte de epitafio intemporal!

5

Deseo leer a ir diciéndote algo sobre cada fragmento, cada página dedicada a memorar ese tiempo que perdura en un mundo que casi nos ahoga y en donde el verso, la nube pasajera, el canto de un pájaro, la serena levedad de una tarde de lluvia o el sol quebrándose sobre el pétalo de una rosa, nos parece hasta absurdo o, bien, nos ayuda a reconciliarnos calladamente, serenamente en soledad con el entorno. ¡Y guardar la palabra, esconderla para que nada la hiera y le robe la tibieza del recuerdo!

Así, voy leyendo y anotando estas sencillas notas, porque aquello que no se siente no puede hacerse sentimiento cálido, doliéndonos por la ausencia temprana, memorantes por siempre de horas inolvidables que vivirán hasta el momento último de la partida.

Emotivas nostalgias, vivencias con amigos entre encuentros y desencuentros y, entonces, la palabra espontánea, el retorno memoroso a flor de piel, las almas que se encuentran con las que partieron, la nostalgia, la media voz y, a veces, el elocuente silencio.

Páginas que quedarán unidas a los recuerdos, también, de la mejor Fa-

cultad de Derecho, sus maestros insustituibles, las clases magistrales, los estudiantes, la picardía, el tiempo sin tiempo vívido y permanente del “ayer” vuelto “hoy”; luego, la librería y el poeta que se fue con un verso en el alma que nunca sabremos ya cómo era, pero sospechamos envuelto en aires nostálgicos de tierra nativa que el amigo ido escribió un día: camino, derrotero. Rumbo, norte, destino; es, entonces, cuando se vuelve a la añoranza de la tierra que un día se dejó, pegada a la montaña con aires de cuecas y bagualas.

6

Vendrá luego el maestro **Francesco Carnelutti**: abogado, profesor, maestro, humanista y el principio vital que lo distinguiera: “la inmensa palabra: libertad”.

Recorro páginas y salta otro nombre: **Cavour**, “político de raza” y, enseguida una pregunta **en** pregunta: “¿...una versión evolucionada del Machiavelli?”.

Sucesión de estampas, recuerdos; tiempo de estudiantina; tiempo de **siempre** en el alma escondido, muchas veces, como algo sagrado.

7

Salto a los poetas y me estremezco con un nombre, apenas incompleto **Mendióroz** (puntos suspensivos con todo lo que encierra) ...**Esos poetas platenses**.

Datos biográficos, origen, tierra adentro con sabor a patria: Tucumán, que es decir **Independencia, Libertad**, mayorazgo del espíritu, amanecer y mediodía de una Patria libre y soberana.

Y, de allí, ese poeta de vida breve que otro poeta encerró para la memoria y el recuerdo en **La Primavera Fúnebre** junto a otros, también tempranamente idos.

Para evocarlos se necesita la pluma de otro poeta: Rafael Alberto Arrieta.

Deleitosas páginas las tuyas, **Atilio**. He sentido vibrar tu alma trayendo el ayer, poesía, alma, sueños, temprana ausencia definitiva.

Allí “estuviste” y allí “estuve”, gracias a tu recuerdo, Páginas escritas con emocionada unción. Espléndidas notas.

8

Cuanto más me adentro en la lectura, más me sorprende la riqueza bibliográfica. No han sido desdeñados ni los artículos periodísticos; cuando los firmantes constituían una fuente autorizada de conocimiento.

En líneas y entrelíneas desfilan nombres de maestros inolvidables. Para quien los conoció, la evocación se impregna de palabra emotiva, para quien

no tuvo esa suerte, la referencia se convierte en cita de inexcusable dato biográfico.

Así veo al pie de página el nombre de **Samuel Daien**, profesor, auténtico maestro del Derecho.

Luego, ¿cómo no emocionarse con el nombre de **Romita Mendióroz** que fue nuestra profesora en el viejo Liceo de Señoritas?

9

En orden de continuidad, llegan las páginas dedicadas a **Mitre**, con el subtítulo de “...Heraldo del equilibrio y la medida”, tal como lo llamara **Adolfo Korn Villafañe**.

Valorativas páginas de quien enalteció la cátedra universitaria de Derecho Público Provincial y Municipal.

Datos que enriquecen el conocimiento del desconocido lector, llevándolo por vericuetos inesperados, allanando recurrencia de fuentes informativas para aquellos que no frecuentaron ni en tiempo ni en lugar dichas aulas universitarias.

10

Sorprende a cada paso la precisión y esa doble exigible lectura que lleva de lo particular a lo general; ya que el primero quedaría perdido en circunstancias que, de no conocerse, restarían valor informativo.

Ponderable labor la tuya, **Atilio**, de escritor y Profesor, asequible al desconocido lector. Las frecuentes notas aclaratorias al pie de página, denuncian al maestro que no olvida cosa alguna en el tintero.

11

Luego vendrá **Nápoli** y un subtítulo: “...O (la lección de) un indoblegable espíritu”. Este trabajo fue publicado en la Revista del Colegio de Abogados de La Plata (Año XVI/XVII N° 34/36, 1975/76, 12 ss.).

Sentidas páginas que aclaran por qué ese subtítulo del “indoblegable espíritu”. El autor lo aclarara: «porque no cejó nunca ni menos en estos últimos penosos años de su sensiblemente deteriorada salud», ...por «su entrega a la ciencia jurídica ...por “su optimismo ejemplar”, por su incansable entrega al saber. Emocionada evocación del autor de esta recopilación de poetas, maestros, amigos, circunstancias, todos levantados en el alto vuelo de su palabra.

12

Y ¿cómo escaparía a un estudioso de su ciudad y de sus maestros y poetas la página a Pedro Palacios, mejor **Almafuerte**, que ya parece nombre bautismal que seudónimo?

El capítulo se inicia con una dedicatoria más emotiva hoy que en aquel instante porque se dirige no sólo a la Institución SEP, que lo tiene por patrono, sino, más abajo, a Héctor M. Rivera, hoy recuerdo del alma, herida muy fresca todavía; poeta y maestro en su taller literario impartiendo conocimientos y libros y ejercicios para quienes se iniciaban o deseaban transitar en el arte de la versificación.

El discurso transcrito del autor de esta obra sobre la figura del autor de **El Misionero** en una efemérides de 1993, ilumina la visión de aquel poeta que hendía el viento con la fuerza indomable de su verso. Hermosas páginas dignas de leerse y meditarlas.

Para un desconocedor del vate de esa conmovedora **Sombra de la Patria** le rendirán óptimos frutos.

Ya frente al vate me topo con un nombre querido y respetado de aquella vieja Facultad de Humanidades donde, de paso, mucho anduvo junto a su hermano Martín, condiscípulo nuestro: **Benito Pérez**, el «cristiano austero y estudioso», así lo llama nuestro autor, capítulo que dedica a su sobrina carnal **Myrna Rebullida Pérez**.

No se olvida el tiempo que vive el alma mientras ella recuerde. La única muerte verdadera es la del olvido.

Allí leo tus sentidas palabras, **Atilio Milanta**, en tan dolorosa circunstancia al despedir los restos de quien mis ojos no lo imaginan sin el aliento vital del humano ser. Luchador infatigable amigo de inolvidables horas en la agitada vida universitaria.

Todos los nombres que desfilan en esta inexcusable virtud de la evocación me son queridos, pues quedaron asociados a mis recuerdos de aquella estudiantina que nunca se nos fue del alma.

13

Esta lectura lenta suspendida, por momentos, sin tiempo, cae como una suave llovizna sobre mi corazón...

Es el “tiempo” inolvidable vivido desde siempre -antes y después-, de haber escuchado a imborrables maestros.

Nuestra facultad de Humanidades estuvo siempre, entonces, como un apéndice de la Facultad de Derecho. Subíamos y bajábamos por la escalera que daba al patio de la nuestra por el lado de 6.

La evocación de los grandes maestros que hemos tenido en nuestra antigua

Universidad (yo la llamo «mi vieja Universidad»), se ha ido para siempre. Ahora vive en cada uno de nosotros al recordarla en la imagen de lo que debía ser la cátedra universitaria.

Alguna vez silenciamos porque estamos frente a un don perdido de respeto y saber. En ese silencio se queda nuestra tristeza.

Con el adelanto técnico del mundo el espíritu se va replegando en una muda tristeza; en, apenas, una voz, en una frase socrática que encierra todo: «solo sé que no sé nada».

Entonces vienen a mí con dolor aquel inicio del «loco» (ídivina locura!) de Don Quijano, el Bueno, quien frente a unos rústicos y humildes pastores que nada entendían soltó al viento: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel...», dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...». ¡Oh, lejanos Siglos de Oro de la Humanidad!

Hoy, apenas, si alguien del común los recuerda...

14

Doy vuelta la hoja y me encuentro con un nombre y sonrío: **Ramírez Gronda**.

Vuelvo, entonces, a mis años de antigua soñadora siempre en rebeldía con la mediocridad y recuerdo porque, en un pequeño artículo, casi blasfemo, ¿Por qué, preguntarás? Porque los carenciados de dinero aunque ricos de alma no podrían entonces acceder a las lujosas butacas del Teatro Colón para solazarse con un concierto, una ópera y conocer, en vivo, a los grandes cantantes, a los cuales, yo, entonces, escuchaba por Radio Municipal.

¡Hoy me río! ...de aquel irreverente artículo publicado en un diarito que tenían los Ramírez Gronda, pero ¡no me arrepiento! ...Sigo tan rebelde como entonces, aunque hoy se ha ablandado mucho todo esto.

En aquel momento era un grito de vergüenza, porque los no pudientes quedaban marginados de la cultura de nuestro máximo Coliseo. ¡Artículo guerrero fue aquél!...

¡Feliz juventud! ¡Si ella nos sirvió alguna vez para hacer justicia!

15

Continúo, caro amigo. La lectura paciente, detenida, sin apuros, me traen el registro de más años pasados.

Yo sigo «pegada» a aquella Universidad -que fue, también, tuya- pues muchos de (mejor dicho «todos») los de esta evocación, en tu espléndido libro, nos son comunes en muchos recuerdos.

Cuando se puede evocar así la vida y, sobre todo, el contacto con los virtuosos del saber, es volver a vivir; retroceder en el tiempo, correr las agujas

del reloj y las hojas de viejos almanaques para sentirnos, otra vez, limpios por dentro y es, esto, lo que hace que no podamos aceptar, según algunos, la torpe mediocridad que nos acorre en una intolerante modernidad decadente.

Un **maestro** era, entonces, sinónimo de respeto ante su palabra; hoy, le dicen: ¡che!...

16

El poema que inicia la evocación de **Rega Molina** (del que ya se ha dicho todo como creador), lo he degustado detenidamente.

Ese mentado “territorio de densidad, de geografías/ de prados y mesopotamias, el sauce/ está vecino del ombú./ Allí, tan cercano, el río y la pampa,/ la isla y la campiña”, etc., etc., me traen mucho de una parcela hacia el oeste de la provincia de Buenos Aires en donde no había ríos, ni pesca, pero, sí, sobre todo lo allí mentado y en donde viví casi toda mi infancia. Yo vine muy niña de San Juan, mi provincia natal (nacé frente a la casa del gran Sarmiento, regalo para mí de los dioses); cuando se abría la puerta de una habitación que daba directamente a la calle (como en muchas casas antiguas), se veía desde la mía la higuera en donde Doña Paula tenía su telar...

Siendo niña todavía, nos trasladamos a Pehuajó y luego a Passo (vía del oeste) en donde a los cuatro años mi madre me mandó a una maestra particular para aprender a escribir y a leer... Por eso, cuando fui a la escuela (una humildísimo escuela de campo), que sólo tenía hasta tercer grado, me tomaron examen y entré directamente a segundo grado. No hice primer grado.

¡Cuántas cosas se van asociando en mi mente con esta memoración tuya!

Pero, ¡volvamos!: esta memoración tuya sobre Rega Molina despide calor del alma y adyacencias de algún poema, como el de **César Bustos**. ¡Bellísimo soneto el de **Rega Molina**!

17

A esta altura de lo leído y escrito, me detengo y me pregunto (como lo hice otra veces), si tienes la noción exacta de lo escrito en esta recopilación minuciosa, amena (lectura sin cansancio), estampa de personas y seres allegados en una suerte de fotografía literal de una vida que no pasó en olvido, sino que fue guardando en un archivo del alma, una vida hondamente sentida, gustada por el deleite de las cosas simples, de los rostros y palabras pronunciadas, de los latines y romanas sentencias aprendidas en la voz de los maestros y de las horas en que, bajo la lámpara de un velador (así estoy, en este momento), se van enhebrando instantes vivenciales, plenos porque el espíritu no sabe de pasado; lo que en él está es siempre “presente”. Sólo debemos saber qué hacer para que el tiempo retorne...

Me he deleitado con la lectura de los poemas, incluyendo uno tuyo.
 Rega Molina ya no se discute. Las coincidencias entre los poetas poseen un extraño misterio.

18

Avanzo en la lectura y encuentro otro nombre: **Rocco** y su quehacer como juez, abogado, profesor, amigo.

Páginas sentidas ante la partida definitiva.

La transcripción de algunos versos y dedicados en **Ismael**, dicen claro del respeto y algo, mucho más, todavía, sobre este interrogante sin respuesta de la vida y de la muerte... ¿Cuál frente a cuál?

Las variadas facetas de su saber y decir están aquí clasificadas en las palabras evocativas de su figura en tan diversos magisterios.

19

Más adelante la lectura y más ratifico el valor de este libro para aquel que, de pronto, se desorienta en múltiples labores.

La lenta lectura que hago me muestra, además, que todo está no planificado, sino elaborándose en la medida y necesidad del avance evocativo, porque las referencias de circunstancias, momentos, anécdotas, parangones, etc., completan una visión de vida que no es biografía, sino un ser que vive en el momento mismo de ser evocado en **su circunstancia**. ¡Y éste es tu verdadero mérito!

20

Y me voy a **Speroni** con esas tus definidas palabras: “ese poeta intemporal”.

Aún lo recuerdo con sus enormes ojos verdes, de mirada penetrante, con expresión no sé si de asombro ante las cosas y las circunstancias, hablando y precipitándose siempre; con su cabello revuelto, el paso largo y rápido.

¡Extensa obra la de este muchacho, para tan breve vida!...

Vivió intensamente sus días existenciales y los agotó en el verso. Todo en él parecía apurar el tiempo. ¿Tuvo noción de esto? ¿Presintió su breve temporalidad? Siempre lo vi apresurándose con paso largo, palabra rápida como si temiera perder algo. ¿Acaso, su vida?

Me he detenido en una reflexión tuya en cuanto a lo **intemporal** que coloca al lector en un plano superior.

No se trata sólo de un adjetivo, sino que sobrepasa su función gramatical para llevarnos a la reflexión. Y ya no es ahora saber si estuvo fuera del **tiempo**. O fue su poesía (su **modus vivendi**) la que realmente estuvo fuera del tiempo.

Como tema de reflexión, sabemos bien que el poeta en el instante creador ya no es él como tal, sino su creación la que toma color, evasión, atemporalidad, pues su naturaleza no encaja ya en límites medibles porque es el acto creador el que posee el tiempo ilimitado, encerrado entre dos puntos: comienzo y fin.

Cuando Hölderlin, el gran poeta alemán, creaba, su mente carecía de límites que excedían la racionalidad. Y esto, lo sabemos.

Su mundo poético brotaba de los abismos de su espíritu y de su mente oscurecida en busca de la **esencialidad** de la poesía, inmedible en términos de tiempo. Entonces, podemos preguntarnos: ¿Hasta dónde su mentada locura? ¿Quién se anima a afirmar su extravío? ¿Se llama “locura” ese “decir” del poeta en trance creador? ¿No dijo, acaso, que el poeta se coloca entre los hombres y los dioses para recibir de éstos la palabra?

Cuando escribí esto ví una cita al pie de página 97 donde tú, también, citas a Hölderlin. Es extraño; no la había leído cuando escribí lo anterior. El trabajo de Heidegger sobre Hölderlin, en este sentido, es esclarecedor.

Ahora intento contestar o contestarme: no es que el poeta se crea a sí mismo como un **dios**, sino que es simplemente un intermediario que recibe la palabra de Dios para transmitirla a los hombres.

Tal vez, como tú dices de Speroni, a propósito de la creación, sueña más que **reflexiona**; no es en realidad un dios, sino un transmisor de la palabra divina.

Comparto tu deducción a propósito del poeta de **paciencia por la muerte**: su intemporalidad, su actitud metafísica, su existencia fuera del tiempo, un estar vivo tanto en la vida como en la muerte, mas prescindiendo de ellas.

21

En cuanto a **Vucetich** es de alabar tu fina sensibilidad e inteligencia para allegar a la pluma la presencia poética de un nicoleño: Nicolás Semorile. A propósito del vocablo **hermes**, en nota aparte.

Estudio sobre su ya universal método identificatorio dactiloscópico en el mundo entero.

Me digo ahora: el autor **De las almas que no mueren** acerca a las páginas la presencia de aquellos que en nuestra ciudad o allegados a nuestra ciudad, dejaron huellas imborrables de su quehacer no sólo en la pluma creadora sino en la cátedra, en la enseñanza, el descubrimiento que eterniza su presencia espiritual en el tiempo y que los hace modelos a las generaciones venideras. ¡Valor sin límites!...

Esta portentosa obra de **Atilio Milanta** se va convirtiendo, a medida que se adentra en ella, en una suerte de libro inexcusable de cabecera; ese libro que no puede faltar en una mesa de trabajo y al que hay que recurrir en la nutricia imponderable de las figuras estudiadas, su entorno, su época, sus circunstancias.

Reflexiones propias, comparaciones, fuentes bibliográficas referentes ineludibles, citas, etc., presuponen un lento trabajo reflexivo, cuidadoso, claro en la separación temática de fuentes, todo lo cual constituye y constituirá una obra ineludible en una mesa de estudio, porque es un amplio abanico abierto conducente a salvar escollos para un lector carente de tan pasmosa radiación.

El estudio sobre el descubrimiento de **Vucetich** se convierte en fuente de estudio informativo en cualquier bibliografía sobre el mismo; ya que el carácter de su descubrimiento implica un reconocimiento como fuente universal sin fronteras, límites ni lenguas.

La información excede los límites de la simple cita; y aquí leo a don Antonio Herrero, con quien comencé una recopilación de las obras de Almafuerde en una edición que había asumido nuestra Universidad y que quedó detenida como tantas obras (Joaquín V. González, Marasso, etc.).

De mi recopilación sobre Almafuerde sólo apareció el primer volumen; el segundo, quedó casi impreso en la Imprenta López con sus originales; pues no alcanzaron a salir porque en ese momento una revolución política echó por tierra este trabajo. Tres años después apareció un volumen de sus discursos (no todos) y, finalmente, se suspendió.

Así parece hacerse todo. En mis manos (en mi biblioteca) quedaron las **Evangélicas** que no se publicaron nunca (a pesar de fallidos intentos). Insistentes llamados y no menos promesas no se superaron en cosa positiva. Sin embargo, a pesar de esto, cada año de su muerte se lo recuerda, pero su obra inigualable duerme sobre cientos de promesas incumplidas.

Y vuelvo a lo nuestro: el trabajo sobre Vucetich debe ser obra de lectura obligatoria de todo estudioso del tema por la información bibliográfica que trae esta obra **De las almas que no mueren**. Considero ser un estudio de incalculable valor didáctico, que se suma, además al **personal encuentro**:

Vucetich – Milanta.

Páginas que se hacen de lectura obligatoria para quien desee sortear el, a veces, complicado estudio académico que suele obstaculizar más que aclarar. Aquí se suman recuerdos de una trayectoria rica en anécdotas, encuentros, que poseen siempre la calidez de las cosas vivas; las que se consideran libres de retórica y que, por eso, destilan un algo imponderable: el calor de la vida vuelta a ser vivida por la recordación.

Estos capítulos dedicados al evocado encuentro –un día cualquiera- con Juan Vucetich, deben ser conocidos y leídos por muchos jóvenes de hoy tan carentes de este tipo de lecturas, ignorantes de tan ricos entretelones espirituales; así como éste, cuando se hacen las cosas verdaderamente perdurables, amasijando sueños, cansancios, hasta que un día Dios pone la mano sobre la inteligencia y el alma y... isale el milagro! Pero, esto lleva su dura cuota: la de largas noches en vela; de fracaso, otras; de quemarse los ojos bajo la luz de una lámpara y, otra vez, la insistencia de volver a probar; el perdurable empuje de la voluntad que arrastra hasta la consubstanciación con su sueño; el sueño que perdurará por siempre en la Humanidad; el de la insondable persistencia; el de la mente que cruza la tierra para servir a la Humanidad. ¡Regocijante placer!

El estilo conversacional de la obra, diría yo, “epistolar”, el encuentro, los diálogos, las certezas, la afirmación del que sabe qué cosa quiere, el amor, la entrega, todo fluye de este libro coloquial, transparente y atrapante entre autor y lector; y afirmo convencida, que estas páginas deben ser conocidas para que los jóvenes estudiantes sepan cómo se descubrió ese sello universal, por la lucidez de una mente tenaz con destino divino que hoy pertenece al mundo entero.

Pienso, creo y aplaudiría entusiastamente si se intentara imprimir un pequeño folleto para los alumnos de la Escuela Secundaria (Colegio Nacional, Liceo de Señoritas, Escuela Industrial, etc.), en donde nada de esto se conoce. Una impresión gráfica económica que se repartiera en todos los institutos de enseñanza secundaria donde nada de todo esto se conoce y sería loable se conociera.

Hacer que el alumno lo lea, lo analice, exponga y, por supuesto, visualice la dimensión de estas entregas cuyo nacimiento es harto desconocido.

Todos hablamos de imprimir el pulgar, pero ¿cuántos saben cómo se llegó a él?

Me he deleitado con estas páginas a las que seguramente volveré muchas veces para refrescar y fijarlas en mi memoria, pues poseen, más allá de la calidez del recuerdo, el valor de la enseñanza. ¡Hay que hacerlo, **Atilio Milanta!** ¡hay que hacerlo!...

Viene ahora un recuerdo personal que vale la pena conocer.

Cuando entré a la Facultad, por el lado de 6, había un gran jardín y una estatua (creo que de Rivarola) y, hacia el costado izquierdo, una pequeña casilla: el Museo Juan Vucetich, dirigido por don Antonio Herrero.

En una pequeña habitación hacia el costado izquierdo, había una bolsa de arpillera en el suelo. ¿Qué contenía? (me siento morir): imanuscritos de Almafuerite! Todos como papeles inservibles que se tiran a la basura. Me puse a arreglarlos; los ordené precariamente; eran páginas vírgenes de poemas y “evangélicas”; versos incompletos del vate, etc.; bolsa que corría hacia otro lugar cada vez que llovía, porque había una gotera que caía sobre la bolsa. Un día para un lado, otro día para otro lado. ¡Es horrendo! Pero, esto lo viví yo. ¡Eran papeles sagrados! ¡Que ironía!... ¡Sagrados, amigo querido!...

¡Vucetich, Almafuerite! ¡Ambos grandes! ¡Ambos humillados!, como cuadra –parece siempre- a un auténtico sabio o a un creador.

Luego yo pasé a la Universidad a trabajar en la sala contigua a la Presidencia (en ese momento era presidente el Dr. Alfredo Calcagno) que fue quien me designó en ese cargo, de modo que nunca más supe qué pasó con la **bolsa** y los **preciosos manuscritos**.

A veces pienso que estas cosas escritas al correr de los recuerdos, deberían dejarse para las generaciones presentes y futuras, porque un día se pierden y ninguno sospecha que estos grandes de la historia no vistieron oropeles de vanidad, sino áureas vestiduras del alma y de la inteligencia con humillaciones!...

Final estremecedor, conmovido con el recuerdo de un grande que cierra esta primera parte del libro. Insisto: un libro que deberá estar en toda biblioteca y al que habrá que volver muchas veces en el diálogo, el hablar, el discurrir con vívida unción espiritual.

22

Y viene una Segunda Parte. Presencia de poetas. Algunos felizmente vivos todavía. Otros que partieron hacia la memoria eterna.

Entre nosotros, compañeros de ideales: **Atanasiú** y, enseguida, el nombre de **Enrique Catani**, amigo de siempre.

Feliz entrega al lector de este “talentoso escritor platense”, dicho con tus palabras, por aquel que no lo cuenta cerca en presencia y con quien se comparte lo serio y lo “en broma” natural de la amistad.

Destaco otra vez la nota bibliográfica respecto a su labor literaria. Lo lamentable es que la obra de los autores citados no aparecen en las librerías porque se instaló la costumbre de que el autor “regale” su libro a los amigos en gesto de amistad...

En cambio, compramos a los autores importados, cueste lo que cueste...

Y el poeta-autor nuestro seguirá siendo pobre...

Fue de buen tino de tu parte incluir su conferencia sobre **Origen de la literatura** con las variantes interpretativas del autor que merecen reflexión. Tu loable, como agradecido acierto, es haber incluido el texto original.

23

Sigue luego **Benítez** y un hermoso soneto.

Enseguida **Bernárdez** con quien crucé larga correspondencia mientras estaba reponiéndose en La Caldera (Córdoba).

Fue autor estudiado en el Seminario de Letras (entre otros) de la Facultad, en la Cátedra de **Carmelo Bonet**, excepcional profesor y amigo.

Bernárdez me envió un ejemplar de **El buque**. Exquisito poeta. Tuve el gusto de que me visitara en La Plata. Esa tarde invité a la nunca olvidada **Cochecha Garay** y, luego, otra tarde en lo de **Elina Storni** con un grupo de amigos.

Tus notas, **Atilio**, son de incalculable valor para quienes –incluso por su edad– no pudieron conocerlo. Veo que muchos recuerdos del quehacer literario y del estudio nos son comunes.

Pero, el “runruneo” de **El manco**, al pie de página, me pareció estupendo por el fino sarcasmo (de casi cuatro siglos): “después vinieron las lecturas y los sueños,/ las glosas y los comentarios,/ los institutos y los departamentos de letras./ Oh, las letras! ¡Y los departamentos!”. ¡Estupendo!

La trágica ironía de esto es que los departamentos siguen. A veces llegamos a dudar. ¡Cuántas veces lo mataron! Pero, ¿murió, en verdad? ¡Oh, no! Siempre será el andante loco caballero más cierto, más verdadero, más sabio; eternamente eterno en su eterna identidad. ¿Quijotesca? ¿Absurda? ¡Sí! Como ésta que nos acorre por unos días solamente; unos breves días de terrenal existencia; ilocos!, de creernos eternos sin medir que cada día transitado en el tiempo es un paso más cerca de la otra intemporal verdad. El, en cambio, está vivo; más allá del límite porque es sueño de grandeza; demasiado sueño para esta brevedad que llamamos “vida”, medida entre el nacer y el morir... ¡Y... nos sentimos sabios! ¿O no?

Voy a **César Bustos** con un: “...O un César en desmandado vuelo”.

La entrega de tu soneto me parece regalo de oro en la imagen: “El sol que ya ha caído. Y en la mente/ yo me vuelvo hacia un cielo atardecido./ Como nube que fue, como algún nido/ que ya cierra sus puertas de repente./ No otra cosa es el hombre”: ¡una nube! Como esa que cruza el alto cielo. ¡Si pudiéramos hacer que estas verdades se tengan presentes siempre para no lastimarnos sino para que la brevedad de la vida fuera un paso de amor por la tierra! ¡Comprender! ¡Nada más que comprender!

24

A esta altura del libro y de su lectura, creo –lo repetiré en cada lectura- no te das exacta cuenta de la impresionante riqueza de instantes hondamente vitales, unos; vivenciados, otros; todos haciendo del total una intemporal mesa de recuerdos, ilustraciones sin artificios (tan comunes en la literatura vacua de nuestros días, a la que llamo pseudo literatura); aquí, todo vive, todo tiene alma, calor y color; las cosas existen, no han muerto y esto es lo maravilloso; no estamos frente a un mausoleo, sino frente a la vida, la que perdura, la que recobra su latir, su sentir y, ¿por qué no decirlo?, la que mata a la propia **muerte**.

Las referencias bibliográficas son aportes de incalculable valor.

El soneto de César Bustos, un magnífico aporte a la validez de su pluma.

25

¿Y **Catani**? ¿Cómo no recordarlo si fuimos condiscípulos en toda nuestra trayectoria universitaria y luego, profesores, ya amigos?

Celebro –y pecho por repetitiva- que este libro debe estar en toda biblioteca, que se precie de tal, por la riqueza informativa que sacaría de apuros a más de uno.

¿De dónde extraerían datos bibliográficos con la amplitud generosa de tu pluma? La presencia de un tiempo compartido es de incalculable valor. Sostengo que este libro debe estar en las vidrieras de cada librería.

26

Y siguen otros nombres nunca olvidados: ¡**Manuel Cazalla**! Amigo queridísimo. Gracias por citarme en homenaje a su recuerdo.

Yo publiqué un largo artículo en “El Día” sobre su poesía. A pesar de su enorme fe en Dios, Cazalla presentía la inquietante presencia de la muerte; no como finitud de vida, sino como olvido de su quehacer poético. Esta fue la razón que me llevó a ese escrito... ¿Por qué dudó tanto? ¡No lo sé! Sus sonetos religiosos son magníficos ¿presentía su pronta partida? ¿Temía el olvido? No era esta vida y su muerte los que acosaban su espíritu; era la muerte del que pasa, del que muere definitivamente en la memoria del olvido total; esa muerte era la que temía; la que hacía descansar sobre el trabajo creativo. Quería vivir en su poesía ¿por qué temió tanto? Sus perfectísimos sonetos vivirán por siempre.

Tu memoración de levantada pluma y penetrante acierto, señala felices líneas comparativas, formales, de su poesía con la música: un Haydn, un Mozart y, yendo más lejos, la Patética de Beethoven.

Finísima relación de un trabajo poético con la música. Y es de buen tino

hacerlo, porque luego las cosas se pierden y, como en este caso, es preciso que sobrevivan los grandes valores creativos para ilustración y guía de los que vendrán...

Voy observando cómo se entrelazan la musicalidad de la palabra poética con la del pentagrama. ¡Labor de quien conoce bien ambas cosas! ¡Feliz recuerdo del ensamble entre ambos!

Y más todavía si a ello se agrega el recuerdo estudiantil.

Por otra parte, **hermoso tu soneto dedicado al noble amigo.**

Estas vivencias bien vale recordarlas para grabar en las jóvenes mentes que no conocieron al poeta y recuperar aquella estremecida belleza de su poesía.

Vuelvo a tu soneto como una principiante y admiro su frescura y resonancia. Extrema sensibilidad. Y todo el libro fuente permanente de consulta para quienes sólo son nombres en su itinerario.

27

Las dos composiciones que siguen en tu libro a **Dario** (...o el vate máximo) y a **Antonio Machado**, son de importancia pues, quizá, no todos las conozcan. La remisión a una bibliografía, incluso poética, que no siempre llega a muchos, salva detalles muy importantes de otros estudios de los años secundarios.

Y así se suceden los nombres de **del Pozo** y un subtítulo: ¡la generación del 30!

Más adelante **John Foster Dulles**. Labor nunca demasiado reconocida.

Tampoco sé si todos los lectores futuros de tan copioso como espléndido libro por su labor mesurada, conocedora a fondo de su quehacer, saben –por ejemplo– quien fue **Carlos Enrique Fontana**; salvo quienes, como tú, estuvieron muy cerca de él, antes y luego de su memorioso domingo, por la mañana, de abril de 1993, para despedir sus restos mortales.

Por eso, insisto: estos datos cobran de pronto valor inestimable. Días, hechos, circunstancias, seres que parten definitivamente y que las más de las veces se olvidan, que se inscriben de pronto en un friso que traduce a las claras las vivencias del poseedor, volviéndolo a la vida en una “presencia” que es ya sólo “nombre” para señalar el entorno que lo reubica en el tiempo finido.

28

Una de las notas que advierten ya claras en la memoración es reconstruir y vivenciar cosas, personas, hechos, nombres, afectos en dispares circunstancias, lo cual hace pensar que quien las emite en tan claros pantallazos no hace más que **volver** a la vida al que ya no la tiene; pero que, sí, revive en

una charla intrascendente, en una consulta y en todo aquello que nos hace pensar que sólo están muertos los que **se olvidan**.

¡Emotivo sentir de poeta y amigo!...Estas líneas “ayudan a colocar”, con reverencia inusitada “el rosario de tu madre en tus manos”..., junto a las palabras de despedida (p. 184).

Recuerdos como éstos no tienen precio cuando se entregan a otros que no estuvieron ni siquiera cerca. Generosa dádiva de emoción y de cariño. ¡Cuánta falta le está haciendo a la humanidad conocerse un poco más y más humildemente limpia! Mas, la apariencia en muchos suele ser traicionera... ¡hasta sucia!

Me parecen finísimas y destaco tus reflexiones sobre qué cosa es un libro a propósito de **Reflexiones de un vigilante** de Carlos Enrique Fontana.

Salta enseguida la densa erudición y conocimiento por el trato familiar con esto que llamamos: **libro**. Entonces, me aferro al inestimable valor que tú mismo no aciertas a conocer cuál es el valor de éste: **De las almas que no mueren**; pues deseando que sean muchos tus días en la tierra, en algún momento dije: **el autor de esta obra es una “de las almas que no morirá”...**

29

Doy vuelta la página y se acrecienta mi descubrimiento sobre lo mucho guardado, sabido, analizado y siempre vivido.

Dos nombres: **Fronzizi** (recientemente ido) y **Kennedy** con una significativa línea dedicatoria: “un nuevo huésped de Lincoln” y un soneto y, luego, **Khrushchev**: “...ese inesperado redentor de prestroikas!” y en otra página impar un sentido soneto.

Y... de sorpresa en sorpresa, ¡ah! **¡Luciani!**, a quien conocí muy de cerca cambiando ideas sobre poesía y sus adyacencias. Reconocí siempre la perfección de sus sonetos que parecen tan sencillos y, no obstante, tan “embromados”, pues en sólo catorce versos hay que encerrar todo; a veces ¡una nada!... No lo he vuelto a ver...

Entra, de pronto, en la siguiente página: **Rosita Castelli**, a quien descubrí en su bellísima poesía y de la que poco pude hablar en la presentación de la tercera Antología nicoleña, en el Colegio de Abogados, recientemente. Debí apretar mucho mi juicio; merece mucho más.

El nombre, ahora, de **Josefina Acosta** resonó en mis oídos y en mis palabras por la perfección de sus sonetos. Creo haberlo dicho alguna vez...

Lástima grande que no alcancé a decírselo a ella de viva voz o por escrito. Quizá, ahora, me esté oyendo desde su tierra celestial.

Y ahora digo: ¡qué buen tino incluir a esta poeta!... En ti habla siempre la limpia amistad.

30

Alcanzando el tramo final de esta enjundiosa obra, leo el nombre de **Molinari**, sobre el cual escribí, alguna vez, a propósito del estudio de otro poeta (ex alumno) un poco mi “hijo” espiritual: Héctor Dante Cincotta, quien le dedicó un libro entero sobre su poesía y que comenté y publicó el diario **La Capital** de Mar del Plata.

31

Y... viene luego **Palacios**... ¡paladín de la libertad y la república...! Según tus palabras liminares.

Pero, llega a mi pluma una anécdota personal que vale la pena recordar ¡vieja anécdota! De cuando el hombre se mide por su grandeza moral.

Aquí va: cuando en días ya lejanos Palacios renuncia como Presidente de la Universidad Nacional de La Plata (1945) y se retiraba **solo** bajando la escalera del patio central siente, de pronto, que alguien lo toma del brazo y le dice: “lo acompaño, doctor”... ¡Era **José Peco**! ¡Qué tiempos aquéllos de honor y respeto por los grandes maestros!

32

Ya casi sobre el final de tan valiosa obra, leo: **Stepinac**, Gran cardenal; **Pío XII**, **Juan XXIII**, **Paulo VI** y un tríptico de hermosos sonetos de voz estremecida confesional...

Luego, páginas finales de lejanas presencias; el **Taller poético nicoleño** con una frase a manera de subtítulo: “...que no es un taller cualquiera y es mi ahijado”; las dedicadas a **Raúl Oscar “Coco” Bach**, a quien escuché muchas veces, “ese poeta incansable del teclado o de El teclado”, según tu acertada definición, y en donde, ahora, caben muy bien ese: “te acordás, hermano, de las viejas calles,/ aquéllas de entonces, con lunas y estrellas,/ los viejos tranvías, silencios lejanos/ y algunas canciones que hoy son presencia?”...

¡Qué retornar en el tiempo! Y ¡qué emoción en el viejo recuerdo!

Y, en el libro, quedarán por siempre más allá de la “mortal vida” para entrar en la “vida inmortal” las últimas líneas: vívidas, plenas; las de los hijos y la de la esposa que partió tempranamente, pero que vuelve cada noche sobre tu almohada: “**iElsa!**”... velando tu sueño...

¡Libro de inusitada emoción: valor bibliográfico y presente de vida más

allá de ésta, vulnerable vida, que gana la **otra verdadera e inmortal!**...
¡Gracias por este regalo para el espíritu!

25 / abril / 95

I

DE LO OPERATIVO Y CONTEMPLATIVO QUE HAY EN EL POETA¹

1

El hombre al ir hacia delante, y en este caso, hacia el tercer Milenio, sin pizca de profética exageración alguna, deja el presente y mira hacia el pasado intentando lograr, de los antiguos, alguna respuesta que le oriente hacia el futuro para saber del **rol de la poesía en el próximo milenio**, que se avecina. Y que el mismo le reclama, sobre todo al poeta.

Encuentra a la historia con las incógnitas de siempre, con sus secretos y perplejidades, cuando no con sus contradicciones, más aparentes que reales, o más reales que aparentes. Pues, el hombre tiene memoria, tiene ayer, así como este efímero presente del ahora fugaz, y también, ese no menos imponderable mañana, ese futuro que tal vez vea con sus acechanzas, misterios y nebulosas.

2

Es así, entonces, que me pregunto ¿qué habrá pensado **Bernardo de Charaval** hace un milenio cuando a fines de su tiempo confuso, difícil, complicado o complejo, sin embargo, acaba con su monjil clausura, monta su caballo monje y caballero, entonces y recorre la Europa del viejo mundo, coetáneo de un hecho que abarca un largo periodo compendiando los siglos XI y XIII: o sea, las 8 cruzadas, de las que el santo conoció las primeras y predicó la segunda?

¿Qué podría haber pensado mil años antes ese postrer profeta del Antiguo Testamento que clamaba en el desierto y anunciaba al que luego vendría con su verbo anunciador y nuevo? “Yo soy el camino, la verdad, y la luz”, con humilde seguridad, luego diría, el legado para salvar y redimir.

¹ Conferencia pronunciada el domingo 23 de abril del año 2000 en la XXVI FERIA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DEL LIBRO (Predio Ferial de la Soc. Rural Argentina, Buenos Aires, Argentina), en la Sala Roberto Arlt sobre el tema **Rol de la Poesía en el III milenio**, por designación de la SADE Central, de la que el autor era vocal titular.

¿Qué habrán pensado, intuitido o deseado, antes, cuantos vinieron con ansiedad de lumbres o sin ella? Y hacia más atrás, aún, en la cuenta regresiva de los siglos anteriores del Cristo, ¿habrían advertido los futuros diseños de las tecnologías, los posteriores diagramas de la salud, la informática de la información, las cumbres de los procesos fabriles de la nutrición, los abonos y las fertilidades, el misterio casi inalcanzable de la vida extraterrestre, el tránsito de la perdurabilidad hacia la inmortalidad de la inteligencia robótica y tantas otras alcornias de las imaginaciones, los desvelos y las necesidades, los empachos, los orgullosos y las ufanías?

Ante tales nuevas edades y milenios que se sucedieron de modo inexorable, ¿qué pensaron, sintieron, vislumbraron sobre las **cosas** que habrían de cambiar, nuestros mayores, teólogos, religiosos, místicos, filósofos, historiadores y poetas?

¿Qué habrá pensado, visto o imaginado el griego **Homero** o el latino **Virgilio**?

Tales ilustres hombres, pensadores y poetas, como es obvio, hoy me dejan solo, aquí, con mi mínima mismidad de siempre recordando al gran vate, que simuló una derrota, pero que encareció el panorama con la perplejidad grande de un sabio al convocarnos en el misterio de **no saber a dónde vamos, ini de dónde venimos!...**

3

Pero, si el desafío es enorme o tremendo, con mis compañeros de la sesión de hoy, en esta sala Roberto Arlt, en las inminencias de un tercer milenio, acaso, ¿no es menos grande la responsabilidad del vaticinio?

Y vaticinio, como se sabe, deriva de **vaticinador** y de **vaticinatoris**, o sea, de aquello que los antiguos nominaron con las voces **vates** o **vatis**, es decir, el vaticinador, el profeta, el adivino, el oráculo o dios que lo pronuncia-, el hermeneuta como el **vates legum** (o intérprete de la ley), o en fin, el **vates maxime venerandus**, como se llamó a **Virgilio** (es decir, **poeta digno de la mayor o más alta consideración**).

Entonces, ¿el poeta se erige en vate, vaticinador o profeta? ¿Y por eso, estamos hoy, aquí, para precisar presagiando o vaticinando el rol de la poesía en los mil años futuros, inciertos, desconocidos, misteriosos, siendo, sin saber nada, y siendo, sin rumbo cierto, y «el temor de haber sido y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto, /y sufrir por la vida y por la sombra y por/lo que no conocemos y apenas sospechamos»?

Tremenda responsabilidad, entonces, para los poetas, presagiar, o al

menos, sin augurar, decir o desear cuál habrá de ser ese rol de la poesía, sobre todo, que decir **poesía**, es decir **verdad**. Y el poeta no se anda con superficiales mensajes de la frivolidad ni de los inventos fáciles ni los encantamientos de los discursos, de las oratorias, de las frágiles seducciones, ni de la simple palabra que conmueve apenas un instante de efímeras ilusiones. Anda con la belleza del pensamiento. Sin lo cual ni hay pensamiento, ni hay belleza.

Ante cada nueva edad como diría **Derisi** -, o época, era, siglo o milenio, quienes allí quedaron convocados, hallaron en sus comienzos un camino de silencio o de estrepitosa aventura, reforma, intrepidez o alteración, por no decir revolución, aniquilamiento o destrucción. Entonces, los atónitos filósofos, pasado el medioevo, tuvieron la lucidez de asegurar que la pasada edad era inconciente de su propia obra creadora hasta acceder a la nueva edad, que intentó, pero no pudo, superar a la precedente. Aunque las diversas revoluciones industriales, tecnológicas, científicas y hasta políticas aparecen avalando los progresos. La humanística sólo quedó muchas veces a la zaga. Quizá, entonces, fueron los poetas los pocos que se ocuparon, con algunos otros pocos, de las más altas y graves preocupaciones de los espíritus, de las inteligencias y de las culturas. Predominantemente, la pluma expectante asumió la defensa y la restauración de la humanística. La pluma de la belleza y del pensamiento.

Los poetas fueron unos de los pocos que nunca se dejaron engeguacer con los tales desalmados avances de las tecnologías, de la mecanización, de las cibernéticas, de las electrónicas y de los desconocidos monstruos que superan aparentemente al hombre en la memoria, almacenando datos, cifras y fechas. Pero, sólo el hombre, el poeta, en suma, tiene junto al canto, el razonamiento de la obra creadora.

Si las ciencias obtienen o logran conocimientos de hechos, éstos luego se decantan en sabiduría cuando acceden a la reflexión de la filosofía y a la exaltación de la poesía.

Y los científicos y los filósofos, hoy, aquí, ¿qué dirían ante el superlativo tema del futuro inmediato milenio pronto a principar, en punto nada más, ni nada menos, que sobre el rol que pueda y deba caberle a la poesía?

4

El poeta dirá que la poesía seguirá siendo y presidiendo, con lucidez, con la verdad y el canto, los cenáculos de los desconsolados de siempre, los desesperados del ayer y los incrédulos del futuro, porque tiene el patrimonio

o la aptitud del consuelo, la virtud de la templanza y los postulados de la fe. El poeta, aunque, aparentemente, grite entre signos de admiración, como **Almafuerte**, al final seguirá cantando como **Virgilio**; y aunque resuene con compases **rubenianos**, finalmente, razonará como **Lugones**...

El poeta comprende mejor que nadie, y la poesía lo demuestra de modo contundente, que, por decir verdad, le asisten la fortaleza, la justicia, la prudencia y la templanza.

El poeta es contemplativo, sí, pero es vate y anunciador. Y sabe que el rol de la poesía en el próximo milenio no dejará de ser, salvo matices, como lo fue siempre: una **claridad insuperable de reflexión**, de **paz**, y de **silencio**, y de **diálogo**, y de **verdad**, y de **fe**. La calma, el dolor, la justicia, la soledad y otras muertes y resurrecciones no escapan a su talento.

Cada vez más, habrá de seguir sabiendo ser todo lo que no pueden ser las demás potencias del alma, de los conocimientos y de las sabidurías. La poesía seguirá ese camino de placidez y luz, de compromiso y permanente desafío. Su prodigalidad, su generosidad, su humildad, su mayor altura ética y estética, serán las herramientas imprescindibles para salvar al hombre del futuro. Llegará antes que todos los demás. Y será la última en retirarse del campo de batalla.

5

Si la poesía no existe en el futuro, se detendrá la historia y el libro ya dejará de ser un misterio para resignarse como algo revelado y definitivamente repetido, que ni valdrá la pena su lectura. La obsolencia y la cosificación desacralizarán su tremenda estatura exclusivamente humanística. Será como un mineral, la petrificación de un árbol o la piedra perdida de la ignorancia.

Pero, existirá la poesía, y existirán los poetas, con esa irrenunciable responsabilidad de irrefutable futuro, que pueden anticipar los tiempos y develar las incógnitas y algunos misterios que, todavía, desconciertan o confunden al hombre de hoy.

El mañana sólo será mañana si ese rol mantiene incólume su pretensión de seguir sirviendo al hombre con lo mejor de sí.

Esa **contemplación** de lo contemplativo, que puede y debe ser la del poeta, no enerva todo lo **operativo** que puede y debe poseer la pluma. Si sólo lo primero, la poesía se reduciría a un mero deleite lírico; y si sólo lo segundo, el cálamo puede transformarse peligrosamente en acero hiriente, agresor y letal.

El rol está signado, entonces, sólo con y por lo operativo que puede y

debe proponer y promover el único veraz contemplativo de la ética y de la estética, y de la verdad, y del pensamiento: **el poeta**.

Porque la poesía no es sólo canto, sino, además, pensamiento, reflexión de conocimientos. Como que el poeta no solamente canta, sino que también piensa. Y además, como vate, augura o vaticina el optimismo y el compromiso del desafío como hoy, que siempre debió asumir y que asumió siempre.

Ante la notoria e inexorable preocupación de la política, en el actual intento de persuadir, sugerir, conmover y convencer a leer (como lo pretende el no del todo convincente Plan Nacional de Lectura), yo convoco a los escritores y sobre todo a los poetas- a escribir mucho y bien, más y mejor. Porque sin ellos no habrá lectura, aunque hubiere muchos hombres con vocación de lectores, que habrán de seguir refugiándose en los venerables viejos y siempre vigentes textos, tales como los de los Poemas Homéricos, o los de la Eneida, o los de la Divina Comedia, o los del Quijote..., aunque partiendo siempre de la Biblia (!), siempre el libro mayor, prototipo y arquetipo. Después vienen los demás, a su turno, con preeminencias, desconsuelos, injusticias, o...

II

LA JUSTICIA

Como sentimiento, como un valor, como un concepto y como una de las cuatro virtudes cardinales... En todos los casos, la gente sabe qué es la justicia, en qué se diferencia un hombre justo del que no lo es, y en suma, qué se entiende por «justa ley» cuando se alude a esta expresión en los juramentos de post grado en la facultad de Derecho de la universidad Católica platense.

Por más que se quiera darle vuelta al asunto, la «idea» es clara en el sentido de que la justicia podrá ser estudiada o analizada desde el punto de vista filosófico, jurídico, teológico, axiológico, semántico o sentimental, pero el hombre sencillo o simple, no superficial, sabe muy bien lo que es justicia, qué es lo justo. Después de ello, sabe mejor qué es la justicia social, entre otras «justicias» que ahora no vienen al caso mencionarlas.

Ulpiano ya enseñaba en el **Digesto** (1, 1, 10) que la justicia es la constante y perpetua **voluntad** de dar a cada uno lo que “le corresponde” en derecho (**Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi**). Y si mencionaba el “derecho”, y no la “ley”, no es porque las dos cosas sean idénticas, cuanto porque si la “ley” puede ser injusta, el “derecho” no.

¿Y de dónde nace, parte o proviene ese «sentimiento» si no de lo primero? Luego vendrán los estudios, los fundamentos y las valoraciones como para sustentar la validez de esa primogenitura que es el **sentimiento**.

Y como no podía ser de otra manera, la antigua legislación hispana (**Partidas**) disponía, consecuentemente con el derecho romano, que la justicia es la «raigada virtud que dura siempre en las **voluntades** de los homes **justos**, e da e comparte a cada uno su derecho igualmente», pues «enseña a vivir cuerdamente sin yerro e con mesura, que mejora a los buenos y que corrige a los malos por la pena, haciendo vivir a cada uno en paz según su estado», teniendo tres mandamientos fundamentales: «1º) que home viva honestamente; 2º) que non faga mal ni daño a otro; y 3º) que dé su derecho a cada uno».

En un sentido ético, según **Couture**, se trata de la virtud consistente

en la disposición del **ánimo** de dar a cada uno lo que le corresponde, ni más ni menos de lo que decía **Cicerón**, mucho antes, referido a aquello de practicar la justicia (**justum ac ius colere**). De todo **querer (wollen)** humano, decía **Stammler**, cabe preguntar si le corresponde categóricamente, como predicado, la rectitud; pues, el **querer** será recto cuando su materia esté, en consecuencia, ordenada en una forma armónica de carácter absoluto (idea de la rectitud). Por lo tanto, la justicia es la idea de la rectitud aplicada al **querer** entrelazante, en una absoluta armonía conforme a la cual el hombre ordena la materia jurídica. **Aequitas praefertur rigori...** Efectivamente, cuando los clásicos dijeron de su preferencia por la equidad antes que el rigor; pues, como decía **Paulo** en el **Digesto** (50, 17, 90), en todas las cosas, y en el derecho sobre todo, debe contemplarse la equidad (**In omnibus quidem, maxime tamen in iure aequitas spectanda est**). De allí es que, en el derecho romano, en todas las cuestiones, prevaleciera siempre el criterio de la justicia y equidad antes que el del derecho estricto (**Codex**, 3, 1, 8: **placuit in omnibus rebus praecipuam esse iustitiae aequitatisque, quam stricti iuris rationem**). En fin... **ubi aequitas evidens pascit, subveniendum est**, como dijo **Marcelo** (**Digesto** 50, 17, 183): cuando una evidente equidad reclama apartarse de las formas solemnes, hay que acudir en su ayuda.

Ahora bien, no cualquiera puede, so riego de arbitrariedad sobre todo, en estos tiempos de irreflexión, voluntarismo e ignorancia jurídica-, proveer la razonable adecuación (exigida por la **aequitas** o **aequus**) del llamado derecho positivo a los hábitos, costumbres, sentimientos e instintos morales e intelectuales arraigados en la conciencia colectiva (Iglesias), pues no basta una supuesta regla lesbia, **in abstracto**, sino una «clara y concreta observación de la realidad» para advertir la cotidiana mudanza que ofrece u ostenta la vida social. Si el derecho no es capaz de plegarse a las singulares contingencias de cada hecho, negocio o relación, el **ius** (derecho) conduce irremediabilmente a la iniquidad: **summun ius, summa iniuria** (Ib.).

Decía Iglesias que esa virtuosa acomodación del derecho a las nuevas exigencias de la vida y de la realidad, en Roma, fue llevada a cabo por el **pretor** y los **emperadores**, bajo la **prudente** guía de los **juristas**. Hoy no conozco muchos pretores de tal calibre, ni emperadores, ni juristas.

Más adelante, en Roma, ya en los tiempos justinianos, y con inocultable influencia (aristotélica) de la equidad de la cristiandad, se asigna a la **aequitas** el significado que conllevan las voces **humanitas, pietas, benignitas, charitas, benevolentia**.

La justa adhesión o adherencia de la ley vigente a la mudable o mudadiza vida social, la de todos los días, es la verdadera **aequitas**, la que en la época de Justiniano alcanzó ese nivel de alta justicia «de pura raíz ética», y «en cuyo nombre se ha de actuar con amor» (caridad), aquella de la que no creo que nadie, en ninguna latitud, haya podido superar, ni siquiera igualar.

Por ello, conviene saber que algún valor, importancia o significado puede tener la irremplazable voz **jurisdicción**, tan vapuleada y utilizada para tantas cosas que nada tienen que ver con la verdadera jurisdicción, la que, de paso, tiene raíz romana, como que su concepto resulta ser claro, nítido, concreto. Jurisdicción consiste en la potestad del estado de declarar el derecho con fuerza de verdad legal, como decía Jèze. Esto es, decir el derecho por intermedio de los órganos competentes (jueces) en los casos litigiosos, controvertidos, que sean sometidos a su decisión (sentencia).

Jurisdicción es **ius dictio**, decir (declarar) el derecho, aplicando la ley con equidad. Y cuando se es juez, no sólo técnico o jurista, sino algo más que todo cuanto puede darle la escuela, la academia y los estudios, el magistrado si sólo se vale del concepto o el estudio axiológico de la justicia, olvidándose del sentimiento, de la **voluntas**, o en suma, de la «corazonada», sin duda, habrá de estar perplejo o dudoso en la decisión. Por no decir equivocado, o lo peor, arbitrario. «Corazonada» no supone voluntarismo, sino esa voluntad (**voluntas**), esa disposición de los «hombres justos», único modo de proveer «cuerdamente sin yerro e con mesura» para lograr lo que finalmente se corresponda con la aequitas: «que dé su derecho a cada uno».

Debo dejar testimonio del origen de esta breve nota sobre la justicia. Cuando me encontraba ejerciendo la magistratura en el platense Tribunal del Trabajo N°1, a principios de la década del 80, me visita el decano de la Facultad de derecho de la UCALP designándoseme profesor titular de derecho romano de la aludida unidad académica, y a la vez, solicitándome el presente estudio para su publicación en la revista de dicha universidad, el que le hice llegar unos días más tarde. Afortunadamente, hallé la copia del mismo extraviada entre unos legajos de archivo, y por justicia y dignidad, decido incluir este trabajo en este libro, porque nunca tuve noticias de la prometida publicación; y sobre todo, porque como juez laboral, nunca estuvo ausente en mis sentencias, además de la inteligencia y el conocimiento, esa convicción de la prudente, ética y eficaz “**corazonada**”.

III

LA LITERATURA UNIVERSAL HACIA UN MOMENTO CUALQUIERA DE CUALQUIER LUGAR DEL MUNDO¹

1

Alguna vez Ortega sostuvo que lo peor que le puede pasar a una latitud cualquiera del planeta es que no le pase nada.

Esta afirmación consolida reflexiones que algunas eminentes cátedras universitarias platenses han sostenido en punto a que la misma puede ser trasladada, con eficacia y certidumbre, a extensiones o instancias mejores y mayores, como pueden ser las naciones, o mirando en sentido macroscópico, a espacios continentales o hemisféricos, e incluso, a todo el planeta. Pero, asimismo, y en sentido inverso, o microscópico, puede reducirse a regiones, instituciones sociales o políticas y pequeñas asociaciones culturales, sociales o literarias de ésta como de otras localidades. Incluyo, sin hesitación, al hombre mismo, a todo el hombre, al hombre todo, significativo y significativo centro y fin de todas las instituciones. Lo peor que le puede pasar al hombre es que no le pase nada. Y además, porque él tiene mucho más que ver, de lo que el mismo hombre lo supone, con la literatura no meramente literaria, y su extensión de universalidad.

El origen de la literatura y el fin de ella, no puede entenderse sino con la dimensión del hombre, y sobre todo, con todo cuanto él quiera y pueda darle de universalidad, ya con los temas trascendentes o capitales del hombre mismo y de su existencia, ya partiendo de lo particular para poder acceder a lo universal, como a su turno enseñaba Battistessa en una disertación platense de añorados viejos tiempos de la estudiantina universitaria.

He sostenido en otras oportunidades una verdad no ignorada sino por pocos, pues la sostuvo hace dos centurias un poeta, filósofo y crítico británico, como Coleridge, de que todo hombre nace platónico o aristotélico.

¹ Conferencia pronunciada en 16 de agosto de 1998 en el salón de actos de la Escuela Normal Superior "Rafael Obligado" de San Nicolás, en el 2º Encuentro Nacional de Escritores convocado por la SADE San Nicolás (Emilse Ríos, presidente; Rosa María Castelli, secretaria).

En efecto, se es **platónico** cuando existe correspondencia con lo genérico, o si se quiere, con lo **universal**, o sea, con todo cuanto persiste o perdura bajo la **apariencia mutable**. O se es aristotélico si, en cambio, el hombre adopta una postura con enfoque individual, temporal o de circunstancias, lo perecedero, o si se prefiere, lo mutable, aunque pretenda simular una apariencia inmutable.

Estas dos líneas de pensamiento no han sido ajenas en el cuadrante de toda literatura que se precie de universal, ya la de todos los tiempos, ya la de una época, como el famoso siglo de Oro español, ya el de un hombre: como son aquellos nombres tan graves o grandes, como León Bloy que nos hace decir que la literatura francesa se divide en dos partes: la que termina y la que comienza con él. O Cervantes. O en la Argentina, del siglo XX, **Lugones**, y en el anterior, el XIX, tal vez **Sarmiento**.

Pero, ¿estos hombres fueron de aquellos que nada les pasó o contrariamente fueron a quienes les pasaron cosas? Y además, ¿fueron platónicos o aristotélicos?

2

Mas, he dicho recién algo sobre el origen de la literatura, justamente el título de una conferencia que, hace casi tres decenios, Andrés Homero Atanasiú pronunció en la SADE platense, entonces bajo mi presidencia, y en la que quedó perfilado un interesante planteo o pregunta que no puedo sino dejarlo citado aquí, pues me iría demasiado largo y lejos, además de tenerlo sabido y editado en mi libro «De las almas que no mueren».

El origen mismo de la literatura no puede desentenderse del origen de la palabra. Cuando nace ésta, comienza a nacer, a adquirir personería y personalidad la literatura. Sin el cobijo de ella y sin su sostén o soporte no es posible hablar de literatura, ni menos de la universal.

Unamuno explicó en otra conferencia que la palabra está en el acto mismo de la creación. Y si no adviértase qué y cuánto enseña al respecto el libro del Génesis, es decir, la primera página de la Biblia: «Dijo, pues, Dios: Sea la luz... Dijo asimismo Dios: Hay, un firmamento en medio de las aguas que separe unas aguas de otras... Y Dios siguió diciendo... A su turno, San Juan Evangelista habla del Verbo diciendo:

In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum,
et Deum erat Verbum.

O sea, «**en el principio era ya el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios**».

Esta maravilla del texto y de todo cuanto de misterio y revelación encierra, hace que la palabra esté tan en la creación misma como en la propia existencia y esencia del hombre. El hombre vive, indudablemente, en estado de verbo, en estadio de palabra... Aunque no es difícil reconocer el origen de la palabra en el hombre. O sea, ¿cuándo y dónde comienza el hombre a articular voz, a emitir vocablos que, en abstracciones, contengan significados, y además, que los tales vocablos se conecten o entrelacen y digan algo más que un solo concepto emitido a través de un nombre.

Algún travieso humorista dejó anotado que, si bien con respecto al origen de la palabra no hay ninguna teoría que haya sido refutada con suficiente éxito por otra, es lo cierto que existen algunos indicios, tales como las muecas, los gestos, la mímica, que son los que quizá habrían precedido a las expresiones orales de nuestros antepasados. Ya un ademán, por ejemplo, habría adquirido la virtud de exteriorizar una frase en el aire. Sobre todo, en ciertas épocas en que, por faltar abogados, políticos, conferencistas, lenguaraces y charlistas de toda laya, el prójimo se resignaba o conformaba con sugerir lo mínimo, aunque no fuera todo. Quizá, el lenguaje oral habría nacido con la noche, si por tal se entiende la oscuridad, la tiniebla o lo parecido a eso ausente de luz que impedía ver los gestos o las muecas. O aunque no fuera tanto así, sino cuando el simple fuego de las fogatas no eran lumbre suficiente como para ser luz que permitiera al cavernícola entender la mímica de sus interlocutores. Por eso, la voz que vino después, no necesita ser vista, porque le basta con ser oída, quizá fuera la que reemplazó eficazmente, hasta cierto punto, al ademán, que estaba expuesto a la vista de todos. La palabra, en tanto, es confidencia, sigilo, secreto o conspiración, la lírica, la amenaza de pasión y de muerte. ¿Quién puede tener hoy la clave de ese lenguaje de la noche o de la oscuridad, tan invisible, pero audible, si no quien pretende traducir toda la historia de la literatura en una osadía como la presente, como la mía, como ésta, en un discurso que pretende cerrar o dar clausura al **2º Encuentro Nacional de Escritores** convocado por la Seccional nicoleña de la Sociedad Argentina de Escritores?

Entonces, ¿quién o quiénes forjaron, a su turno, ese momento cultural perdurable al que, enfáticamente, se le dio en llamar «literatura universal» sino a la única protagonista de todo ese proceso que es la palabra, y con ella, el que la esgrime, la pronuncia o la escribe, que es el hombre?

Luego de pasar por esa edad media española de la poesía épica (o narra-

tiva), de la poesía lírica, de la poesía dramática (aunque de escasos testimonios), de ciertos nombres prominentes (como los de **Alfonso el Sabio** en el s. XIII, o el **infante Juan Manuel** en el siguiente), así como a los mesteres, menesteres o imperium, ya de los juglares, ya el de los clérigos, con sus correspondencias de los mesteres de la Juglaría y los de la Clerecía (el Mio Cid o Gonzalo de Berceo, entre muchos otros, o el libro del Buen Amor del **Arcipreste de Hita** (por el 1300) y el **Conde Lucanor** del **Infante Juan Manuel** o el portentoso monumento jurídico, histórico y político del citado **Alfonso X**, en que se accede a la transición de dicha edad media española hasta el reinado de Carlos I, el de los romances y romanceros, así como la inmensa masa poética del **Marqués de Santillana**, que alguna vez dijo esta hermosura:

Moza tan fermosa
non vi en la frontera
como esa vaquera
de la Finojosa,

o las coplas, elegías y estrofas de **Jorge Manrique**:

Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando.

Y un más luego esa tragicomedia maravillosa de **Calixto y Melibea** de don **Fernando de Rojas**, comúnmente llamada **La Celestina**, y otros nombres del período (como **Juan de Mena** o **Fernán Pérez de Guzmán**, para no citar a tantísimos otros), adviene la famosa época clásica de la **Casa de los Austria**, entre los siglos XVI y XVII, centurias que recibieron el justo nombre de siglos de Oro, más concretamente entre los años 1550 a 1670, los que coinciden extrañamente con el estupendo episodio histórico llamado del Renacimiento, con este llamativo y principalísimo ingrediente: que, como lo sostiene Berenguer, el Renacimiento español, principalmente por motivos de índole religiosa, atemperó el carácter paganizante que tuvo en Francia e Italia, predominantemente la religión politeísta greco-romana. No obstante,

durante esta época, España mantiene una intensa y frecuente relación intelectual con Italia, relaciones que, iniciadas en el s. XV, en especial durante los reyes Católicos, fortalecieron más tarde con el advenimiento de la dinastía de los Austrias, debido, principalmente, a los numerosos intereses políticos y económicos que España tenía en Italia sobre varios territorios donde ejercía poder eminente, así como consecuencia del natural prestigio de los estados italianos, cunas del renacimiento y laboratorios donde se experimentaban los nuevos caracteres de la cultura occidental. La literatura, no sólo estaba expectante, sino que tenía un protagonismo indiscutible y universal, además de las otras manifestaciones del arte.

3

Aquí aparece uno de los fenómenos más interesantes de todos los tiempos, sobre todo, **en la poesía lírica** en cuyo texto originóse la llamada **reforma «italianizante»**, en especial en los inicios del s. XVI. El **marqués de Santillana** ya había expuesto esos sonetos «fechos al itálico modo» y **Dante** ejerció un influjo notorio y una gravitación que todos reconocen en los poetas del s. XV, a tal punto que el mismo **Petrarca** no era suficientemente conocido antes de la época imperial.

Juan **Boscán de Almogáver** y muchos otros (algunos olvidados) aparecen en la escena. Pero, sin descuidar los nombres, conviene puntualizar junto con el soneto, las nuevas facilidades de acentuación en el endecasílabo, ya en la **sexta** sílaba, así como en la **cuarta**, o en la **cuarta** y **octava** o en la **cuarta** y **séptima**. Aparece la lira con sus heptasílabos en los versos 1´, 3´, y 4´ y endecasílabos en los 5´ y 7´. Mucho tiempo después, **El Buque de Bernárdez** fue escrito en su totalidad en dicha versificación. Y en aquella época, **la quinta canción de Gracilaso. La lira también tiene origen itálico.**

Asimismo, aparece la octava real (también llamada octava rima), o estrofa de ocho versos endecasílabos rimados así: 1´, 3´, y 5´; 2´, 4´ y 6´; y por último, el 7´ y el 8´, por ejemplo **el Canto V de la Araucana de Ercilla.**

Así como los famosos **tercetos** o terceros de la **Divina Comedia.**

4

Gracilaso de la Vega es el ejemplar indiscutido de caballero, cortesano, soldado y poeta de la corte de Carlos I, modelo de los arquetipos del renacimiento, que nació en Toledo en el 1503. Con sus **églogas**, que se trata de lo más exquisito de su obra lírica, escritas en estancias o en terceros, parte

en endecasílabos sueltos con rima interna, y parte, en estancias.

Fray Luis de León, Francisco de la Torre, Fernando de Herrero.

iQué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en mundo han sido!,

dice el famoso **Fray** en su **Vida Retirada**, **Fray Luis**, que nació en Belmonste (Cuenca) en 1528 y murió a los 63 años en Madrigal, tomando los grados en Salamanca en 1560 y la Cátedra de Teología al siguiente año; pero, el Santo Oficio, en 1572, lo procesó y condenó por traducir directamente del hebreo el «Cantar de los Cantares», retornando 4 años más tarde a dicha cátedra, diciendo:

Dicebamus hesterna die Y como decíamos ayer.

Aunque no sólo cuanto vengo diciendo tuvo origen itálico, sino además el movimiento que fue conocido con el nombre de «**humanismo**» iniciado por el **Petrarca**, además de otros nombres como **Boccaccio**, **Lorenzo Valla**, **Teodoro Gaza**, el arqueólogo **Ángel Poliziano**, entre muchos más, movimiento que se lo puede caracterizar como aquel de los primeros siglos del Renacimiento con el deliberado propósito de revalorizar al **individuo frente** a cierto concepto generalizante o colectivo del medioevo, encendiéndose el entusiasmo por los estudios de la cultura clásica grecolatina, para lo cual se presentaba la vida de aquellos años y de aquellos pueblos como un **ideal literario, político y social** (comenzando dicho movimiento en la Italia del s. XIV, propagándose en toda Europa los dos siguientes siglos).

Toda esa lumbre del pensamiento humanístico, vuelve a tener su trasfondo, ya no sólo en estos últimos autores, sino propiamente hasta en el mismísimo Fray Luis cuando remata en una de sus más inspiradas composiciones, en platónico fragmento, lo siguiente:

toma a recobrar el tino,
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Platón enseñaba que el alma, antes de degradarse en su unión con el cuerpo, ha contemplado frente a frente las ideas, las que, luego, quizá ha **olvidado, sin perderlas**. De esta suerte, el conocimiento en el hombre no es más que el despertar de aquellas ideas dormidas, olvidadas. Y tal despertar, puede lograrse de dos modos: el racional (o conciente), propio del conocimiento científico; o del modo inefable porque es inexplicable mediante la palabra- o intuitivo (porque el espíritu conoce sin necesidad de razonar, en un acto único, instantáneamente de una idea, de una verdad).

Cuando, posteriormente, luego de otros no menos importantes, aparecen los escritores religiosos en el esplendor del s. XVI, sin embargo, los estudios decidieron establecer que, en poesía, por ejemplo, **místico** no es similar ni se identifica con lo **religioso**, pues lo religioso, que tiene que ver con los **mesteres de clerecía**, caracteriza una manifestación de la piedad y el sentimiento devoto mediante el verso **épico** (pues, se escoge uno de los tres géneros literarios en el que se narra, predominantemente, en poesía, hechos remotos, legendarios o históricos) o el verso lírico (integra con el anterior, épico, y con el dramático, la tríada de los géneros literarios, en el que el poeta canta sus propios sentimientos: alegres, en la oda; tristes, en la elegía; o indignados, en la sátira). **En la mística**, en cambio, existe una inculcable unión espiritual del creyente con Dios.

Los grandes **ascetas**, como **Fray Luis de León** o **Fray Luis de Granada**, no llegaron a la mística de los carmelitas **Santa Teresa** o **San Juan de la Cruz**, ambos del s. XVI.

5

Alguna vez Berenguer dejó el diseño fundamental en la descripción sobre aquella piedra colocada en el punto geométrico más alto de la curva de un arco, al que se llama en arquitectura la «piedra clave». Pues bien, en el notorio arco ascendente de la literatura europea, y específicamente, la española renacentista, aparece, sin discusión, la extraordinaria figura de **don Miguel de Cervantes Saavedra**, simplemente **Cervantes**, y simplemente, **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha** (o mejor: El Quijote), que vio a luz en el 1605, en su primera parte, y diez años más tarde, en su segunda.

Aunque Cervantes no es eso y la culminación de esta grandeza tiene que ver, asimismo, con el teatro, donde predomina la múltiple y compleja personalidad de **Lope de Vega** y su obra de fino ingenio y gracia singular. Así como **Tirso de Molina** y **Ruíz de Alarcón**, entre tantos otros.

Luis de Góngora, Calderón, Quevedo, Gracián, son otros nombre del tiempo, a los que se pueden agregar cuantos después vinieron en las posteriores centurias de los **borbones** (Felipe V, Luis I, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV), para acceder al atrayente siglo XIX y el presente, que está próximo a extinguirse hacia el tercer Milenio. Allá se ven a Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Machado, Unamuno y Juan Ramón Jiménez; así como a quienes conformaron el ultraísimos (grupo juvenil estimulado por **Ramón Gómez de la Serna**, dispuesto a encarar un cambio total en el enfoque de la poesía), **García Lorca y la generación² del 27**, Guillén, Alonso, Aleixandre, Cernuda, Miguel Hernández, Ridruejo, Pío Baroja, del Valle Inclán, Miró, Pérez de Ayala, Camilo José Cela, Jacinto Benavente, los hermanos Alvarez Quintero, José Martínez Ruiz (Azorín), Casona, Vallejo, Ortega y Gasset, Alcalá Zamora, Sanchís...

Esta apurada referencia, por demás sinóptica y un laconismo lo más claro que me hube propuesto, si bien atinge al idioma o el habla de la imperecedera y latina España, con el mayor respeto no olvida ni desdeña la de las otras lenguas: inglesa, alemana, rusa, francesa, o griega.

Pero, invitado y tal vez compelido simpática y diplomáticamente para que hoy yo estuviera aquí, casi de incógnito, por suerte, porque los medios locales escritos, afortunadamente, me han silenciado, lo que mucho agradezco, y sobre todo, indicado el abismal y altísimo tema de la «Literatura Universal», no puedo dejar de expresar un par de cosas que me parece se corresponden con esta loable inquietud nicoleña de revivir, o al menos, recrear, con este 2º Encuentro, el del anterior, así como el de intentar otros emprendimientos similares que prestigian la vocación cultural, literaria y específicamente poética de estas latitudes, donde nació uno de los grandes y no suficientemente recordado, como el autor de Oda provincial, Horacio Rega Molina.

Esas «**cosas**», a las que aludió alguna vez Ortega, y a las que recién he aludido yo, son justamente la síntesis y conclusión de lo que me habría propuesto al principio.

En primer lugar, lo peor que le puede pasar a San Nicolás, a las seccio-

² Palabra “generación”, referida a la del 27, y con valoración universal, digo que entiendo por ella, con cita de Lewkowicz, Peyre, Pagés Larraya, Raimundo Lazo y Cambours, entre otros, no a ciertas edades o superficiales referencias de ámbitos temporales, sino a un cierto conjunto de escritores que inician una empresa literaria en torno a una fecha decisiva central (la ya citada del 27 garcialorquiano, o la del 30 de Maruja de Villarino, o la del 40 de Speroni, García Saraví y otros, por ejemplo), quienes, identificados por ideas similares, tendencias armonizantes y similitud de ideales, se unen o agrupan en la búsqueda de la meta común.

nales nicoleñas de la SADE y de la SEP, así como a las demás instituciones lugareñas, es que no les pase nada. El 2º Encuentro es la ocasión. Por eso, invito a todos los ilustrados participantes a que le den trascendencia al mismo y se apresten para el Tercer Encuentro que, sin duda, será convocado pronto, o sea, mucho antes de que transcurran dos decenios. A tan augustos participantes, les sugiero intenten la trascendencia humana, humanística, cultural y literaria de este encuentro, para venir con nuevas propuestas y experiencias para el Tercero.

En segundo lugar, que se sepa que el origen de la literatura, tan emparentada con la génesis de la palabra, tiene su principal apoyatura, basamento o soporte en el hombre, quien es, finalmente, el destinatario de todas las instituciones, comenzando por el Estado; pues, éste, es para el hombre y no el hombre para el Estado.

El Verbo, esa palabra de Dios, ya recordado, que fue en un principio, como que todo fue palabra y ésta estaba en Dios. No podía ser de otra manera si no que el hombre vive en estado de palabra.

Entonces, para culminar con el interrogante mayor, yo me pregunto sólo lo siguiente, y que ya tiene respuesta: ¿La literatura es sólo literatura?

Y yo respondo: la literatura, si es sólo literatura, no es literatura, pues para que lo fuere, con o sin prescindencias platónicas, aristotélicas y generacionales, no sólo debe ser mera «literatura». Si la literatura es la culminación del humanismo exteriorizado con belleza, que cada uno, a partir, de hoy, comience a pensar en qué consiste eso otro que la sola literatura no tiene y que necesita o ha menester para que sea cabal literatura. Y sin la cual, deja de serlo.

Alguna lejana pista está en el Quijote. Y un poco más cerca en las Odas Seculares. Y aquí nomás, al lado de Uds., la Oda provincial. Cervantes, Lugones, Rega Molina...

IV

HOC PACTO...¹

Como decía **Cicerón...** O sea, «en virtud de este pacto». Y así fue nomás, ya no tanto a partir del art. 121 de la Constitución Nacional que habla del poder no delegado, y por lo tanto, del que se reservan las provincias, así como «el que expresamente se hayan reservado por pactos especiales al tiempo de su incorporación», cuanto por el emblemático preámbulo que diseña todo el derecho público constitucional, provincial y municipal; ya que, luego de exponer enfáticamente sobre el verdadero, principal y primer Congreso General Constituyente integrado por los representantes del pueblo de la Nación Argentina y por voluntad y elección de las provincias que componen a aquélla, lo hacen en «cumplimiento de pactos preexistentes».

Esto habla a las claras de la trascendencia y perdurabilidad del famoso Pacto Federal del 4 de enero de 1831 y del Acuerdo de San Nicolás del 31 de mayo de 1852, entre otros que habré de enunciar luego.

San Nicolás había sido fundada por don Rafael de Aguiar el 14 de abril de 1748 hace poco cumplió sus 258 años de vida- y estuvo más de una vez en las miras de gobernantes y políticos, tales como Sarmiento que la indicó como una de las mejores alternativas para instituir la en la Capital de la Nación; y como sostiene García Belsunce, su desarrollo aseguró, a su turno, la comunicación con Rosario e hizo posible que fuera una escala inevitable. Mitre, después de Pavón, refugióse en San Nicolás, siendo un inmejorable puente entre Santa Fe y Buenos Aires. Antes de la implementación del puente Zárate-Brazo Largo, San Nicolás fue la única comunicación con las demás provincias. Esto explica, entre otras razones, la preferencia que tuvo Urquiza, después de Caseros para convocar a los gobernadores a fin de lograr la institucionalización definitiva de la nación mediante la Carta Fundamental.

¹ Conferencia pronunciada el 31 de mayo de 2006, en el acto organizado por el Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura **Leopoldo Lugones** (en conmemoración del 154º Aniversario del Acuerdo de San Nicolás), llevado a cabo en el salón del Instituto Platense de Cultura Hispánica (6 N° 1040, La Plata).

La Plata estuvo posteriormente en las conversaciones tendientes a la misma intención de unión nacional, pues los hombres gravitantes del 80 escogieron a Dardo Rocha para fundar la ciudad capital del primer estado argentino, estado éste que cedía nada menos que su capital de siempre, la Ciudad de Buenos Aires, para Capital Federal. La diferencia en tales consolidaciones fueron que San Nicolás existía desde hacia mucho tiempo, en tanto que La Plata se instituyó en la ciudad milagro.

Esto explica, también, el misterio que rodea siempre estas actividades fundaciones del hombre, así como la existencia misma de las ciudades fundadas. En las paredes de los edificios públicos de La Plata no faltan los cuadros de Rocha, así como en las de San Nicolás los de Aguiar.

Se ha dicho, con sobrada razón, y no en bocas nicoleñas, que el Acuerdo se celebró en San Nicolás porque se trataba de un punto en el cual, aparte de las notorias comodidades de circulación que ofrecía máxime en una organización tan importante como se iba a dar-, era el espacio natural que, estando dentro del territorio de esta Provincia de Buenos Aires, hacía olvidar y hasta hacía desaparecer ciertas presiones que se hubieran suscitado si la reunión habríase realizado en Santa Fe o en Entre Ríos. Indudablemente, y para muchos hermeneutas de la historia política, la elección de San Nicolás reveló la virtud de prudencia política por parte de Urquiza, que después de Caseros demostró no ser sólo un gran militar.

Ya San Nicolás, asimismo, tenía precedentes de trascendencia como el Pacto de San Nicolás celebrado el 22 de agosto de 1820, entre Buenos Aires y Santa Fe, que se dio en llamar el Tratado de paz perpetua de Tiburcio Benegas; y que de paso, fue uno de los muy pocos tratados de paz que se cumplieron en nuestro país. El Acuerdo de 1852, será el otro único tratado que cumpliéndose al año siguiente de 1853 con la sanción de la Constitución Nacional.

Quizá, en la época de la celebración del Acuerdo del cual hoy evoca todo el país su 154 aniversario-, existía un sentimiento predominantemente federal y una ideología política emparentada con el liberalismo, dos componentes caracterizantes de los federales entrerrianos y de otras latitudes provinciales argentinas, habiendo desaparecido virtualmente el clásico unitarismo que dividió al país decenios atrás. Salvo ciertas excepciones, como Valentín Alsina y unos pocos que quedaban del caduco pasado de la Asociación de Mayo.

Si el acuerdo de San Nicolás, aún con la provisional oposición de Buenos Aires, fue el reconocido único instrumento eficaz y valioso jurídica y política-

mente, convocante de una asamblea nacional y constitucional, nunca existió un argumento que lograra desvirtuar que todo ese proceso no se hubiera podido lograr si no con el convencimiento de todos los gobernadores. De no haber sido así, hubiérase intentado con la voluntad exclusiva del vencedor. Aquí se pone en evidencia la esclarecida voluntad de Urquiza al escoger el camino ineluctable del Acuerdo. Lo demás advendría por añadidura. Como si Urquiza hubiese sabido de Cicerón: Hoc pacto... En virtud de este acuerdo.

La oposición de Buenos Aires hubiera terminado en un desastre si no hubiese aparecido la única figura de contrapartida de Urquiza que hubiese tenido el talento político de acordar con el entrerriano: Mitre.

Pero, esa oposición se inició no sólo en las cuestiones constitucionales, predominantemente teóricas, sino también en un problema del llamado «imaginario» político de Buenos Aires de entonces, ese Buenos Aires que venía de un gobierno fuerte y que se preguntaba esto: ¿y si cambiamos uno y ahora viene otro? ¿Cómo desvirtuar tal «imaginario»? Los famosos discursos en la legislatura porteña o la gran polémica entre López, Mitre y el resto de los legisladores, a su turno, fueron ilustrativos en el apuntado sentido. Si se los lee con sensatez y desapasionada reflexión, se concluye que, a tenor de todo cuanto cada uno sostenía en sus diferencias y distintas posiciones intransigentes, si se quiere, se concluye que todo eso condujo, en definitiva, a que se concretara una unión nacional. Y si se tardó por la oposición de Buenos Aires al no concurrir a la Convención del 53, la reacción de Buenos Aires, sin embargo, acelera un proceso de compromiso y entendimiento cuando el propio Mitre se opone a que se declare autónomo el estado de Buenos Aires, pues dijo lacónica y enfáticamente: «Buenos Aires es parte de la Nación Argentina».

Cuando los congresales del Tucumán toman la decisión de la independencia argentina emitiendo la famosa frase de «nace una nueva nación» y cuando se lee en la canción patria aquello de «se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación», éstos son algunos de los umbrales que invitan a reflexionar el hoy y el futuro de Argentina en que, a cada momento, se habla de conciliación y de unión y consolidación de la democracia. En aquel tiempo del 1816 era una nación que apenas llegaba a los 400.000 habitantes, y para transitar o recorrer la distancia de Córdoba a Buenos Aires, existía un corredor entre los indios que no superaba los 100 km. de ancho civilizado.

Y la parte sur era tierra de indios. Y la «gloriosa nación» en la que pensaban los contemporáneos del congreso de Tucumán, hace pensar a los de hoy en una visión de futuro, pues el pasado pasó, aunque deja la enseñanza

de esas ilusiones y realidades.

Las únicas provincias con posibilidades ciertas de vivir en la época signada como la década del 50 del siglo XIX, eran Entre Ríos, Mendoza y Córdoba, además de Buenos Aires. De modo que lograr el convencimiento unánime de todas las provincias para acordar esa concordia imprescindible, habla a las claras de que, en política, en Argentina, además de los teóricos, líricos y románticos de buena fe, por suerte estaban los prudentes, es decir, esas voluntades esclarecidas como Urquiza, a su turno, con el Acuerdo, o Saavedra al entrevistar a Cisneros el 19 de mayo expresándole que ya no existía virrey, que estas tierras tienen su libertad y derecho de proclamarse independientes y además exponer esa voluntad de estar dispuesto a hacerlo. Y así, lo hizo un esclarecido militar del Cuerpo de Patricios, hacedor de una revolución sin armas, ni disparos ni muertos, y sí sólo, en las salas cabildantes con la voz del Obispo Lué, del fiscal Villota, de Castelli y de Paso.

San Nicolás mantiene esa casa histórica tal cual como en mayo de 1852. A pocos metros de allí, en la misma calle Nación, el 10 de julio de 1899 nació uno de los mayores poetas argentinos y latinoamericanos que cantó a San Nicolás y a la provincia de Buenos Aires en uno de sus mejores libros titulado «**Oda Provincial**». Pero, además, dejó otro libro con el sugestivo título de «**Patria del campo**», en el que insertó un soneto titulado «Casa del Acuerdo» (de 1946). Quiero dar finiquito a esta sesión evocativa del 154^o aniversario del Acuerdo de San Nicolás con una levisísima reseña y con la final lectura del soneto alejandrino de **Horacio Rega Molina** sobre la «Casa del Acuerdo».

Por ello, regresando al dicho ciceroniano aludido «Hoc pacto», es decir, «en virtud de este pacto», digo que, sin desconocer la primacía del aludido Pacto Federal y del Acuerdo de San Nicolás, otros tratados, acuerdos, ciertos, convenios, convenciones, compromisos y documentos de similar linaje, celebráronse en el país, demostrativos del propósito conciliatorio de muchos patriotas y argentinos de bien, tales como los siguientes: el del Pilar (del 23 de febrero de 1820); el mencionado de Tiburcio Benegas (del 22 de agosto de 1820); el de Cuyo (de 1821); el de Tucumán (de 1821); el del Cuadrilátero (de 1822); el de San Miguel de Lagunas (de 1822); el Federal (1831) y el Acuerdo de San Nicolás (1852), entre otros. Frente a todas las designaciones apuntadas, tratados, pactos, convenciones, etc., el de San Nicolás tiene la denominación correcta y emotiva de Acuerdo, voz que no sólo significa «entendimiento» o «lucidez», sino porque «acordar» supone lo que se quiere de común acuerdo y que debe ser «recordado» (de «cor», «cordis», corazón).

Y por último, el soneto alejandrino de **Horacio Rega Molina**, titulado «**La Casa del Acuerdo**», que dice así:

He aquí que, como hace tantos años, la calle
se llena de galeras de rancia y alta caja.
Se abre una portezuela crepuscular. ¿Quién baja?
¿De quién es ese rostro, ese pecho, ese talle?

Caballeros que llegan a la ciudad, del valle,
de la montaña. Polvo con agua y nieve cuaja
cada rueda de cada vehículo en que viaja
la patria misma, para que la guerra no estalle.

Un farol plañe luces. Las sanguíneas baldosas
reverberan. La hierba nace entre sus juntas.
El aire acuña voces. ¿Quién olvida estas cosas?

¿Pedestal de qué heroica figura es el aljibe?
De pronto hay un silencio preñado de futuras
grandezas. Alguien llora. Y el acuerdo se escribe.

V

LA PLATA, EN LA HISTORIA NACIONAL¹

Todos saben que soy de origen nicoleño y que me hube naturalizado platense no bien hice mi ingreso a esta tierra de Dardo Rocha un 19 de marzo de 1949. Desde allí a hoy, fiel a mi juramento inicial, fui leal y devoto a esta ciudad de la cual estoy sumamente satisfecho y agradecido, a punto tal que aquí no sólo coseché muchos amigos, sino que obtuve el título de abogado en la Universidad de Don Joaquín Víctor González, escribí toda mi obra poética y ensayística, llevo media centuria como docente universitario en las cátedras de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social: en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, desde 1956 a 1996; y en la de Ciencias Económicas desde 1980 hasta la fecha. Aquí casé con una platense insuperable, Elsa, que está con el Señor desde hace más de dos decenios, nacieron mis cinco hijos y estoy constantemente al servicio de los demás y de la ciencia y la cultura.

Estos modestos pergaminos me autorizan, hoy, como nicoleño, rendir el merecido homenaje a esta ciudad de hombres ilustres, cultura, ciencia, universidad, tilos, diagonales y poetas, entre otros ingredientes humanísticos y humanitarios que nadie ignora.

Como San Nicolás, a su hora, con el célebre Acuerdo del 31 de mayo de 1852, esta ciudad de La Plata, también estuvo en las conversaciones institucionales y políticas, pues nació el 19 de noviembre de 1882 por los motivos o causas que todos conocen; pero, difiere de la primera que fue fundada muchos antes, por don Rafael de Aguiar, el 14 de abril de 1748, ya que La Plata fue creada y diseñada para capitalizar al primer estado argentino,

¹ Conferencia pronunciada el 17 de noviembre de 2004 en el salón Nicolás Basile del Círculo Policial de la Pcia. de Bs. As., sito en 49 n° 736 de La Plata, en conmemoración de 122° aniversario de la fundación de la capital del primer estado argentino; acto organizado por el Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura Leopoldo Lugones y el Instituto Literario Horacio Rega Molina de la Rca. Argentina.

luego de haber cedido su capital (ciudad de Buenos Aires) a la Nación para que se instituyera en la mencionada y conocida Capital Federal, hoy con la denominación de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la que había sido fundada por don Pedro de Mendoza, el 3 de febrero de 1536, y refundada por don Juan de Garay, el 11 de junio de 1580.

En aquel tiempo de 1852 se tuvo en cuenta en San Nicolás el proceso de constitucionalización que, abortado por la prematura concepción rivadaviana y puesto a madurar durante más de dos decenios, se concretó con la presencia de todos los gobernadores de la Nación.

En el otro tiempo de la década de 1880 se tuvo en cuenta la mentada federalización para lograr la unión nacional que estaba aún diferida por cuestiones históricas que ya han sido estudiadas y descritas convenientemente por la ilustre historiografía argentina.

Fue sintéticamente un verdadero «acto de amor» por la unión de los argentinos, como reza la piedra fundamental enterrada en la central Plaza Moreno de La Plata.

No es el momento de decir hoy todo lo que pasó desde aquel 19 de noviembre de 1882 hasta ahora, lo que se conoce bastante bien, consultando textos de historia política, científica, cultural y literaria, sino de recibir todo ese legado y más que preservar que es pedir mucho- seguir construyendo, edificando y enalteciendo esta ciudad que nació, justamente, ya no sólo por esa virtud teologal de caridad, que es amor, sino de un justificable sueño de los hombres de pensamiento y de acción, de idealismos y de inspiración patriótica, y sobre todo, de fe, pues acá existía entonces una pampa vacía donde no había nada más que tierra labrantía que aguardaba al hombre que hiciera crecer un extraño e inigualable ejemplar: nada menos que una ciudad planificada, junto a dos inolvidables hombres: Pedro Benoit y Dardo Rocha.

Es, como se dice por allí, una hija de su tiempo, aunque además de una utopía. Y esto es para comprender a esta ciudad inventada mágicamente en un lugar donde no había nada.

Pero, antes de ello, cabe pensar en lo que dije al principio de San Nicolás, la que, anteriormente, Sarmiento propiciaba a la ciudad arroyeña como capital de la Nación, es decir, que estuvo en las conversaciones de entonces. Y luego, entró en la otra, pues cuando se abrió el dialogo sobre el asiento de la capital provincial, y luego de mencionarse el barrio de Belgrano, las ciudades de Chascomús y Dolores, se aludió específicamente a San Nicolás.

En 1880, luego de declararse a Buenos Aires capital de la República, se decidió la creación de la capital bonaerense, reconociéndose en el entonces

gobernador de la provincia, Dr. Dardo Rocha, al responsable de tal tarea.

El 27 de abril se eligió el municipio de La Ensenada, luego de haber pasado por las mentes y las intenciones los aludidos nombres del barrio de Belgrano (nombre ilustre por cierto, como que refiere al patriota más cristalino de la historia argentina), Chascomús, Dolores y San Nicolás, elección para fundar a la ciudad de La Plata, nombre que venía tradicionalmente atribuido a don José Hernández, autor del Martín Fierro.

En sus primeros 122 años de vida, esta ciudad ha dado tanto o más de lo que otras intentaron o lograron en muchos siglos de existencia. Así es que, a su turno, sus propios hijos, nativos y naturalizados, fueron los que hicieron grande a la ciudad. Y si para nombrar, tengo tantos que resultaría imposible decirlos a todos, no puedo ni debo por razones de justicia, honra y amistad dejar de aludir a ciertos nombres, a los que habría que agregar muchos otros que habré de añadir después. Todos ellos, en la poesía, en la cultura, en las ciencias, en el arte, en la justicia o en la política sumaron sus esfuerzos para que La Plata constantemente ascendiera, no se detuviera ni descendiera. Repaso nombres en algunos libros, como «quien es quién en La Plata» de Américo «Meco» Napolitano o las «Efemérides» de Carlos Paz y así veo a **Nelly Alfonso**, los **Atanasiú**, para seguir un desordenado alfabético, Albuernas de Pozzio, los Albina, los Alconada Aramburú, Aliverti, **Alzugaray**, **Aragón**, **Arana**, Argerami, Azeves, **Barcia**, Josefina de Barilari, Bauzá, Blake, Boffi Boggero, **Borrás**, Brughetti, Buenader, Burgos Márques, **Bustos Berrondo**, Caffaro, Caíno, Calleja, **Cambours** Ocampo, Casey, Castillo, Ballina, Catani, Dr. Cendoya, Cerruti, **Colabella**, Colombo, Costa, Matilde **Creimer**, Raquel **Sajón**, Cusminsky, Christman, Daien, Defelitto, **Degiusseppe**, **Della Croce**, Devoto, Díaz Cisneros, Dozzo, Dumm, Estiú, Falabella, Falbo, Favalaro, Favero, los Fernández (Badía, Lecce, Leys ...), Ferrara, Fontana, **Franco**, **Frangi**, Galimberti, **Galletti**, **Galli**, **Gallo**, Gans, Cochecha Garay, los García (Alonso, Saraví, Olivera, Cámara, Puente, Urcola o Varela), Gascón Cotti, Gasparri, Gatti, Giangrande, Giovanbattista, **Giusso**, Greco, Gonino, los González (Avila, Ponce de León, Torrontegui ...), Grau, Granoni, **Grinfeld**, Harizpe, **Ibáñez Frocham**, Ide, Jofré, **Kaiser**, **Kraiselburd**, **Kubik**, Laborde, Lahitte, Lorange, **Levaggi**, **Linares Quintana**, **Lombar-di**, López (Amaya, Aranguren, Osornio, Ruiz, Uhalde ...), **Lunazzi**, Lynch, Madina, Mahíquez, **Mainetti**, Malchiodi, Maliandi, **Mamblona**, **Mammoni**, **Mancuso**, Marcilese, Marcos, Mariano, Masi, Massa, **Mendióroz**, Mendi, Mercader, Mercado, Mercante, **Miotti**, Lewkowicz, Moirano, Mombrú, Monachesi, Monni, Monreal, **Monteverde**, Morzilli, Nalli, Nápoli, Nassif,

Nessi, Olmos Cárdenas, Ortega, Ortiz, **Oteiza**, Otero, **Ottaviano Ortiz**, **Oyhanarte**, Pacheco, Paineira, Paladini, Pearson, Peralta, **Benito Pérez**, **Pérez Aznar**, **Plastino**, **Plaza**, Poggio Calvi, Ponce de León, **Ponferrada**, **Derisi**, **Porro**, Potenza, Pousa, Prado, Pucciarelli, **Quarracino**, **Ramirez Abella**, **Ramirez Gronda**, Ratti, Re, Ringuelet, **Rivarola**, Rivera, **Rocco**, Rossi, **Rovira**, Sabato, Salas Bau, Sampedro, Sánchez (Garrido, Márquez, Soler, Viamonte), Saraví Cisneros, Shaposnik, Silva (Noseda, Pelossi ...), Solari, Speroni, Stolfi, Sureda, **Terry**, Triacca, Trigo, Urraza, **Volpe**, Varela, **Venturini** (Aurora y Rolando), **Villarreal**, Villarino, Zunino...

Ciocchini, **Conde**, Corte Carrillo, **Delheye**, **Ameghino**, **Almafuerte**, Alejandro **Korn**, **Korn Villafañe**, **Spegazzini**, **Vucetich**, Font, Sbarra, Knight, Behety, Ripa Alberdi, López Merino, Ruta, Píla, de Isusi, Amaral, **Arrieta**, Marasso, **Ripa Alberdi**, Mena, Fingerit, **Disandro**, Albarracín...

Claro es, que, si la ciudad es grande, lo es también por muchas de las asociaciones o entidades científicas y culturales. Pero, a éstas no las mencionaré por ahora, pues sin los hombres que las fundaron y mantuvieron vigentes y losanas, ellas no habrían persistido. Aquí viene bien recordar a la Agrupación Bases. Así también las diversas colectividades italianas, españolas, francesas y de otras nacionalidades y terruños, incluidos los de la Argentina. Las entidades patrióticas que tienen a los próceres argentinos como números o patronos y tantas otras. Belgrano, San Martín, Brown, Pringles.

La universidad de don Joaquín V. González que recibió el legado o precedente de la Universidad Provincial fundada por Dardo Rocha, así como los otros institutos de diversos grados, sin excluir a la Universidad Católica, escuelas, colegios y demás. No puedo olvidar el precedente barrio de **Tolosa** fundado en **1871** por **Marta Iraola**. Se recuerda que el periodista italiano y viajero incansable don Basilio Cittadini dejó escrito el día antes de la fundación (o sea, el 18 de noviembre de 1882) lo siguiente:

«En Europa el pueblo se reiría a la cara de un gobierno que lo invitara para la inauguración de una ciudad nueva en un semidesierto. Se diría que aquel gobierno era de peligrosos soñadores... Aquí en cambio, se colocará mañana la piedra fundamental de La Plata, y dentro de pocos años, aquel lugar solitario será una ciudad populosa, industrial, palpitante de vida y llena de porvenir».

También se recuerda, en diversas publicaciones, los dichos del viajero francés Crovetto, quien dos años más tarde escribió:

He aquí una ciudad, La Plata, cuya historia proviene del milagro. Hasta hace dos años, un camino de hierro todo nuevo, traía hasta el medio de la llanura cubierta de cardos y cicuta un cortejo oficial y algunos invitados. Una barraca de madera hecha precipitadamente fue el espacio primitivo destinado al banquete de inauguración. Pero, la idea debía transformarse en proyecto, acarrear el inmenso material, hacer nivelaciones, lotear los terrenos. Hoy, al cabo de dos años de trabajo, una ciudad entera surge del suelo y ¡qué ciudad!.

Consta que un año después de Crovetto, un periodista italiano (en el año en que moría en La Plata el primer poeta, esto es, en 1885), dijo estas palabras:

Entreveo ya la mancha espesa de una selva de eucaliptos; el bosque abraza por este lado a La Plata y allí está la ciudad y aquí la bella estación (debo recordar que hoy es el Pasaje Dardo Rocha). Un edificio sencillo, pero grandioso, como conviene a tal clase de edificios y como el que usaron los ingenieros que construyeron las estaciones de Bolonia, Roma y Milán; tal vez, las tres más grandiosas y bellas de Italia. En La Plata se camina a vapor y luz eléctrica. Esta es la primera ciudad de Sudamérica iluminada toda por este sistema.

Se afirma con bastante certidumbre y tino en una publicación, hablando de su arquitectura, que La Plata fue pensada sobre la base de tres ejes fundamentales en los cuales se asientan la mayoría de los principales edificios públicos. Eso alude a las avenidas 51 y 53, por una parte, y a las avenidas 7 y 13 por la otra. Sobre las dos primeras, después del paseo del bosque, se encuentra la Jefatura o Departamento Central de Policía (calle 2 y 3). Luego sigue la casa de gobierno (calle 5 y 6), y pasando la plaza San Martín, el edificio de la Legislatura (7 y 8); luego sigue el edificio o palacio municipal (11 y 12), y pasando la Plaza Moreno (centro mismo de la ciudad rodeada por las calles 12, 14, 50 y 54) se eleva hacia el cielo la monumental Catedral (calles 14 y 15) construido según un proyecto de ingenieros dirigido por Pedro Benoit y Mauricio Meyer, colocándose su piedra fundamental el 30 de abril de 1884, inaugurándose en 1932, e inspirada en las catedrales de Amiens (Francia) y de Colonia (Alemania) de estilo gótico con una superficie de 7000 m² y una altura actual de los 120 m. En su cripta descansan los restos de Dardo Rocha y los de su esposa Paula Arana. Recientemente llevaron la urna de Sor María Ludovica. No obstante esta belleza extrínseca, debo significar que a las ciudades no las hacen sólo los edificios, sino los hombres que fundaron la ciudad, los que

la habitaron fundacionalmente y después, tales edificios y los que nacieron, vivieron y dejaron su legado de contribución positiva a esta latitud platense de diagonales, tilos y poesía.

La Plata sólo es un nombre en los mapas y las guías. Pero, cuando se camina por estas avenidas, bulevares, calles y veredas con el amigo poeta, a la salida de alguna sala, luego de concluido un acto, como el de hoy, y se acerca a una esquina para continuar un diálogo de la nostalgia y de los sueños, los pasos se detienen, como se detiene el tiempo y sin querer y sin saber se habla de literatura y de arte, de historia y de política, de amor y desconsuelo, y la felicidad aplaude silenciosamente, desde ese 19 de noviembre de hace 122 años, muy cerca de aquí y, ya, tan lejos que sólo los creyentes en los misterios y milagros y los soñadores, como los artistas, reciben de cuando en cuando alguna información más de la ciencia histórica, la que nunca habrá de develar los tantos secretos que estuvieron en ese día fundacional y las ilusiones, ideas y pensamientos que no tradujeron los mensajes ni los discursos.

Hoy es un día más de gratificación, de gratitud, pero también de reflexión, o quizá, levemente, para referirla a ella no sólo como decían los romanos que la gran virtud es fundar una ciudad o mantenerla si ya está fundada, sino también con la pequeña anécdota de todos los días, o de un domingo cualquiera en la plaza o en el bosque, o en esa caminata que hice alguna vez con García Saraví o con Ponce de León, hablando simplemente de ella y de la poesía.

A principios de la década del 70 en la plaza Passo, principiado ya el otoño, reflexionaba una tarde esto que diré y que tanto apreció Gustavo García Saraví en un prólogo a mis poemas:

En la tarde de este mayo
se recupera en mí el sosiego indispensable
para pensar y ver el mundo,
sus problemas, tal vez, saber de la política,
¡oh, la política!, pensar
en remediar tanta miseria, el hambre
de tantos y cuántas otras calamidades
que atrasan, relegan, aniquilan,
para saber de tanto que conmueve a la justicia,
al orden y a la ley,
con tanto dolor y pesadumbre,
con tanta iniquidad y tanto desconsuelo.
¡y con tanta muerte inútil!

Dejo el diario para mirar mi derredor
 en esta plaza que la circundan
 autos veloces e interminables circunloquios
 de vientos o prisas inconscientes.
 En tanto mi hijo columpia
 su inocencia y su sonrisa
 con un fondo de follaje algo español
 y un otoño de tibio sol platense.

Algunos años antes, también con el aliento fraternal y solidario de García Saraví, que prologó ése, mi segundo libro «Poemas» editado en 1972, tuve la osadía de hacer algo que titulé «A modo de mínima biografía» y que lo que diré para dar finiquito a este ya prolongado acto, fuera de mi voluntad.

Voy con mi silencio a cuestras
 pensando en Johannes...
 en la música de Brahms, se entiende.
 y llevo conmigo cierta alegría.
 Cruzo la ciudad, sin cuidados,
 y ya con muy pocas abogacías,
 o ninguna,
 voy a soñar.
 Olvido lo del derecho y del estudio.
 Y me recojo en un íntimo placer
 de poesía y naturaleza.
 Y llego al bosque de mi ciudad
 con mis hijas que divagarán sus pasos
 de paseos y corridas por la gruta.
 Y también con mi mujer, que llega conmigo
 y con el hijo nuestro en sus entrañas.
 En un rincón, nomás, del bosque,
 contemplo hacia el cielo sereno
 el sereno perfil de López Merino.

VI

PATENTE NICOLEÑA¹

Los romanos, sabios en lo pragmático de la política y del derecho (transitaron la monarquía, la república y el imperio, y además, instituyeron sistemas jurídicos, principios generales de justicia y equidad, etc), a su turno, supieron acuñar indeleblemente todo cuanto se compatibiliza con la intangibilidad de los conceptos y caracteres esenciales del reino de las ciencias jurídicas. Quiero decir, con la mayor llaneza que me sea dada y la mejor simplicidad de la verdad, que ellos (que ya ni existen en Roma) aún continúan enseñando e iluminando el camino no siempre claro ni sereno del derecho y de la política (idem, de la justicia). Y fueron ellos los que mediante Gayo, Ulpiano, Modestito, Justiniano, Cicerón, Celso, Paulo y Papiniano, entre otros (inolvidables) diseñaron rutas claras y precisas de no pocas instituciones que, verbi gratia, Vélez introdujo en ese gran monumento llamado Código Civil (que Sarmiento tuvo el tino de ordenar al legislador aprobara inmediatamente «a libro cerrado»).

Los venerables constituyentes del 53 no estuvieron exentos de errores y defectos al copiar bastante de la magna carta fundamental norteamericana (por ejemplo, el juicio por jurados en el art. 24). Y la pregunta que sigue formulándose en varios ámbitos (legislativos, periodísticos, judiciales, universitarios, académicos y gremiales, entre otros), consiste en no saber con certeza cuál o cuáles pueden ser los motivos o razones por los que dicho instituto «constitucional» no ha sido receptado en el derecho positivo y en la realidad de las instituciones jurisdiccionales. Y la respuesta viene bien en varios sentidos, resumidos en los dos más importantes siguientes: la costumbre abrogatoria o derogatoria y la «creadora» (para decir esto de algún modo).

¹ Colaboración hecha llegar al diario «El Norte» de San Nicolás a mediados de abril de 2006 y que extrañamente dicho matutino no se dignó en publicar (?) ni responder.

Y regreso felizmente a los romanos quienes, sabiamente, dijeron que la costumbre es el consentimiento tácito del pueblo, robustecido por larga tradición (*mores sunt tacitus consensus populi, longa consuetudine inveteratus*). Y así la sabia costumbre del pueblo argentino, dejó en la letra muerta de la carta fundamental (abrogatoriamente) dicha institución, además, resistida en diversos ámbitos cuando ciertos devaneos, algazaras o delirios pretendieron instituir la; y por el otro lado, la «creadora» del sabio pueblo nicoleño que acuñó incancelablemente una cálida, bella y perdurable voz como la de «nicoleño» que reviste el carácter de emblemática patente distintiva en todos los discursos, programas, realizaciones, procedencias, oriundeces y demás, ya en los textos como en la palabra de los sabios, cultos y sencillos (Rega Molina, Barcia, Chervo, Cámpora, Bustos, del Pozo, Semorile y tantos otros ciudadanos que anduvieron y caminan las calles, plazas y riberas nicoleñas), siguiendo aquella precisa y sabia intuición del pueblo todo de San Nicolás (que dicho sea de paso, no ignora por cierto las lecciones de las venerables academias de la lengua: santafecino, sampedrano, sanroqueño, sanantonino, sanlorenzano, sanjuaneño o sannicoleño, entre otras voces) aunque con ciertas «salvedades» como las de franciscanos, tomista, etc. ¡Que lindo me resulta siempre responder a cualquiera que me pregunta, sobre mi origen natal, con este hermoso y espiritual vocablo: **nicoleño!**

VII

ALGUNOS PAPELES, CONFESIONES Y DISCULPAS ACREDITATIVOS DE FALENCIAS, ERRORES Y EQUÍVOCOS

Desde luego que no habrá de creerse a «pies juntillos» (diz que esto viene de no sé donde) en todo cuanto se confiesa como las tan mentadas falencias, aunque algunas veces uno se equivoca sin saber, y otras, se cree haberse equivocado sin que así fuese.

Lo cierto es que el balance final si no resulta incierto, menos aun ha sido falseado (¡Dios me libre y me guarde de cuanto dicen los preceptos 292, 300, etc., del Código Penal!).

Y aquí van algunos testimonios de pareceres que otros intentaron decir y no lo hicieron y que los demás ni siquiera lo intentaron. Pero, así es el hombre con todas sus virtudes y defectos, acciones y omisiones, culpas y disculpas. Y voy sin orden, disciplina ni corrección alguna a dejar estos «papeles» que, de algún modo, y con cierta ironía e inocencia, dicen una parte de lo que interroga o pregunta el título de esta «extraño» libro.

1

Carta a un poeta del año 3000

Ignoro si existirás. Si perduraré la palabra. Y aun, este riquísimo y limitado lenguaje, el que asumí, hasta el presente, el compromiso y el origen de la literatura. Si escribo estas líneas en las postrimerías del siglo XX, no es sino con el íntimo deseo de encontrarme con ésa tu existencia tuya- y en este idioma, en el que intento deliberadamente, o no, de perdurar, más que yo, con algunas reflexiones intemporales del pasado, de este raudo o efímero presente y del futuro que te alcanzará sin mis lamentos, desdenes, ahíncos, algazaras, susurros, descorazonamientos, ni tragedias. Espero que, para ese entonces, la literatura ya no sea sólo literatura. Porque si no, dejaré hasta de ser tal. ¡Oh, la estética y algo más!

Tampoco debo asegurar si existirá la ética o lo que, hasta hoy, ha sido designada como tal y cual filosofía de la moral, este extraño ordenamiento

normativo que rige la virtuosa conducta del recto proceder del hombre (ese orden moral, en suma, basamento muchas veces inextricable, del orden jurídico; el derecho, en fin sobre el que ya los romanos enseñaban diciendo que era un arte bueno y equitativo, o algo así, como un **mínimo de ética**).

¿Estas líneas habrán de ser las que expresen, de aquí a mil años, juntos y apilados en las misteriosas cronologías venideras de los tiempos, un ferviente deseo de persistencia o perdurabilidad de la poesía? ¿Y qué será de ésta cuando tú llegues a la vida, próximo al cuarto milenio que se te avecina-, y qué habrás de decirle, entonces, sobre su rol en esos otros tus mil años de tu futuro, a un poeta del 4000?

¿Seguirá siendo **el poeta el único** que asuma la responsabilidad y el deber de la profecía (además de los venerables bíblicos de las escrituras)? Espero que, para tu tiempo, la voz «vate» que proviene de **vaticinator** o **vaticinatoris**, entre otras, y sobre todo, de **vates** o **vatis**- continúe sembrando de latitudes proféticas (propio de los divinos adivinos, oráculos o el dios que los pronuncia), como el **vates legum** (el intérprete de la ley). O el **vates maxime venerandus**, como se le llamó a Virgilio (que lo sigue siendo).

El hombre que no fue ni será, exclusivamente, un pasado, aunque no puede concebirse el mismo sin él. Tampoco, sin el futuro. Y si su propio pasado suele inscribirse en un relato que gira en torno de tantos misterios y curiosas existencias inefables (muchas de las cuales influyeron como para que un poeta dijera, enfáticamente, alguna vez, esto tan dramático de «no saber adónde vamos, ¿ni de dónde venimos...!»), ¿cuál habrá de ser, entonces, la modesta reflexión de ese futuro mío; que ya será un viejo pasado tuyo?

Miro hacia atrás y me pregunto, ante las incógnitas, secretos, perplejidades y misterios de siempre, ¿qué habrá pensado Bernardo de Claraval, hace un milenio cuando a fines de su tiempo difícil, confuso, complicado o complejo, decidió salir de su monjil clausura, y como monje y caballero, ensilló su corcel y recorrió los tiempos de Europa, enfrentando el hecho cierto y largo (siglos XI al XIII) de las ocho cruzadas, de las que el santo conoció las primeras y predicó la segunda? ¿Y qué, mil años antes, ese postrer profeta del Antiguo Testamento que clamaba en el desierto anunciando la venida del Verdadero? ¿Y qué, del que luego dijo «yo soy el camino, y la verdad, y la luz»? ¿Y qué, de la poesía, entre las demás cosas, para aquellos otros que vinieron sin luces, o con el exceso de ellas, y los de más atrás, en la infinita cuenta regresiva de los siglos anteriores al Cristo? ¿Qué pensaron, sintieron, vislumbraron y dijeron, sin dejar testimonios, nuestros mayores, teólogos,

religiosos, filósofos, historiadores y poetas? ¿Y qué, además de lo que dejó, nuestro hermano mayor, el latino Virgilio, o siglos antes, el griego Homero?

Te informo que en estos últimos días de abril de fines del II milenio, han pasado en el más absoluto de los silencios el 2753^o aniversario de la fundación de Roma, el 52^o de Israel y el día del Idioma, salvo contadas excepciones de algunos entusiasmos o alborozos latinos, hispánicos y judíos.

¿Habrán de seguir vigentes, acaso, esas poderosas máquinas que almacenan prodigiosamente datos con una sobrehumana memoria que no podrá nunca superar la reflexiva del hombre? ¿Una procesadora distinta querrá sustituir al poeta?

Entonces, quizá, comprendas como yo que el próximo milenio, que habrá de tenerte en sus postrimerías enjuiciando a los precedentes, no habrá de prescindir de la poesía ni de ese extraño ser afiliado a la no menos curiosa divisa de lo operativo y de lo contemplativo (una misteriosa conjunción de verdad y de saber, de vocación y fervor, de lucha y de templanza, de valor, nobleza y predicción). Esa contemplación, que puede y debe ser de la del poeta, no enervará todo lo operativo que puede la pluma del vate. Pues, si sólo lo primero, su servicio quedará reducido al simple deleite o la placidez de la belleza; y si sólo lo segundo, seguramente, el cálamo arriesgue transformarse en acero ofensor, agresivo, hirviente o mortal. Lo contemplativo habrá de satisfacer, cumplidamente, las exigencias de la estética. Y lo operativo, las de la ética. Temas que ya traté en otra oportunidad.

Y sólo espero que salgas del estilo de ésta. Y que mantengas todo el mensaje y reflexión de amor y fe, único modo de poder atravesar la luz para «seguir, bajo las nubes, resignando y creyendo», como dijo un poeta platense hace años.

2

Finis coronat opus

El 19 de noviembre de 2005, cuando se realizaron los actos celebratorios del 123^o aniversario de la fundación de La Plata, tuve el alto honor de recibir la máxima distinción de Ciudadano Ilustre con la que el pueblo del Partido de La Plata, intendencia Municipal mediante, reconoce la trayectoria de quienes han honrado a la ciudad con su actividad cultural, literaria y de bien público. En oportunidad de hacer uso de la palabra, y sin olvidarme del otro apotegma latino (**sic transit gloria mundi**, así de transitorias o efímeras son las glorias de este mundo), me permití efectuar una reflexión sobre el

epígrafe (el final corona las obras). Luego de recordar orgulloso mi origen nicoleño, así como los títulos de maestro normal nacional y bachiller con los que vine de la ciudad del Acuerdo, además de la ayuda y colaboración de no pocos nicoleños en todas mis actuaciones en La Plata y San Nicolás, referí añorando los viejos tiempos de la década del '60 en que comencé en la comisión de cultura del colegio de Abogados, presidencias de Galletti y de Trigo Represas, hasta las más recientes de Juan C. Simoncelli, entre otras, sin olvidar a la SADE platense que presidí en la década del '70, donde no fueron pocos quienes estuvieron a mi lado, como García Saraví, María del Carmen Garay, María Cecilia Font y muchos otros, hasta las posteriores entidades como el Instituto Belgraniano de la Provincia de Buenos Aires, el Instituto Literario Horacio Rega Molina de la República Argentina, el Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura Leopoldo Lugones y el Instituto Almafuertano de la Provincia de Buenos Aires, recordando a Terry, Rivera, Volpe y muchos más amigos y colaboradores. Cuando Alfredo L. Palacios, como presidente de la Universidad, el 19 de noviembre de 1942 inauguraba el monumento del Hemiciclo del Paseo del Bosque de La Plata, donde se recuerda a los cinco hermes que honraron a la ciudad (Almafuerte, Ameghino, Korn, Spegazzini y Vucetich), dijo que dicho emplazamiento, que reflejaba un pasado de gloria, tenía destino de futuro para que las generaciones venideras tuvieran ocasión de referir la excelencia del pasado como ineludible ejemplo para el porvenir. Así es que el final corona las obras.

Pero, además, si bien las glorias de este mundo son efímeras, y evocando a mi mujer Elsa, que está con el Señor, a mis hijos y todos cuantos me acompañaron y siguieron en mis actividades docentes, culturales, profesionales, literarias y de bien público, dije que el galardón platense, si bien un reconocimiento a un pasado, yo lo tomaba como un serio compromiso para merecerlo en el futuro, cada hora y cada día del mañana, prosiguiendo en toda esa tarea con renovados bríos y con acrecentada cantidad y calidad. Única manera de honrar a mi ciudad nicoleña de origen y la platense de adopción, a la que agradezco haberme casado con una platense y ser platenses todos mis hijos.

3

Ayer, hórreo; hoy, silo sin pegollos

Primero, hacia arriba; luego, descubrieron que era mejor hacia abajo, soterrar. Hasta que, finalmente, decidieron nuevamente hacia lo alto.

Por eso, a los «elevadores de granos» (como los que hay en Villa Constitución y en otros lugares), se les sigue llamando silos.

Pasa lo que con muchos, a quienes no sabiendo cómo designarlos o «titularlos», les dicen «licenciados» o «profesores», hasta que al final, se acostumbran a que así los llamen. Y cuando se les preguntan a cuál licenciatura refiere su título, miran para todos lados (suelen hacer solos de bataclanas con sus ojos) y hablan de museología (licenciatura que yo no sé si existe), o al responder sobre la pregunta «profesor de qué», no saben qué decir, porque tal vez «profesan» (no sabe si el profesorado o alguna profesión).

Aclaro que el hórreo es una construcción cuadrada y de madera sostenida, a cierta altura del suelo, por tres o más pegollos (allí llamaban en Asturias a los palos, soportes o «patas»), «edificación» tal para ser de granero y poner el grano a cubierto de humedades, ratas, etc.

Hoy, ha quedado el nombre, extraño, por cierto; como los cortijos y otras voces que ya existían en el Quijote. Si no antes...

4

El vino que alegre el corazón humano

¡Qué cosa extraña (y no tan extraña)! En tanto los cristianos del este y del oeste (sobre todo, los católicos) se esfuerzan y obstinan en aprehender elementos probatorios (extraterrestres, o no), los que se dicen ateos, en cambio, incluidos ciertos otros cómodos y pobres personajes (afiliados a los escepticismos, agnosticismos, entre otras no menores «alentadoras» corrientes de similar linaje), ni siquiera piensan (tal vez, porque no les convenga) que, si la existencia de Dios, no ha sido probada científicamente, asimismo, no ha podido serlo por idéntico camino la inexistencia divina. Puede ser verdad lo que se ha dicho sobre la dolosa connivencia entre el silencio y la desacralización. San Agustín decía que hay tiempos mejores y hay tiempos peores: seamos mejores; entonces, los tiempos serán mejores. Para ello, quizá, fuere menester, entre otras cosas, lo que requería Neruda: tengamos tranquilidad de conciencia e intranquilidad de inteligencia. **Vinum laetificat cor hominis** (Sal. 103, 15). Así, en efecto, el vino que alegre el corazón del hombre.

5

Del ocio a la parsimonia

Del primero (otium), desidia, inercia, ignavia, vacación o descanso (segnities, inertia, vacatio), háse dicho que es la diversión (ocupación de recreo) o el descanso e cesación del trabajo (en cierto modo holgar, aunque no tanto la específica «huelga»), pues (y al igual que la haraganería) es origen de todos los males (otium omnium malorum fomes)...

De la segunda (parsimonia), cachaza (cunctatio, lentitudo, mora), flema frialdad del ánimo...

Sin embargo, el clásico ocio helénico fue la contemplación para la especulación filosófica y la inspiración para la elaboración del poema. El espíritu insuflado por él fue reconocido como el que imprimiera, incluso al sucesivo desarrollo del Derecho romano, un nuevo sello por su espíritu ágil y luminoso (aunque careciera de equilibrio y practicidad). Desde luego que si el **hebreo** es la lengua para hacer de la religión un idioma imprescindible, más que necesario, aunque inefable; el **griego** fue todo filosofía, pues no se puede pensar especulativamente sin ese pensamiento perdurable de Aristóteles y sus admirables secuaces, que le precedieron en la antigüedad y sus coetáneos siguieron después.

De modo similar, la clásica parsimonia supone la necesaria circunspección para reflexionar el derecho y la templanza (a la vez que la prudencia) para la política. En ambos campos descolló Roma, el romano. En lo político, porque desde la incipiente **gens** hasta el imperio, pasando por la monarquía y la república, dio lección ejemplar y proverbial sobre el cómo, con ella, ejercieron los iuris prudentes, evitando la inseguridad o la incertidumbre. Los doctrinarismos político jurídicos de los romanos, en general, y específicamente, en las épocas más preciosas de su historia y desenvolvimiento, asombraron por su lucidez, agudeza y practicidad. Sin la **parsimonia**, esa virtud de suma **templanza** e insuperable reflexión (circunspección), el romano no habría podido trascender ni en el tiempo ni en el espacio. Curiosamente, la **urbe** se transformó en **orbe**, sin dejar de ser **urbe**. **Urbis et orbis**.

6

De la presciencia (o conocimiento de las cosas futuras) y de las otras virtudes (o gracias) de ciertos «augures» o vaticinadores (y las de los políticos y de los poetas)

Ya se sabe, y se lo ha reconocido reiteradamente, que los poetas viven en un extraño o curioso estado de gracia. De si son o no ángeles es el tema para otro momento, al igual de si son o no santos. Santos y ángeles son seres, sin embargo, que mucho tienen que ver con los poetas. Pero, tal estado de gracia que tienen, adquieren o se les otorga desde lo alto a ciertos seres, como ocurre con los poetas, conlleva una exigencia hermenéutica de la que no puede ni debe prescindirse cuando se habla de «ellos» (los poetas) en sentido intemporal. No tanto los que fueron, los que son y los que, con la gracia del Altísimo y la misericordia y prodigalidad beatíficas de la Providencia, vendrán y serán en el futuro. **Deo Gratias.**

Los poetas son augures, no meros adivinadores, sino vaticinadores, como que la voz **vate** (del lat. **Vates, vatis**) refiere justamente a esos seres identificados como adivinos o profetas (oráculos, o dioses que los pronuncian). **Augurio** se decía en Roma. O ministro de una divinidad (en este caso de la **poesía**, otro misterio inefable). Asimismo, se los identificaba como maestros en algún arte o intérpretes (hermeneutas de las leyes: **vates legum**). O como decía Virgilio, «y tú, o santísima profetisa, sabedora del porvenir (**Tuque, o santissima vates, praescia venturi**). Justamente, Virgilio, a quien se le llamó el máximo poeta o el poeta digno de mayor consideración (vates maxime venerandus). **Praescia, praescientia...** O sea, ese saber de antemano, presentir; ese conocimiento de lo futuro.

Por ello, es que si el político tiene la enorme y no siempre plácida tarea, función o misión de la política (esa cenicienta del espíritu, como decía Irazusta), no debe «alejarse» de los poetas y de la poesía, o lo que es lo mismo, debe acercarse todo lo que pueda, pues él (el político) ha sido elegido no para el hombre de ayer ni para el de hoy, sino para el hombre del futuro, del mañana, del porvenir. Y quien puede darle inspiración, pistas ciertas de ese futuro imprecisable o incierto, incómodo o inefable, impredecible e inimaginable, sólo es el que tiene el don de la **praescientia**; esto es, el vaticinador, el vate, el poeta. Y no otro más que él.

Tienen de común el político y el poeta que ambos manejan una materia real y espiritual, también cenicienta del espíritu, la política y la poesía. De si ambas son un invento, respectivamente, de los políticos y de los poetas,

es harina de otro costal, pero quede la reflexión de que esa densa e imponderable materia y espíritu hace que si quienes realizan verdadera política y verdadera poesía, correlativamente, son políticos y poetas. Si no, son politiqueros y poetastros.

Para otra oportunidad dejo ese tema que gira en torno de la voluntad esclarecida del político: una de las virtudes cardinales de excelencia (la prudencia).

7

De dinosaurios, paquetes, perros hambrientos y otras especies

Que lamentablemente no se encuentran en vías de extinción. Muy por el contrario, lucen de muy buena salud. Ya los octogenarios que para nada sirven (aunque hay muchos otros que marcan la excepción, tales como Mainetti, Bioy, Bajarlía, Chervo...). O ya los hambrientos perros que se alimentan de carroña que obtienen en cualquier parte, incluso arañando las latas vacías o las cápsulas donde queda el resto del tango (aunque se olvidan de Mederos, Stamponi, Piazzola y otros grandes que aún les resultan incomprensibles), o ya los «paquetes» que no pueden vestir si no el viejo traje con que solían «disfrazarse» de «abogados» (y que hoy sólo son salames con corbata), o ciertos otros pájaros de cuenta, medrosos del escenario y la impostura, predadores concientes y torpes, vanidosos del concurso y la estupidez que se alimentan de la carroña que deja el perro.

¿Y entonces?... pues, es muy sencillo. Cuando los institutos, consejos, organizaciones, seminarios, departamentos y otras entidades de la cultura, el gremio, las artes o cualquier otra actividad intelectual, cívica, patriótica o de la inteligencia, se encuentran en manos de tales dinosaurios, «estetas», ampulosos corbatines y mediocres «discurseadores», así es el relieve menos que mediocre de tales especies.

Sin embargo, no resulta fácil creer cómo algunos que son de la similar ralea, siguen y estimulan a tales dueños del capricho y la lucidez de no atinar en hacer nada bien, salvo las monedas de las vanaglorias, los egoísmos y, sobre todo, lo peor: las envidias.

En un monasterio, alguna vez, en que se murió el prior, hubo necesidad de elegir al sucesor y, a un famoso teólogo, lleváronle, el nombre de tres varones de excelencia: Fray Emilio (un santo varón de Dios), Fray Cantalicio (un sabio) y Fray José (ayudante de cocina, pero prudente). El teólogo dijo entonces: que **Emilio rece** por nosotros, que **Cantalicio nos enseñe** y

que **José nos gobierne**. La sabiduría china parece ser que conoce de estas y otras parecidas cosas cuando «cataloga» a muchos (y pocos) que andan por este mundo, de la siguiente manera: 1) quien no sabe y no sabe que no sabe, es un **tonto** (huye de él); 2) quien no sabe, pero sabe que no sabe, es un **humilde** (enséñale); 3) quien sabe, pero no sabe (ignora) que sabe, es un **dormido** (despiértale); 4) quien sabe y sabe que sabe, es un **sabio** (síguele).

Ite et docete (Mt. 18, 19) Vé y corrígele.

8

Ver para ceer

Ya se sabe de la negaciones de Pedro, inada menos que de Pedro!, que los evangelistas relatan sin cortapisas (Mt.27, 69-75; Mr. 14,66-72; Lc. 22,54-62; Jn. 18, 13-27), así como la respuesta de Tomás (o Dídimo) a las expresiones de los otros discípulos: «hemos visto al Señor», **vidimus dominum** (Jn. 21,25); **nisi videro in manibus eius fixuran clavorum, et mittam meam in latus eius, non credam** (Jn., *ibid.*) o sea, «si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en su costado, no lo creeré» (!). Y así ocurre a diario, en que no se cree sino lo que se ve, como una mansa (o agresiva) costumbre de no creer tanto lo que se dice, llegando también a descreer en lo que se hace o en la intención o propósito en que las cosas se han hecho. Claro está que luego el apóstol se encuentra ante el señor resucitado y, aunque un poco tarde, reconoce la divinidad de Cristo. ¡Al menos, un poco tarde! ¡Bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído! **Beati qui non viderunt, et crediderunt!** (Jn. 21, 29).

No se cree, entonces, sino cuanto se ve...¿Y que es lo que se ve? ¿Una apariencia, un despojo de la realidad, un cuento, una imaginación, una fantasía?

Quizás haya llegado a ese eminente momento de no tanto ver... ¿No será preciso, acaso, en que mejor es mirar mejor?

9

Mentir, mentir, mentir...

Total... algo siempre queda. ¡Viva Lenin! ¡Viva Goebbels! ¡Viva la poliquería de aquende y de allende, de ahora, de ayer y de siempre! ¡Viva Adolf y su Mein Kempf! ¡Oh, la excrecencial excrex de la hez! Así se despacharía cualquier autotitulado democrático que no cree que el pueblo, al menos

algunas veces, se equivoca.

Un platense idealista como Adolfo Horacio García escribió un libro en tres tomos intitulado **Cuando la mentira es la única verdad** (1993) ¡Casi nada! Y según parece, y a tenor de cuanto emerge del texto, no leyó el libro del general Ramón Juan Alberto Camps intitulado **El poder en la sombra** (1983), quien justamente cita a tan **ilustres** «cittadini». Me refiero a Vladimir Ilitch Ulyanov (o sea, Nikolai Lenin) y a Paul Joseph (el supremo ministro de la propaganda del III Reich). Aunque, quizá, se haya olvidado de Losiv Vissarionovich Dzhugashvili (o sea, Stalin), así como de muchos otros, sin excluir a politiqueros de estas latitudes, de hoy y de ayer... **Heri, hodie, e semper!**

Decía Cicerón que la frente, los ojos, la fisonomía engañan muchas veces; pero, la palabra con más frecuencia aún. **Frons, oculi, vultus persaepe mentiuntur, oratio vero saepissime.** ¿Cómo habrían quedado ciertos hombres que hicieron un culto de la verdad (Belgrano, Estrada, Don Bosco...) luego de saber de tal mentir, mentir y mentir?

Sencillamente, «...en pelota» (Quijote, Primera parte, XV).

10

Aré lo que pude... Haré lo que pueda...

A propósito del título a un libro de poesía que la autora me sugirió que le pusiera al suyo (no al mío, porque a éstos normalmente se los pone o me los sugiere mi hijo), pensé en el que va al frente de esa reflexión de hoy, la que tiene para muchos renglones, por no decir capítulos. ¡Y hasta libros!

Pero, sin exagerar la cosa, y pensando siempre en el genio de Salzburgo, viene bien que, prescindiendo convencionalmente de la tierra y la semilla (lo que era el genio y la inspiración en Amadeus), cuenta ese trabajo inicial de arar la tierra y después recoger las mieses, es decir, hacer (recoger) lo que se pueda y tiene.

Todo en relación con el trabajo... Y como decía Mozart, no se hace música hablando de ella, sino haciendo; lo que me da pie para decir que es lo que ocurre con la poesía, la que, prescindiendo de la aptitud y del numen (provisionalmente), todo cuanto es la poética connota un trabajo, una faena, una labor, un hacer, un obrar... más o menos penoso, más o menos grato, más o menos gratificante y gratificado.

En el «aré lo que pude», implícito está que la poesía, que es literatura, no es sólo literatura, pues el día que la literatura sólo sea o fuere literatura, ya

deja de ser tal. Es conocimiento, reflexión, estudio. Es técnica y ciencia, es arte y filosofía. O no es nada, nada más que algunos versitos. O como decía el grande «pues sé de versos que no son poesía» (el grande es Horacio Rega Molina, en su **Oda provincial**), «como un montón de plumas no es ala» (sigue diciendo el bardo).

Y el «haré lo que pueda», asimismo, está implícito no poco de cuanto supone también la palabra laboral, la palabra trabajo... pues el transcribir ese poema o esa melodía que está en la frente de la inspiración artística, y luego, si es necesario, corregir y perfeccionar todo lo perfectible que se pueda, reflexionando (porque, asimismo, el arte es una cosa mental, de la inteligencia), connota un trabajo. Aunque, lamentablemente, no siempre bien remunerado. Y además, con escasísimo éxito en el mercado librero.

Si lo sabrá el pobre Mozart (más bien el «rico» Mozart «pobre») que debió vérselas con tantas ignorancias, desdenes, ingraticudes y miserables retribuciones.

Pero al final, los autores de aquellas mezquindades con prescindencia de que no deben estar en el edénico paraje de los santos y los buenos- están en los olvidos. Mozart, en cambio, está en la perdurabilidad y frescura de la música. Inmortal.

¡Qué importa, entonces, dónde están sus huesos, si, como decía Shopenhauer el día que la posteridad los busque, encontrará a Wolfgang en sus obras!

11

No es la casa quien honra al dueño

La paz sea en esta casa (**Mt. 10,12; Lc. 10,5**), en tanto sea su dueño quien honre a la casa. La gloria (que tiene misterios), el éxito (que no usa anteojos, pero tiene antojos y caprichos) y la fama (a la que suelen acceder los que superan lo popular o no se valen de ello para la eminencia), tienen sus propias casas. Lo que vale no es tanto el valor del edificio, sino la sapiencia de los que están adentro, pues la sabiduría se justifica con sus obras (**Mt. 11,19**).

Tal vez cierto edificio en Venecia tuvo algún valor no tanto por su antigüedad ni los costos de los elementos para su construcción, cuanto la leyenda de 1615 que dice:

Fabbisogno,
per intraprender lite,
cassa da banchier,
gamba da cervier,
pazienz da romito,
aver rason,
saverla espor,
trovar chi l'intenda e chi la voglia dar,
e dibitor chi possa pagar.

Es preciso,/para iniciar pleito,/casa de banquero,/pierna de ciervo,/paciencia de ermita (ermitaño),/tener razón,/saber exponerla,/encontrar quien la comprenda y quien la quiera dar,/y deudor que pueda pagar.

Nec domo dominus, sed domino domus honestanda est (Cic.).

Al que no creyó ni proveyó, tal vez, le haya pasado lo que el manchego dijo: «Quedó... en pelota» (Quijote, Primera parte, XV)

12

Celedonio Escalada

Si bien nació en España en 1792, pocos años más tarde afincóse en la entonces Banda Oriental, donde llegó a ser regidor y alcalde de Soriano. Adhirió sin hesitación, desde los primeros momentos, a la filosofía política de la primera Junta de Gobierno en mayo de 1810, motivo por el cual llegó a Buenos Aires de inmediato e incorporóse a las huestes del Santo de la Patria, don Manuel Belgrano, general que lo designó comandante en Rosario. Más tarde pasó a las órdenes del Santo de la Espada, don José San Martín a quien le prestó valiosa colaboración en la batalla de San Lorenzo. Luego de la victoria, lo designó **comandante en San Nicolás de los Arroyos**, hasta que en 1816 regresa a Buenos Aires donde asumió la jefatura del Parque de Artillería, donde murió tres años más tarde, el 15 de septiembre de 1819. Una calle en villa Lugano y un pasaje en Rosario, llevan su nombre. En San Nicolás, tendría que ser recordado (donde Celedonio vivió unos cuantos años). El Coronel Angel Washington Escalada (que nació en Santo Tomé, Corrientes, el 2 de octubre de 1897 y murió en Campo de Mayo el 26 de enero de 2001), quien tuvo descollante actuación en el ejército y en la función política, fue nieto de don Celedonio. Se desempeñó en la escuela

de Infantería, en la Inspección General del Ejército, en la dirección general de Instituto Militares, en la jefatura del batallón del colegio Militar de la Nación, en la comandancia del regimiento de Infantería 13 de Córdoba, en la jefatura de Infantería de la III División del Ejército y en la dirección del Liceo Militar San Martín, entre otras actividades castrenses. Además, presidió el consejo para la reconstrucción de San Juan (1943), fue interventor federal en Salta (1945), intendente en Avellaneda (1946) y ministro de gobierno en Córdoba (1956), entre otros servicios. Honró de la mejor manera posible la memoria de su abuelo que pasó algunos años en San Nicolás, ciudad en la que reina **mutis por el foro**, a no ser por estas rapsodias nicoleñas.

13

Schutzstaffell

Se desgermanizó lo alemán y se desalemanizó el germano, aunque...

Ante una cruel encrucijada, algo parece que determinó que la solución imprescindible no fuera otra que cierta «escuadrilla de protección».

Para ser más cáusticos y precisos, nadie tuvo mejor idea que acompañar a cierto signo de la crucifixión gamada con sólo dos simples figuras o letras: “SS”.

Así, el mundo quiso protagonizar en el siglo XX la preeminencia de una nueva religión, uniforme en todo el mundo, con un brazo en alto (sin puño cerrado, sino plenamente abierta la mano derecha de ese brazo), adicionando a unos breves bigotes que popularizó Chaplin con sarcasmo, hilaridad y evidencia trágica.

En lugar de proteger, la tan mentada «escuadrilla» se empeñó en «protegerse». Prueba notoria de su débil contextura y su incapacidad de verdadero culto, a pesar de la apariencia de fuerza demostrada con la brutalidad de sus encantos, miserias, vejaciones y occisiones. Y de sus secuaces (esos «capos» o judíos de la conversión sin estímulos y desprecio).

Si la desesperación infunde valor a los cobardes (Thomas Fuller), la mejor calidad de la inteligencia es la tolerancia (Andrés Segovia).

En fin; quizá, fuere cierto que la única manera de hablar en serio es el humor, como decía Arthur García Núñez (Wimpi).

VIII

VUCETICH VERDADERO HUMANISTA¹

Uno de los perfiles más conocidos, por no decir el único, de la multifacética personalidad del sabio, sin duda, es aquel que exhibe la imagen de un hombre serio frente a una lupa e impresiones digitales en estudio. En realidad, es lo que ha trascendido en todas partes. Por eso es que, si se dijera que Vucetich fue, además de dactiloscopista, un humanista de prestigio, un benefactor, un músico, un mutualista, un disertante y un escritor, entre otras inquietudes y actividades de consideración, incluyendo la de protagonizar en los espacios de la alta cultura, no pocos quedarían sorprendidos al desconocerse, o no saber lo suficiente, de esas aptitudes espirituales, intelectuales y filosóficas del maestro. En efecto, variados textos de Sislán Rodríguez, Antonio Herrero, Reyna Almados, Adolfo Korn Villafañe y Giménez Perret, entre otros, dan cuenta de tales otras acendradas dedicaciones de Vucetich, las que, por cierto, nunca enervaron las del dactiloscopista. Ni viceversa.

Alfredo Palacios que lo conoció lo suficiente, a su turno, destacó esta relevante personalidad en ocasión de celebrarse el sexagésimo aniversario de la fundación de La Plata, inaugurando en el paseo del Bosque platense el conocido monumento llamado Hemiciclo, compuesto de los hermes que honraron a la ciudad (Almafuerte, Ameghino, Korn, Spegazzini y Vucetich). Ninguno nació aquí, todos descansan en la necrópolis platense, y salvo Vucetich (que murió en Dolores), todos fallecieron en La Plata. Como se sabe, en 1941, al cumplirse la media centuria de la instalación del sistema identificatorio en policía, mediante las impresiones digitales por Vucetich, sus restos mortales fueron traídos a la necrópolis local y depositados en el panteón de la Sociedad de Socorros Mutuos de la Policía que él mismo fundó el 29 de septiembre de 1894 y de la que fue su primer presidente (entidad que funciona en 59 n^a 584). Ya el célebre discurso de Bolívar en el congreso

¹ Publicado en el diario "El Día de La Plata" el 2 de marzo de 2006 con motivo del 122^o aniversario de la fundación de dicho matutino.

de la Angostura (el 11 de febrero de 1819) daba cuenta del concepto de seguridad social, tema que luego fue precisado como esa actividad primordial del Estado, aunque no exclusiva, tendiente a la satisfacción de todas las necesidades del hombre provenientes de riesgos, infortunios y contingencias, mediante prestaciones adecuadas, sobre las que dieron respuestas la previsión social, la asistencia social, las casas pías, entidades de beneficencia, ayudas, socorros y las mutualidades, entre otras variadas asociaciones, como dicha sociedad de Policía. Ya sabía Vucetich de todo ello, así como del infaltable principio de solidaridad que le da sustento a la seguridad social (o sea, ese sentimiento del hombre que le impele prestarse ayuda mutua).

Ese mutualista y benefactor manifestóse cotidianamente con su vocación de ayuda y de servicio. Así fue que puso en marcha, en 1905, la aparentemente inefable “gota de leche” traducida en la entrega gratis de un vaso de leche y galletitas a los hijos de los agentes de policía de escasos recursos. Cuando un núcleo de esclarecidos universitarios se propuso fundar una institución que abordara el integral estudio de los grandes problemas sociales, dice Korn Villafañe, Vucetich se alistó al contingente y fue cofundador de la hoy Universidad Museo Social Argentino el 23 de mayo de 1922 (funciona en Corrientes 1723 de la ciudad de Buenos Aires).

Hijo de Víctor (ocupación tonelero) y de María Kovasevich, el sabio nació el 20 de julio de 1858 en Croacia (Lesina, población de Dalmacia, archipiélago en el Adriático, entonces bajo el dominio del imperio austrohúngaro). Educóse en un convento, y al egresar, plantó dos pinos los que, a su regreso en el viaje de 1913 por el mundo, parecieron como “dos centinelas viejos, guardando la puerta del sultán” (según Octavio R. Amadeo). Y dirigiendo por entonces, en su juventud, algunas orquestas musicales de afición, otra dimensión de este espíritu con vocación general hacia la “alta cultura”, no exclusiva de la filosofía (pues, muchas veces visitaba al viejo Korn, a quien lo tenía como su maestro de metafísica), sino de las regiones superconceptuales, casi místicas, de la música clásica contemporánea (Korn Villafañe), siendo uno de los más sutiles críticos y auditores que hubo luego en el país. Además, compuso, ya en Argentina, varias avemarías, valsos, mazurcas y antifonas, “Estasi d’ amore”, “Ayes de un Alma”, “Rio del Danubio”, “Hortus conclusus”, etc. En los actos oficiales de la Fundación Juan Vucetich, el quinteto de vientos de la Agrupación Sinfónica de la Policía, habitualmente ejecutó la mazurca “Ayes de un alma”, cuya partitura, fotocopia del original, fue llevada a dicha Agrupación. Y además, Vucetich refundó la Banda de Música de la Policía en 1900, haciendo designar director de la misma al

maestro Pedro Ruta (abuelo de Mons. Juan Carlos Ruta).

En la vida de este grande, otra vida comienza el 24 de febrero de 1884 en que pisa tierra argentina arribando a Buenos Aires, junto con su hermano menor Martín (luego padre de Danilo que presidió la Universidad Nacional de La Plata en 1958 / 1961, dejando para el recuerdo el de una buena gestión) y demás compañeros (tales como Brazanovich, Dulch, Vulgevich e Ivanissevich, luego padre del famoso cirujano Oscar, nacido en Buenos Aires el 5 de agosto de 1895). Su primera ocupación en la Capital fue en Obras Sanitarias; pero, el 15 de noviembre de 1888, durante la jefatura de Carlos J. Costa, ingresa al Departamento Central de Policía en La Plata como agente meritorio, sin chapa, en la Oficina de Contaduría y Mayoría, a las órdenes de Ernesto M. Boero, en donde, quizá, ya comenzaban a ponerse de manifiesto en Vucetich algunas aptitudes en el manejo de los llamados objetos ideales (especialmente, las matemáticas), los que luego serían los sólidos sostenes del sistema dactiloscópico (en efecto, harían afirmar nada menos que a Reyna Almadós, entre otros conceptos científicos y técnicos, que el aludido sistema puede ser calificado como la expresión perfecta de la identidad, en todos sus aspectos, “puesto que es el método infalible y matemático de comprobarla” y porque, además, todos los elementos esenciales se reúnen científica y orgánicamente). No en balde se lo llamó “sistema”, sobre todo si se tiene en cuenta que, por tal, se trata del conjunto de reglas o principios sobre una materia enlazados entre sí. Recuérdese que habría comenzado con su primaria fórmula de 1.048.576 clasificaciones diferentes, sin olvidar que luego, en 1899, inventó el dactilónomo (que se conserva en el Museo), instrumento que le permite la demostración práctica o gráfica de todas las posibles combinaciones sobre la base de los cuatro tipos del sistema dactiloscópico.

El 1º de mayo del siguiente año es designado auxiliar en la Oficina de Estadística (nueva oportunidad de vérselas con las matemáticas), organismo del cual dependía la oficina de identificación (por entonces con el sistema antropométrico: talla, longitudes varias de oreja derecha, pie izquierdo, brazos, altura de busto, amén de otras señales corpóreas visibles, tez, ojos, etc.). Y el 26 de septiembre fue promovido al cargo de jefe con el rango o jerarquía de comisario (el que desempeñó honrosamente hasta su retiro en 1912). Esa autoridad de honra y de prestigio, sin duda, no la ignoraba Vucetich que venía de la voz “auctoritas”, lo que en Roma significaba el “ejemplo eminente”, de lo que Vucetich dio prueba cabal en su desempeño exitoso y ético. Cuando se carece de tales atributos la “auctoritas” deja de

ser tal para trocarse en “autoritarismo”.

La vida terrenal de Vucetich, comprensiva de los 66 años (20/07/1858 -25/01/1925), se puede dividir exactamente en los dos períodos de 33 años cada uno, pues el año 1891 se instituye en lo que quizá la historiografía o la ciencia de la historia cataloga como lo de “tiempo-eje” o “año bisagra” o “principio de una nueva era” (Mayón, Herrero, Carr, Fustel), año en que la biocronología de Vucetich destaca con puntualidad y precisión lo siguiente. A mediado de dicho año visita al jefe de policía capitán de navío Guillermo J. Nunes (1857-1928) el legislador, periodista, político e ingeniero Francisco Seguí (1855-1935) y deja olvidado en su despacho el único ejemplar de la famosa “Revue Scientifique” (ejemplar 18, T. 47 del 2 de mayo de 1891) en la que se publicaba un trabajo titulado “les empreintes digitales d’après M. F. Galton” del médico y matemático Henry Croisnier de Varigny (n. 1855), comentando la disertación de Francis Galton (1822-1911, primo de Charles Darwin) pronunciada en la Royal Society de Londres (27/11/1890), quien enunciaría las tres leyes de la dactiloscopia (perennidad, inmutabilidad y diversidad infinita), aunque no llegó a edificar un sistema al modo en que concluyentemente luego lo hiciera Vucetich. Nunes advirtió la importancia del tema y convocó al joven Vucetich a su oficina y, entregándole el ejemplar de la citada revista, le sugirió que estudiara la posibilidad de incorporar, junto al sistema antropométrico, el de la identificación mediante las dibujos dactilares. Y el mencionado año “bisagra” culminó exactamente el 1º de septiembre de 1891 en que el comisario Vucetich inauguraba la oficina de Identificación con los dos sistemas. Dicho ejemplar de la citada revista se conserva en el Museo Vucetich, donado por la Fundación Juan Vucetich.

Hasta entonces el sabio poco o nada sabía del tema, pero a su tiempo reconoció que, “penetrado de la trascendental importancia que revestían dichas investigaciones” (las de Galton, así como las de otros predecesores que él mismo cita, como las de Purkinje, Ranke, Lacassagne, Lombroso, Alix, Feré, Testut, Stern y Kollman, entre otros), trabajó empeñosamente sobre el tema, comenzando por verificar la verdad de las leyes de Galton, logrando más tarde edificar un sistema que llamó “icnofalangométrico”, y luego, a instancias de Francisco Latzina, con la designación de “dactiloscópico” (en un primer paso con 101 tipos, y en uno final y conclusivo, de los siguientes 4: arco, presilla interna, presilla externa y verticilo). Vucetich afirma por entonces, con alto sentido reflexivo y trascendente, que “no es la ciencia quien ha querido que la identificación tenga un solo medio y logre una sola eficacia, es la naturaleza”; y además, que “todo es mudable en la vida, menos

el esquema digital; todo es reproducible en los congéneres, menos el dibujo papilar. He ahí a la naturaleza”.

Al siguiente año sucedió el tristemente célebre “caso Francisca Rojas” (el doble filicidio de los menores de 4 y 6 años degollados mientras dormían, el 29 de junio de 1892, en Necochea, Buenos Aires), lo que dio ocasión de producirse el bautismo de fuego con la participación del Crio. Insp. Eduardo M. Alvarez quien, examinando huellas, etc., con evidente aptitud de policía científica, esclareció rápida y definitivamente el hecho.

Y las grandes condiciones de escritor y convincente disertante las puso de manifiesto, de modo categórico, con la publicación de varias obras (“Instrucciones generales para el sistema de filiación Provincia de Buenos Aires”, en 1893, declarado texto oficial en 1895, y su “Dactiloscopia comparada”, en 1904, reeditada en 1951, entre otras publicaciones importantes en revistas, etc.), y respecto a su disertación, vale completar expresando que en 1912 se retira de policía y emprende un viaje por distintas ciudades de Alemania, Austria, Bélgica, China, España, EE. UU., Francia India, Italia, Japón, Portugal y Suiza, entre otras, confirmatorio de su merecida fama y de que este hombre sea justicieramente evocado, a punto tal que, además, calles, plazas, escuelas, institutos y la Fundación, llevan su nombre. En esta prieta síntesis de la vida y obra vucetichianas, porque es lo menos que hoy, en el 122º aniversario de este matutino platense, puedo exponer de este hombre que honró a La Plata, que se erige en el ejemplo ético de la policía y que logró hacer trascender científicamente a la Argentina en el ámbito internacional con un sistema identificador que no pocos, justicieramente, piensan que viene de los viejos tiempos preparatorios de la Biblia (Job, 37, 7: El señor ha puesto como un sello en las manos de los hombres, a fin de que conozcan todos que sus obras penden de lo alto): *qui in manu omnium hominum signat ut novéri singuli opera sua.*

IX

BIG BANG

O esa explosión que habría dado origen al universo. ¡Cuánta impresión al respecto porque no habríase descartado que, en vez de explosión, pudo haber sido otro fenómeno o cosa parecida, y en cuanto al universo (?) habría que iniciar este apunte con el concepto o definición de tal!

Lo cierto es que, uno de los tantos lunes en que, en el decenio de 1990, concurrí a la SADE central en Buenos Aires, a las reuniones de la comisión directiva (en mi carácter de vocal titular representando a la seccional La Plata de la entidad), en las dos presidencias sucesivas (la de Castiñeiras de Dios y Bernarndo Ezequiel Koremblit, y luego la de Carlos Paz y Juan –Jacobó Bajarlía), a mediados de 1998 ó 1999, encuentro a Juan-Jacobó “trenzado” en una discusión con el secretario (parapsicólogo) sobre el principio del universo (icasi nada!) y la existencia o inexistencia del Supremo Creador (que es Dios). Aunque mi querido Bajarlía no lo afirme rotundamente, no dejo de creer que es judío creyente (no tanto religioso), y en cuanto a Antonio Las Heras desconocía entonces y desconozco ahora sus íntimas creencias o “descreencias” sobre el punto.

Cuando Juan-Jacobó me ve llegar me llama en voz alta: “¡Che, Atilio, vení que estamos discutiendo un asunto con Las Heras, y vos como católico, nos dirás tu punto de vista!”.

Me acerco presto e inquiero para que concretamente me indiquen sobre el tema en disputa, a lo que se me dijo que era el siguiente: para Juan-Jacobó el origen del universo está, como lo dice la Biblia, en manos de Dios; en tanto que para Antonio todo se reduciría a la gran explosión de un punto suspendido en el espacio.

Le dije entonces a Antonio que, si no me dice quién puso ese punto en el espacio, la discusión quedaría varada, como hace siglos, creyendo que Dios es el creador Supremo, con o sin explosiones, advirtiendo que es un problema de fe, lo que supone creer en lo que no se ve. Y si Dios no se ve ni

puede probarse científicamente su existencia, espero que los científicos me prueben científicamente la inexistencia de Dios.

¡Bravo, Atilio!, me dijo Bajarlía, terminando la reunión con la llegada del presidente, convocando a la sala de reuniones, no sin antes preguntar sobre qué nos encontrábamos dialogando...

Miramos la cara de Las Heras, y Bajarlía y yo, sonreíamos quizá pensando él en Moisés y yo en Juan el Bautista.

Pasando el tiempo, ya estando o encontrándonos a mediados de 2006, parece que destacados científicos, luego de la Cumbre Mundial de Física en Galápagos, están ahora en Ginebra, luego de ratificado el conocido “Experimento Atlas”, con equipos de significación y “llamativos”, para intentar la reconstrucción del Big Bang.

No estoy en condiciones de calificar de ingenuo o cándido el tal proyecto, porque reconozco la seriedad, al menos, de algunos argentinos que intervienen en el asunto (Javier Anduaga, Martín Tripiana, María Teresa Dova o Fernando Monticelli, estudiantes, licenciado en física, etc.), pero se me ocurre que, quizá, no baste el equipo instalado en el túnel de 27 Km. de circunferencia, 25 m. de alto y 47 de largo, con un peso de 7 mil toneladas, para descifrar ese misterio y darle una respuesta satisfactoria al querido amigo escritor y parapsicólogo.

De todos modos, y sin perder el tiempo, no soy de los que se oponen a la investigación científica para descubrir nuevos datos sobre la composición de la materia y la energía oscuras, “uno de los mayores misterios actuales de las ciencias”, valiéndose de un acelerador de partículas conocidas como LHC, con el que se podrían liberar fuerzas desconocidas que rigen el universo, buscándose generar un choque de partículas parecido al que sucedió una milésima de segundo después de ocurrida la gran explosión, sabiendo ya que aún existe un 96% de materia y energía oscuras sin descubrir (?).

Bajarlía que ya está en el cielo me guiña un ojo y me intenta decir que palmeo al “compañero” Las Heras deseándole buena fortuna y que en las aludidas investigaciones no vaya a ocurrir otra explosión grande que intentare “re-crear” el universo.

ÚLTIMO MOMENTO: En la Real Academia de Ciencias Suecas, donde se encuentran los que todos saben, o saben casi todo, decidió otorgar el Premio Nobel de Física 2006 a dos yankies (George Smoot y John Mather), quienes, presumiblemente, habrían obtenido fotografías sobre el universo apenas nacido, consolidándose la teoría del Big Bang. Sin embargo, sigue pendiente saber cómo, quién, y por qué (del principio del universo), y además, mirar el cielo y responder de qué se trata el mismo.

X

GARCÍA SARAVÍ

Nació en La Plata el 29 de diciembre de 1920 y murió en San Telmo (Buenos Aires) el 19 de mayo de 1994. En el acto llevado a cabo el 1º de septiembre de 1994, en adhesión a los programados para los del Día del Abogado, en el salón de Actos de la entidad en La Plata, previas palabras del Presidente Dr. Juan Carlos Simoncelli, expresé los siguientes conceptos, luego de hacerlo sobre los demás poetas abogados (incluidos en el Tomo I de Poetas Abogados, 1996), Amalia Alcoba Martínez, Alberto Alfredo Casey, Guillermo Lapalma, Juan Carlos Mena, Alberto y Hugo Enrique Mendióroz y Estanislao de Urraza:

No puedo ni debo ocultar que, con el poeta Casey, mantuve frecuentes encuentros que cimentaron afectos, reconocimientos y admiraciones. Con García Saraví fue todo mucho mayor, comprometiéndome la gratitud y el acendrado afecto, por lo que me comprenden las generales de la ley, lo que me descalifica en parte para dar el testimonio de su humanidad y de su humanística. Pero, juro decir verdad, no obstante, de todo cuanto diré objetivamente de este hombre que nutrió la literatura en el género poesía con generosidad y brillantez.

Graduóse de abogado y nació poeta. Integró las comisiones directivas de la SADE y tuve el honor de presentar algunos de sus libros.

Hoy se habrán de leer dos sonetos escogidos deliberadamente. El primero (“La Pasión”) lo traigo por dos razones. Gustavo me lo dedicó a mí juntamente con mi recordada amiga Josefina de Barilari; y además, porque, como siempre se advertirá, en el último terceto se nota el juego de palabras al que siempre fue afecto el poeta y en el que ofrece dos sustantivos (caridad y claridad) modificado por un adjetivo que en la última línea forman un conjunto con el mismo principio del sustantivo anterior (clar) y el mismo final (ad, az), distinguiéndose sólo por una consonante (p) y una vocal (a): “la caridad, la claridad, mi clara/paz”.

Y el segundo (“El espejo”), porque a mi juicio constituye una de las

mejores composiciones del poeta, además del contenido, por “contenerse” sólo en interrogantes (o preguntarios), ya los dos finales tercetos, ya las dos cuartetas precedentes.

La Pasión

Es indudablemente una agonía
circular, una víbora, un proceso
cruel de devastaciones en el hueso,
la lengua, la dramática alegría.
Lo que tenía entonces (o creía
poseer entre cánticos, ileso
como ciertas tristezas) era un beso
subterráneo y feroz, una ironía
del amor, casi ya sin amor ni ojos,
toda una posesión de furia y rojos,
armamentos y hieles y torturas,
un dominio sin dueño o piedad para
la caridad, la claridad, mi clara
paz, anterior a tantas mordeduras.

El espejo

¿De quién es esta pena que me mira,
este rostro de líquen, anhelante,
esta abrumada linfa, semejante
a la acidez, al llanto y a la ira?
¿De quién es esta boca que suspira,
este cutiz de cal, agonizante,
esta verdad que tengo por delante,
esta verdad doblada en la mentira?
¿Qué sangre la recorre, qué creencia
sostiene su crueldad o su inocencia,
su virtud, su ignorancia, su egoísmo?
¿Soy o no soy esta prisión de enfrente,
este rostro cercano y diferente
tan igual a mi alma y a mí mismo?

Integró algunos años los cuadros de la justicia nacional en Posadas y en la Ciudad de Buenos Aires. Fue periodista del matutino “La Nación” de Buenos Aires. Diplomóse de abogado en la Universidad de Don Joaquín V. González, luego de haber cursado el bachillerato en el Colegio Nacional platense. Ha publicado alrededor de medio centenar de volúmenes, en su gran

mayoría dedicados a su gran amor (la poesía), así como ensayos, relatos y otros escritos. Reiteradamente galardonado en Argentina y otros países por entidades de prestigio y consideración, también mereció el preciado título de Ciudadano Ilustre del Partido de La Plata, llevando su ilustración a la patria de Cervantes, donde pronunció conferencias y donde editó sus **Obras Completas** (Ed. Empeño 14, Madrid, 1982, 800 ps.), cubriendo el periodo 1954/1981. No contento con esto, las mencionadas **Obras** (dejaron de ser completas, pues ensilló nuevos emprendimientos y editó varios volúmenes tales como “Puerta de embarque”, 1986; “Vale la pena”, 1987; “Tango, coto de caza, mitos y semidioses”, 1991, y “De ahora en adelante”, 1995). García Saraví fue dueño de la palabra justa, cálida, tenue, sutil, profunda y sarcástica, predominantemente en el soneto, especie en la que brilló a gran altura, junto a esos maestros inigualables de los endecasílabos de catorce líneas (Darío, Lugones, Rega Molina, Bernárdez...). Este bagaje sonoro y locuaz empujó su vida sin renegar de sus familiares, amigos y colegas, transitando su talento, su ingenio y espontaneidad, observando cuidadosamente las exigencias de la gramática, las academias y los diccionarios. Buceó las profundidades ignotas y elevó su canto, junto con su espíritu, y viceversa, a esas alturas inaccesibles para muchos, incluyendo al cóndor.

El mes de mayo registra viajes definitivos a la inmortalidad de muchos y muy grandes poetas y escritores. El primer día de dicho mes, de 1992, se fue el correntino Camacho, y de 1999, Horacio Ponce de León; el día 5, de 1982, don Julio Irazusta, el brillante entrerriano de Gualeguaychú; el día 11, de 1991, Raquel Sajón de Cuello; el 15, de 1994, el querido Oscar Luis María Bertolini; el 17, de 1996, Walter Sigfrido Cartey (nicoleño, museólogo, escritor y amigo); y el 28, de este 2006, Fermín Chávez, entre otros). Pero, el mismo mes de mayo y con la escasa diferencia de nueve días, tuve el dolor de despedir, en ese año 1994, a María del Carmen Garay Muñiz (fallecida el día 10) y a Gustavo (el 19). Del poeta que hoy evoco pude llegar a su tumba con estas palabras:

No deseo ir demasiado lejos ni venir demasiado cerca, pero me afirmo en la obligación, antes de expresar algunas reflexiones tan improvisadas como esta introducción, de decir que mi primer acto literario en esta ciudad platense de los tilos, fue el 20 de junio de 1967, oportunidad en que, a mis instancias como integrante de la Comisión de Cultura del Colegio de Abogados de La Plata, y en su salón de actos, presentaba yo a García Saraví para hablar sobre el siguiente tema (también por mí sugerido): “Poetas abogados”.

Nada quiero ni debo decir ahora de aquella memorable jornada, de mi bautismo de fuego literario, ni de cuanto sucedió aquel Día de la Bandera de hace casi tres decenios, en que comencé a frecuentar al poeta y al abogado. Al amigo, en suma.

Pero, sin embargo, me siento en el deber de referir, en este momento del adiós, que la semana pasada, quizá haya sido yo el último que habló en un acto público literario de García Saraví, a propósito del inefable tema de la “Sonetística nicoleña”, circunstancia en que se me permitió, para dar lucida coronación a dicho acto, llevado a cabo en el salón que La Salamanca tiene en la calle 3 entre las de 46 y 47 de La Plata, el pasado jueves 12, decir de Gustavo que, no obstante no ser nicoleño, debía serlo, no tanto por las inúmeras veces que fue a mi terruño del Acuerdo, cuanto por los afectos incontables y el recuerdo que allá se tiene permanentemente de él. Y en dicha coronación, expuse una de sus más logradas composiciones sonetísticas: “El Soldado de la Independencia”.

Entre ambos hitos de esos casi tres decenios, en los que transcurrió vertiginosamente el tiempo, García Saraví prologó mis dos primeros libros de poesía (“Poemas”, en 1972, y “Dictamen de mí mismo”, en 1979). Pero, además, tengo para él, por el largo camino transitado junto al amigo y poeta, la gratitud, el recuerdo, la admiración y el afecto que sólo es capaz de promover o causar un espíritu de las excelencias, como las del que, hoy, deja este mundo.

No será éste, asimismo, el momento de referir la biografía humana, profesional y literaria, pues ella está en el corazón de cuantos le conocieron y de los que tuvieron ese privilegio, además, de degustar y valorar su obra y, sobre todo, la pulcritud de sus composiciones, en especial sus sonetos. También, en el corazón y en el espíritu de los tilos, eucaliptos y diagonales platenses, sus calles y sus plazas donde detuvo sus pasos, o los reanudó, con el ocasional amigo de encuentros reflexionando sobre el amor, la vida, la perdurabilidad, la poesía. De la mesa del café, en la amena tertulia intimista, donde develaba algunas de las incógnitas y otros misterios del soneto. Y de tantas sendas y otros caminos y hallazgos, hacia donde se proyectaba entrañablemente su portentosa figura estética y humanística.

Esa biografía hoy es tan innecesaria, cuanto redundante.

Y antes de concluir con una página, a modo de epitafio que he querido dejar al amigo en su reposo final, improvisada en las primeras horas de este día, debo decir que traigo conmigo la representación de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), tanto la Central capitalina, como de las Seccionales platense y nicoleña, la de toda la gente de la ciudad del Acuerdo y de la de Dardo Rocha, la del Instituto Literario “Horacio Rega Molina” de

la República Argentina, la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires (SEP) y, **negotiorum gestorum** mediante, la del benemérito Colegio de Abogados de La Plata.

***Epitafio para una simbólica tumba nicoleña
(De un amigo que no ha muerto)***

I

Aquí yace Gustavo, el imperioso, el sutil, el milagroso,
el que supo extraerle a toda rosa y hasta el cristal
y al mismo vuelo, a la paloma, la mariposa y la luciérnaga
ese último misterio,
desentrañando la clave de la lira, del soneto,
el canto silencioso, la pulsada, el latido o el milagro
de trastrocarse íntimo y fecundo
en la línea pueril de ese horizonte del lirismo
y la hermosura.

Aquí está hoy este bardo, este imponente,
el que yace sin tregua, ni descanso de poniente,
el profundo, el que queda de sí mismo,
el consuelo, la oración y cuanto viene
interminable y fluyente del levante.

Aquí yace el que inventa hasta el velamen,
el olímpico jilguero de la alondra y de la luz,
oh, creador de la sombra y de la lumbre,
el ruiseñor que se escapa de tus manos
en nocturno y serenatas medievales
para posar la frente en tu mirada.

Yace aquí en el silencio y la torcaza, el jazmín,
la locura del sueño de la tierra
de abrigarte con arpas y tersuras,
la nostalgia del bosque y de los tilos,
diagonales, veredas y azahares, eucaliptus
y el emblema del recato, la ocasión
de encontrarte en la huella de la estrella.

O ese “hachazo celeste” endecasílabo
que perdura en tu soneto.

II

En cobertura de mármol, y esta tierra, yaces desde hoy,
inmortal, oh, preferido de los dioses del Olimpo,
elegido en el Parnaso, en el coro celeste de la lírica,
en sentirse desde hoy el menos triste de poesía,
de ser el todo, cuando nada quede.

Quizá habríase dicho a modo de epitafio: “Padre
y maestro mágico, liróforo Celeste”, al modo rubeniano,
o ese otro repetido siempre de Machado:

“nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, sino es el mismo Pan”.

Hoy es curioso Pegaso, está en la nube y en la cima,
ese cóndor sereno de justicia y de blancura,
y en el trigo, y en la muerte serena de poesía.

A estas voces de la lírica y la entraña o en el numen
que tanto y constante te acosara
en todo tu camino de gloria y de cultura,
de reloj y de carcaj y de corola,
hoy se queda en una flor o en una esperanza
de no morir del todo, ni de ser olvido,
en otros poemas del encanto y del futuro.

XI

LA AMISTAD DE AMIGOS Y AMIGUISMOS...

El 22 de julio de 2006, en el Centro Naval de La Plata, la Fundación Juan Vucetich organizó un acto celebratorio de dos aniversarios: el 148º del nacimiento de Juan Vucetich (20 de julio de 1858, en Lesina, isla Hvar, archipiélago Dálmata, en el Adriático, entonces bajo el dominio del imperio austrohúngaro) y el 8º natalicio de la Fundación que tiene de patrono al sabio dactiloscopista (acto en la Bolsa de Comercio de La Plata el 20 de julio de 1998). Además del Día del Amigo. Y a propósito de esas tres evocaciones, y luego de rendir homenaje a los Miembros Honorarios fallecidos, otorgáronse los Legajos Honoríficos a los nuevos miembros del Instituto: Cabo I José Isaías Bentancour (Policía de Río Negro); Capitán de Navío Oscar Alfredo Castro (presidente del Centro Naval); Profesor Santiago Daniel Fazzini (ex subsecretario de Formación y Capacitación del Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires); Crio. Myr. Cdr. Héctor Salvador Mazzeo; Profesora Cdra. Mabel Pérez (UNLP, Fac. de Ciencias Económicas); Sgto. Adm. Pablo Germán Romay (Policía de la Provincia de Buenos Aires) y Agente Daniel Oscar Wilberger (Policía de La Pampa). En dicha oportunidad, en mi carácter de presidente de la Fundación, hice uso de la palabra y pronuncié la siguiente disertación sobre el tema mencionado supra.

1

La voz **amigo** deriva de uno de los dos siguientes vocablos: **amistad**, que consiste en el afecto y sentimiento de pureza y desinterés, compartido recíprocamente con otro u otros; o como decía Aristóteles, se trata de “un alma que habita dos cuerpos; un corazón que habitan dos almas”; justamente en su *Ética*, el filósofo griego distinguía los tres siguientes tipos de amistad: la que esta basada en el **placer** (habitualmente, la de las relaciones juveniles, intensas pero efímeras); la que se apoya en la **utilidad** (generalmente asociadas a transacciones comerciales y al amplio espectro del mundo del trabajo o de la actividad laboral); y por último, la que se fundamenta en la **virtud** (que para la mayoría es la auténtica amistad, o la “amistad perfecta”;

y es la que se construye sobre la base de la bondad, porque se da en los casos en que se quiere a otro por lo que es, no por una cualidad o característica circunstancial, a sea, y sobre todo, cuando se desea para el semejante el bien por el bien mismo; yo me permitiría agregar que se trata de la culminación de la caridad, del amor). En cuanto al otro vocablo anunciado es el **amiguismo** (el que se trata de cierta tendencia bastante común, lamentablemente, incluso en los tiempos de Aristóteles, de favorecer a alguien, en perjuicio de otro con mejor derecho; o sea, el provecho, la utilidad, la conveniencia, el acomodo, la componenda, la apariencia, la hipocresía y toda suerte de prebendas, superficialidades y frivolidades que se dan por añadidura).

Por eso, en el Día del Amigo, aunque parece que son muchos y no son tantos, y aunque parece, también, que son pocos y suelen ser, afortunadamente, muchos más de cuanto uno espera o imagina por las sorpresas agradables de tantos días, hoy habrá de ser la oportunidad de reflexionar sobre esto y pensar en Vucetich al abrigo de la amistad en el austero recogimiento de la sinceridad y del amor, sin tantas excentricidades y exteriorizaciones ruidosas de las francachelas o las algarabías, entre otras manifestaciones de las apariencias, de las mediocres superficialidades y de lo fatuo.

Pues, la verdadera amistad, la de la virtud, no es nunca la natural obscuridad del amiguismo, sino la consecuencia de la lealtad, la de todos los días y la silenciosa no sólo de un día, sino la de todos los días y de todas las horas.

Es o consiste en la auténtica realización del bien (antes que la de no haber hecho mal a nadie) y la presencia necesaria de la solidaridad, esa misma que se demuestra, por caso, en los hombres y mujeres que se prodigan hacia la Fundación Juan Vucetich, respondiéndole a él con la misma amistad que él deparó a los demás.

En esa hermandad o fraterna relación de desearse mutuamente la paz y el bien, no es sino la misma paz que manifestaron quienes, en un día de aquel 20 de julio de 1969, llegaron por primera vez a pisar el suelo de nuestro satélite.

Quizá fuese ese Día del Amigo, en el que todos se consideran tales, sin reparar en lo sustancial, en lo esencial de esa alta dignidad del espíritu humano que es la amistad. No son pocos los que pasan de ser meramente conocidos y beneficiarios de las esperadas prebendas, puestos, recomendaciones, cargos y otros designios provenientes de las mentadas apariencias y frivolidades.

2

Muchos compañeros, vecinos, camaradas, colegas y asociados de lo que común y superficialmente se designa como “relaciones humanas”, no pasan de ser sino aquellos que se dispensan, un día, apenas, algunos respetos de la insinceridades y de los cumplimientos o cumplimentaciones de la baratura espiritual. Lo que no es poco, por cierto...

Pero, la amistad exige otro comportamiento humano que no se satisface con esa minúscula “relación”, sino que se compatibiliza con el de todos los días o todos los momentos; esa práctica conciente y efectiva, profunda y sincera de llegar a lo más hondo de las “convivencias humanas”, sin los apegos a los efímeros convencionalismos de superficiales materialidades del convite para pasar el rato; o las pueriles y variadas vanidades de la vida, tan endeblés como intrascendentes, en lugar de esas nostálgicas convivencias, cuyos maestros dieron pautas ejemplificadotas de confraternizaciones perdurables para la emoción y el deleite espiritual. Así Anastasi, Ramírez Gronda, Benito Pérez, Samuel Daien, Huberto Ennis, García Saraví, Manuel Ramos, Bustos Berrondo, Verardo, Sánchez Esteves...

El amigo se prodiga de otro modo diverso que el personaje del amiguismo, consecuente con su sentimiento auténtico de tal; y para ello, están o se encuentran las voces convergentes tales como servicio, dignidad, asistencia, prontitud, diligencia, sinceridad, honestidad, paz, verdad y amor, entre otras. Esa convivencia humana es la que tiende a esa otra dimensión a la que pocos acceden y que yo llamo la de las “invivencias humanas”, las consecuencias de vivir en el otro y éste en mí.

Todas las cuales le vienen a la justa medida a todos y cada uno de los galardonados de hoy, tal cual aconteciera con todos los anteriores nominados, salvando siempre los diferentes caracteres, profesiones, modalidades de vida, edades, confesiones religiosas o filosóficas, determinaciones políticas y deportivas, entre muchas otras determinantes de cada ser humano.

El Gran Amigo, y respetando todas y cada una de las confesiones y creencias o cultos, fue Cristo: ya de los niños, de los ancianos, de los enfermos o necesitados, de los desposeídos y de cuantos le amaban y le odiaban.

3

Por eso, su vivencia es la infinita vigencia de la amistad que nutre el corazón humano con la savia de esa gracia que tanto bien prodiga a los espíritus, aunque se lo imite tan mal con sólo una fecha del calendario, como es la del 20 de julio de 1969, ese día en el que Neil Armstrong, Michel Collins y

Edwin Aldrin llegaron al satélite selénico en son de paz y en nombre de la humanidad, moviendo al bueno de Enrique Ernesto Febbraro (ese profesor, odontólogo y músico de Lomas de Zamora) a designar ese día como el del amigo con que internacionalmente se lo conoce y fuera adoptado un año más tarde. Estos nombres, parece mentira, ya ni se los recuerda, aunque hayan protagonizado sólo un punto en el firmamento de las grandezas, realizaciones y emprendimientos del hombre.

Por una misteriosa coincidencia, el día 20 de julio la Fundación festeja el 148º aniversario del nacimiento de su patrono, el sabio, músico, escritor, dactiloscopista, mutualista y benefactor Juan Vucetich, así como el 8º del nacimiento de esta entidad propuesta para mantener vigente el perfil de su patrono, difundiendo su vida y su obra, además de su ética ejemplar.

También otros pudieron haber sido anunciadores o enunciadores de la amistad: Bach, que llenó el cielo con la luz de su religiosa música, esa palabra plasmada en armoniosa conjunción simultánea y sucesiva de los sonidos; o San Francisco o San Antonio, que prodigaron el espacio celestial con sus sacrificios en bien de los demás, sus semejantes; o Sabin, o el Santo de la Patria, Gral. Belgrano, el anunciador simbólico de la misma con la bandera que extrajo de lo más recóndito de su corazón, de su inteligencia y de su voluntad, desafiando a los incomprensibles, soberbios y envidiosos que, a su turno, intentaron combatirlo, sin lograr vencerlo; o Pasteur...

Nunca se magnifique tanto sólo este único día del año, olvidándose de todos los restantes y recuérdese a Vucetich, máxime con estos pergaminos honoríficos que prestigian a los beneficiarios como a la institución vucetichiana. Y ya no sólo los 20 de julio, como tampoco debe recordarse a Belgrano los días 20 de junio, ó sólo el 10 de julio a Horacio Rega Molina ó el 13 de junio, solamente, a Leopoldo Lugones. Que sean todos los días para todos ellos, como para Miguel Ángel, Mozart, Aristóteles, Virgilio, Dante Alighieri, Teresa de Calcuta, Homero, o Cervantes.

El 20 de julio de 1858 nació la humildad y grandeza de un hombre que escogió a la Argentina, como su amiga del alma, y más propiamente a La Plata, y aún un poco más, en la dimensión menor: a la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a la que dignificó y honró como ningún otro miembro de ella. Eso es ser amigo de la patria nueva, de la nueva ciudad y de la institución que se trata de destruir desde cualquier flanco. Así es que, al evocarse el 140º aniversario del natalicio del gran Vucetich, en la Bolsa de Comercio de esta ciudad, suscribí con muchos buenos amigos y compañeros la fe de bautismo o partida de nacimiento de la Fundación que tiene de patrono al sabio.

4

Hay quienes hoy no están físicamente en este mundo, pues viven en la dimensión del Señor, pero participan de los festejos y las congratulaciones, así como de la felicidad de tenerlos en la memoria, el recuerdo y el homenaje: Borda Barrera, Brandi, Canelo, Chervo, Chiurazzi, Cufre, Errico, Fontana, Guado, Herrero, Korn, Korn Villafañe, Laguardia, Leguizamón, Mendy, Peña, Prado, Quintela, Reyna Almandos, Sislán Rodríguez, Ruckauf, Sarlo, Segalerba, Serafino, Silva, Spinosa, Torres, Vega, Villa, Vucetich y Zuelgaray.

Se debe rogar, entonces, por el eterno descanso de todos estos amigos en la benevolencia de la Providencia celestial, y con la esperanza de la resurrección prometida por el Redentor. Y también, por el bien y la paz de todos los miembros honorarios, así como muy especialmente, la dicha y felicidad de los que hoy nutre el espíritu ético de esta institución: el cabo I de la Policía de Río Negro, José Isaías Betancour; el capitán de navío y actual presidente de esta entidad naval Oscar Alfredo Castro; el profesor y ex subsecretario de lujo de Formación y Capacitación de la Policía Santiago Daniel Fazzini; el Crio. Myr. y Cdor. Prof. Héctor Salvador Mazzeo; la Profesora Cdra. Mabel Pérez (de la facultad de Ciencias Económicas de la UNLP); el Sgto. Administrativo del Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, Pablo Germán Romay y el Agente de la Policía de La Pampa Daniel Oscar Wilberger.

Debe comprenderse que las nominaciones, como las de hoy y las que las precedieron, así como las futuras, no son meras concesiones ni condecoraciones de momento, sino como sólidos monumentos que reconocen un pasado de servicio, de honor y de ética, así como de realizaciones benéficas y hechos y obras positivos. Pero, también, un compromiso para merecer dichas nominaciones en todos y cada uno de los días futuros, haciendo el bien, prodigando lo mejor de sí, practicando la verdadera amistad como virtud, sentir la patria, la verdad y la ciencia como nortes de todo accionar en la vida; que Dios, Patria y Hogar no sean meras enunciaciones electorales o políticas, sino designios de amor, porque sin éste tampoco se puede nada, como dijo el griego.

En nombre de la Fundación Juan Vucetich, de su Círculo de Miembros Honorarios y todos los directivos, mando superior de la misma, adherentes y colaboradores, doy la bienvenida a los nuevos miembros con una gran aplauso que pido para todos ellos.

XII

JULIO CÉSAR TRIACA **UN INVIDENTE QUE NO VE, PERO QUE MIRA MÁS Y MEJOR** **QUE MUCHOS VIDENTES**

Curiosamente un sábado a las 14 hs., en vísperas de la fiesta patria de la Independencia (año 2006), llevóse a cabo en el Salón del Colegio de Abogados de La Plata un no menos curioso acto en el que, un abogado ciego que perdió la vista en un accidente de caza, siendo joven estudiante de derecho, y además, amigo mío, de noventa y dos años de edad, daba una charla bajo el título “Mis desafíos en la vida”, acto que duró una hora y media, con lleno total del salón, y sin que me diera cuenta ya de la hora, del transcurso del tiempo ni de cualquier otra circunstancia del día, ya por la emoción, ya por los afectos, ya por la admiración que me despertaba la lucidez de un hombre generoso y ético, y sobre todo, como se lo dije al final de la charla, por haber sido capaz de no prescindir en momento alguno de la dimensión del Señor.

Julio César Triaca era el abogado y amigo, con quien tuve tantas mañanas de pasillo en los tribunales platenses (hasta hace veinticinco años, en que obtuve la jubilación como abogado), con charlas sobre la vida, el mundo, la profesión y sobre todo, su ceguera (visual) de la que hablaba sin tapujos, sobre todo, porque él había perdido la visión cuando joven.

Pero, la charla me demostró de este joven amigo nonagenario, además de la apuntada lucidez e impresionante memoria, la calidad humana de hablar de sí con una objetividad, modestia y humildad ejemplares. No es fácil hacerlo, prescindiendo de la falsa modestia, del encubierto orgullo personal y de las vanidades (generalmente pueriles) que pueden traicionar al hombre que medita y habla.

Recordó su infancia y memoró dulce y tiernamente la memoria de sus padres. Así como su escuela primaria y la primera maestra del primer grado, la misma que, al recibirse de abogado, lo llamó para felicitarlo. Nombró todos los grandes que fueron sus profesores de entonces, y además, cuando el presidente de la Universidad, Dr. Juan Carlos Rébora, le entregó el título de abogado en forma especial porque se trataba del primer caso en el mundo de un abogado ciego.

Toda la sesión fue una recreación de los afectos, de la solidaridad, de la ejemplaridad en el trato y disfrute de las convivencias humanas, de la prodigalidad generosa y sin las expectativas de reciprocidades de recibir cuando se da.

Es que Triaca, como muchos invidentes que conozco, son de los que no ven con los ojos, pero miran con los otros sentidos, y sobre todo, con el entendimiento, la comprensión, la inteligencia y el amor.

Mientras hablaba yo reparaba en la verdadera vigencia de las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales (fe, esperanza y caridad o amor; y fortaleza, justicia, prudencia y templanza), en un hombre lúcido y traslúcido, ético, generoso, trabajador, con alma tranquila, espíritu equilibrado y sobria probidad profesional. Triaca es la conjunción de valores sin los cuales el hombre no cree sino lo que ve, no tiene la paciencia de esperar y por supuesto no ama, no tiene caridad. Me refiero a ese amor, sin el cual la fe y la esperanza no sirven de nada, sino para ver crédulos sin norte y esperanzados sin contenido ni formación como hombres. Esa caridad o amor de Triaca se pone de manifiesto en todos y cada uno de los momentos que le tocó vivir, dando verdadero y real ejemplo de vida. Y no sólo ese amor, sino el amor benigno del que hablaba Juan Pablo II, o sea, la misericordia y la piedad. No tenerse lástima, sino amar siempre y por sobre todas las cosas a Dios y a los seres humanos creados a la imagen y semejanza espirituales del Creador.

Palabras liminares, de notorio sentido ético y emocional, rindieron, a su turno, el presidente de la Caja de Previsión Social para Abogados, Dr. Héctor R. Pérez Catella, y Marcelo R. Calvo, director de la Biblioteca que lleva el nombre de un gran inventor francés ciego Luis Braille (1809-1852).

Pletórico de gozo, placer y beneficio me retiraba en compañía de mi co-terráneo y amigo Dr. Mario Bernardo Stratico, cuando el resto del público se iba despidiendo y saludando a los oradores, en una siesta, no perdida, de una luminosa tarde en que me sentía refigurado al alcance de las más augustas personas de mi existencia: mis abuelos (José y Filomena), mis padres (José y Marta), mi mujer (Elsa) y esa niñez, aquella juventud y mis primeros años de matrimonio, con todas mis falencias de hombre y todas mis carencias económicas, luchando en una profesión ardua, difícil y de inocultable contenido valioso (la justicia y la moral). La tarde sabatina, ya en la calle, mientras aguardaba a mi amigo Mario, me llenaba el espíritu junto a todos los abrazos y saludos que habían quedado en el primer piso con amigos, colegas y otras personas conmovidas favorablemente con la emoción, con la admiración y por ese hálito de encendimiento y de resplandeciente palabra, en una curiosa jornada sabatina a las catorce horas, dejaba

un hombre de innegable vigencia que daba ejemplos de vida y el magisterio indudable de las convivencias humanas. Un hombre que no ve, pero mira: Julio César Triaca.

Por eso, merece él y las demás personas que mencioné, y otras que debiera mencionar, pero que desconozco o no recuerdo sus nombres, este escueto testimonio que en cada línea palpita de corazón, inteligencia y voluntad. De amor, de ejemplo y de vida.

Finalizado el acto, el presidente de la Asociación de Jubilados y Pensionados de la Caja de Previsión Social para Abogados de la Provincia de Buenos Aires, el amigo nicoleño Mario Stratico, tuvo la gentileza de llevarme en su auto hasta mi domicilio, junto a un abogado invidente que en la terminal de colectivos debía tomar uno que lo llevara a la Capital. Durante el breve trayecto, sin embargo, y por una coincidencia, recordé que en León Guruciaga 577, también en San Nicolás, funciona una entidad de bien público que tiene un nombre: **Hellen Keller**. En estos días de junio o julio de 2006, según el matutino nicoleño “El Norte”, habrán de cumplirse los 126 años del natalicio de esta ejemplar mujer estadounidense quien, a los diecinueve meses de vida, y por causas de distintas enfermedades, quedó ciega y sorda. A los seis años, previa consulta de sus padres con el Dr. Alexander Graham Bell, lograron que Ane Sullivan (invidente graduada en el Instituto Perkin para ciegos de Boston) se ocupara de su educación. Y allí comenzó el milagro, pues Hellen no sólo aprendió a leer y escribir, sino que logró poseer una cultura excepcional, a tal punto que se graduó en el Colegio Badeliffe (**cum laude**, en 1904), escribió notables libros (tales como **La historia de mi vida**, 1902; **Optimismo**, 1903; **El mundo en vivo**, 1910; **Mi Religión**, 1927; y **Diario de Hellen Keller**, 1938) y dejó pensamientos como éste: **En aquello que me limita, dejo de pensar y eso nunca me entristece. Sólo a veces siento una huella nostálgica, como una gota de rocío.**

Si el ejemplo de Triaca y sus palabras, me llevaron a esta evocación y seguramente, salvando las distancias y los tiempos, es porque ambos en muchos se parecen. Gratitud a Keller y a Triaca por sus notorios ejemplos de vida.

XIII

EL SANTO DE LA PATRIA¹

Alguna vez don Ricardo Rojas atinó en llamar a San Martín con la eminente designación de “El Santo de la Espada”, y justamente, ésa luce en la tapa del libro que él dedicó al Libertador. Salvando las distancias, con Casiello, yo tuve ocasión de decir del héroe de Los Andes, algo así como el “Caballero Cristiano de Ejemplar Integridad”. Pero, también, así, en el caso particular del prócer que hoy se evoca, en una antigua locución que, los directivos de la Escuela de Enseñanza Técnica N° 1 Albert Thomas de La Plata destinaron para mí, me atreví a hablar del “Santo de la Patria”, aludiendo al querido general Manuel Belgrano en el Día de la Bandera que hace hoy veinte años. Y los fundamentos para tan extraña u osada y alta nominación no fueron si no el tratarse de la figura más pura de la historia política, educacional, económica, periodística, cristiana y militar de la patria argentina. Por ello, hoy y en esta breve alocución, me dirigiré hacia el noble general y santo de la patria en estos términos:

General eternamente limpio y silencioso (como lo canta en uno de sus sonetos el platense García Saraví): Estamos aquí como todos los días para ser mejores como tus discípulos, ¡oh, gran maestro de la decencia y de la civilidad nacional!

Cuando te llegas a nosotros, ya la patria esperaba tus servicios; y cuando más te necesitaba, por designio del Señor, debiste dejarnos en el aciago 20 de junio de 1820, del llamado día de los tres gobernadores, ¡a tanto había avanzado la anarquía en este suelo!

¡Y cuánto hiciste por ella, general de la pena y el desvelo, en esos su primeros diez años de vida!

¹ Disertación en el acto organizado por el Instituto Belgraniano de la Provincia de Buenos Aires y el Centro de Residentes Riojanos en La Plata, en el carácter de Vicepresidente I de dicho Instituto, el viernes 7 de julio de 2006, en el auditorium del Colegio de Martilleros de la Provincia de Buenos Aires, sito en 47 N° 529 de La Plata. Después del acto, el Prof. Terry (Presidente del Instituto) recordando un pensamiento chino (“si hablas, procura que tu palabra supere al silencio”), me regaló su reconocimiento de que las mías lo habían superado.

¡Qué más para quien, como vos, estuvo con nosotros en estas latitudes y lo sigue estando, más allá, y mucho más, aún, de estas fatales alternativas de la existencia humana!

Entre ambos hitos de tu natividad y tu regia muerte, y durante esa media centuria, transcurrió tu existencia hacia la ineludible misión de servicio para la patria que tanto te necesitó, que te reclamó desesperadamente, y a la que tanto le fuiste fiel como patriota, hombre de bien, cristiano cabal y ejemplo de civilidad y grandeza, no obstante la “incomprensible gloria y sus desaires” (como lo dice y canta el vate en otro de sus sonetos), que surgían en la porteña ciudad de Buenos Aires.

Tu humildad, tu silencio, tu modestia, no permiten que reconozcamos que nadie te superó como patriota cálido y cristalino, límpido y noble, de “alma bien equilibrada y voluntad tranquila” (como lo confiesa y reconoce Mitre); ningún exabrupto de energúmeno ni desplante alguno de fatuo bravucón insolente se te pudo conocer jamás, noble general y amigo, porque nunca fuiste si no un templado y un prudente; evidentes signos de tu cristiana paciencia y alquilada facultad moral de patricio bien nacido y mejor dotado y educado.

No fuiste violento ni desesperado, aunque afrontaste la brega como el más valiente y decidido. Tampoco débil; pero se te supo, a la par que humilde y transparente, bien instalado en la actividad y fortaleza inigualable para soportar el dolor (tan bíblico como inminente e inevitable), así como la fatiga en silencio, “¡oh, General del silencio y de la plegaria!”; que fuiste un gran soldado de estas tierras, un insigne abogado de las justas causas de la revolución, de la paz y la política, un prestigioso y sólido economista y un eminente vocal de lujo del primer gobierno patrio presidido por Saavedra.

Por lo demás, amigo Manuel, tus azules ojos contrastando aparentemente y amalgamándose armoniosamente con tu sedoso cabello rubio y tu piel blanca y sonrosada, y por un indescifrable conjuro misterioso, o como una profecía de angélico vaticinio, advendría en tu alma ese cristalino celeste que tú mismo instalarías, en enarbolamiento imaginario, hacia el tope de los invisibles símbolos en el corazón de la patria, flameando como un latido de infinito y de esperanza, de perdurabilidad y gloria, y de inmortalidad, en ese 27 de febrero de 1812 cerca de la histórica ciudad nicoleña bonaerense y de la rosarina santafecina.

No obstante saber, como lo hemos sostenido en tantas oportunidades y sesiones, que más que el origen o el nacimiento ceñido a la esperanza, el hombre no tanto vale por cuanto trae a este mundo cuando viene, sino

por cuanto él deja cuando se va, es lo cierto que siempre habrá de resultar imprescindible asistir la reseña desde el natalicio, como en tu caso, General, pues a poco de tu llegada a este mundo, aquel 3 de junio de 1770, ya se inscribía en ti esa misteriosa necesidad premonitoria de patria, porque el 10 de julio nomás, en tus primeros treinta y siete días de vida, hubo que expulsar al invasor inglés, ¡cuándo no!, del Puerto Edmont en Malvinas, esa tierra eternamente argentina que luego cobrara tantas vidas ante la tozudez de hierro de su primer ministro y la hipócrita diplomacia de siempre de los usurpadores que sin derecho niegan los de nuestro país sobre las islas, en tanto las silenciosas tumbas hablan de las rapiñas de un vanidoso y soberbio Reino Unido que cotidianamente se opone a los reclamos argentinos.

¿Qué es lo que tal vez tú eres, General, si no esa imagen del Crucero alevosamente mandado al fondo del mar con su augusta e indefensa tripulación?

Nada fácil ni difícil, General, pues la respuesta se acomoda a la simplicidad dispersa de las diplomacias conformistas, así como en las sonrisas hipócritas y absurdas de las políticas británicas sin soluciones pacíficas y de las otras.

Cuentan o narran las historias, General, que habrías de morir pobre y enfermo, triste y en silencio, desconocido y en soledad, esperando sin querer ese futuro de gloria y reconocimiento.

Ya se sabe, noble y probo General, que jamás ocultaste tu hidalguía, ejemplar y honesta pobreza material, no disimulaste tu enfermedad física, porque habla por sí solo ese reloj, símbolo augusto de tus grandezas, en el museo donde continúa marcando los tiempos de tu prosapia, General, de tu alma austera y generosa, cristalina y cristiana, que inspirara el destino de tu patrimonio para fundar escuelas y desarraigar la ignorancia y el error, así como tantas otras obras bienhechoras.

Mas allá de las estatuas, de las placas recordatorias o del imperecedero mármol, y mucho más allá de los aniversarios y de las evocaciones, General, está la enseñanza de tu civilidad. Observa, ínclito patriota, que el pueblo todo simplemente se autoconvoca para recordarte como en este sencillo y austero acto, ya en las calles, en los caminos, en los campos, en los patios escolares y en el hogar de cada uno.

De no haber sido así de prócer, General civil y militar, no habrías nunca podido mantener simultáneamente la pluma y la espada para consolidar la independencia con una efectiva integridad territorial y un perfeccionamiento de las instituciones políticas, una de las cuales, la monarquía, de haber sido adoptada –como lo propusiste–, quizá, no habría padecido la patria tanta

desorientación como el mentado día de tu muerte y aciago para las instituciones como una anarquía de alto voltaje y un desconcierto de no saber quién gobernaba esta provincia, llamada a ser el primer estado argentino.

Gran General: hombres, mujeres y niños se proponen ser aún mejores siguiendo tu ejemplo, como discípulos y alumnos tuyos, perseverando en honrarte con el orgullo argentino y patriota, así como seguirte para hacer saber a cuantos vengan en el futuro que un día, y todos los días, reconoceremos la existencia de una patria grande y límpida porque tú exististe, junto a otros próceres que siguieron tu ejemplo.

¡Gran General celeste y blanco, Santo de la Patria, escucha ahora la emoción de los corazones de todos con este gran aplauso que te brindan viviendo a la Patria junto con tu augusto nombre, General Manuel Belgrano!

XIV

A PROPÓSITO DEL LIBRO Y DEL ESCRITOR

13 Y 15 DE JUNIO

DE MOISÉS A DAN BROWN¹

1

Todas las cosas visibles o no y materiales o no de este mundo dado o creado, así como las de la otra misteriosa dimensión que, como dice Darío, “no conocemos y apenas sospechamos”, son estudiadas por innúmeras ciencias que, sintética y sistemáticamente, los propedeutas, epistemólogos, filósofos y demás han clasificado en dos grandes ramas que son: las llamadas de la naturaleza y las del espíritu. Aunque, comenzando por las cosas, o más bien, objetos, éstos ostentan una clasificación cuatripartida: ideales, naturales, culturales y metafísicos. Así, un día, hace más de media centuria, accedí a ello en la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP).

Yendo a la bipartita, es dable advertir que las tales ciencias naturales (zoología, botánica, mineralogía, física, química, antropología, etc.) proporcionan “conocimientos” derivados de la observación y experimentación; y por eso, se las suele llamar empíricas acudiendo al método inductivo. De modo que el acto gnoseológico (que produce conocimiento) es la explicación. En cambio, las del espíritu o culturales proporcionan el saber (más que el simple conocer) derivado del método empírico – dialéctico y especulativo y el acto gnoseológico no es simplemente la explicación, sino la comprensión.

Dejo el tema de los objetos para otra sesión, salvo que hoy se presente la exigencia de tratar lo de los cuatro objetos aludidos.

Y regresando a las ciencias naturales, me encuentro con la zoología que les alcanza una voz curiosa que invita para iniciar esta disertación sobre el escritor (el día 13, en homenaje a Lugones que nació el 13 de junio de 1874) y del libro (Instituido por el Consejo Nacional de Mujeres y el Decreto del Presidente Marcelo T. de Alvear, justamente, el 15 de junio), nunca más

¹ Disertación en el acto organizado por la Municipalidad de Saladillo, la Secretaría de Cultura, Educación y Derechos Humanos y el Centro Universitario Regional de Saladillo (CURS), en el Auditorio “Ricardo Galliani” de la Biblioteca Pública Municipal “Bartolomé Mitre”, sita en Rivadavia 3402 de dicha localidad, el 15 de junio de 2006.

acertado esta curiosa proximidad de tales fechas, porque hablar del libro sin hacerlo del escritor, y viceversa, constituiría una aberración inexplicable. Por ello, va el título fijado en esta alocución.

2

Ir a la carnicería y leer en la lista de precios que uno de los productos dice escuetamente “libro” o al supermercado y observar allí otro que dice “libro de caja”, mueve a tal perplejidad que viene el deseo de ir a la zoología o a la contabilidad de Ciencias Económicas, con todo el respeto que me merecen tales ciencias, y me encuentro con estas novedades que no puedo ni deseo eludir.

Mientras la zoología me informa que se denomina “libro” a la tercera de las cuatro cavidades en que se divide el estómago de los rumiantes (vaca, toros, ciervos, carneros, camellos), en el derecho español, ya consultando libros jurídicos, designábase con la voz “libro”, a los efectos legales, a todo impreso no periódico que contiene 49 ó más páginas, excluidas las cubiertas (o tapas).

Sobre el primero, apunto que, cuando era niño, mi madre hacía una riquísima “busecca” (una especie de sopa “cargada” que tenía de todo incluido el famoso “libro”, “librillo” o “cuaajo”), la que no debe confundirse con el “mondongo” ni menos con algunas sopas de distintos nombres.

Regresando a las Ciencias Económicas (e iterando el debido respeto por dichas ciencias, así como hacia los que las profesan y a las facultades que las enseñan), vuelvo grupas al mentado “libro de caja” (**accepti et expensi**; o sea, entradas y salidas de dinero), así como al (libro) “diario” (en el que se asientan diariamente y por su orden todas las operaciones del comerciante relativas a su giro o tráfico, según lo aprendí en el “lejano” curso de “tenedor de libros” que efectué en una escuela de Comercio en San Nicolás hace más de seis decenios). O en fin, me encuentro con el (libro) “mayor” (ese monumental en que se anotan y registran las noticias atinentes al gobierno económico de la empresa, negocio o casa), así como al (libro) “copiador de cartas” (en el que se copiaba correspondencia), o en fin, el (libro) “inventario” (en que periódicamente se anotan todos los bienes y derechos del activo y todas las deudas y obligaciones del pasivo de cada comerciante, persona natural o física y jurídica, y balance general de su giro), todo eso, ustedes lo advertirán, por ósmosis, porque milito como docente desde hace más de dos decenios en la Facultad de Ciencias Económicas (de la UNLP); aunque también desígnase con la voz “libro” a muchos otros, tales como el llamado de “cabecera”, o el “amarillo” o el “blanco”, así como el “rojo” y

el “verde”, entre otros; o también, a ese conjunto de hojas de papel u otro material, que, encuadernado, forma un tomo, volumen o legajo de pliegos, cartas, manuscritos, etc.

3

¿A cuál o cuáles, entonces, así como muchos otros en la designación, se debe hacer precisa referencia en el día de hoy cuando se alude al Día del Libro? ¿Refiérese, acaso, a esa obra científica, histórica, literaria o de cualquier otra índole, especie o género, con suficiente extensión como para adquirir la forma de volumen, que pueda aparecer impresa o en otro soporte? ¿Es acaso, ese volumen édito, solamente, sujeto a todas las especificaciones y exigencias de la ecdótica, o ya lo es cuando sólo ha pasado a la escritura, y aún, no ingresó a ese otro misterio llamado imprenta y se mantiene inédito? ¿O es acaso libro el que ni siquiera ha pasado a la escritura, pero se halla íntegro y planificado en la mente del autor?

Sin exagerar otros supuestos, ustedes ya advierten que, hasta aquí, y en esencia, el libro continúa siendo un misterio, si no un milagro.

Si se alude al libro cumbre de la literatura española, el más trascendente y perdurable por su encanto, lucidez, sublimidad y belleza, entre otros atributos, como el famoso libro titulado “El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, pocos o escasísimos saben bien de Cervantes; pero no creo exista alguien que ignore quién es Don Quijote cabalgando o no en Rocinante, esa figurilla de asombro que, junto a una sonrisa respetuosa, nos mueve la imaginación de la más hermosa de las locuras.

En La Plata no son tantos quienes saben de Pedro Palacios, así como de Almafuerde; pero, cualquier hombre reconoce, recuerda y hasta no pocas líneas de sus sonetos medicinales, de su Misionero o de sus apóstrofes o de sus evangélicas. “No te des por vencido ni aún vencido”; así como “¡A mí nadie me amó sobre la vida, /ni nadie me honrará después de muerto!”; ídem: “Con los necios cascabeles petulantes /y los místicos remiendos incongruentes /de tu inflada medianía, /de tu enorme fatuidad”, o finalmente, “Deja para los lacayos la vanidad de la librea; y para los necios, el amor propio de las relaciones que mantienen”. Y por añadidura, cualquiera se contenta, incluyendo al propio Almafuerde, con saber que esas líneas son de un poeta.

Y es que, como vengo sosteniendo desde hace un tiempo, y sobre todo, a medida en que voy dejando en el camino un hijo más llamado **libro**, pienso que todo ese milagro tiene un destino secreto que elude cualquier crítica, deliberación y cálculo, máxime que ni el propio autor puede avizorar ese extraño horizonte del futuro, y además, que nunca podrá desentrañar ese

otro misterio de lo que es un libro que podrá o habrá de sobrevivirlo, como el mentado caso de Quijote o del Soneto Medicinal, para no hablar ahora de otras perdurabilidades notables aquella de “**Nel mezzo del cammin di nostra vita**” ni de aquellas obras que superaron los géneros literarios, tales como el **Martín Fierro** (que no es un libros de poesía, sino una novela escrita en verso) o **Don Segundo Sombra** (que es todo poesía escrita en prosa) o el **Ollantay** (obra de teatro o tragedia incásica escrita en verso). O en fin, la del primer escritor, que es nuestro hermano mayor **Moisés**, quien con el rostro resplandeciente, recibió las tablas con los diez mandamientos (**Ex.** 24, 18; 30, 21; 32, 15, 16; 34, 28; y **Dt.** 2, 9; 4, 13; 18), luego de haberse mantenido cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber cosa alguna. Así fue la alianza.

4

Y aquí, ahora, con dos días de anticipación, se tiene el otro día aludido del escritor, en homenaje al más representativo del país (Barcia): el cordobés **Leopoldo Lugones** (nacido el 13 de junio de 1874 en la Villa María, departamento de Río Seco de la mencionada provincia mediterránea argentina, hijo del santiagueño Santiago, y de la cordobesa Custodia Argüello, hija de familias de la alta burguesía de la región; fundador, además, de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) el 8 de noviembre de 1928. Y con él el homenaje de todos los escritores y poetas de Saladillo, La Plata, San Nicolás, Buenos Aires, Junín y Pergamino, entre otras localidades del país, no sin antes decir de Cervantes, Dante, Shakespeare, Aristóteles, Unamuno, Santo Tomás, San Agustín, Platón, Maquiavelo...

El enjuiciamiento del libro, como obra humanística, cultural y del espíritu, tiene que ver con las incumbencias de los departamentos de Letras de las competentes unidades académicas universitarias, más que por las comunes o corrientes presentaciones de libros; y sobre todo, con el del lector, que es el postre juez, no sé si por encima de las academias o no; magüer ama- nece a veces ese que está de moda, como ha ocurrido y ocurre con algunos escritores, llamados grandes y que **Castellani** suele ponerlos en su sitio (llamándolos no “grandes”, sino sólo “buenos” escritores).

5

Hoy no se debe sino admirar la pujanza de invadir con ciertos títulos el llamado “mercado librero”, como ha acontecido recientemente con la novela, novelita o novelón de rimbombante título como es el caso del “Código Da

Vinci”, el gran “negocio” aprovechando la cantidad nada despreciable de candorosos, movidos o acicateados por la publicidad o el “marketing” (?), que quiere decir de todo y, finalmente, no dice nada más que propaganda para los tontos ávidos de “novedades” o de lo que hará “moda”. Así, una novela que será recuerdo vago de aquí en adelante, no para el autor, ciertamente, ni muchos menos para sus editores: más de treinta millones de ejemplares vendidos, traducidos a más de treinta idiomas y con los derechos en manos de Columbia Pictures, bajo la dirección de Ron Howard y de Russel Crowe como protagonista... hermosa cultura de masas y dólares. Nada más.

Leí el libro que no adquirí, por suerte, porque no lo deseo para mi biblioteca, lectura carente de placer y beneficio, y el importe pertinente, lo destiné para gastos de difusión de la presente disertación de cuanto va desde el primer escritor hasta el postrero: **Moisés** y **Dan Brown**, respectivamente. Y coincido, en general, con la oportuna crítica del presbítero Busso, (entre otros, como la del escritor entrerriano Carlos Sforza, así como la de Kovadloff, paralelamente, a “Los protocolos de los sabios de Sion”, o la de Humberto Eco y Meter Conrad), quien cita la opinión de **Peter Millar** (The Times, Londres, 21 de Junio de 2003): “Este es, sin dudas, el más tonto, inexacto, poco informado, estereotipado, desarreglado y populachero ejemplo del **pulp fiction** que he leído” (sic), máxime que su autor y editores merecerían urgentemente recibir “clases básicas sobre la historia del cristianismo y un mapa” (**Cynthia Grenier**, en Weekly Standard, 22 de septiembre de 2003). Se trata de una novela policial, dice **Busso**, cuyo tema fundamental es la “búsqueda de muchas verdades tras el asesinato macabro de un hombre en el museo del Louvre”, y a partir de ese instante, “y en sólo una noche, los protagonistas, un hombre norteamericano y una mujer francesa, persiguen la solución del misterio a través de los vericuetos de reales e irreales símbolos”, mezclándose caprichosamente “algunos pocos hechos reales, muchas leyendas, teorías, rumores e interpretaciones dudosas, de una manera increíblemente libre de complejos”, obteniéndose como resultado “una obra de ficción, que por momentos suena verosímil al que conoce poco de esto, al que nada sabe”. Es preciso saber del arte renacentista italiano del siglo XV y de los evangelios gnósticos hallados en Nag Hammadi; no identificar “borrosamente” a María Magdalena con la pecadora pública, sabiendo bien de Constantino en la historia de Roma. Ya los Templarios, como el Priorato de Sion, el Opus Dei, las Cruzadas, así como los grandes genios de la pintura, la literatura y la música, los Papas y hasta Disney, ocupan páginas de la novela, paseándose por la misma bajo

un sospechoso hálito de misterio, “como la sonrisa de Mona Lisa” (?).

Sintéticamente, el mensaje del libro es que Jesús no es Dios, y ningún cristiano pensaba esto hasta que el emperador Constantino lo deidificó en el concilio de Nicea del año 325, así como que Jesús tuvo como compañera sexual a María Magdalena, y sus hijos, “portadores de su sangre, son el Santo Grial (sandre de rey = sang real = Santo Grial), fundadores de la dinastía Merovingia en Francia, y a su vez, antepasados de la protagonista de la novela”. Toda esta falsa referencia, así como otras sobre la dualidad masculina-femenina (Marte y Atenea o Isis y Osiris), agregándose lo de la “malvada” Iglesia Católica, inventada por Constantino, matando millones de brujas en el medioevo y en el Renacimiento, destruyéndose todos los evangelios gnósticos que no le agradaban y dejando sólo los cuatro bien retocados, sin exceptuar al “maquiavélico” Opus Dei, y tantas otras disparatadas afirmaciones, asegura la posición de lo afirmado que no nació en Incesa en el año 325, pues se ignora que la “Patrística es rica heredera del mundo cultural **griego y romano**, y que dejan claras pruebas del Cristianismo positivo”: Ignacio de Antioquia a fines del siglo I e inicios del II. Se ignora que centenares de obispos integraron el concilio y no supieran que millones de cristianos no supiesen antes de esa fecha que Cristo era Dios. Además está la lógica, dice Busso: “¿Cómo podrían haberse dejado matar miles de personas por un alguien del cual no creían que era Dios?”.

El neo-gnosticismo se trata de una doctrina filosófica y religiosa de los primeros siglos de la Iglesia, mezcla de la cristiana con creencias judaicas y orientales que se dividió en varias sectas y pretendía tener un conocimiento intuitivo y misterioso de las cosas divinas, y pasando el tiempo, el agnosticismo, afirma una posición filosófica que declara inaccesible al conocimiento humano todo aquello que gira en torno a lo divino y de cuanto trasciende de la experiencia. Tales posturas, sobre todo la primera, no acreditan razones para desvirtuar lo cierto históricamente de las persecuciones padecidas por los cristianos mucho antes del mentado concilio de Nicea, pues, como dice Busso, “el cristianismo fue siempre perseguido por no aceptar las imposiciones religiosas del poder político y proclamar que sólo Cristo es Dios, con el Padre y el Espíritu Santo”.

A fines del siglo II quedó explícitamente dicho que “los evangelios no pueden ser sino cuatro (Juan, Lucas, Mateo y Marcos) (...). Un evangelio en cuatro formas (...) siendo así las cosas, dan muestra de vanidad, ignorancia y atrevimiento, aquellos que destruyan la forma del evangelio y que aumentan o disminuyen el número de los evangelios: algunos lo hacen para presumir de haber encontrado algo más de la verdad; otros para condenar las Economías

de Dios” (Irineo de Lyon, “Contra la herejías”, III, II, 8/9). Busso sostiene que, “para disgusto de Mormones, Testigos de Jehová o musulmanes (tres credos actuales que niegan que Jesús era Dios), podemos leer cómo Tomás dice al ver a Jesús resucitado (Jn. 20, 28): **Ho Kurios mou ho Theos mou** (Mi Señor y mi Dios)”. Jesús, luego de decir “La paz sea con vosotros”, dice a Tomás: “Mete aquí tu dedo y registra mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel”. Respondió Tomás, y dijo: ¡Señor mío y Dios mío!. Díjole Jesús: Tu has creído, ioh, Tomás!, porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído” (Pax vobis. Deinde dixit Thomae: infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus deum: et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit Thomae: Dominus Meus, et Deus meus. Dixit ei Iesus: Quia vidiste me, Thomae, credidiste: **beati, qui non viderunt, et crediderunt**). Así, muchos textos sagrados e indubitables (Carta de Pablo a los Romanos en el año 58, 9, 5: “cuyos padres son los patriarcas, y de quienes descende Cristo según la carne, el cual es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás”; o Carta de Pablo a su discípulo Tito, 2, 13: aguardando la bienaventuranza esperada, y la venida gloriosa del gran Dios y salvador nuestro, Jesucristo; expectantes beatam spem, et adventum gloria magni Dei et Salvatoris nostri Iesu Christi; así como la II de Pedro, 1, 1: “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que han alcanzado igual fe por nosotros con la justicia de Dios y salvador nuestro, Jesucristo...).

Además, se referencia en la novela errores históricos, como los referidos a los discos solares egipcios, olvidándose del mentado rostro resplandeciente de Moisés (citado antes en **Ex.** y **Dt.**), o las mistericas paganas anteriores de donde no deriva la mitra episcopal, el altar, la doxología (doxa, gloria; logros, palabra) y la comunión, sino del Antiguo Testamento, además de errores misceláneos...

El Padre Busso, luego de demostrar que Brown es un supino ignorante del origen de las catedrales, entre otras afirmaciones de la novela, dice que ésta afirma que “el tetragrámaton YHWH, el nombre de Dios en letras hebreas, viene de Jehová, una unión física andrógina entre el masculino Jah y el nombre pre-hebreo de Eva, Havah”. Al parecer, continúa Busso, nadie ha explicado nada sobre este formidable invento (o magistral macanazo).

XV

ALIVERTI

Conversando hace poco con mi amigo, consocio honorario del Círculo Policial de la Pcia. de Bs. Aires, Jorge H. Paladini, para ser más exacto el 28 de junio de 2006, y en la sede de dicho Círculo, en la que le recordé la Peña de las Bellas Artes cuando funcionaba, entonces, frente al Correo, en la calle 6 e/ 49 y 50 de La Plata, a mediados de 1961, a raíz de una vieja fotografía, junto a mi mujer Elsa, Ramírez Gronda y la suya con su hijo (“el” Juanito), el pintor Roberto Della Croce, y por supuesto, el profesor superior de pintura, cerámica y esmalte, don Ambrosio A. Aliverti, a quien le dediqué, un soneto (a pedido del Dr. Juan D. Ramírez Gronda), escrito el 3 de junio de ese año (1961), publicado en el periódico “Interés Público” de Buenos Aires (que dirigía Manuel Ramos) en ese mismo año, y extraviado desde entonces hasta hace unos días (en que, como siempre, lo hallé de casualidad).

Aliverti era rosarino, hijo de Ambrosio y de María Leonardo, nacido el 29 de marzo de 1916 (casado con María Esther Eguilegor, con dos hijos: María Marta y Eduardo José). Docente, esteta, ético y maestro de las convivencias humanas, como otrora lo fuera, en otros campos, el maestro Anastasi en las disciplinas laborales. Así, al menos, de boca de uno de sus discípulos (el mencionado Ramírez Gronda, a su vez mi maestro en lo laboral). El laborista Rodolfo A. Nápoli dijo en varias oportunidades que Ramírez Gronda y Benito Pérez fueron considerados por Anastasi como sus discípulos, según propia referencia del maestro.

Aliverti es autor del vitral de la bóveda del Dr. Saverio Galvagni (Henderson, 1967), así como de doce vitrales de la capilla San Vicente de Paul (La Plata, 1968). Sus obras fueron premiadas en varios lugares y oportunidades, incluso recibió la medalla Alejandro de Isusi (1969). Fue docente y presidió diversas entidades relacionadas con su quehacer (Peña de las Bellas Artes de la Pcia. de Bs. Aires, 1968, entre otras).

Falleció el 18 de enero de 1976 en Villa Yacoana (Córdoba).

Soneto a un pintor

Aliverti, el poema va a tu tela.
Y entre sombras y luz, halla la rima.
Al color siempre el canto se aproxima,
como pluma el pincel a tu obra vuela.

En tanto está el poeta que modela,
el cincel vivirá para que imprima
en la plástica el gesto que se estima
o en la noche, el amor que se desvela.

En el arte, Aliverti, creo y vivo.
Pues creo en la ilusión, lo sensitivo
y vivo del dolor, de amar y el llanto.

De allí que la expresión, desde tu lienzo
es siempre, en su final o en su comienzo,
una rima, un matiz, un gesto o un canto.

XVI

ZIULU

Como me ha sucedido no pocas veces, según lo acredito habitual y confesionalmente en esta obra, buscando algún papel o lejano apunte producto de cuanto dije alguna vez en la osada autobiografía (de candor poético, nada más):

Cruzo la ciudad, sin cuidado,/ y ya con muy pocas abogacías,/ o ninguna,/ voy a soñar...

Don Quijote me dio su locura de sueño / y Paganini me descubrió algunas incógnitas / de los pentagramas y del arrebató. // La cordura fue mi peor defecto. Y esa/ sensatez que nunca tuve, / me trajo a mis manos algunos libros de Petrarca. // La cuadratura del aula y de la lápida / fomentaron mi desconcierto y mi altivez. / Sentí orgullo de llamarle rosa a la botánica de mi corazón y de mi anhelo...

Como dije, buscando no sé qué, di con un viejo ensayo titulado (¡qué horror!) **¿Órgano (judicial o administrativo) para conocer y decidir las controversias individuales de intereses en lo laboral?** (trabajo que luego la Rev. Trabajo y Seguridad Social, TSS, Edic. El Derecho, ps. 82/91, febrero de 1997, tuvo a bien darlo a publicidad), el que, a su vez, me trajo la ocasión de no pocos gratos recuerdos de un prestigioso colega (porque es abogado y maestro normal nacional) y amigo (sobre todo por el respeto recíproco y la probidad intelectual, también recíproca): Adolfo Gabino Ziulu.

Uno de esos “gratos”, entre otros, fue mi disertación titulada “Encomiable fervor constitucional en un espléndido, optimista y ejemplar lección de civismo” que pronuncié el 28 de octubre de 1998 en el Colegio de Abogados de La Plata, presentando la obra “Derecho Constitucional” (Depalma, BA, 1996/1997), justamente, del referido Dr. Ziulu, del que no haré memoria alguna ni comentario, pues ella se publicó en la Rev. Del Colegio de Abogados de La Plata (Año XI, N° 61, 1998), aunque los no pocos constitucionalistas

y administrativistas que asistieron a la sesión, salvo contadísimas excepciones, y como siempre ocurre, pues carecen de la (santa) envidia, y sólo tienen ésa, sin ser santa, no lograron advertir la seguridad, probidad intelectual y los afectos diseminados en las palabras dichas, y por supuesto, no supieron decirme nada. Igualmente los sigo amando, como manda una de las virtudes teologales (caridad), y además, con ese amor benigno, llamado misericordia o piedad...

Pero, voy a la seguridad y a lo positivo de este levísimo relato de la emoción evocativa y la hermandad amistosa en esa continuidad de los claustros y de la leve sonrisa de los encuentros, pues a propósito de aquel extenso título encendido y enmarcado en un extraño preguntario, el prestigioso académico y escritor (y sin comentarios) me hizo destinatario o recipiendario (¡qué palabrejas éstas!) de la siguiente misiva del 15 de mayo de 1977, que dice:

Dr. Atilio Milanta
Estimado amigo:

He leído su libro “**¿Órgano (judicial o administrativo) para conocer y decidir las controversias individuales de intereses en lo laboral?**”, que Ud. ha tenido la gentileza de obsequiarme y de dedicarme con extrema generosidad. En ocasión de ello, me permito hacerle llegar algunas vivencias experimentadas con motivo de la lectura de su obra. Con ello soy consciente que cometo una irreverencia, pero sé, también, que si guardaría silencio – ante ese cúmulo de expectativas que genera toda creación del espíritu y del intelecto –, incurriría en una acción más descalificable que me ubicaría entre la indiferencia y la desidia.

Como afirmación de la libertad y de la verdad, no dudo en inclinarme por el camino del compromiso, conociendo, anticipadamente, que voy a disponer de su reconocida comprensión y benevolencia.

Mi incursión literal por su obra no fue imparcial. Tengo por Ud. una muy alta estima personal que se forjó en sus clases de Derecho Laboral, en las aulas de nuestra querida Universidad Nacional de La Plata, que se prolongó en cada encuentro que hemos tenido la oportunidad de dialogar. Pese a ello, me esforzaré por acercarme a la objetividad.

También le adelanto que despertó en mi ánimo un previo y especial interés el hecho – no tan frecuente – que el autor, además de distinguirse como jurista, sea un destacado escritor. Sabía, en definitiva, que en su libro debía hallar no sólo un puñado de conocimientos jurídicos y de atinadas conclusiones, sino también un estilo literario capaz de superar la medianía expresiva

de la mayoría de los textos jurídicos. Y la obra no sólo no me defraudó, sino que sirvió para alentar en mis nuevas y viejas ideas, como aquellas en las que sigo firmemente creyendo: probablemente ningún hombre sea capaz de acercarse más a la verdad que los poetas.

Si bien Ud. se esfuerza por presentar a su obra como un ensayo, debo reconocer que no me ocupé de la calificación literaria particular, sino sólo por entenderla como una expresión comprometida del alma y del intelecto humano. En todo caso, en épocas de saturación informativa, la brevedad invita a una lectura más accesible y amena.

Su pequeño libro, en dimensiones físicas, me dejó abierta la posibilidad de grandes reflexiones, sugeridas siempre a partir de datos concretos y precisos y de pensamientos profundos.

En particular, me conmovieron, entre sus contenidos, algunas informaciones, siempre acompañadas de estimables opiniones, como aquellas que registran antecedentes de la conciliación y el arbitraje y los añejos intentos de una “Ley nacional del trabajo”. También, su versada reflexión acerca de ese “extraño apócope de voces correctas”, con referencia al uso generalizado de la impropia expresión “conciliación obligatoria”.

Muy didáctico me resultó el capítulo II, en especial, su clasificación de los conflictos.

Por mi afición a los temas constitucionales, me resultó muy interesante su referencia a la sanción del “Régimen del contrato individual del trabajo de 1966” (Ley 16.881) y sus apreciaciones críticas a la reforma de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires de 1994. Sus observaciones acerca del nuevo artículo 39 de esa ley fundamental, me han agregado argumentos que confirman mi convicción acerca de la opacidad y precariedad de aquella revisión constitucional.

Su obra, en suma, me dejó una lección imperecedera que complementa aquellas otras, no menos interesantes, que me dio en sus recordadas clases de Derecho de Trabajo y de la Seguridad Social, en tiempos de estudiante, y en nuestros ocasionales encuentros en los pasillos de la Universidad. Como jurista confirma el ineludible apego a la verdad y, además, que no hay motivaciones válidas que puedan justificar el “olvido” de la historia; como escritor enseña que nuestro idioma tiene una riqueza inconmensurable, y que nada justifica haberlo recluido al uso de expresiones y palabras repetidas y ambiguas.

En momentos en que los ruidos del mundo parecen querer acallar a las melodías del alma, su obra invita a distinguir las voces de los ecos. Lo felicito muy sinceramente.

Un fraterno abrazo.

Adolfo Gabino Ziulu

XVII

COLOQUIO DE LOS CINCO HERMES EN EL HEMICICLO

Era el título de la disertación que, con motivo del 119º aniversario de la Fundación de La Plata, pronuncié en la inauguración del salón de Actos del Automóvil Club Argentino (Filial La Plata) el miércoles 21 de noviembre de 2001, a invitación del secretario de la entidad, Dr. Francisco Mancuso, y a la que concurrieron autoridades, amigos, escritores y poetas, representantes del municipio platense, de la entidad organizadora y de las diversas asociaciones históricas, científicas, culturales, literarias y de bien público.

Aún recuerdo la presencia del secretario de Gobierno Dr. Oscar Alberto Martini, el presidente del ACA Dr. Héctor B. Mendoza Peña, Damián Almeyda, María Emilia Bertolini, Pedro Giusti, Andrea de Masi, María Laura Páez Molinero, Vicente Borda Barrera, Juan Carlos Simoncelli, Edgardo Coloccia, Guillermo G. Gallo, Jorge Giménez Perret, Silvia R. de Oteiza, Sergio Romano, Rómulo Romero Gauna, Angel A. Serafino, Roque F. Silva, Juan José Terry, Elsa Fernández, Romualdo Islas, Pedro J. Noel, Osvaldo Sotelo, Carlos Spegazzini, Enrique Sureda, Francisco Terrier, Félix Alvira, Carlos Antonioli, Andrés H. Atanasiú, Haydée Bambil, Tomás D. Bernard, Guillermo Bodrato, Rosa M. Castelli, Mario Cintora, Zunilda Costa, Mabel Figueroa, Hipólito Frangi, José María García Cámara, Alfredo Gascón Cotti, Graciela Massey, María Teresa Maure, Myrna Rebullida, Juan Carlos Santi, Lidi Uryell y Aurora Venturini, entre otros asistentes y amigos.

Pero, además habría de ser una cierta publicación que quedó en aguas de borrajas, no obstante haberseme solicitado fotocopia del texto para ello.

Nunca tuve noticias de nada y nada nunca pregunté sobre ello.

Pero, ciertos compañeros, colegas y adherentes de la Asociación Amigos del Hemiciclo del Paseo del Bosque de La Plata, el que dicho sea de paso se fundó en el mismo lugar una mañana del 25 de enero de hace casi un decenio haciendo un homenaje a Vucetich, se anoticiaron de este **Coloquio**, e intentaron convencerme de la publicación.

Dicha Fundación de la Asociación fue parecida a la que aconteciera en un modesto banco de la Plaza Solís, en La Boca, el día 3 de abril de 1905, protagonizada por Benito Bricchetto, los hermanos Farenga (Teodoro, Juan Antonio y Enrique), Luis Cerezo, Teofilo Salgueiro, Arturo Penney, Antonio Bernasconi y Francisco Sana, entre otros. Quienes me acompañaron hace una década fueron los grandes amigos de siempre, más otros que vinieron más tarde y los restantes que ya están con el Señor (Rosa E. A. de Brandi, Raúl Canelo, Emilio Luis Aragone, Ismael Brandi, Rosita Castelli, Omar Coloccia, Zunilda Costa, Roque Ferreira, Jorge Giménez Perret, Andro O. Herrero, Jorge Mennucci, Angel L. Osés, Alberto Oteiza, Sabino Vicente Quintela, Alberto M. Reyna Almandos, Sergio Romano, Pablo G. Romay, Raquel Sajón de Cuello y Juan José Terry, entre otros. Dicha entidad, por esas cosas de las muertes, ausentes y demás, se llamó a silencio y feneció. A fines de 2005 renació con nuevos integrantes tales como Ricardo Volpe, Sergio Marino, Jorge Giménez Perret, Myrna Rebullida, Juan José Terry, Aurora Goity, Roque Ferreira, Mabel Pérez, Mirta Jaime y José María Darregueira, entre otros.

En este extraño escolio no debo eludir que la edición en un tomo o como un significativo capítulo de un libro, está justificada por varias razones que he expuesto en diversas ocasiones ante el público, alarmado siempre porque de tales “venerables” hombres ya no son tantos quienes recuerden o evocan.

Además de las contadas ocasiones referidas a Almafuerte y Vucetich, debidas principalmente al Museo Almafuerte y al Instituto Almafuerteano de la Provincia de Buenos Aires, hacia uno de ellos, y hacia el sabio Dactiloscopista mediante la Fundación Juan Vucetich, pocos o nadie recuerdan a ellos. En el caso de Korn, y por suerte, la UPAK, si no la única, alguna vez aparece rindiendo el merecido homenaje al filósofo y maestro. En cuanto a Ameghino y a Spegazzini, me duele mucho decir que nadie sabe de ellos ni nadie se ocupa de difundirlos como merecen un antropólogo eminente y un botánico y micólogo fundamental.

Se debe adicionar a estos negativos, el lamentable estado de abandono del hemiciclo (**hemyciclus**, medio círculo) donde se encuentran quienes honraron a la ciudad establecidos en **hermes** (o **herma**, apoyo a busto sin brazos, llamado **Stipes** o **stipites**, o sea, soporte en forma piramidal truncada que descansa en la base menor); tal mencionado abandono proviene de las Instituciones públicas competentes (políticos que en la mayoría de los casos se despreocupan del cuidado de estos monumentos, que reconocen un pasado y que son para el futuro, hacia quienes honraron la **polis** con sus virtudes, sapiencias, obras y éticas.

Siempre pongo de manifiesto que el **edil** en Roma era un policía de los edificios, estatuas, monumentos y otras construcciones públicas, designados para ahuyentar y reprimir en su caso a los vándalos. Hoy los ediles, sentados en cómodos pupitres de los honorables concejos deliberantes, son los que debieran promover emprendimientos de naturaleza similar a las desventuras de los tiempos de Roma. Porque hoy también hay vándalos, además del tiempo que desmejora las construcciones y los yuyales que invaden a las mismas.

Deliberadamente me permití excluir del coloquio toda amarga referencia que los “cinco” tienen sobre este tema. Los que, en realidad, son algunos más.

Porque junto a **Almafuerte** (Pedro Palacios, nacido en San Justo el 13/05/1854 muerto en La Plata el 28/02/1917, a los 62 años); Juan Bautista Florentino **Ameghino** (nacido en Luján el 18/09/1854, aunque algunos en Oneglia o Merseglija, Génova, Italia el 18 ó 19/09/1853 ó 1854, y muerto en La Plata el 06/08/1911 a los 57 años); Alejandro **Korn** (nacido en San Vicente el 03/05/1860 y muerto en La Plata el 09/10/1936 a los 76 años); Carlos **Spegazzini** (nacido en Bayró, Torino, Italia, el 20/04/1858 y muerto en La Plata el 01/07/1926, a los 68 años); y Juan **Vucetich** (nacido en Lesina, Isla Hvar, Dalmacia, Croacia, el 20/07/1854 y muerto en Dolores, Buenos Aires, el 25/01/1925) tengo que adicionar estos nombres para la queja: Máximo Carlos **Maldonado** (nacido en Magdalena, el 08/04/1900 y muerto en La Plata, 15/06/1980, que realizó las esculturas); Alfredo Lorenzo **Palacios** (nacido en Buenos Aires, el 10/08/1878, y muerto en Buenos Aires, 20/04/1965, senador nacional, presidente de la UNLP y que inauguró el monumento); Nicolás **Semorile** (nacido en San Nicolás, el 04/04/1919, y muerto en San Nicolás, el 24/03/1996, abogado, poeta, escritor, y autor del célebre soneto **Viñeta del Bosque**) y Juan Agustín **García** (nacido en Buenos Aires, el 12/04/1862, y muerto en Buenos Aires el 23/06/1923; abogado que pronunció la colación de grados en la Facultad en 1899 diciendo: “Si al pensar en el porvenir de la República, la imaginara como una colosal estancia, cruzada de ferrocarriles y canales, llena de talleres, con populosas ciudades, abundante en riquezas de todo género, pero sin un sabio, un artista y un filósofo, preferiría pertenecer al más miserable rincón de la tierra, donde todavía vibrara el sentimiento de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno”).

En mi “país” de origen (la benemérita, querida e histórica ciudad del Acuerdo, San Nicolás) ocurre algo parecido con figuras fundamentales. Sin salir de la literatura, y específicamente, de la poesía, y particularmente, de

la sonetística, menciono a Horacio Rega Molina. Con inocultables tristeza, advierto en uno de mis tantos viajes al pago de los Arroyos por conferencias, actividades culturales, sociales y afectivas, que a dicho poeta ni siquiera lo conocían, salvo excepciones. Entonces, me di a la tarea en mi adoptiva tierra platense, junto a un magnífico grupo de cultos amigos y poetas, de “edificar” una casa que hoy luce el nombre de **Instituto Literario Horacio Rega Molina de la República Argentina** (Ver PAZ Carlos, **Efemérides literarias argentinas**, Ed. Caligraf, BA, 1999, 306). Con motivo o causa de este natalicio no fueron pocas las veces que el Instituto se prodigó no sólo en La Plata, Buenos Aires, Junín y muchas otras localidades de la provincia y del país, sino, y sobre todo, en San Nicolás, donde no sólo fue a exponer la vida, obra y el perfil poético de Horacio quién cantó a la provincia (**Oda provincial**) y a San Nicolás (su río, su gente, su pueblo, su campiña, su historia, su Casa del Acuerdo) con mayor rango que los que se quedaron, muchos de los cuales aún ignoran y poco dicen de su propio pueblo. La prédica o brega del Instituto, además, llevó a las autoridades municipales a designar ese día del natalicio de Horacio (y del Instituto) como Día de la Cultura Nicoleña (10 de julio de 1899 y de 1989). Sin embargo, la única entidad que prosiguió difundiendo, evocando y respetando la figura de Rega Molina fue el Instituto que lo tiene de patrono (el que si bien lo presido desde 1989, tango el placer y justicia de reconocer que esto lo debo, como lo he hecho público reiteradamente en varias ocasiones públicas en La Plata y San Nicolás, a muchísimas personas que me siguen, apoyan, cooperan y colaboran de distintos modos con los propósitos de la entidad: mi hermano Roberto, mis hijos, sobre todo Atilio Jr., Horacio Alfaro, Julio Alak, Oscar A. Martini, Juan José Terry, Francisco Mancuso, Atanasiú, Ballina, Bambill, Pedro L. Barcia, Bedogni, Ma. E. Bertolini, Martha Berutti, G. Bodrato, Carlos Paz, Juan C. Simoncelli, Antonia Russo, Enrique Catani, Omar Cerutti, Marcilese, Pousa, Cintora, Corte Carrillo, Zunilda Costa, Roberto Cufre, Font, Frangi, Ma. del Carmen Garay, Raquel Sajón de Cuello, Gustavo García Saraví, Oscar Giusso, Girbal, Giusti, Ponce de León, Sergio Romano, Ricardo Volpe, Mabel Pérez, Lewkowicz, Martín López Armengol, Matías Ocampo, Massey, Páez Molinero, Pilía, Pouzo, Myrna Rebullida, Oscar Alfredo Castro, Rosa Ma. Castelli, Héctor M. Rivera, Alberto Oteiza, Seminara, Mario Stratico, Aurora Venturini, Pedro Miñones, Norberto Pannone, Mirta Sciutto, Arburúa, César A. Bustos, Nicolás Semorile, Duilio Cámpora, G. Santiago Chervo, Jeambeaut, Lattanzio, Marcatelli, Olga Fernández Viña, Iris Mazzeo, Perret, Migliarini, Giménez Perret, Emilse Ríos, Rodríguez Francia, Semorile, Luis Aragone, Savasta, Ferreira, Marino, Noel,

Gastón Pérez, Santiago Fazzini, Quintela, Leopoldo Acuña, Cerdá, Cheves, Errico, Ramón Folgueras, Fontana, Guillermo Gallo, Conzález Montaña, Mirta Jaime, Romero Gauna, Zuelgaray y muchísimos más que no caben ahora en la memoria). Y la charla, diálogo o coloquio de referencia, pronunciado aquel 21 de noviembre de hace un lustro en el (que se estrenaba o inauguraba) el salón de actos del ACA, con el sabido título de “Coloquio de los hermes de los que han honrado a la ciudad (semblanza de la vida y obra de un poeta, un antropólogo, un filósofo, un micólogo y un dactiloscopista)”, es el siguiente.

1

Iniciaré este encuentro, en conmemoración del 119º aniversario de la fundación de La Plata, con la previa y oportuna recordación de un poeta nicoleño, nacido en la ciudad del Acuerdo (1909) y muerto en la misma (hace cinco años), quien a partir de su graduación como abogado, le conocí como tal y como poeta, y sobre todo, como amigo (antes también le conocí en San Nicolás en los años en que fuimos compañeros en la delegación regional del Ministerio de Trabajo y Previsión alrededor de 1945 al 1949, en que vine a La Plata). Semorile, hace más o menos media centuria, al regresar a La Plata, para concluir sus estudios universitarios, que había abandonado momentáneamente, dejó escrito un hermoso libro que La Plata ni San Nicolás recuerdan titulado **Rapsodia platense**, en el que incluyó un hermoso soneto titulado **Viñeta del Bosque** que dice así:

Domingo de noviembre. Tarde grata.
Eucaliptus profusos y señeros.
Este es el bosque. Claros derroteros.
Amplio lugar para la caminata.

Allá, campo de hierba se dilata,
pero aquí se dilatan los senderos.
El lago, aquí, se enciende en reverberos.
Y en sus aguas la gruta se retrata.

El busto del poeta. El coliseo.
Y allá, los hermes de los que han honrado
a la ciudad. No lejos, el Museo.
Amplio lugar para la caminata
donde siempre mi paso he demorado.
Grata es la tarde, pero aquí es más grata.

Recorrí el Paseo, admiré la gruta, el Museo y me alcanzó ese anochecer cercano al hemicycle, y ya disueltos en la imaginación los últimos matices crepusculares, ya comenzando la noche, decidí internarme en la cálida y noctámbula espesura de una plácida primavera, noble y tranquila, como ya no lo es tan habitualmente, como se sabe, en La Plata.

Entonces el cielo ostentaba una extraña diseminación de infinitas y pequeñas luces de lejanos colores en el firmamento espacioso de ese misterio que llamamos cielo. Venus, y hasta la luna, entre todas ellas, parecían aprestarse para escuchar el diálogo de extraños hermes, de ciencia y de nostalgia. Aún parecía, también, escuchar la voz de la inauguración, la de 1942 de don Alfredo L. Palacios.

2

Miro algo sonriente a los “cinco”, y sin la premiosa necesidad del “despabilamiento”, pues como decía don Miguel de Unamuno, “cuando me levanto estoy despierto”, veo que tales “5” me observan con cierta expectación y curiosidad, un dejo de suspicacia mixturada con la natural desconfianza que pueden provocar las cavilaciones de un nocherniego, que no soy, y alguna sonrisa que dibujaba el rostro complaciente o complacido de recibir una visita no tan frecuente, por cierto.

Regresé a la hora de la inauguración...

¡Y cuánto desde allí a hoy que ha transcurrido o pasado, y sin embargo, después de estas muertes, que no son tan tales, parece que no ha pasado!. O ha pasado de todo, además del tiempo...

Ninguno de los “5” puede gesticular de otro modo que no fuere con el humano de su propia cara, pues son hermes, menos que simples bustos... Y mucho menos que meras estatuas.

Hízose de pronto un silencio grave y profundo en esa latitud de sueño y apacibilidad y no tardó en abrirse una extraña puerta y una curiosa claridad, diciéndome para mí, pero si esto es un hemicycle, o mitad de un círculo... Aparte, cómo se designaría o llamaría a la mitad de una circunferencia, como realmente es esto. Es como si hubiera rehogado ajo, perejil, tomillo, cebolla y alguna hierba más apropiada para dar “sabor” a la “cosa”.

3

Dije entonces, que hable el primero (de una lista que tengo confeccionada por orden alfabético para evitar involuntarias predilecciones afectivas, de

la admiración o de la nacionalidad)...

No tardó en “saltar” Florentino, que lleno de estupor fue interrumpido por Pedro que le impetró silenciara su voz, porque él estaba primero en esta lista demasiado “lista”.

“¡Yo soy Almafuerte!”... gritó de un tal modo que su estruendosa voz escuchóse hasta las primeras casas de Berisso y de Ensenada.

“¿Por qué discutir sobre tanta precedencia?”, pausadamente dijo Alejandro, agregando que, “todo ello, no lleva positivamente a ninguna parte, al menos, por ahora; pues toda la noche es larga y hay espacio para todos... y si hubiese que escoger una primera voz, no podría ser sino la de la filosofía”.

“En todo caso, doctor, la filosofía que es saber, **sapere**, sabiduría, puede y debe escuchar antes al conocimiento científico y no a la inversa, ya que éste proporciona la suficiente, fáctica y empírica información sobre los hechos, experimentos y otros análisis de talleres, laboratorios, museos, etc., la cual información llega para la ulterior inexorable reflexión superior que incumbe al saber filosófico; pues, primero conocer; y luego, saber”, arguyeron casi al unísono Juan, Carlos y Florentino. “¡Ay, ay, ay!, y mientras tanto, ¿qué estoy haciendo yo aquí, aparentemente, como un convidado de piedra, a quien le corresponde el primer lugar por el abecedario, y sobre todo, tengo el privilegio de la poesía, que siempre es filosofía, aunque ésta no fuese siempre poesía?”, protestó algo airadamente Pedro.

“Mire, amigo, en primer lugar, su apellido comienza con “P” y no con “A”; usted se apellida “Palacios” y punto, ¡qué caray!”, dijo con firmeza y respeto Juan, a lo que don Pedro respondió: “Tiene razón; pero yo me llamo y me llaman “Almafuerte” y así me conocen todos, y además, perdóneme amigo, ¡Palacios hay muchos, y muchos mejores que yo, palacitos, palazones, palacetes y otros tantos... aunque el mejor de ellos nunca habrá de ser superior a los que tienen almas fuertes como nosotros!”.

“¡Qué juego de palabras se trae el poeta; dejémonos de tanto orden de prioridades –reflexionó Alejandro-, pues tales precedencias no otorgan privilegio alguno, y vayamos al grano, que yo, por mi parte, aún representando un tanto a la filosofía, sin orden ni vanas prolijidades ni demás literaturas, ni ingeniosidades ni ingenuidades, me paso cómodamente al final, y punto!”.

“¡Y no, por qué al final!”, gritó Pedro, como de costumbre.

4

Yo me encontraba ya entre impávido y sorprendido, con los brazos cruzados, ya olvidándome de la apacible y estrellada noche serena de ese día de

luciérnagas y melifluos misterios de las sombras y los sueños, cuando me vino en ganas de mandarlos a todos al mismísimo... Y es que me pareció que los “5” me estaban haciendo perder el tiempo y ya ni distraían a nadie, aunque estaba solo, pero recordé de pronto el día de la inauguración viéndolo a Don Alfredo, junto a los “magnates” de entonces, a don Ramón, a don Rodolfo y otros circundando un hemicycleo con respeto a los artistas y sabios de la ciudad en el sexagenario de su fundación con las expectativas, silencios y seriedades de entonces y musité para mis adentros, diciéndome: “y si les digo, chicos, déjense de bromas...”, cuando de pronto...

“¡Porque nada!”, me dijo de pronto y en voz alta y con el ceño fruncido Alejandro, adivinando mis cavilaciones, y agregando, sin darme tiempo a nada:

“¡Porque todos nos merecemos, realmente, que nos mande al mismísimo diablo, qué caray!”.

Quedé sorprendido doblemente de la grandeza del filósofo (claro, si es filósofo e hijo de alemanes prusianos...); momento en que me reproché lo de los alemanes y lo de los prusianos, pues qué tendría que ver Adolfo, su padre, que nació en Breslau (allá en las Polonias) un lejano 28 de mayo de 1820... Qué tendría que ver, en realidad. Psiquiatra, en todo caso, dije para mis adentros (?).

Me repuse de esto y pude aprehender algo más del contenido de otras palabras que luego cruzaron los “gringos” Florentino y Carlos, pues, y como se sabe, el primero viene del norte de Italia (Oneglia, provincia xeneize, donde vio la luz un 18 de septiembre de 1854 –aunque algunos otros sostienen que nació en la argentina localidad de Luján), en tanto el otro, del Piemonte (Torino, más norte aún el 20 de abril de cuatro años más tarde). No pareció que hablaban de sus cosas, ya de la paleontología, o ya de la antropología, la botánica, o paleobotánica o de la micología, de hongos, en especial, aunque por allí me pareció escuchar la voz “funghi”. Mas, seguidamente, y en un extraño lunfardo, uno de ellos dijo: “Ma, che viene questo tedesco a meterse con lo tano...; che se vaya un po al diavolo”.

Juan permanecía silencioso, inmóvil y entusiasmado observando el estrellado cielo de esa coloquial y sempiterna noche, cuando de pronto Pedro con inocultable e inocente agresividad le espetó: “¡Déjese de estar mirando pa’ arriba, que ese cielo me pertenece!”.

Sin extrañarse demasiado, pero, respetando, comprendiendo, tolerando y perdonando, Juan le contestó, casi en voz baja y con inocultable dulzura: “Mire, amigo, ¿por qué no se mete el cielo en el bolsillo y se lo lleva a su casa, si puede?”, a lo que Pedro, disculpándose, le respondió: “Perdóneme, Juan; usted sabe cómo somos los poetas de sinceros y veraces, aunque al-

gunas veces mal hablados, espontáneos y directos”. Entre otras disculpas y buenos razonamientos que se regalaron el poeta y el dactiloscopista, ya, en tanto, me decía para mis adentros: ¡Menos mal que éstos están tiesos en sus pilastras...! ¡Si no, ya se hubieran agarrado a patada limpia!.

“Menos mal”, me dijo el filósofo siquiatra, como adivinador de mis barruntos o pensamientos. Y “menos mal”, le respondí, sabiendo que, además de filósofo, era siquiatra; o viceversa.

5

Aguardé que se acallaran los entremezclados diálogos o coloquios, y luego de unos instantes, y lo más sereno que pude, me puse frente a los “5”, lo más equidistante posible, y les dije (por orden alfabético):

Usted inició su inmortalidad, Pedro, aquel 28 de febrero de 1917, en tanto que usted, Florentino, el 6 de agosto de 1911; usted, Alejandro, el 9 de octubre de 1936, en tanto que usted, Carlos, el primer día de julio de 1926; y finalmente, Juan, usted el 25 de enero de 1925... Aunque, y cuanto yo tengo por sabido, la muerte finalmente, sólo, se instituye como una mera alternativa de la materia humana, por lo que no vale ya tanto hacer de ella una tragedia. Somos mortales y punto. Para algunos elegidos y que lo merecen la inmortalidad, o una cierta o incierta de ella en este mundo (gran misterio de ver más adelante), se inicia, como dije, en esas fechas. Y tales perennidades se dan, magüer las negligencias, desidias y ciertas desaprensiones de las autoridades públicas que suelen ignorar las travesuras de los tiempos, de los iconoclastas o de los vándalos. Podrá no haber ni hermes ni hemiciclos, pero de cierto que siempre existirá esa fama que no obtienen jamás para siempre algunos emergidos de la publicidad o de la moda. Serán éstos más o menos populares. Los famosos son aquellos que trascienden hacia los espacios y los tiempos por sus ejemplos y sus obras como San Agustín, o Aristóteles, o Mozart, Bach, Belgrano, Lugones y tantos más.

“¡Déjese de embromar...! ¡Qué me viene con ese santo y ese griego entre otros que acaba de musitar!”, me dijo Pedro con indisimulada efusión. “Aunque, dicho sea de paso, quienes menos se preocupan en seguir las enseñanzas y ejemplos de las obras del griego (en **La ética y en La Política**), para no hablar de Platón, de Santo Tomás y de Maquiavelo, son justamente quienes más obligaciones tienen de ser decentes y prudentes: Políticos, gobernantes, jueces y legisladores”, concluyó Pedro.

Esto me dio ocasión de pensar en las tres virtudes teologales y en las casi cuatro desconocidas cardinales (amor, esperanza, fe, fortaleza, justicia,

prudencia y templanza), por no hablar de los dones del Espíritu Santo (ciencia, consejo, entendimiento, fortaleza, piedad, sabiduría y temor de Dios), cuando... (¡cuándo no!), mis modestas cavilaciones fueron interrumpidas por un sabio como Florentino, quien, dirigiéndose a Pedro, dijo:

“Estoy por darle la razón, en cierto modo; pero, me parece que usted un poco, como viejo gruñón, renegado y cascarrabias...”

“¡No continúe! No siga... porque si no, me bajo de aquí y lo mando a freír buñuelos con sus fósiles, los que podría utilizar para metérselos en una olla caliente... y que le siente bien ese caldo!”.

Y entonces fue que una gritería viniendo de los tres restantes, y quizá, también desde lo alto, de las estrellas o de los ángeles o de los espíritus bondadosos y celestiales, fue la que acalló las últimas palabras de Pedro.

6

Y recordaba, volviendo grupas, no más pero no menos que las otras, la virtud de la prudencia, sin descuidar la magnanimidad o la longanimidad, esa que no se advierte en casi todos aquellos que manejan los negocios o intereses públicos y que ocupan cargos electivos o no en las conocidas funciones estatales (administración, jurisdicción y legislación), o eso que consiste en la templanza, moderación, buen juicio, discernimiento, cautela, precaución, circunspección y eso que hace del hombre, aunque intrépido, valiente, osado, audaz, esforzado o valeroso, un ser que aguarda pacientemente el momento oportuno para hacer o ejecutar lo más conveniente o el mejor bien para la mayor cantidad de gente y por el mayor tiempo posible...; por ejemplo... ¡Qué voy a decir de todo lo que notoriamente se pone de manifiesto, salvo algunos pocos próceres o patriotas, desinteresados y hombres de servicios que se cuentan con los dedos de una mano! ¡Qué de concejos, cámaras y demás cuerpos legislativos donde proliferan las ratas y los ñoquis! ¡Qué de esas augustas corporaciones que antes eran realmente “honorables” y ahora de eso sólo ostentan el nombre! ¡Qué de esos hombres de antaño ad honorem que sólo veían el bien y la dignidad de la patria, y hoy, el acomodo, la prebenda y el sueldo! Y recordaba nostalgiosamente la augusta voz jurisdicción, que no es cualquier cosa, sino una de las funciones fundamentales del estado que tiene que ver con la justicia, otra palabra que me enseñaron a amar en los cursos y materias de la facultad platense del derecho... Decían entonces, con sencillez y claridad, que se trataba de un valor, un concepto y un sentimiento... fáciles de aprehender.

Y no tan fáciles de ejercer. Así como la voz jurisprudencia, y no me olvido

que alguna vez fui juez y me permití despedirme de la función con un soneto, que diré; pero la tal palabra viene del latín “iuris” (derecho o justicia) y de “prudencia”, o sea, decir el derecho... Estaba yo en todo eso, cuando Alejandro con su voz de barítono puso énfasis para compaginar la cosa:

“¡Señores, respétense, y además, dejen tranquilos a los filósofos y...!”, cuando me permití interrumpirlo encareciéndolo me dejara concluir con el prometido soneto, a lo que Alejandro, sabio y prudente como era, me guiñó el ojo insinuando “suya...”, y ahí nomás, me permití proseguir, aclarando o recordando que la augusta magistratura judicial en lo laboral a la que fui convocado por el ochenta y tanto por un buen gobernador, como Aguado, un buen ministro de gobierno como Durañona y Vedia y un buen subsecretario de gobierno como Mamblona, porque, a la muerte del juez Carlos A. Camino, el tribunal N° 1 estaba desintegrado, y ese gobierno de “facto”, pero de honra y decencia, quería dejar la justicia bien ordenada y abastecida para la próxima llegada del nuevo gobierno constitucional y “democrático” (que de esto último tuvo poco... pero en fin, esto es harina de otro costal); y cuando llegó el turno de regresar a mi jubilación como abogado, me despedí con el siguiente “Soneto de despedida”, que dice así:

En el lugar, que alguna vez Camino
desensilló para volver al cielo,
dejé el vacío intacto. Y ese vuelo
me hizo, con su adiós, más peregrino.

El numen de alas blancas fue destino
del alma de los dos. Y en ese anhelo
de este oficio de honor y de desvelo,
en mi mano su nombre se hizo trino.

Hoy y en este momento me despido
llevando esa amistad, que nunca mido
sino con el amor que es siempre invicto.
Y además, les confieso, he descubierto
que en el trío, con Beco y con Roberto,
alguna vez fue canto el veredicto.

Fuera de contexto, y para no desfigurar con llamadas al pie de página u otras consignas o anuncios que desnaturalicen la calidez y los afectos que

abrigan estas páginas, en una mañana fría de estos días de junio de 2006, caminaba temprano por la calle 6 y cruzando la diagonal 80 de La Plata, un hombre de unos cincuenta y tantos años me saluda con notorio y medido respeto y consideración, y después de decirme, “buenos días Dr. Milanta”, y al responderle excusándome con cumplimiento no recordarlo, me dijo: “Doctor, fui su alumno en lo laboral en derecho hace muchos años, y además, lo traté siendo juez y siempre recuerdo aquello hermoso que usted dijo: alguna vez fue canto el veredicto”. La emoción me dejó sin palabras, y fue la ocasión de que el resto de mi camino hasta el correo fuera recordando a Carlos Camino (que no conocí), al Beco a Roberto, a Dellanque, a Puchuri, López Andrade, Brunelli, Argüello, Lecot, Salle... ¡Qué calidez en esa mañana fría!

7

Reanudó Alejandro sus palabras continuando: “... dejen tranquilos a los filósofos, teólogos, músicos y poetas; no se han puesto a pensar sobre lo que dirían las futuras generaciones, incluyendo a nuestro compañero y amigo Atilio, tan paciente hasta ahora, y no sé si más tarde nos seguirá aguantando, qué dirán, repito, de un poeta, de un antropólogo, de un botánico y de un dactiloscopista... sin excluirme yo como un modesto filósofo... ¿No han pensado en eso? Además, Atilio se propuso decirnos, y lo hizo con meridiana claridad, conceptos que comparto, en general, aquello que, si bien para nosotros concluyó la Vida terrenal con la muerte física, la del cuerpo, es lo cierto, también, que no sé si somos tan perennes o inmortales como cree sinceramente Atilio; pero, al menos, no hemos muerto del todo, como tampoco murieron San Agustín, Mozart, Lugones, ni Biber, para no citar a otros... y a pesar de que, esta construcción, con el tiempo y la mano de algunos amiguitos desaprensivos o traviesos, además del descuido o abandono del estado.

“Don Alfredo vino una vez y nos empotró aquí y pronunció aquel magno e inolvidable discurso que, sin embargo, muchos desconocen”, dijo Juan. “Y yo tengo reconocimiento a ese buen socialista de cátedra, que fue profesor de Atilio, y a un político como Vicente Solano Lima, nicoleño como Atilio, entonces ministro de gobierno en la gobernación de don Rodolfo, y algunos otros, sin excluir a don Máximo, el escultor, y a todos los trabajadores anónimos que labraron el monumento”. Y dirigiéndose Juan a Pedro, continuó así: “No nos engañemos, porque usted sí que la padeció y pocos o muy pocos fueron los que le agradecieron y reconocieron en vida su obra poética y sobre todo su labor como maestro; y después del 28 de febrero en

que usted se fue, no tantos han sido los de muchos que debieran haberlo evocado merecidamente. ¿Se acuerda cuando usted enseñaba en los lugares más apartados, aquellos que otros dejaban o abandonaban porque estaban alejados de la supuesta cultura reinante en las ciudades? ¿Y de su pobreza franciscana y de su rico espíritu poético cultivado con la lectura afanosa de los textos bíblicos? ¿Y de cuando vino a La Plata y ocupó, después de otras, la casa de la avenida 66 que le regalaron algunos de sus ex alumnos entrañables de antaño y de siempre, a donde hoy se encuentra un museo de la evocación? ¿Y de su prédica contundente en la prosa y en la poesía, de combate y de principios, de ética y de doctrina que tardíamente reconocieron algunas renuentes como Borges, luego que se enteraron que hasta el hispano Catelar le celebrara en tierras de Cervantes?”

“Tenga mano, tallador, que no es para tanto”, le interrumpió Pedro; “sin duda, amigo Juan, que usted no se habrá olvidado que Florentino tuvo de maestro a Carlos D’Este, quien quedó sorprendido de la inteligencia e inquietudes científicas del alumno; también recordará que en Luján comenzó usted a observar los fósiles de las barrancas inspirado en las investigaciones de Muñiz, motivo por el cual don Alfredo, en el gran discurso inaugural de este monumento, aquel 19 de noviembre de 1942, hace la friolera de más media centuria, reconoció la primogenitura suya en la magnitud de tal tarea, extrayendo las raíces milenarias de los viejos tiempos del hombre, a ese ser que mostraba en su dignificación creciente con las armas de la inteligencia y de la voluntad, buscando el secreto de los remotos orígenes y de los futuros destinos, removiendo las capas geológicas del país, desenterrando fósiles, cuyo origen usted clasificó y discutiendo nada menos que con Burmeister (el tedesco aquel que dirigiera el museo de ciencias naturales de Buenos Aires, consagrándose uno de los más grandes paleontólogos del siglo XIX), corroborando y ampliando las investigaciones de Darwin y escribiendo esa insigne obra “La antigüedad del hombre en el Plata”, la que produjo una revolución científica”.

8

Yo, por mi parte, mientras escuchaba silencioso a estos grandes, recordaba que Florentino fue maestro en Mercedes, y que, para lograr su sustento, puso una librería en Buenos Aires. Quizás yo pensaba esto en voz alta, y sin duda, Florentino me escuchó, pues dirigiéndose a mí dijo: “¡Basta, Atilio, que ya se ha hablado de mí y exagerando!”, respondiendo que, sin embargo, falta aludir al viaje por el viejo continente, así como que escribió muchas

obras de profundas reflexiones que lo catalogaron como filósofo; ejerciendo, además, la docencia universitaria en Córdoba, Buenos Aires y aquí en La Plata... A lo que me interrumpió Pedro: “No como yo que ejercí la docencia sin título, motivo por el cual ni siquiera pude jubilarme decorosamente, a no ser por una pensión que me dio Yrigoyen”.

“Tengo para mí, interrumpió diplomática y cortésmente Carlos, que en cierto modo, los demás nos tienen por importantes, pues ¿si no para qué Atilio, convencido como está de las opiniones y estudios o investigaciones de las universidades y corporaciones científicas, se iba a ocupar de nosotros una futura tarde en la inauguración del nuevo salón de actos del A.C.A. en La Plata, en la conmemoración 119^o de la fundación de la capital del primer estado argentino? Aunque aún no sé, en mi humilde condición, si merecemos estar aquí en estos estípites o pilastras frente al noble museo del “perito”. Pero, de cualquier manera estamos, y quiero decirle a Alejandro que lo veo preocupado, no porque su hijo Adolfo, talentoso jurista, le haya salido ferviente católico, sino porque su legajo en la Policía ha desaparecido misteriosamente, como el de Juan (aunque yo diría “extraviado”, por lo que algún día verá la luz). Finalmente, ¡que importan tanto los papeles si ya está todo hecho, todo dado, todo realizado! Mas, regreso a Alejandro para sintetizar su extraordinario repertorio de actividades científicas, académicas e investigativas; y yo, como modesto botánico y micólogo, me veo casi sin palabras... Pero conservo el aliento necesario para reconocer que se desempeñó exitosamente como médico en Policía (¡qué casualidad, justo el mismo año en que Juan también ingresara a la repartición! ¡Qué lujo para ella y qué poco o ningún reconocimiento hacia estos grandes!). Uno de sus discípulos, Francisco Romero, reconoció en usted como a “una personalidad literalmente extraordinaria”, pues dijo que usted “poseyó aquello que constituye lo que podría llamarse la infraestructura de un gran hombre, en riquísimo repertorio de capacidades”.

¡Casi nada!, dije yo en voz baja, y me parece que nadie me oyó.

En eso, Alejandro que se encontraba con serio semblante, interrumpió el diálogo con sobriedad amable y con cálida discreción dijo: “Paremos un poco la mano, amigo... pues parece que están quedando en el tintero dos de los nuestros...”

“Déjenme un poco a mí”, interviene Florentino con humildad y prudencia, agregando: “...que yo deseo seguir con Carlos, a quien tanto estimo por varias razones de nuestro itálicos orígenes, entre otras... Pues, como se sabe, parece que yo nací en Luján, porque allí estuve algún tiempo no

lejano, y otros, en Oneglia, esa buena región no menos buena que la bonísima Liguria, patria de don Domingo, el padre de don Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano; aunque me guste, también, decir que soy argentino, un poco más que por adopción, y platense por vocación... Pero, xeneize por nacimiento; en tanto, usted, Carlos, nació en Bairó, cerca de Torino, y por ende, piemontés, y vino a esta noble tierra argentina por el 1879 donde trabajó incansablemente dando a la botánica argentina, nada menos, que un prestigio y jerarquía mundial, como Juan respecto a la identificación dactiloscópica. Recuerdo que uno de sus discípulos, el botánico José Fortunato Molino, fue quien tuvo en sus labios las mejores palabras, y justas, cuando dijo de usted que fue un héroe en el sentido de Carlyle; guía y faro de hombres; y que fue, asimismo, un símbolo en el sentido de Emerson, pues interpretó una época de los estudios botánicos argentinos. Y usted recordará, Carlos, que cuando me hice cargo de la dirección del museo nacional de Historia Natural (luego del recordado Berg), tuve el honor de encargarle, por sus méritos y sapiencias, que efectuara la definitiva clasificación de la colección botánica que usted logró hacer realidad con tanta eficacia práctica y científica a principios de 1900. Catedrático de alta escuela en variadas disciplinas. Además del latín, en Filosofía y Letras, usted enseñó botánica, zoología, mineralogía, geología, patología vegetal y micología... Recién fundada La Plata, usted desarrolló aquí una ímproba tarea..."

"No continúe, amigo...! Interrumpe Carlos con gentileza y gratitud; "usted sabe muy bien lo hecho, y lo hecho, hecho está..." a lo que Alejandro agregó: "Y ya que las cosas, al decir de Ortega están como están, me parece que le llegó la hora a Juan, con quien ingresé en Policía, como se ha recordado, allá por el 1888... Yo me di cuenta un día, intentándolo gastar a usted sobre temas filosóficos que aparentemente usted desconocía, ya que con sólo las matemáticas nunca se puede edificar un sistema como el llamado Dactiloscópico (por Latzina)... Aunque, en verdad, sin ellas, tampoco. Y tengo en mí que los viejos sabios y filósofos griegos si no eran todos matemáticos, le pasa raspando... Usted además sentó las del mutualismo cuando fundó la Sociedad de Socorros Mutuos de Policía aquel 29 de septiembre de 1894. Y para esto, como para muchas otras cosas, además de humanitario, hay que ser humanista como los filósofos..."

La verdad es que allí, o en ese momento, dejé mi silencio junto al silencioso banco y escuché, curiosamente, algunas otras voces que, quizá, venían de mi interior, o viniendo desde lejos, no sé, asentáronse en la vecindad del hemiciclo... Quizá, eran las de Alfredo Palacios, o las de Vicente Solano Lima,

o las de Máximo Maldonado, o las de Speroni, Rivarola, Reyna Almandos o las de mi amigo Semorile, quien me hizo recordar su poema “Vuelta a La Plata”, que dice así:

Por tus calles y tus plazas / me apresuré para verte, / que durante muchos años, / oh ciudad, estuve ausente. // Recorrí viejos lugares / con el placer de otras veces, / y te sentí acogedora, / lo mismo que en mis ayerés. // De nuevo bajo tu amparo, / oh dulce ciudad, mis sienes / se esclarecieron con versos / de poeta consecuente. // Por tus calles y tus plazas / me apresuré para verte; / y encontré olvidados sueños, / y te encontré nuevamente.

Luego escuché una profunda voz, eterna y amiga, la de la Providencia, que simplemente me recordaba una línea del “Eclesiastés”: “Todo tiene su tiempo”. Y en el camino hacia mi casa iba evocando un viejo poema del amigo Elliff: “Mañana es otro día. / Han anunciado lluvias, algunos vientos; / mejorando después.”

Al día siguiente, pasé frente al hemiciclo esperando ver los rostros serios de los “5”, como siempre. Sonreían levemente... Y sin advertirlo, quizá, al unísono me hicieron un guiño.

XVIII

EL VIGILANTE

En mi primer libro de la década del sesenta titulado **Resonancias nicoleñas** (1960; 2da. ed., 1991), en su primera parte (titulada “Algunas espinelas de las nostalgias”) incorporé una muy querida (que en la 2da. edición dediqué a Carlos Fontana, no conocido por los nicoleños; octogenario oficial superior en situación de retiro de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, probo y honrado funcionario de los que tanto se ha menester en los caminos de Dios; y de quien también me ocupé en mi “De las almas que no mueren” (Dei Genitrix, La Plata, 1993, ps. 179/187), titulada “El vigilante de la esquina” que no era otro que tenía parada todos los días en la esquina de Rivadavia y España en San Nicolás donde yo vivía de niño con mis padres y hermanos. Era el mismo que temíamos ante cualquier pillería inocente, pero era también el que nos cruzaba la calle para ir a la primaria.

En la esquina, el vigilante
gordo, imponente y severo,
se paseaba con esmero
de mi casa por delante.
Este recuerdo distante
tan presente yo lo tengo
que, cuando a mi pueblo vengo
y paso frente a mi casa,
todavía veo que pasa
por la esquina su andar rengo.

De allí en más pasaron muchos años, y relacionado como estoy con los institutos policiales en los que me encuentro como docente hace más de cinco lustros, las reflexiones me llevaron a concluir que el policía que no tiene alma de vigilante, cualquiera sea su revista, cargo, posición, jerarquía o situación, no es policía. Tiene sólo el uniforme, los distintivos, el armamento y las identificaciones pertinentes. Pero, no es policía. Encontrándose ya editado

mi anterior “hijo” (“Odas y poemas”, Dei Genitrix, La Plata, 2006), y con motivo del Día del Vigilante (24 de abril, fecha instituida por la Fundación Juan Vucetich, en homenaje al Crio. Insp. Fontana que murió el 24 de abril de 1993), escribí la siguiente **Oda al Vigilante**, que dice así:

¡Sin ti no hay policía, porque eres su alma!
Ya no eres aquel lejano arcabuz de ojo nocherniego,
pleno de sombras, de atajos y silencios;
ni el viejo farol de aceite, amigo sin apuros, en las nocturnas rondas de
ensueños y de estrellas,
vigilancias sin bustos, ni estatuas ni azulejos.

No eres numen de vientos ni lloviznas, ni de aquellos inviernos es-
cuálidos de calles
sin resguardos, sin penas ni pájaros ni nidos.

Ya no eres aquel despierto y solitario, caminante o apostado, de callada
palabra y pensamiento,
afín de soñadores y tonadas de latidos sin refugios.

Ya no eres el edil, el cuidadoso de casas, edificios, monolitos, monumentos
y templos artísticos y nobles,
avistando anoheceres y albas de invasores, sempiternos vándalos, piratas
y corsarios sin los mares,
sin cónsules ni reyes, sin imperios.

No eres hoy si no un vestigio, un olvidado o una imagen o apariencia de
soldado sin chapa y sin escudo;
un rastro apenas de rostro o disimulo, o una huella dejada en abandono,
como una voz indescifrable
de misterio, o una estrechez sin lauros ni diplomas, ni galones.
Sólo una especie de martirio en lejanía.

No eres ni la patria, que te niegan, la que fue en aquel noble patriota
postrero con Belgrano,
ni siquiera el bronce mudo y frío de la plaza,
ni la piedra ni los mármoles que cincelen honores y suspiros.

No eres ya la fruncida faz sin sustos bajo el casco que hoy está en algún museo
sin escapularios, aromas, y sin lauros y sin rosas.

Ya no eres el eco nocturnal que te nombraban los clarines con luceros,
 con amigos, con páginas
 e historias.

Ya no eres bisturí, ni reposos, medicinas ni hospitales,
 sino sólo un objeto detenido, inválido o inmóvil, sin nombre, sin destello,
 sin brillos y sin sombras.

Sólo un número, sin rango, y sin cronologías.

Nunca fuiste si no un origen de denuestos y abolengo de diatribas y pe-
 yorativos de rancias cataduras

o las acartonadas frivolidades de las hipocresías;

un propósito o designio, una desesperanza sin consuelo, un frustrado
 eslabón en la planicie

y un futuro sin premio ni madera, y sin espacio ya para el salterio y la
 oración.

Ni siquiera un mineral o un granito machacado de camino.

No eres ni la historia ni el perdón, ni las virtudes,

porque nunca fuiste ni eres nada, nada más que la mirada perdida sin
 la nada.

Y ni existes ya ni tienes la vigencia de grandezas, valentías, honores y
 deberes,

pues todo se te niega, se te oculta y tergiversa.

Eres un espíritu errante que ansía encarnarse en el perdurable anónimo
 de siempre.

O esa alma imprescindible de amor y de obediencia que aspira animar
 a ese cuerpo de uniforme misionero y vocación.

Sin esa ánima no existe policía de verdad y fortaleza.

No dejes de ser el vigilante auténtico, en estas leguas, que permanece en
 la esquina y que protege

como siempre.

Tienes el privilegio de ser espíritu y no te pierdas.

¡Sin ti no hay policía, porque eres su alma!

XIX

QUIROGA

Al Chacho Peñaloza

Un fogonazo, una avalancha, un ímpetu, un volcán... Un puñado de tierra en la mano, un puño con la patria adentro. Religión o muerte. Si no hay fe, Biblia, religión, acaece la muerte, aunque el cuerpo conserve intactas sus biológicas funciones nutritivas, respiratorias, digestivas, excrementales. Pero, el alma vacía, el corazón sin esperanza y el espíritu sin amor. Un coraje a toda prueba en un riojano cabal, seguro y pertinaz, sin dobleces ni artilugios seductivos para conquistar. Era convincente por naturaleza. Muchas anécdotas registran las historias y otros sucesos que alimentan la dimensión de su estatua.

Hasta que un día... En realidad, hace años salió un soneto dedicado a él y me propuse estudiar su vida y su obra. Y después de todo, no me atreví a sintetizar tanta hazaña y coraje. Y decidí, sencillamente, dejar esta página con aquel mentado soneto que titulé “Quinroga” y que dice así:

Facundo en el enigma, el evitado
de temores de muertes, sin más muerte
que esa duda tremenda de lo inerte
que, sin venda, aventura que ha matado.
Refiguro en su ausencia, en su legado,
el absurdo, el abismo en que revierte
el rojo de su sangre en lujo y suerte
de predio provincial, de greda y prado.
Respira desde lejos, correntoso
de pez y de misión, de sauce y oso,
de tierra prometida y augural.
Y cerca de la tumba de la gloria,
el soneto precisa en la memoria
hecho jungla de paz y pedestal.

XX

CON MOTIVO DE “EIN LITERARISCHER SPAB” EN SAN NICOLÁS

Mientras los necios se obstinan en interrumpir sus silencios con vanaglorias y vacuidades, los envidiosos se esfuerzan en silenciar la acidez del desaliento que les causa el bien ajeno; y advierten los tontos (para decir o aludir, de alguna manera, a esa especie de... aristócratas frustrados, vanidosos de algunos repetidos y superficiales sonidos que salen de su lengua, torpes, en fin, porque no ven más allá de la inmediatez de sus fosas nasales), llegan los humildes, los condecorados con luciérnagas y esmaltes en las perennidades y los sinceros de alma y corazones limpios.

Allí comienza otra historia y se escribe otra página de redenciones y paciencias, de luces y bengalas inocentes, de miradas tenues con sonrisas leves y anunciadoras de las ternuras y de la calidez humana. Allí, el diálogo de pocas palabras dichas y de esos silencios que hablan mucho más que aquel arsenal o andanada de vocablos de la estupidez humana y el desconsuelo de reconocer la mendacidad, la apariencia y la soberbia: sí, habló muy bien, pero no sé que dijo.

Los alucinados con el frágil vuelo de la mariposa o la encendida luz de las luciérnagas, permanecen a la vera del río nicoleño con la esperanza de abrazar el caudal que cantó Horacio, cuando reconoció la sutileza de la filosofía con el canto magistral: “las aguas pasan, pero el río queda”.

Entonces llegaron voces de un pasado que aunque fue pasado, no dejó el silencio y el olvido; permanecen en el aire que se acepta cuando llego a San Nicolás, en el paseo de calles, plazas y esquinas, en el cementerio donde descansan los familiares, parientes y amigos que nunca se fueron. Están en la vieja mesa de la casa, ya la de Rivadavia y España, ya la de 25 de Mayo y Ameghino, o en aquel banco de las primarias o de las secundarias, el mismo que luego encontré en la Universidad, aquel pupitre lleno de sueños, futuros y pasados. Aquella lágrima que por allí quedó algún día y que fue enjugada con el pañuelo invisible que me alcanzó el que está en la Cruz o la virgen Santa del Rosario que está encendida de gloria y milagros frente

al río Paraná.

Los tengo en el límpido perdón a los que indiqué al principio, y con esa tranquilidad y misericordia inocultable y sincera, paso a un recordado sábado 27 de julio de 2002, en que llevé el estrambótico título tedesco que luce como tal en este capítulo y (textualmente) las palabras que dije entonces, con notoria emoción, en la sede del queridísimo Edificio Histórico de la Escuela Normal Rafael Obligado, sita en la calle Sarmiento 146 (esq. Lavalle) de San Nicolás, disertación que intitulé: “¿No es lo mismo historia sin poesía que poesía sin historia?”, y que dice así:

Hay muchas maneras o no pocos caminos para regresar al pasado. Uno de ellos, tratando de descubrir, en el ojo del galápago, cuanto el mismo ha transmitido, hacia su interior, como cámara fotográfica, y que hubiere almacenado en la misteriosa placa de su memoria; otro, presintiendo, con milagrosa potestad de presciencia, en los que edificaron una casa en la calle Nación hoy con el N° 139, el advenimiento del 31 de mayo de 1852; y entre muchos otros, los que pusieron los cimientos, con inocultable fe y religiosa inocencia, de este Edificio que hoy ya es también historia, la de esta Escuela Normal.

Cuando en un futuro mediato se posen los mayores, que nos sobrevivan con holgura, y mediten sobre ese pasado, hoy presente aquí, sin galápagos, ni constructores ni cimentadores de eficacias y paredes, sin milenios de quelonios, advertirán en las páginas amarillentas de las hemerotecas, una que simbolice sólo la profunda gratitud de un hombre que, regresando con un libro, abrazó a su pueblo y a su ciudad lleno de nostalgia y de futuro.

Quizá, aún, puedan leerse los nombres que un humilde poeta, que sólo se llama Atilio, dejó la impronta de la gratitud hacia un edificio histórico de cuerpo y alma humanos, como que, además, allí vivieron las estrofas de una canción que decía (y siempre dice):

¡Y echen a vuelo el nombre de estudiantes,
en bronce de romántica emoción,
los que lo son los que lo fueron antes,
los que, por suerte, tienen de estudiantes,
para toda la vida el corazón!

Pero, allí vivieron también, los pasos de Teresa Balmartino, Amelia Petraglio de Linlaud, María Antonia Ricondo, Juan Bautista Aramburu, Josefina Balado, Otilia Gómez, José Basterrechea, José Lorenzi, Rogelio Elena, Gelsina de Bonsignore, María de Guevara, Leticia Della Casa, Irma de Gil,

Jacinto Gard, Ginés García, Lidia Grisetti, María Delia Luzuriaga de Ogalilar, Rosa de Cobbold, Catalina Beltrán de Morteo, Ricardo Olivera Aguirre, Marcelino Marcatelli, Carlos Spiro, Elisa Insaurralde, María Menchaca de Varela, José Pedro Jáuregui, Miguel Olivera Córdoba, Alberto Varela, Martha Faure, Luisa de Cerutti, Elsa Auligine, Elsa Daglio, Rosita Castelli, Chocha González, Pepita Inza, el Mono Díaz, Henry, Jimena, Sánchez Argerich, Lily Cara, Commendatore, Maga, Catá, Mutti... Lagorio, Leoni, Funes, Homs Alurralde, Elvira Varela, Mechita Musacchio, Ocáriz, Lemme...

De la hemeroteca volará una hoja pretérita, que se niega a morir o desaparecer, y que dirá sólo estas palabras:

“Si todos estos nombres no son poesía y sólo valen para la leve historia de los instantes, ¡para qué los nombre!
¡Y que la venerable historia se salve como pueda!”

Pero, más allá de los anaqueles, los archivos y los reservorios frágiles de las memorias y de los recuerdos, perduran las nostalgias de una niñez escolar que ya caminaba las veredas de la calle Nación, con pícara y ya curiosa estudiantina que presiente la secundaria, dejando atrás para los olvidos inolvidables, esas caras reminiscencias e historias que regresarán inéditas en los numerosos decenios que vendrán. Y allí hablarán unas rejas que vieron carruajes, que llegaron desde lejos, para dejar un poco de tinta dibujando un nombre sobre un papel anunciador de la grandeza y del porvenir que, luego, muchos descuidaron con desaprensión y sin patria. Entonces, ese escolar abriría los ojos de la curiosidad y observaría un interior de austera serenidad y respetable silencio, aguardando el futuro confiado en aproximarse a un magistral soneto regamolíniano, que algunos recuerden sólo con el corazón y con la mente, entre ciertos otros nombres callados de lecturas y de abismos, como López, Virasoro, Lucero, Benavides, Gutiérrez, Segura, Taboada, Urquiza, Bustos, Crespo y otros, soneto alejandrino que sólo, simple y nuevamente dirá:

He aquí que, como hace tantos años, la calle
se llena de galeras de rancia y alta caja.
Se abre una portezuela crepuscular. ¿Quién baja?
¿De quién es ese rostro, ese pecho, ese talle?

Caballeros que llegan de la ciudad, del valle,
de la montaña. Polvo con agua y nieve cuaja
cada rueda de cada vehículo en que viaja

la patria misma, para que la guerra no estalle.
Un farol plañe luces. Las sanguíneas baldosas
reverberan. La hierba nace entre sus juntas.
El aire acuña voces. ¿Quién olvida esas cosas?

¿Pedestal de qué heroica figura es el aljibe?
De pronto hay un silencio preñado de futuras
grandezas. Alguien llora. Y el acuerdo se escribe.

Los caminos que llevan al pasado, en un día nuevo, sin vigilancias ni resguardos, el pensamiento libre, como la imaginación, el suspiro y la vocación del canto y de la terneza, superan el declive de los que se entretienen con lo efímero de un presente sin latidos ni emoción; y un 27 de julio del año 2002, dice la hoja, que aquel hombre, llamado Atilio, palideció y revivió con el secreto regocijo de la gratitud, al mencionar otros nombres que los posteriores no olvidaron: Zuelgaray, Giménez Perret, Cheves, Romano, Chervo, Terry, Tallón, Zampietro, Osés, Duilio Cámpora, Atilio jr. (su hijo), Sorokowsky, Gatti, Hernández, Marino, Hnatiuk, Basílico, Pannone, Balestrasse, Tejada Iturraspe, Bonelli, Jeambeaut... Además de los nunca ausentes: Rega Molina, César Bustos, Semorile, del Pozo, Urquiaga...

Y más adelante, luego de atravesar magnolias y pactos, aljibes y veredas, primarias y secundarias, textos y pretextos, universidades y luciérnagas, líras y entrecejos, papirolas y cuentos de hada, remilgos y valentías, sueños y veleidades de la inocencia y de futuro, encontró un fragmento sin luna y sin minúsculas que sólo enunciaba la otra página de la verdad:

“Si esta historia ni es literatura, y más particularmente, poesía de encendimiento y admiración, ¡para qué los nombres, las gestas y edificios, y los pactos y las gratitudes y los desiertos! ¡Y que la venerable poesía se salve como pueda!

XXI

DESDE AQUELLAS “**RESONANCIAS NICOLEÑAS**”

Aquel primer libro de los años sesenta en La Plata, referido a la pequeña patria nicoleña, tuvo en la pluma del nicoleño Miguel Julio Perret (en las páginas del matutino local “El Norte” del último día de 1995, pues refería a la segunda edición de la obra), las siguientes reflexiones tituladas **El mensaje poético de Atilio Milanta y sus evoluciones**:

La disposición poética de Atilio Milanta a través de sus libros: **Resonancias nicoleñas** (dos ediciones 1960, 1991), **Poemas** (dos ediciones 1972, 1989), **Dictamen de mí mismo** (1989), **Ismael** (1989) y **Microcosmo** (1990), se inscribe en distintos aspectos del lenguaje lírico. En sus primeros versos, se advierten las apoyaturas rítmicas y sentimentales y están dirigidos a evocar áreas de la realidad circundante vinculadas con el mundo de la niñez, su familia y las vivencias propias de la juventud con toda la carga de autenticidad e intensidad vital de la edad de oro: “Se puntualiza en la esquina/ el corretear, cuando yo era/ el pequeño que, en la acera,/ algo del mundo adivina./ Ese recuerdo origina/ otro más hondo y querido:/ en esta casa he nacido/ y allí mis padres me criaron./ Después... los años pasaron/ y hoy retorno encanecido”.

Se percibe, tras las palabras jubilosas y celebrantes, un envío centrado especialmente en percepciones sobre la humanidad esperanzada de la cual formamos parte. **Con sabia imaginación**, el poeta no se guarda para sí los secretos, comunica las sensaciones más recónditas que se encuentran alojadas en estratos aparentemente vedados de la comunicación y que sólo la energía del verso es capaz de hacer brotar sin desvirtuar la esencia lírica del mensaje: “...y en tanto el musgo/ continúa su implacable progreso/ por los sórdidos tapias,/ mi frente/ se amanece con la secreta esperanza/ de inaugurararte mi vida”.

Cuando se calman las vibraciones y se sosiegan las acompasadas rimas, su pluma cambia de cause. Con la llegada de su segundo libro, **Poemas**, la

intención del poeta se bifurca; por un lado accedemos a una zona de **neta raíz elegíaca**, y por otro, compartimos con el autor un ideario de **encarnadura solidaria**: “En la tarde de este mayo/ se recupera en mí el sosiego indispensable/ para pensar y ver el mundo” (...) “pensar en remediar tanta miseria, el hambre de tantos y cuántas otras calamidades que atrasan, relegan, aniquilan,/ para saber de tanto que conmueve a la justicia,/ al orden y a la ley,/ de tanto dolor y pesadumbre,/ de tanta iniquidad y tanto desconsuelo./ Y con tanta muerte inútil!”.

La **emotividad** adquiere una nueva dimensión, **deja de ser referencial**, se aparta de las rutinas del pensamiento y de la cómoda afectividad. Es posible reparar cómo el poeta no pone límite a las distintas maneras de manifestarse, no se encasilla, propende a un acercamiento entre el arte y la vida, a un ensamble inteligente entre los dones de realización que el hombre alcanza y el valor que los demás le atribuyen en consonancia con los postulados de Valéry. En adelante, Atilio Milanta no interrumpirá ese contacto; la conjunción entre la confidencia y la exaltación de brindar su testimonio. Será **el soñador de horizontes lejanos**; será **el hacedor de contraluces**; será la voz respetuosa que entabla una conversación consigo mismo y con quien quiera ser su interlocutor: “Deletreaba las hojas de junio/ con un viento/ que apresuraba la lectura,/ mientras dentro de mi muerte/ un réquiem no distinguía/ la imagen de Mozart/ y el recuerdo de mi padre./ Hoy. Domingo. Fuera de mí”.

Estas dos experiencias –me refiero a los poemarios aludidos- repercutirá indudablemente, en su obra posterior, perfilándose con nitidez un **proceso de perfección** que cubre los distintos matices de la composición poética.

Ya en **íntegra posesión** de sus medios expresivos, **Dictamen de mí mismo**, es un **compromiso** con la poesía que abarca el todo, desde la infancia a la muerte. Todas las instancias de la vida resuenan en su voz serena y severa a la vez; con vehemencia espiritual, su vocación filosófica lo lleva a bucear en la interioridad de la naturaleza humana, en la autenticidad de lo íntimo, en oposición a los presupuestos de afuera y a las alienaciones del hombre contemporáneo que contribuyen a promover las escisiones más dolorosas. Su punto de vista se acerca de pronto al pensamiento de Ismael Quiles S. J. (1906 – 1993) filósofo hipanoamericano de vasta trayectoria en nuestra América y en Europa, en cuanto, “Al descubrirnos a nosotros mismos, nos sentimos”. Atilio Milanta, en su Poema 3, dirá así: “Hasta que una vez quise transmigrar o refugiarme sin determinar rumbos ni detonaciones,/ o tal vez sin transcribir una sola línea./ Habría querido transmitirme hasta el interior sin asilarme ni hospedarme en mi propia alma.// Hasta que un día/ extraje de lo recóndito y lo que no se ve una partícula de vigencia para

exponerla en la parcela del dolor, de la soledad/ y del misterio”.

En orden cronológico, **Ismael**, es el cuarto volumen de su producción. No cabe duda que las necesidades estéticas de Atilio Milanta han pasado por progresivas transformaciones. Su discurso poético no sorprende por la grafía meticulosamente trabajada sino por la **nobleza de descubrir nuevas pulsaciones**. El poeta no interrumpe en ningún momento el diálogo con el hermano, es como una larga conversación, un regocijo espiritual en palabras que rescatan con armonía e indulgencia la conmoción interior de vida intensa y compasiva imbuida de un hálito purificante, de saber que estamos predestinados a vivir de paso por las soledades del desierto, sin la premura de ser olvidados: “Sobre la arena fina y amarilla están los pasos,/ sin rastros, de los hijos –que también fueron los nuestros-,/ y que constituirán la única respuesta que nos permita estar ciertos de que somos perdurables./ Y que somos”.

Por otro lado, halla en la felicidad la ayuda necesaria para comprender que cada instante de ventura es un milagro: “Hasta que en una hora del milagro/ superamos este mundo –en el que aún estamos,/ persistimos- y tuvimos en nuestras manos/ el pan, como cuerpo renacido/ con la blancura de la espiga y la sonrisa/ que sólo puede prodigar la felicidad”.

El poeta reacciona contra las acometidas de la impaciencia y la angustia que cohabitan en el corazón, en leal fidelidad a la herencia inicial de amor y fe que Dios nos ha dado: “Ismael no vio la estrella, es cierto. Pero, pudo/ ser feliz en su nueva manera de crearse fe./ Y aunque nunca padeció la desventura o el temor,/ sereno escrito dejó para el traidor./ O el apóstata.// Sólo a El vio en su corazón. Mas, del pesebre/ lo que otros le dijeron”.

Ismael, constituye una parábola del caminante que explora el cielo y encuentra ocasión de reavivar esta contemplación: “Cuando vemos la luz,/ quedamos enceguecidos por el deslumbramiento,/ buscando luego a tientas/ la ruta que extraviábamos”.

En la conclusión dirá el poeta: “En los campos inéditos pereció la noche. El amanecer nos muestra la eternidad de la luz, la perdurabilidad de las sombras y la de los nacimientos”. Es que en cada uno de nosotros hay un peregrino que se desplaza por una senda de cavilaciones desde el cautiverio que es el mundo visible. Ismael se nos escapa cual sombra ligera, compartimos su voluntad de parecerse a un titán o a un pordiosero que estuvo presente entre nosotros como una admonición: “De su cara/ extrajo la última sonrisa/ que ya había grabado, en el gris del metal./ Como una mueca”.

Hay en **Microcosmo**, un quinto libro, un acopio de observaciones para enunciar lo indefinido en versos que se desgranar en un recorrido por las **paradojas del raciocinio, al conciliar la luz y las tinieblas**: “Como esa

sombra que allí está/ esperando en el silencio,/ nada más,/ que el hombre deje este mundo/ para convertirse en luz”.

La raza humana es hombre en situación, y aceptar la diferencia y el asombro frente a la indiferencia de las situaciones ordinarias es escuchar los ecos lejanos que el poeta intuye y que se abren a la verdad de lo que se aprende de sí y de la palabra de los otros, increíble algunas veces pero que hacen impacto en el entendimiento. Cada verso adquiere el tono de lo auténtico, de trabar contactos y experiencias en un acercamiento a la verdad iluminada desde el interior: “Este deslumbramiento/ que hoy nace, me encuentra solo./ Me intenta descubrir/ con otra novedad del extravío/ o de la travesía./ justo el día que comencé a reconocer,/ en mí,/ al hombre/ que sigo siendo”.

El horizonte de la poesía de Atilio Milanta es de proyección trascendental; establece con el lector una relación misteriosa; puede idear las imágenes desde las perspectivas cambiantes de un calidoscopio; dispone de las palabras con ostensible voluntad y nos comunica un estado de alborozo semejante al que el poeta debe sentir en su espíritu y, como Rilke, piensa que “la caída del héroe no es más que un pretexto para existir: su postrer nacimiento”. Así cantará Atilio Milanta en el poema Blanco y Negro: “Lejos del cielo y de la tierra, renacer/ sin dolor ni olvido, persistiendo en muerte/. No estar en simple cosa. Ser gladiador,/ la sombra y los instantes que suscriben/ el acto heroico, esa tensión de morir/ el misterio en latitudes”.

Atilio Milanta **examina** por medio del verso **la interioridad humana, explora su destino, su identidad y el sentido sagrado de la verdad del hombre** con su propósito decididamente activo, y esta **hermenéutica es afirmación del tremor que nos llega desde su propia fortaleza.**

XXII

DE LOS “POEMAS” DE LOS AÑOS SETENTA

Tres entrañables amigos y grandes poetas que están en otra dimensión de la eternidad, entre otros comentarios de excelencia, se ocuparon de aquel volumen titulado austeramente y humildemente “Poemas” de 1972 prologado por García Saraví y que me valió lograr las dos presidencias de la SADE La Plata (1973/1975 y 1975/1977). Ellos fueron César C. Bustos (26/12/1913 – 16/01/1998), Nicolás Semorile (04/04/1909 – 24/03/1996) y Gustavo García Saraví (29/12/1920 – 19/05/1994), quienes, a su turno, expusieron en la palabra escrita los siguientes conceptos.

1

Bustos

Bajo el título de **Un nuevo libro de autor nicoleño** (“El Norte” de San Nicolás del 06/12/1972), César dice lo siguiente:

Con palabras liminares del escritor Gustavo García Saraví, quien puntualiza en ellas la inexistencia de la tan proclamada “escuela de La Plata” ha llegado recientemente hasta nosotros, el primer libro de poemas de Atilio Milanta, poeta nicoleño residente en la ciudad cuna del suave y crepuscular López Merino.

Este primer manojito de poemas, sirve a Milanta para incorporar el ya importante núcleo de poetas que tienen antecedentes fundamentales en la región y ¿por qué no decirlo? En la lírica nacional.

Este hecho también nos da la pauta de que el poeta existe, sobrevive aún, en esta era superindustrializada, supertécnica y politizada, porque quiere dar testimonio de algo, gritar su pena o expresar su soledad en medio de la noche, aunque sepa que solamente lo oirán algunos pocos, que serán al final los receptores de su canto. Y es porque al hombre, siempre le ha gustado jugar con los vocablos, ir y venir por las palabras y así, insensiblemente, se

ha ido metiendo en un ejercicio gratuito, a veces absurdo, doloroso, en un universo de galeote enamorado sin beneficio de la vida, y cuando ha querido salir de él, lo ha hecho a costa del martirio, arrepentimiento o violencia.

Por eso y a pesar de todo, los poetas nacen, crecen, se reproducen y viven en poesía, aunque muchos ignoren su culto por no ser mercancía vendible lo que ellos crean, y así su misterioso rito sigue su camino, con o sin el auspicio de las academias, de las mesas redondas, de los cursillos cotidianos de literatura que desmenuzan escuelas, tendencias y tonos personales.

Atilio Milanta nos trae con su primer libro un universo de sensaciones líricas del tipo elegíaco que va creando el ámbito personal de su canto. Así cuando dice: “Despierto, en la noche,/ quiero aprisionar tu nombre breve/ en la oscuridad.// Evanescente,/ todo se mezcla en esa nube,/ profunda de dolor.// Y tras todo lo que parece irremediable,/ sólo se va rescatando/ la ingenua claridad del amanecer”.

Considero a Milanta como a un poeta intimista, de acento desconsolado. Estos versos lo expresan: “Suspirar sin nada ya en el alma/ como si uno mismo/ se quedara vacío totalmente/ de muerte y de olvido.// Ni comprender siquiera/ que ya las flores olvidan los matices/ y que el color es sólo una esperanza/ de aroma que se ve y que se fue”.

Otras veces son pinceladas instantáneas, descriptivas de un momento sentimental, cotidiano: “En un rincón de la ciudad.// En cualquier parte, también,/ en que la lluvia consume una mirada,/ en que se gasta un vegetal/ dando frutos,/ encuentro propicio tu nombre/ para pensar en el amor/ que subyace en el silencio/ de nuestras dos miradas/ y que crece,/ de vez en cuando,/ en tu sonrisa”.

Está también el hermoso poema de homenaje a Alfonsina Storni: “Acércate a esta luz. Acércate/ a esta plaza de arenas, caracolas y niños,/ Alfonsina.// Verás que todo tiene sentido para seguir viviendo,/ o para seguir muriendo, a la manera de los que nunca mueren,/ Alfonsina.// Alfonsina, ven a contemplar/ este sol, esta luna;/ a sentir, a respirar este aire,/ a envejecer la rosa interminable,/ o simplemente,/ para saber que la sonrisa de los buenos nunca muere,/ que siempre se renueva o se recrea/ en nuevas caras, en otros ojos,/ Alfonsina”.

Pero, donde el poeta me parece más auténtico, con un romanticismo nuevo, no diré en la forma pero sí en ese gesto lírico donde maneja una verdad existencial, es en los poemas dedicados al padre. Y es en este desgarramiento, la pérdida de este ser querido el que produce ese “leiv motiv”, que recorre las estofas de sus poemas más logrados. Así en esta estrofa: “Cuán sencillo/ parece esto de comprender/ que tu recuerdo es como el horizonte,/ es como el vuelo,/ o como la vida misma del amor.// Pienso que es sólo tu nombre

escrito, padre,/ el que esta encerrado en ese frío/ e imperturbable marcoi”.

O en este otro fragmento: “¿Acaso hay otro dolor/ que no venga de tu misma muerte,/ padre,/ y que se encierra, nada más,/ que en mi corazón y en tu sepulcro?// Es el viejo dolor de siempre,/ padre,/ que cada día se renueva.// La misma forma de regresar a la flor/ es esperarla florecer mañana”.

En San Nicolás de los Arroyos donde ha nacido un grupo de poetas de tradicional importancia encabezado por el ilustre nombre del gran lírico autor de la **Oda Provincial**, Horacio Rega Molina, y también Andrés del Pozo, se aúna ahora esta voz, la de Atilio Milanta que trae en las alforjas su lirismo quintaesenciado en este bello libro de poemas.

2

Semorile

Nicolás, en el mismo medio (“El Norte” del 11/12/1973), deja bajo el título **Expresión de una nueva poesía nicoleña** las siguientes reflexiones:

Entre expedientes judiciales y códigos en dedicación paralela al ejercicio de su profesión de abogado, escribe sus versos Atilio Milanta, poeta nicoleño que vive en La Plata. Advierto en su bufete, en cordial hermandad poetas y juristas: Víctor Hugo, Lamartine, Rimbaud, Samain, Machado, Jiménez, García Lorca... Baudry- Lacantinairie, Demolombe, Poitiere, Savigny, Jossierand.

... Pero éstos, en verdad, no incomodan a aquéllos, y aquéllos tampoco a éstos. Y platica él con todos, dividiendo sus horas.

No hay nada que temer: los versos del poeta no se dejan influir por la prosa cotidiana del abogado. De aquí no ha de inferirse, desde luego, que el sentimiento de justicia esté excluido de sus versos. En muchos de ellos, ese sentimiento es evidente. Conjuga así, justicia y poesía.

Si viviéramos en la época del modernismo rubendariano, yo diría que rinde culto a Temis y a Polimnia, aunque en altares distintos. Palabras de Vicente Martínez Cuitiño, referidas a un poeta del café de “Los Inmortales”, podrían ser aplicadas, también, a Atilio Milanta, pues tiene “una mira puesta en la dura realidad de los pleitos, esos muestrarios insurrectos del aparente mundo, y otra; en las nubes mensajeras de otros cielos”. Así es. Y así rinde culto a Temis y a Polimnia.

Bueno, pues: Milanta es abogado y poeta. No; primero poeta, como quería Unamuno. “Hace unos días -decía el gran don Miguel- hallándome en Valladolid, se habló de un joven médico y uno hubo de decir: “Además es poeta”. A lo que repliqué vivamente: “Además no, no es poeta además. Diga usted más bien que además es médico”. Análogamente, Milanta es además

abogado. Entonces: primero poeta.

Como poeta, ha publicado, hace algunos meses, su primer libro, titulado con expresiva sencillez: “Poemas”. A poco de aparecer, fue celebrado en “El Norte” por la pluma ágil y avisada de César Bustos, que destacaba: “En San Nicolás de los Arroyos donde ha nacido un grupo de poetas de tradicional importancia encabezado por el ilustre nombre del gran lírico autor de la **Oda Provincial**, Horacio Rega Molina, y también Andrés del Pozo, se aúna ahora esta voz, la de Atilio Milanta que trae en las alforjas su lirismo quintaesenciado en este bello libro de poemas”.

Bello libro, sí. Con él, Milanta “ingresa en el dramático, privilegiado, quebradizo, soberbio” mundo de la creación poética, como lo señala, en el prólogo, Gustavo García Saraví, quien al aquilatar su poesía, expresa: “Milanta –en el que coinciden poemas sentimentales, repentistas, ingenuos, inmediatos, elementalmente amorosos, con otros en los que prescinde de la tentación, de la simple exclamación emotiva o circunstancial para internarse en indagaciones menos superficiales-, ingresa, con su esperanza y la nuestra, en la dura área de la belleza y la perdurabilidad”.

Coincidiendo con la afirmación final de García Saraví, un crítico literario de “La Prensa”, en comentario reciente, señala que Milanta de pronto, “incursiona con una madurez que sorprende y alegra, por sendas profundas que estremecen armónicamente y culminan en una concepción verdaderamente creadora”.

Si bien puede advertirse en algunas de sus composiciones, cierto resabio de poesía de ayer –ello, por el contenido o por alguna expresión-, ha de destacarse que Milanta, en virtud de la estructura o ente físico de su decir poético, se halla afiliado a las últimas tendencias de la evolución literaria del siglo. Así, su decir poético, no sujeto a métrica uniforme, pero sí, un ritmo producido por los sucesivos estados de su ánimo, responde al diapasón de nuestro tiempo. Poesía de hoy, pero no deshumanizada. Lo cerifican los versos con los que el poeta inicia un hermoso poema a su padre.

Esto que diré
no lo aprendí sin muerte ni dolor.

Dos versos que el poeta pudo inscribir en el frontispicio de su libro. He ahí, en el tiempo, el origen de su canto. En nuestro siglo, muchos poetas que aprendieron a cantar con muerte, con dolor, con alguna soterrada pena se deshumanizaron después, lo que no ha ocurrido con Milanta. En aquel dramático aprendizaje está, ahora, la raíz de su mejor poesía. Como poeta que es, no se despreocupa de la estructura verbal de su obra, pero es mayor,

me parece, su preocupación por el contenido, por la esencia reveladora de su temple afectivo.

Como muestra de su poesía, transcribo a continuación un hermoso fragmento.

En la tarde
parece que uno vuelve a su interior.
Y dan ganas de enternecer
silenciosamente
la imagen de su propia muerte,
como si uno lo amara desde que nació
o desde que creciera, aún más,
con la muerte de su propio padre.

Hay que estar a tono con el diapasón del tiempo.

Así lo entiende y postula el gran filósofo español Julián Marías refiriéndose al quehacer filosófico. Ello es de rigor, también, en el quehacer poético, y Milanta cumple cabalmente ese apotegma.

Así es. Y por esa “y por otras razones, como dice García Saraví, // merece nuestra fe”.

3 *García Saraví*

Como se ha dicho, en mayo de 1972, Gustavo escribió las “palabras liminares a la primera edición” del mencionado libro; pero diecisiete años más tarde, “El Norte” de San Nicolás, con fecha 25 de julio, se refirió al mismo libro. Por eso, me pareció de toda razón y justicia, traer aquí los dos testimonios.

A

El primero (“Palabras liminares...”) que dice lo siguiente:

Creo haber opinado en algunos trabajos críticos anteriores acerca de la inexistencia de la proclamada y exaltada «escuela de La Plata», al menos como **escuela** real, positiva, educacional, provechosa, con alumnos y todo, una de éstas que aparecen en la historia de la literatura y que se analizan o recuerdan al cabo del tiempo.

Pienso que existe, en cambio, una buena cantidad de poetas **de** La Plata (o **en** La Plata, provenientes de distintos lugares del país) de relevantes con-

diciones que no poseen entre sí más vinculación o contacto que el nombre de la capital de la Provincia. Delheye, López Merino y, más cerca de nosotros, Speroni, son, en efecto, designaciones fundamentales de la poesía nacional y sólo tienen en común una ciudad con determinadas características culturales o geográficas y, por momentos, cierta aproximación espiritual para tratar algunos temas o argumentos poéticos y usar vocablos con especiales resonancias.

Se trataría, pues, de un grupo con cierta homogeneidad al que la simple comodidad de una designación lugareña pretende conferirle detalles de tipicidad, como en el de la buena poética de Salta -para hacer una cita-, pero que en el fondo no es más que un núcleo, ya bien dilatado en los calendarios, armado con relativa premura y artificialidad, llegando hasta los archi alegóricos tilos desde numerosas poblaciones. San Nicolás de los Arroyos, por ejemplo -como en el caso de Atilio Milanta-, la del incomparable Rega Molina y que, casualmente, estuvo a punto de ser, en las proximidades de 1880 capital bonaerense, una suerte de pre La Plata conformada y con honda tradición histórica. No en vano era una localidad con 10.572 habitantes y el prestigio de varias calles empedradas.

Alguna vez habrá que realizar una revisión de los valores habitualmente aceptados como incomprensibles: Almafuerte y los integrantes de la llamada “primavera trágica” y sus continuadores; los representantes, buenos o malos, de la estirable generación del 40 que por lo común se la hace comenzar con el semiplatense Barbieri; los que los suceden con algún desorden y efímeras luces de bengala en las manos y, finalmente, los pocos que se orientan hoy hacia la desorientada brújula de la poesía y que tienen alrededor de 20 años. El análisis pseudo final -en arte, el análisis siempre es pseudo final y provisorio, dadas las falibilidades de las épocas, gustos, verdades estéticas, caprichos, publicidades y demás fantasías del hombre- se hará dentro de unas décadas en las que se cantarán olvidos y decantarán entusiasmos.

Milanta -en el que coinciden poemas sentimentales, repentistas, ingenuos, inmediatos, elementalmente amorosos con otros en los que prescinde de la tentación de la simple exclamación emotiva o circunstancial para internarse en indagaciones menos superficiales- ingresa, con su esperanza y la nuestra en la dura álea de la belleza y la perdurabilidad.

Posee líneas -¿no será el canto, en última instancia, nada más que una sola línea de hermosura, un resumen postrero, apenas unas palabras milagrosamente coincidentes?- que puedan intentar sin descorazamientos aquella peregrinación por el tiempo y la trascendencia, o sea la obligación del poeta de escaparse de sí mismo y penetrar, quizá sin proponérselo, en el a veces impenetrable, distante, misterioso, ajeno lector que, finalmente, es quien crea

y recrea nuestro goce y esfuerzo o nuestra pretendida infalibilidad espiritual.

Desearía demostrar mi afirmación. En su “mínima biografía” y otras estrofas, Milanta parece compartir y aceptar las apresuradas coordenadas en las que intento ubicar su producción, tan merecedora de alientos, a pesar de que, aparentemente, existiera como una aproximación a los tonos y tonalidades lopezmerinianos

Voy con mi silencio a cuestras
pensando en Johannes...
en la música de Brahms, se entiende.
Y llevo conmigo cierta alegría.

Pero simultáneamente -envidiable rasgo que es menester destacar para valorar aún más su sensibilidad y búsqueda de esa forma particularísima de la tenue verdad a la que se conoce con el pseudónimo de belleza- confiesa casi sin hacerlo su otro amor de violinista al que dirige en 1951 y 1952 el maestro Theodor Fuchs, nombres de la música no frecuentes en aquella cuestionable “escuela”:

Deletreaba las hojas de junio
con un viento
que apresuraba la lectura,
mientras dentro de mi muerte
un requiem no distinguía
la imagen de Mozart
y el recuerdo de mi padre,
Hoy. Domingo. Fuera de mí.

Hermoso poema. En él coinciden su Mozart (y aquel Brahms, naturalmente) y su señalada actitud de no conformarse sólo con actitudes líricas pasajeras. Lo mismo podrá afirmarse de este fragmento:

En la tarde
parece que uno vuelve a su interior.
Y dan ganas de enternecer
silenciosamente
la imagen de su propia muerte,
como si uno la amara desde que nació
o desde que creciera, aún más,
con la muerte de su propio padre.

En el plano personal, prefiero su poesía signada por estas características que aquélla en la que el autor busca una temática menos rigurosa, más sentimental o lugareña, menos próxima a las honduras de su propia indagación que a las dificultosas facilidades de las exclamaciones de amor, es decir lo que, en mi opinión (al menos hoy), la poesía esconde detrás de su fachada de poesía. Anoto una última estrofa:

Buceo, buceador,
hasta llenarme de búsquedas.
¡Oh, cuán breve es la vida
para saber cómo es el dolor
que es!

Desde este mismo momento, Atilio Milanta ingresa en el dramático, privilegiado, quebradizo, soberbio, tal vez innecesario, absolutamente necesario mundo de los poemas. Hace bien en hacerlo. Alguien tiene que continuar con aquella tradición ciudadana que pronto será centenaria. Alguien debe correr también el angélico riesgo de morir o renacer como un semidiós en esa batalla, probablemente inútil, que se libra entre los olvidos y algún último perfume, la ya aceptada vulgaridad y los violines, la simple y elemental palabra y la palabra esperada y profundísima.

Por eso, y por otras razones, merece nuestra fe. Al fin y al cabo él nos devuelve con este libro y con los que le aguardan detrás del tiempo su visión especial de las cosas y la inexorable pena.

B

Y el segundo, del matutino nicoleño, que dice así:

“Poemas” de Atilio Milanta

“¿No será el canto, en última instancia, nada más que una sola línea de hermosura, un resumen postrero, apenas unas palabras milagrosamente coincidentes?” (Gustavo García Saraví).

Se encuentra a disposición de quienes gustan disfrutar de la buena poesía “Poemas” de Atilio Milanta; libro que consigue reflejar todo un estilo en la tarea de hacer la poética, resumiendo en sus páginas las vivencias y los sentimientos de su autor.

Así, con un lenguaje claro que no llega a caer en cursilerías, el poeta va presentando distintas series de poemas que están unidos entre sí por haber

surgido de sentimientos similares o de las mismas personas, como en el caso de la serie “Instantes” que el autor dedica a su padre: o sus poemas incidentales en los que se mezcla la evocación del Papa Juan XXIII, con romances, poemas amorosos y dedicados a su hijo; como las “Doce instancias de muertes y desvelos y otras melancolías” en las que cada mes del año es la excusa, el pretexto para ir presentando objetos estéticos y con un contenido profundo:

Y allá, entonces,
 cuando haya muerto:
 poder decir siquiera
 estos días de marzo
 que ya se han ido.
 Pensar, entonces,
 sobre todo cuanto fue.
 Y tener la seguridad
 de que no has muerto.

El prólogo a la primera edición de esta obra fue escrito por Gustavo García Saraví. Este conocido escritor platense expresaba: “Milanta –en el que coinciden poemas sentimentales, repentistas, ingenuos, inmediatos, elementalmente amorosos con otros en los que prescinde de la tentación de la simple exclamación emotiva o circunstancial para internarse en indagaciones menos superficiales- ingresa, con su esperanza y la nuestra, en la dura álea de la belleza y la perdurabilidad”.

“Posee líneas -¿no será el canto, en última instancia, nada más que una sola línea de hermosura, un resumen postrero, apenas unas palabras milagrosamente coincidentes?- que puedan intentar sin descorazamientos aquella peregrinación por el tiempo y la trascendencia, o sea, la obligación del poeta de escaparse de sí mismo y penetrar, quizá sin proponérselo, en el a veces impenetrable, distante, misterioso, ajeno lector que, finalmente, es quien crea y recrea nuestro goce y esfuerzo o nuestra pretendida infalibilidad espiritual”.

A partir de la primera edición de este libro de este poeta nicoleño con actual residencia en La Plata; se han levantado algunas voces para referirse a los versos que con destreza y sobriedad van mostrando a lo largo de cada uno de los poemas. Así, **Raúl Oscar Abdala** expresaba: “Hondo lirismo. Y aplaudo en usted esa intrépida decisión de mostrarse diáfano, de evitar el juego de oscuridades en que tantos otros gastan sus energías”; **Luís Ricardo Furlan**, comentaba que “Mucho de agonismo romántico hay en las páginas, agonismo que, llorisqueo a veces, lleva implícita su flecha de calidez

y ternura... Atilio Milanta escribe con esmero y pulcritud. Su estilo es claro, sin tirabuzones insólitos. El modo expresivo, también se caracteriza por la fidelidad a la esencia del vocablo, por un respeto al andamiaje enunciativo que en momento alguno se desequilibra. La fuerza simbólica no es tanta, pero la delicadeza del enunciado provee al verso de un ritmo agradable, de una armonía que crea un clima adecuado para el montaje temático”.

En EL NORTE del 6 de diciembre de 1972, **César Bustos** se refería a este autor, significando que: “Atilio Milanta nos trae con su primer libro un universo de sensaciones líricas del tipo elegíaco que va creando el ámbito personal de su canto”. **María de Villarino** comentaba que “Me ha gustado por ello la parte de sus poemas en que la expresión madura une a los entusiasmos dichos, a las incertidumbres, motivos y desconuelos, las expresiones que nutriéndose de la verdad, del alma y del intelecto, se transfiguran en poesía”.

Todos los comentarios que detallamos anteriormente se refieren a poemas como los dos que presentamos a continuación:

Poema 2

Este mi dolor
tan noble y hondo, Señor.

Entro hasta mi dolor,
como es tan mío,
a comprender mi alma
y tu alma.

Y en este mi dolor, Señor,
la muerte tiene un lírico
compendio de ternura y calidez
que nunca tuvo.

Poemas Incidentales**V****a modo de romance**

Porque tu cara de enigma
se allegó a mí en esa tarde.
Porque tus ojos de noche
se hicieron en mí tan grandes.
Porque soñando te tuve
toda la noche. Tú sabes...
Porque tus besos profundos
saben a fruta granate.
Porque en la noche serena
mi brazo se hizo más grande.
Porque eres toda la noche,
oh noche, para abrazarte.
Porque tú sabes a río,
a cielo, a tierra y a sangre.
Porque eres la flor más tierna.
Porque eres aroma suave.
Porque nací para verte,
rendirte mi amor, cantarte.
Porque tu pelo de sombra
me dicta hasta este romance.
Porque si existe la rima,
hasta el verso tú creaste.
Porque a qué seguir nombrando
isi eres la vida del arte!

XXIII

“DICTAMEN DE MÍ MISMO” DE 1989

El tercer libro de poesía, para el cual García Saraví escribió el prólogo un decenio antes (en Buenos Aires el 11 de Febrero de 1979) y el libro, ahora no recuerdo los motivos, se logró editar en el invierno de 1989. Lo tituló simplemente **Prólogo** y dice así:

Varias circunstancias poéticas y afectivas –dos términos que complace verlos juntos- y, sobre todo, una forma muy especial y tal vez privilegiada de encarar el dificultoso arte de vivir –esa subsistente costumbre de respirar, sonreírse, descreer a mandíbula batiente de todo lo que no es creíble, gozar de cierto sentido del humor, hacer papirolas con las fotografías de los pasmarotes que nos rodean, ahondar en la belleza o sus reflejos, sin necesidad de que incorporemos a nuestra respectiva cotidianidad expresiones físicas de estereotipada **hondura** o **ahondamiento**, reencontrarnos periódicamente con Dios y sus benignidades–, tienen que haber incidido de modo indudable, en el hecho poco frecuente que prologado y prologuista, insistan, con entusiasmo, en seguir siendo prologuista y prologado de un libro que bien merece un frontis ponderativo.

En efecto; hace siete años escribí las palabras liminares de la primera publicación de Atilio Milanta en las que incurrí, por suerte para mi obligación de vaticinador (el **vate** tiene algo que ver con las profecías, al menos etimológicamente) en varios aciertos. En uno de mis conceptos expresaba: “Alguien debe correr también el angélico riesgo de morir o renacer como un semidiós en esa batalla, probablemente inútil, que se libra entre los olvidos y algún último perfume, la ya aceptada vulgaridad y los violines, la simple y elemental palabra y la palabra esperada y profundísima”. Nuestro poeta corrió aquel angélico riesgo y lo hizo con fortuna. Tanta, que en esta nueva publicación no vale el vocablo riesgo. Ahora las expresiones adecuadas son seguridad, madurez, profundidad, calidez. Casi nada. Yo diría que las únicas que exige la poesía.

Desde su obra inicial, Milanta ha sufrido un cambio. Para su bien, se

comprende, y el de los lectores. Yo mismo se lo expresaba en una carta de respuesta a los originales que ahora conforman esta edición: “Creo, con absoluta seguridad, que existe una diferencia notable entre los últimos y los de tu primer libro, y que de un salto te has colocado junto a los primeros nombres de nuestro medio ciudadano. Sin pizca de exageración. Observo, entre otras cosas, un indudable abandono de lo que podría llamarse, con alguna precipitación, “circunstancial” para ingresar en una poética con tendencia a lo hermético, atávico, misterioso, oculto, velado, bellamente dificultoso, profundo, metafísico, íntimo, secreto. Este cambio es exitoso y sorprendente, sobre todo si no se corta –hay que tener cuidado- el hilo de la comunicación y entendimiento entre el poeta y su lector”.

La precedente enumeración de adjetivos reflejaba mi sorpresa por la multiplicada y repentina aparición de dos términos hermosos y terribles: **tiempo** y **muerte** (sin perjuicio de algunos otros de dificultosa comprensión y parentesco borgesiano: gedicht, Behety, Teorema III Ter, triskadekaifobia, Teorema II Quatre, Eubólides, Stockhausen), **Tiempo** y **muerte**, decía, constantes ahora en su producción, fijos, irrevocables, imprescindibles, tal como lo exige la poesía cuando se superan las luminosidades de sus emociones estéticas.

He aquí algunos ejemplos:

“...estoy muerto,
Lo sé, lo presentí,
Después de haber escrito lo que he escrito”.

“...cuando este mensaje puede socavarte
y penetrarte (y diluirme en tu voz del día
o en la lenta respiración de tus sueños)
entonces
estoy creyendo que no he nacido aún,
o que aún no he muerto”.

“...somos como la propia redondez
que a un mismo tiempo somos aquella recta”.
“Detrás del pensamiento, se oye

que alguien
también nos llama desde nuestro interior”.

Siempre sucede, frente a las estrofas valiosas, que seguiría una larga enumeración hasta agotarlas, hasta hacerle al autor, involuntariamente, la no deseada artimaña de adelantármele, de ser yo el que llegue primero al lector con las excelentes primicias.

Por eso insisto, gozoso del descubrimiento:

“...la especie de los que buscaron
en la sal
la epidermis de los cuerpos amados”.

“...que viene a traernos todo lo que falta
(menos el suficiente amor que alcanza
para que sobre)”

“...y al término
caer de rodillas
con las manos sin nada”.

Por razones íntimas y personalísimas no quiero omitir estas líneas tan ciertas:

“...o recalar en el horizonte
con la esperanza de extremar
otro segundo, o un más tarde,
para morir”.

Y he dicho alguna vez, y el hecho me hace doler, que la inmensa mayoría de los poetas argentinos, sin excluir a los de primera magnitud, no tienen mucho que decir y, si lo dicen, no se les entiende con claridad. Digo **decir**, que quiere decir, simplemente, **decir**, morir en voz y mandíbula frente a lo que nos sucede, los pánicos, injusticias y terrores que nos rodean. Y tapan. Y agobian. Y destruyen.

Pero Milanta se expresa, echa abajo las antiguas construcciones amatorias del poema y se interna como un buzo –que no es seguro que lleve escafan-

dra- en aquellos dos intrincados misterios fácilmente explicables que son el tiempo y la muerte. “Dictamen de mí mismo” es una prueba elocuente de ello. Su inexorable pena toca, y bien a fondo, aquellas dos profundidades de la desesperación humana que sólo el poeta puede indagar o, al menos, acercarse hasta sus inaccesibles contornos. Por eso le adjudicamos la dificultosa y heroica condición de buzo. O de un **Ícaro** exitoso y sin vanidades, que es lo mismo.

XXIV

ISMAEL

Es otra historia. Probablemente siga considerándolo yo mi mejor libro sin saber por qué. Pues, una vez publicado lo leí desapaciblemente; durante la edición lo corregí con cuidado; y anteriormente, durante la escritura... creo que sufrí y gocé demasiado. Aunque tampoco sé por qué. Lo cierto es que tuvo poca repercusión y fueron escasísimos los comentarios de los exégetas o hermeneutas de la literatura. Tampoco sé por qué. A Gustavo lo ví una vez, le entregué el libro y no me volvió sobre el particular, aunque la profunda amistad siguió hasta su muerte. Y después de ella. En la primavera de 1989 dio a luz el libro y algunas semanas después, encontré al poeta Preler que ascendió al micro en que yo viajaba, justo cuando yo descendía del mismo y me dijo de lo excelente de dicha obra, con su reconocida y auténtica parquedad, que agradezco por ser de él.

Pero, algunos hallazgos debo rendir aquí, transcribiendo las reflexiones de **Sábado**, por ejemplo, que en enero de 1990, desde Santos Lugares, me dice: “Gracias, estimado Milanta, por el envío de su libro. Ya sabrá, supongo, que hace más de diez años no debo leer ni escribir por lo peligrosos que significan para mis ojos. Pero, me lee Matilde, que es además una excelente conocedora de la poesía. Me leyó algunos de sus poemas y compartimos el goce. Son magníficos. Con un abrazo fraternal”. Modern, Pensa, Saint Bonnet, Juan C. Mitre, Mons. Stolfi, el Nuncio Calabressi, Sampol de Herrero, Haydée Ghio, Syria Poletti, Radaelli y Coto, entre otros. Aunque debo dejar los tres siguientes testimonios.

1

El de marzo de 1999 de **Raquel Sajón de Cuello** que dice así:

Querido amigo Atilio: ¡Qué difícil es, a veces, concretar o traducir el pensamiento en palabras, en un torbellino de imágenes que se anudan y desanudan impetuosas, desafiantes, inmóviles, hirientes, con silencios, desazones,

asombros, extravíos, miedos, esperanzas cayendo sobre esa “arena fría y amarilla” donde quedan “los pasos,/ sin rastros, de los hijos, que también fueron los nuestros” y que serán un día “la única respuesta que nos permita estar ciertos de que somos perdurables./ Y que somos”.

Si hubiera yo de definir con dos palabras este personaje en las distintas instancias de su vida lo llamaría simplemente **Ismael y sus espejos**. Así se me antoja. En cada vuelta de página salta el asombro inesperado de una imagen distinta o renovada de la anterior que ya queda lejana de la que le sigue.

Libre de insospechada hondura filosófica en las polifacéticas actitudes ante el mundo, el ser, sus misterios, sus secretos, sus interrogantes y sus aventuradas respuestas.

La pluma poética –y no es frecuente– va de la mano de una suerte de diagnosis de esta realidad frente a la cual se plantea la búsqueda desesperada del hombre por el hallazgo de la palabra justa que lo defina en el orden o en el absurdo; que lo instaure en la armonía o el desequilibrio; en la razón o la fantasía; en la realidad o el disparo fantasmal hacia el oscuro centro de una diabólica voráGINE más allá de lo pensado y concebido.

La pluma ausculta la transparencia del alma en fugitivos instantes como esa huyente “noche de ayer” con que reza un verso: “te vi y te tuve entre mis brazos”.

Densidad poética y densidad de una lente que indaga sin concesiones recónditos avatares. Nada escapa a esta percepción; todo cae bajo el mirador expectante y agudo de un ojo vigilante; de una disección de lo inaprehensible como los “olvidos”, los “nombres”, “los paseos” y “esos horas que quedarán como una resonancia sin sentido”.

Poesía de severa gravedad; altiva dignidad aun en las cosas más simples e intrascendentes. La mirada se eleva ya a la altura de una visionaria sabiduría con algo de profético; una sabiduría que no está en los libros ni en los tratados inasequibles del discurso discursivo, sino en la epidermis viva, lacerante, áspera y sin embargo ilusoria como la vida misma cuyo corazón ha dejado de ser ya un misterio o un secreto.

Libro para meditar; poesía para gustar transitando su palabra desnuda de todo inútil ropaje: plena, cáustica; serena, a veces dolorosa, a veces dulcemente queda en el silencio recoleto para sobrevivir; para dar testimonio de su existencia, para ser eso y nada más que eso: poesía de vida.

Por este regalo para el espíritu, por las rosas y las espinas que encontré a su paso, por este espejo girando sin cesar e infinitos espejos del alma igracias, Atilio, gracias!

Te recuerda con el cariño de siempre Raquel.

2

El segundo de fines de 1998 del poeta Luís Horacio Velázquez que comenta lo siguiente (bajo el título **Reflexiones al leer “Ismael”, poemario de Atilio Milanta**), que dice así:

El lenguaje literario de Atilio Milanta en su libro “ISMAEL” es el de la poesía lírica moderna. Conserva en su estilo una esencial claridad de expresión de los temas, conceptos y reflexiones.

Milanta sabe expresar su sentir de artista y domina el variado juego de las palabras. En sus ideas se advierte su preocupación por el destino del hombre que, con el final turbulento de Siglo XX, está pisando el umbral del tercer milenio. Pero a los habitantes contemporáneos de nuestro planeta, totalmente distraídos, ese fenómeno parece preocuparlos muy poco.

Yo me sorprendí –y quien lo lea se sentirá acuciado de curiosidad- por lo inédito de muchos acontecimientos olvidados que el autor resucita en las páginas de “Ismael”.

En la urdiembre de su tejido poético, Milanta ha engarzado paradojas, pensamientos, originales definiciones, juegos de palabras y ... sueños despiertos. La poesía de Milanta vive un ritmo interior que se corresponde con el mundo de las imágenes con armoniosa y asidua naturalidad:

“De pronto el modo de recorrer lugares,
transitar la tierra o de pasear los campos,
cambia la rutina de la tarde y ensordece
al que escucha tales voces”,

Otro instante de poesía:

“Por eso, Ismael habla de la declinación
de haber cosechado con alguna pena
y concluido con nada de alegría
la hora de cuantos milenios
transcurrieron en la obstinación.
O la ignorancia”.

“¿Quién es este que viene desde lejos?”,

¡Casi nada! Es nada menos que Ismael el hijo de Abraham, concebido por la esclava egipcia Agar. Se lo considera: padre y patriarca de los ára-

bes y sus discípulos y seguidores son los “ismaelitas”. Sobre sus hechos, sus obras y sus dichos se ha inspirado el poemario de Atilio Milanta. En el que no sólo vibra la emoción y la nostalgia lírica, también muestra su cara risueña la ironía del poema 20 “Teatro de Operaciones” ...”Errar el blanco con impecable precisión”:

“Y fueron todos. Coterráneos y contemporáneos.
Jugaron expectantes a la democracia
con una bolilla negra que se tragó el buzón cuadrado”.

La bolilla negra es por supuesto el voto del ciudadano, el buzón cuadrado...la urna...

Sí, en realidad tu libro de poemas “Ismael”, se ha hecho de mí un buen amigo que me acompaña en los últimos tiempos, demiurgo que te representa y me conversa:

“Falta hablar de los olvidados de siempre, aquellos que en un momento fueron sintetizadores del universo. Cada abismo y cada montaña testimonian a su turno las antiguas luchas por la supervivencia y el orgullo. Otros habrán de venir a inquietarnos para reconocer nuestra miserable historia de biografías de la frivolidad. Por fin, de **Montesinos**, con el manchego eterno, misterioso y profundo, mientras palidecen el sol y la luna” (ps. 35/37).

ATILIO MILANTA: tu poesía me ha llegado no sólo a la reflexión y al entendimiento, al corazón también.

Recibe de tu amigo ¿tu hermano también? Un abrazo muy fuerte.

Luis Horacio Velázquez

3

Y la última de **Elsa Nicolino**, publicada en **El Popular** de Olavarría el 30 de abril de 1990, titulada “Cosas y casos de la literatura” - **Atilio Milanta; un escritor de estos tiempos**, que dice así:

En San Nicolás de los Arroyos, donde ha nacido un grupo de poetas de tradicional importancia encabezado por el ilustre nombre del gran lírico autor de la **Oda Provincial**, Horacio Rega Molina, y también Andrés del Pozo, se aúna ahora esta voz, la de Atilio Milanta; profesión, abogado. Este comentario fue rescatado del diario “El Norte” de San Nicolás, Cesar Bustos 6 de diciembre de 1972.

Este creador ha editado: “Resonancias Nicoleñas” (el Pago de los Arroyos, La Plata, 1960), “Poemas” (ATHE, La Plata 1972), “Poemas” (Dei Genitrix, La Plata 1989, segunda edición), “Dictamen de mi mismo” (Dei Genitrix, La Plata 1989), “Ismael” (Dei Genitrix, La Plata 1989). En prensa “resonancias nicoleñas”, segunda edición, “Hipótesis de la travesía”.

Algunos comentarios

“Tienen sus versos una profundidad y una pureza poética que me hace mucho bien. Las inspiraciones en su padre, en el padre, me han emocionado”. (**Florencio Escardó**). “Poeta de hondas vivencias espirituales, que sabe conjugar sus muy humanas concepciones de la vida –permanentes y reflejas- con las muy naturales esencias líricas de su estro (**Narciso Márquez**). “Poemas hermosos con bellas imágenes” (**Raúl Soldi**). “El autor ajusta los condimentos líricos a una acertada entonación donde la melancolía se pliega sin adulteraciones a vaivenes espirituales muy profundos. La oscilación interior se traduce en versos de comunicativa expresividad, plenos de sugerencias, conciliables con los temas que enfoca. El amor, la muerte, el paisaje entrañable de la adolescencia, los sentimientos filiales, la noche y otras circunstancias impresionan la sensibilidad del poeta y derivan en composiciones que destacan la búsqueda de esa forma particularísima de la tenue verdad a la que se conoce con el seudónimo de belleza (**Enrique Sureda**, en el Diario “El Día” de la ciudad de La Plata del 23/07/1989).

“El orfebre de Ismael”

(A **Rodolfo Modern**). Del libro “Ismael” presentado en la Feria Internacional 1990, stand de la provincia de Buenos Aires.

Merodeando intersticios y meandros, Bizancio, /los flamencos y sus gremios/ satisfacen la plenitud de su sed.// Oráculos y estrofas habránse oído, mientras/ escuchaba a Clío interpretar las cifras / de los más remotos entusiasmos en las orgías.// Tal vez, en el Oriente de amarillo./ Quizá, en el poniente azteca.// No se sabe aún si los despuntes bañaron / de sueño y profecía o de consternaciones,/el hálito que flameó sobre su cabeza, /como esa paloma,/ algún gliptodonte, / aquel caballo / o este colibrí.

En la feria

El día jueves 19 de Abril conocí personalmente a Atilio Milanta; fui invitada por la gente del stand de la provincia de Buenos Aires a la presentación del libro “Ismael”. Sin conocer su obra, sin conocer sus intereses por los temas literarios, tan sólo por la forma de trasladarse, su transparente piel que hacía vislumbrar la filosofía esencial de su alma ya presagiaba en ese hombre un poeta. Un amigo más.

XXV

DE “LA PRIMERA CENTURIA DEL PRIMER PROYECTO LABORAL Y ADENDA SOBRE FILOSOFÍA DEL TRABAJO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS” (DEI GENITRIX, LA PLATA, 2004)

Probablemente la necesidad derivada de la envidia, o viceversa, fuese lo que motivó el silencio (no la crítica a favor o en contra, que yo esperaba) respecto de este librito de apenas 42 páginas (en su aspecto exterior), escrito con la mayor y mejor síntesis posible, aunque con la hondura deseada y el fervor por la justicia y la verdad, la cuestión social y la justicia social, entre otros propósitos de líneas y entrelíneas.

Comenzando por una “afamada” revista especializada de Buenos Aires, a la que estaba suscripto desde su primer tomo, que me contestó (léase tiró) con el silencio cuando le remití el trabajo para su publicación. Nada menos que al cumplirse el primer siglo de un frustrado proyecto laboral que comendaba no sólo el mero “contrato de trabajo”, sino el derecho individual y el colectivo, así como temas imprescindibles de la seguridad social. Lo peor es que ninguna otra publicación especializada recordó el centenario, agravado por el hecho de que ninguna universidad, facultad de derecho ni cátedra laboral, se haya ocupado del importante tema que trata el proyecto gonzalino.

Ya el eminente fundador de la Universidad Nacional de La Plata prevenía a los renuentes, necios y politiqueros que “si en 1807 se hubiera aceptado el conjunto del plan de Roberto Peel, y no se hubiese limitado a la sola sanción de la ley sobre el trabajo de los aprendices, ni la Inglaterra ni los Estados Unidos habrían tenido que luchar palmo a palmo durante un siglo entero”... (Recopilación de Códigos Nacionales del Trabajo y de la Seguridad Social, Cám. de Diputados de la Nación, BA, 1987, presentación de la obra por Ricardo J. Cornaglia, p. 56). Y esto no es todo; más grave es que González critica con nobleza, tino y profundidad, con siete decenios de anticipación a la L. 20744 (ó LCT de 1974) y a la malhadada o infeliz reforma (L. 21297) y a todas las posteriores enmiendas, de la siguiente manera: “Por eso, no podemos conformarnos, sin alguna reserva, con la novísima tendencia que aspira a encerrar todo el desarrollo legal de la institución jurídica a que nos referimos, bajo el título de **contrato de trabajo**; antes bien, creemos

preferible señalar esta parte integrante de la legislación social, que constituye todo un sistema, con el nombre de **derecho referente al trabajo** o **derecho del trabajo**, más adecuada para contener en toda su extensión aquel gran organismo institucional” (sic, Mensaje, **ob.** y **loc.** cit.). Entonces, adviene pacíficamente el siguiente preguntario: ¿para qué el actual precepto constitucional que enfática y claramente dice: “corresponde al Congreso (...) dictar los códigos (...) del Trabajo y Seguridad Social” (CN, 75, inc. 12)?

No se hizo como González proponía y proyectaba en 1904, y entonces, todos se lamentaban los acaecidos sucesos que menciona el “librito” (semana trágica, etc.). Hoy se habla con supina ignorancia y notoria vacuidad de uno de los principios generales (LCT, 11) denominado de la “justicia social”; pero, el único que delineó el concepto de modo claro y categórico fue el miembro informante de la mayoría en el Congreso General Constituyente de 1949. Dr. Sampay, “por justicia social, debe entenderse la justicia que ordena las relaciones recíprocas de los grupos sociales, los estamentos profesionales y las clases, con las obligaciones individuales, moviendo a cada uno a dar a los otros la participación en el bienestar general a que tienen derecho en la medida en que contribuyen a su realización” (SAMPAY Arturo Enrique, La reforma constitucional, Ed. Biblioteca Laboremus, La Plata, 1949, 47). Y si se hubiese sancionado el proyecto de 1904 no habrían sucedido extensos períodos de injusticia social.

Sólo me queda el consuelo de que la cátedra laboral de la facultad de Ciencias Económicas (UNLP) fue la única que, “librito” mediante, recordó el magno centenario del primer proyecto laboral en Argentina. Y además, entre otras escasísimas adhesiones, la del profesor emérito Pbro. Omar Luis Zeballos del Centro Regional de Pergamino, en carta del 15 de marzo de 1905, reconociendo la probidad y justicia de la obra y “muy buena tu Addenda sobre filosofía del Trabajo a través de los tiempos”. El matutino nicoleño “El Norte” fue el único medio que recordó esto bajo el título “La primera centuria del Código de Don Joaquín por Atilio Milanta” (profesor titular de la Cátedra Laboral de Ciencias Económicas de la UNLP). Lamentablemente la SADE nada dijo al respecto (¿habrá pensado que no es un libro de literatura?). De todos modos, **Deo gratias**.

XXVI

MICROCOSMO

Con este extraño título, edité un no menos extraño poemario que me llevó tiempo de pensamiento, corrección y diagramación. No de inspiración, sino de reflexión poética y tersura espiritual.

La probidad intelectual de Nélica Salvador, quien no me conoce y yo no traté nunca a ella, en el matutino capitalino “La Prensa” con fecha 3 de febrero de 1991, en el suplemento Cultural, expuso los siguientes conceptos (bajo el título **Microcosmo**, por Atilio Milanta, Dei Genitrix, La Plata, 70 páginas):

Entre las múltiples actividades literarias que viene desarrollando Atilio Milanta durante las últimas décadas, la poesía asume una función casi excluyente que define no sólo sus preocupaciones estéticas sino también la persistencia de una búsqueda existencial y una actitud filosófica. A partir de Resonancias nicoleñas (1960), libro donde gravita la dimensión nostálgica de la tierra natal, se inicia esa ascendente trayectoria poética que alcanza con Ismael (1989) una etapa de notable afianzamiento expresivo y conceptual.

Con sentido alegórico profundo que sugiere la identificación del hombre –“espejo azul”- con el ámbito sideral que lo rodea, esta nueva colección de poemas propone la travesía hacia un “secreto jardín” donde se albergan imprecisas señales, respuestas ignoradas por la memoria. Intensas correlaciones con la música se establecen en ese intermitente ir y venir de expectativas que eslabonan ritmos ocultos e inéditas coincidencias entre las cosas porque “es fácil que las flores y las hojas precedan a las espinas en abandonar los tallos”.

Más allá de las normas convencionales que aparentemente ordenan el acontecer humano, este cambio de rumbo hacia ilimitadas relaciones con el universo quiebra la habitual polarización de elementos contrapuestos –realidad irrealidad, sujeto objeto- y todo se fusiona en dialógica eternización de instantes y presencias inabarcables: *toda sombra o luz, los grises y las corcheas y las corolas, / el sol y la cubierta oscura de nuestra piel / parecen pronunciar lo cotidiano o neutro. / Todo pasa. / Allí, el conjunto / de los*

seres y las cosas que no sabemos si vivieron, / si llegaron / o se fueron, / si estan realmente. / o si han estado.

Desde esta perspectiva unificadora, la incertidumbre, la soledad frustrante y hasta el espejismo de la muerte pueden soslayarse convincentemente y abrir ventanas luminosas hacia un futuro sin término.

Como centro equidistante y estabilizador de esa armonía cósmica que intenta descifrar la indagación poética de Atilio Milanta, la palabra divina resguarda impenetrable su mensaje que sólo a veces deja entrever destellos orientadores. Arribar a ese inefable equilibrio es la propuesta ardua y trascendente donde encuentra sus mejores logros esta tetralogía lírica reunida en **Microcosmo**.

Y a su turno, Julio Bepré, en “La Capital” de Mar del Plata, con fecha 4 de febrero de 1990, bajo el título **Poesía última**, dejó las siguientes reflexiones sobre el libro:

Microcosmo, por Atilio Milanta. (Dei Genitrix, La Plata, 1990 -74 pags.)

Con una vasta labor poética previa Atilio Milanta reúne aquí distintas composiciones de no común unidad lírica. Se advierte desde los primeros textos la existencia de una voluntad de esclarecimiento respecto del estreecedor hecho de estar en el mundo, de marchar irremisiblemente hacia un punto donde se encuentran un final y otro comienzo.

La poética de Milanta se instala en esa enigmática y connatural temporalidad del hombre, pero con una actitud positiva de espera, sin que esto transforme a los textos en paliativos verbales de fácil asunción. Leemos a un poeta que crea situaciones muy especiales, en cuya escritura se relacionan hábilmente imágenes y conceptos, conclusiones e interrogantes. Y no obstante que el lenguaje poético empleado es de acusante sencillez, las ideas tienen una significativa profundidad, pero la de un lírico que se interroga antes que la de un intelectual que problematiza. Leemos en el poema **Deseada lluvia (pag 39): en la soledad aparente de la casa,/ el agua que vendrá/ me confirma la existencia de su abrigo,/ el cobijo del desdeñado techo./ Me ofrece una tarde de ternura/ en el recuerdo,/ la aproximación de la inevitable siesta/ de calidez y de frescura.// Se frustra todo inesperadamente cuando sale/ el radiante y caluroso sol de este verano.// Creía hacerme triste pero, de pronto/ el regocijo interior me impulsa a resignarlo todo,/ accediendo al parque con un libro de poemas/ de Ungaretti.// Mi hijo está en la playa.**

El texto consignado da cuenta de la capacidad de este poeta para crear aquella instancia en la que el hombre se coloca en actitud de gratuidad

consigo mismo y con los otros, pergeñando una suerte de metafísica del momento que se resuelve lípidamente en el espíritu de un lector atento. Algunos poemas pueden reconcretar en una lectura epidérmica, porque valiéndose de lo paradójico, jugando en ocasiones con cierta inverosimilitud que proporciona la riqueza operante del lenguaje, cuando no de cierta leve ironía o de un sutil humor, Milanta conforma textos de alto nivel lírico que enfrentan de pleno al lector. El autor sabe adónde ir e invita al lector a recorrer el camino de su poesía, mas dejando que cada uno aventure por decisión propia el primer paso.

Consideramos importante el aporte poético de este libro cuyo sentido último lo podemos resumir en la estrofa final del poema **cuestionada teoría de la soledad (pag 14) ¿Comprendes ahora por qué/ éstos me esperan,/ por qué me aguarda el camino/ (aquel que nace y muere en mi soledad/ y en mis olvidos)?**

XXVII

Y ALGO MÁS DE “DE LAS ALMAS QUE NO MUEREN”

Esta vez viene de la culta y talentosa Hemilce Cárrega que, el día 3 de marzo de 1996, me puso en mis manos al día siguiente lunes 4, de reunión de la comisión directiva de la SADE Central en Buenos Aires (éramos vocales titulares, ella por la minoría, yo por la mayoría oficialista, representando a la Seccional La Plata), los siguientes comentarios que transcribo sin exclusión alguna:

Estimado Atilio Milanta: con un interés que no decayó nunca a lo largo de sus páginas, fui leyendo **De las almas que no mueren**, un libro cuyo título anticipa el vuelo espiritual, el hálito idealista que lo anima, capaz de elevar al lector, mediante datos concretos, tomados de la realidad vivida, a zonas de significativa y, a veces, emotiva reflexión. El variado contenido, fruto del saber, el estudio, el andar por la vida con el espíritu alerta y abierto hacia rumbos muy significativos, me puso en contacto con personalidades, ambientes, circunstancias de los cuales desconocía muchos aspectos. Esto duplicó mi interés. No soy curiosa (gran defecto, en especial, dicen en una mujer...), pero ante este tipo de cosas surge mi curiosidad de un modo incontenible. Por eso, tu libro, Milanta, colmó la medida. ¡Cuántos datos expuestos con abundantes detalles, extraídos de investigaciones, lecturas, cavilaciones, amistades con seres que valen la pena rescatar del olvido! Porque si continúan vigentes Belgrano, Mitre, Darío, por citar algunos, no menos presencia deben tener otros. Es bueno que suene, a menudo, la voz de Almafuerte y que sepamos quién fue ese hombre venido de lejos, como tantos en nuestro país, que se llamó Juan Vucetich, motivo este último de un trabajo en el que tu imaginación acierta en los pasos dados para elaborar el tema. Sí, que sepamos algo, además, de Mendióroz (desconocido para mí), de Ramírez Gronda y de tantos hombres ilustres que fueron tus maestros, tus profesores y brillaron en especial en La Plata, ciudad elegida en tu caso para vivir, sin olvidar, por supuesto, a tu San Nicolás nativo. Y qué gusto para mí hallar entre tantos nombres el de Andrés Homero Atanaisú a quien,

allá por la década de los sesenta, le comenté **Sandro o la Soledad** en el suplemento literario de La Prensa, donde yo colaboraba.

¿Qué más decirte, Atilio Milanta, “compañero de ruta” en este andar trajinado de la SADE central? Mucho más podría agregar porque realmente el libro da para mucho. No quiero ahora extenderme demasiado, ni entrar a polemizar acerca de si Sábato a veces tiene razón o no, en especial cuando se mete con la ciencia.

No me extiende más, pero no quiero dejar de decirte que me conmovió el sano sentido argentino que mueve a lo escrito, como también la dosis de afectividad que suelen surcar lo expuesto, en particular cuando lo abordado recuerda a Elsa Peralta y otros seres que ya no están físicamente cerca de quienes padecemos “el mundanal ruido”.

Tu libro, y voy terminando, es muestra de un autor que tiene mucho para decir. Los paréntesis algo significan: dentro de ellos se agregan palabras que suman y suman. Mucho para decir y dejarnos pensando que nadie tiene el patrimonio de la verdad absoluta, pero que hay gente que está más cerca del patriotismo, la honradez, la bondad que otra.

Muchas gracias, Milanta, por este libro, en el que el diseño de la tapa también aporta un sentido de altura a través de dos elementos como el sol y la luna.

Hemilce Cárrega.

XXVIII

LUGONES GREMIALISTA

Bajo este título respondí cumplidamente a quienes tenían la “conducción” (y responsabilidad) de la edición de un libro de homenaje a la Sociedad de Escritores de la Pcia. de Bs. Aires de la ciudad de La Plata en su centenario, libro que una vez editado llevaría el título de “La Plata Ciudad Milagro”, libro que en editorial Corregidor finalmente se publicó en noviembre de 1982. La obra no se publicó y no se me hizo saber el motivo, razón o causa... O sea, se me “tiró” y respondió con el absurdo (o la aberración, tratándose de escritores) del silencio. Por supuesto, que perdoné a todos, me hice un silencioso y sincero **mea culpa** y aguardé mejores tiempos para salvar a Lugones de semejante afrenta, tratándose nada menos que del escritor más representativo del país.

Dios me iluminó y dióme el estímulo necesario para que en el género “ensayo literario” del Segundo Concurso Literario 1996 convocado por la Asociación de Jubilados y Pensionados de la Caja de Previsión Social para Abogados de la Provincia de Buenos Aires, con los auspicios y adhesiones de dicha Caja, así como del Colegio de Abogados de La Plata y el Colegio de Abogados de la Pcia. de Buenos Aires, presentara la obra, y con un jurado de excelencia (integrado por Narciso Pousa, César Corte Carrillo y Luis Ramón Soria) obtuviera el Primer Premio en dicho género (Premio “Colegio de Abogados de La Plata”) y se publicara la obra en la edición especial (Segundo Concurso Literario 1996, Consejo Directivo de dicha asociación convocante, La Plata, septiembre de 1996, ps. 19/39). Y visto la gran repercusión que tuvo la obra, efectué una segunda edición con similar título indicándose que se trataba del “Primer Premio Provincial del II Concurso Literario 1996” de la referida Asociación convocante (Dei Genitrix, La Plata, 2005, 40 ps.).

Por razones de mera “economía procesal”, sólo traeré aquí la enjundiosa exégesis del profesor Miguel Julio Perret (publicada en el matutino nicoleño “El Norte”, Suplemento Cultural de fecha 2 de abril de 2005) titulada “**Lugones gremialista**”, una faceta casi olvidada del mítico poeta, que dice así:

Con esta obra, Atilio Milanta agrega un nuevo eslabón a una larga y rica trayectoria literaria dando muestra de su aguda capacidad intelectual, investigando, rescatando archivos, documentos, testimonios, de muchos de los movimientos y protagonistas directamente involucrados en la composición de su ensayo, frente a hechos y circunstancias que tuvieron que ver con el momento en que a Leopoldo Lugones le tocó vivir.

El libro trata de perfilar una personalidad difícil de conocer en el cruce de la historia personal de Lugones con la actividad gremial en sus múltiples y mínimos registros, para acercarse con equilibrio a las acciones que debió emprender al transitar un periplo que debe haber sido ácido, aunque atemperado por su lucidez y seriedad.

Para concretar su producción, Atilio Milanta recurre a un riguroso arsenal técnico emparentado con el análisis del discurso, la sociología y la política, sin dejar de valorar los aportes de una respetable bibliografía.

En el apartado IV del prólogo, el autor robustece sus conceptos con las apreciaciones de Pedro Luis Barcia: “Si en algo coinciden todos los testimonios de quienes conocieron a Lugones fue una indiscutible honestidad de sus actitudes y una buena fe que puso en todo cambio de posiciones. Más aún, presenta entre nosotros un caso insólito: un intelectual que cuando modifica su concepción ideológica o su postura política, lo manifiesta paladinamente y, aún, se siente obligado a dar públicas razones de ello. Esto, a no dudarlo, contrasta cabalmente con tanto gatopardismo intelectual al que estamos habituados”.

“Lugones gremialista” esta dividido en diez secciones. En la primera, a manera de introducción, analiza el siglo pasado en Europa y en Argentina, apoyándose en el anuncio de la evolución del sindicalismo y la cuestión social. La sección II se ocupa del nacimiento y primeros años de Lugones, la Unión Cívica y el Partido Socialista. Asimismo, discierne que, si en el siglo XIX pudo haber descollado Sarmiento como el mejor escritor, el siglo XX “es todo de Lugones” (...) “Nadie pudo igualarlo ni en cantidad ni en calidad. Ni en diversidad de géneros literarios (poesía, cuento, novela, ensayo...)”.

El tercer enfoque, se refiere a la influencia de los anarquistas en su pensamiento. La sección IV explora el interior de Lugones, sus comienzos y el anuncio de su trascendencia.

Por su parte, la sección V trata de la llegada de Lugones a Buenos Aires en 1896 “con sus jóvenes 21 años, encontrando dicha sede capitalina convulsionada y compleja con el socialismo libertario, o simplemente, el socialismo obrero de entonces, y el anarquismo o anarcosindicalismo...”. La sección VI habla de su producción literaria desde 1897 hasta su muerte, en el Tigre, el 18 de febrero de 1938.

La séptima sección compendia “El fenómeno exterior de Lugones” y los primeros intentos gremiales tomando como referencia las apariciones efímeras de entidades gremiales de fines del siglo XIX. Le sigue en la sección VIII un sucinto comentario sobre las asociaciones gremiales en Francia desde 1776 hasta 1848, “la Societé de gents de lettres”, si bien en Argentina, para otros tiempos nos aclara el autor: “Tal antecedente no tuvo eficaz gravitación, lo cierto es que alguna vez fue motivo de alusión, aunque fuera de paso, al pasar”.

La novena sección da cuenta de la fundación de la Sociedad de Escritores del 14 de noviembre de 1925, con la presidencia de B. Fernández Moreno y del vicepresidente Roberto F. Giusti, un importante jalón que no halló suficiente eco, y luego, la creación de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) el 8 de noviembre de 1928, de la que Lugones fue su mentor y primer presidente. Atilio Milanta nos dice al respecto: “Se sabe ya quién es Lugones (por entonces), cuál su pensamiento gremial (de siempre) aún haciendo abandono voluntario de buena fe del liberalismo rojo como del anarquismo, cómo de grande su grandeza, su gravitación, su figura, su trascendencia, su intelectualidad, puesta al servicio de una causa trascendente. Todo lo demás, viene por añadidura”. Finalmente, la última sección –X- examina los Estatutos de la entidad lugoniana. Perfil técnico – jurídico. Gremial. Entidad de primer grado, incluyendo también, la defensa de los intereses profesionales y la remuneración adecuada de todo trabajo literario, además, de la obligación moral de “contribuir al enaltecimiento de la profesión, asegurándole respaldo jurídico e institucional”.

El escrito final profundiza su estimación acerca de Lugones: “Así, con la SADE no sólo triunfó como gremialista, sino que, además, vaticinó el futuro éxito de la institución (además, éxito de él).

“Lugones gremialista” encara una faceta casi olvidada del mítico poeta, “el máximo escritor” según Borges, sin embargo, su actuación ofrece varios rostros de la misma persona. Lugones nació en Villa María del Río Seco, Córdoba, el 13 de junio de 1874 motivo por el cual el 13 de junio se celebra en la Argentina el “Día del Escritor”.

Este ensayo mereció el Primer Premio Provincial del II Concurso Literario 1996 de la Asoc. de Jubilados y Pensionados de la Caja de Previsión Social para Abogados de la Pcia. de Buenos Aires.-

XXIX

FRESA Y ESMERIL

Este hijo vino al mundo y tiene ese extraño nombre (que no se quién se lo puso ni cuándo), sin saber casi nada de su gestión ni de su gestación. Parecería ser un hijo más del Señor. Su contextura, su diapason, su terminología, su pensamiento... no sé qué otra cosa puedo decir o aludir de él, siguen en el misterio (insondable) como los milagros. Se verá, a través de las hermenéuticas de las talentosas profesoras (+) Raquel Sajón de Cuello, Aurora Venturini y de Ana María Rodríguez Francia... todo eso que el propio autor no desea sino que hablen ellas, más que el autor de sí mismo o de su libro.

1

La pergaminense (de nacimiento) y nicoleña de adopción, donde es estimada en grado sumo por todas sus condiciones estéticas y éticas, quizá, haya sido la primera en salir al ruedo con un soberbio título como el que luce en el matutino “El Norte” de San Nicolás (Sección Cultural del domingo 2 de marzo de 1997): **Para la aproximación a Fresa y Esmeril de Atilio Milanta**¹ y que continúa así:

“Adentro y por debajo, la mugre o la inmundicia de trapos y costuras harapientas” (**Fresa y Esmeril**, 21).

A modo de introducción.

Yo había reflexionado bastante acerca de Atilio Milanta, su obra, su generoso empuje, su poesía. Sobre todo sobre su poesía, luego de que alguien me dijo que no me iba a gustar.

Fue así como, hallándome a orillas del Sena, a la salida del musée d’Orsay (donde a través de los pintores impresionistas había “departido” con Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud, Valéry) estuve algo ensimismada pensando en

¹ Atilio Milanta, **Fresa y Esmeril**, La Plata, Dei Genitrix Colectio SAF, 1996.

los poetas al estudio de cuyas obras me hallo abocada: Alejandra Pizarnik y Atilio Milanta ya que sus poéticas, por razones que se verán en este artículo, se contactan en algún punto. Surgió así mi poema “A coté de la Seine”, que dediqué al poeta, amigo y maestro, y le hice llegar. Cuán grande no sería mi sorpresa al recibir su última obra **Fresa y esmeril**, y observar que en la contratapa había editado mi poema!²

Aprovecho esta oportunidad para expresar desde aquí, públicamente, mi gratitud a Atilio Milanta. Y la honra que significa para mí este acompañamiento al que me ha conducido, el cual perdurará mientras que el libro corra por el mundo.

Por otra parte, interesa señalar que el epígrafe que he elegido para este artículo, no es gratuito. Se trata de un recurso paratextual al que acudo, para remarcar el poderoso contexto referencial que enmarca el núcleo alveolar de los textos poéticos, como luego veremos. Creo necesario aclararlo, porque el sentido de este epígrafe me remite a muy ricas conversaciones epistolares en las que Milanta y yo hablamos de la literatura y de la vida -esta apocalíptica realidad que nos toca vivir, tocando ya los albores del tercer milenio-, y de la contracara de esta suma de la miseria humana, o sea; de Dios y de las Sagradas Escrituras. Confieso que tratamos, a veces con disenso, respecto de conceptos como “perdonar”, “sacudir las sandalias”, frente a algunas mediocridades que habían aparecido a lo largo de nuestro extenso camino en el campo de la docencia (en su caso, también el de la jurisprudencia) y la cultura. Me faltó añadir, y sé que lo envió a Milanta en esta nota (porque puede servir para bien de muchos), lo siguiente: Cuando se ha trabajado sinceramente a favor de los demás -en cualquier orden-, y aparece la fractura, la injusticia, el mal en suma, ello es signo seguro de la hermosura de nuestra obra, “porque no es más el discípulo que el Maestro”. Así, la mano dañina se convierte, a su pesar, en advertencia del bien, lo cual es también un modo de advenimiento del Reino.

El comentario

Fresa y esmeril es un libro compuesto por treinta poemas, donde percibimos de inmediato el tamaño considerable en la impresión de los caracteres que conforman los títulos. Así, adquieren resonancia especial: “Para el (o un imaginario) concurso de los últimos tiempos”; “De la iniquidad y otros ensayos”, “La ambición”, “La escatología es una ciencia equivocada”, “Errar

² Debemos anotar que, por error de tipografía, donde dice “mussé”, debe leerse “musée”; y agregar una d a la palabra escrita “quan”, del penúltimo verso.

³ Damián Fernández Pedemonte, **La producción del sentido en el discurso poético**, B. A., Edicial,

el blanco perfecto (con la estupidez e implacable imprecisión del idiota)”, etc. Porque interesa adelantar que este recurso constituye la expresividad del carácter de **Manifiesto** que los textos conllevan: **Manifiesto, denuncia**, puesta en evidencia de la inmoralidad, temas sobre los que volveré al tratar acerca del significado y el sentido.³

Intentando una visión a vuelo de pájaro sobre el nivel expresivo, debo explicar que se trata de una **literatura de contraste**. Y entiendo por ello la emergencia de **elementos de ruptura** a nivel del eje metafórico.⁴ Si bien desde los lejanos precursores del Modernismo de América hispana: José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera; y luego desde Rubén Darío y sus continuadores, **La revolución del lenguaje poético**⁵ (cuyo más lejano precedente europeo se halla en Stéphane Mallarmé), pulveriza todos los cánones del Clasicismo y aún del Romanticismo en poesía, una cierta Estética que hoy predomina en la literatura argentina y es cultivada también en España, establece cautelas frente al uso de elementos que de inmediato veremos; elementos que la voz poética de **Fresa y esmeril** desprecia de modo remarcadamente ostensible. Este es el punto de contacto que observo entre Pizarnik y Milanta.

Adentrémonos en la consideración de tales elementos.

1. Inserciones manifiestas de otros textos

Desde que T. S. Eliot escribe “La tierra baldía”, la inserción manifiesta de otros textos en el texto poético, fenómeno de intertextualidad⁶, constituye un precedente que ha influido en numerosos poetas. Es preciso aclarar que el hecho ha conducido a rasgar vestiduras, por parte de no pocos críticos.

La voz poética de FE⁷ hace uso de este recurso en diversos lugares, algunos de los cuales ejemplifico: “Aunque maldito y perdonado sea el hombre/ que juzga en tribunal lo que otro siente” (Cf. Barrera, Tiempo secreto, Ed. La Flor, B. A., 1972, 23); “O con Horacio sólo decir / pues sé de versos que no son poesía” (Cf. Horacio Rega Molina, **Oda Provincial**).

A mi entender, y precisamente desde la posición del estudioso de la literatura, este uso está convalidado por Julia Kristeva en su definición de **paragramatismo**, o la escritura donde todo ya ha sido escrito.⁸

1996, 48.

⁴ Roman Jakobson, **Essais de Linguistique générale**, Paris, Ed. De Minuit, 1963, 42.

⁵ Julia Kristeva, **La révolution du langage poétique**, Paris, Senil, 1974.

⁶ Gerard Genette, **Palimpsestos**, Madrid, Taurus, 1962; 1989, 10.

⁷ A partir de este lugar emplearé ocasionalmente la sigla FE para citar el título del libro que comento.

⁸ J. Kristeva, **Semiotiké**, Paris, Senil, 270.

⁹ Wolfgang Kayser, **Lo Grotesco**, B. A., Ed. Nova, 1964, 19.

¹⁰ A. M. Rodríguez Francia, **Perspectivas religiosas en la poesía argentina**, B. A., El Francotirador Ed., 1995, 87.

2. Empleo del sintagma coloquial

Consiste en la inclusión, en medio de elementos lingüísticos de alto valor poético de sintagmas coloquiales, valga la redundancia: de uso familiar. Leemos un ejemplo: “La **buena onda** (yo subrayo), sin duda, la encontraré/ inexistente o invisible” (FE, 10).

Este empleo, y vale la interpretación para tantos textos de los llamados **poetas malditos**, entronca en una larga tradición cuyos remotos orígenes se hallan en el nacimiento del **Grotesco** (entiéndase que se trata de cierto fondo oscuro y siniestro de un mundo aparentemente ordenado)⁹, pasando luego por el **romanticismo alemán** y evolucionando hacia formas de la disolución en poesía (pensemos en la poesía francesa de Mallarmé en adelante), de alto valor crítico – moral, cuyo tipo de discurso alcanza el punto extremo de Alejandra Pizarnik (y en San Nicolás cultivó magistralmente Pablo Balbis). Por razones que hay que buscar principalmente en la ignorancia (que nadie tiene la obligación de conocerlo todo), no cualquiera cala en la oscura fuente donde el fenómeno nace, fuente que se concreta con una **episteme** expuesta con genialidad por Rainer María Rilke cuando en **Elegías de Duino** exclama: “Pues lo bello no es más que el comienzo / de lo terrible (...) Todo ángel es terrible” (Cf. **Elegías de Duino**, I). Escribe todavía Milanta: “Como miramos las latas y otros envases / en las tiendas de la incomprensión, / las junglas de los “hiper”. (FE, 32).

3. Uso del paréntesis explicativo

Por cuestiones de redundancia, se prefiere que el uso del paréntesis explicativo no aparezca en poesía. Pero cuando el mismo prolifera en una poética, como es el caso de FE, tengo la obligación de elaborar una reflexión, sobre todo si se trata de una pluma de alta y reconocida valía. Leemos: “El resto de la colina y del bosque festejó / (con la abundancia del regocijo)” (FE, 5); “que estaba por encender con desatino con su firma / (absorbido en el interior de su pronunciamiento).” (FE, 15).

A la luz de las observaciones de los contextos poéticos en que el caso aparece, creo que apunta a establecer niveles de la voz poética: el que la voz **imposta**, y el que la voz **piensa**. Este desdoblamiento, como quiere Michel Rifaterre, proviene del binarismo **YO – Yo** en el eje de la **mediación** que, como bien lo explica Heidegger, existe en todo **principio de identidad**.

Lo que estoy desarrollando tiene relación, en esta poética, con la narrativa parentética, como se patentiza en el siguiente fragmento: “(El sucedido que refirieron una vez en el fogón, / ahondó en mí el presente de desvirtuaciones

¹¹ Suzanne Bernard, **Le poème en prose. De Beaudelaire jusqu'à nos jours**, Paris, Librairie A.- G. Nizet, 1994.

y vacilaciones, / con el que, no obstante, llegué al futuro, / donde establecí reglas de juego / que ni siquiera pude observar yo. / Ni siquiera.)” (FE, 12). Este **principio de narratividad** pertenece al Romanticismo, y algo acerca de ello desarrollo en mi último ensayo.¹⁰ No se debe soslayar el **fenómeno de convergencia** que también despliega Rifaterre, ya que el presente recurso confluye, en la lírica de **Fresa y esmeril**, con el uso coloquial en poesía al que antes me he referido.

4. *Sintagmas conceptuales*

Hallamos sintagmas conceptuales como: “desvirtuaciones”, “vacilaciones”, “imperfecciones”, “desafinación”, entre otras. Esto no sólo entronca en lo anterior, sino que es uno de los caracteres que afianzan el **Manifiesto** aludido al que sustenta la obra. **Manifiesto** de tesitura didáctico – moral, fundada en una rigurosa religiosidad.

La clave para entender los rasgos presentados se encuentra en una nota que la voz autorial inserta al pie del poema “**Liturgia 1996**”, que expresa lo siguiente: “Por culpas de otros y de ciertos sucesos y situaciones, aparecen en el texto voces no frecuentes en poesía que habré de explicar someramente: **fresa** (no es el fruto fragante y succulento, sino una herramienta de acción circular con buriles que se mueven espaciados en la máquina de labrar metales o fresarlos); **esmeril** (no es una pieza de artillería antigua, sino una roca negruzca y dura que raya todos los cuerpos, excepto el diamante y su polvo se usa para labrar piedras preciosas, acoplar cristales, deslustrar el vidrio y pulimentar metales); **amocafres** (decapadores); **amoladoras** (máquina para despuntar con la muela, desgastar); **anástrofe** (inversión violenta en el orden de las palabras en una oración);” Hasta aquí el sitio en el que me interesa esa nota en este lugar, sobre todo en la expresión “inversión violenta”, frase que confirma el nudo de mi análisis.

Tal texto releva el hecho de que, subyacente en el **carácter ético – didáctico** aludido, se visualiza una nutriente natural de obras de este tipo, como es la **parodia** (nos remontamos a Aristófanes); ella, impregnada de esa categoría textual llamada ironía, hace de **Fresa y esmeril** un libro sumamente crítico, que obliga a leer, releer y reflexionar.

No es frecuente la aparición de un libro de poesía de esta clase, que sacude y alerta y que, para poder acceder a su íntima riqueza, obliga a armarse de valentía, a fin de poder situarse de modo descarnado delante de un purísimo espejo.

Rasgos estilísticos de curiosa factura, que por razones de espacio no puedo analizar aquí como merecen, contribuyen a plasmar la arquitectura de esta expresividad que es, como llevo expresado, contrastiva, de ruptura.

Los resumo, no obstante, en una escueta enunciación, cuando enumero:

Aparición de **versículos cantados** como los de los antiguos rapsodas que, sumados a la poesía en prosa,¹¹ dan como resultado un singular producto: “padrenuestros, ángeles y santos, / de las ensoñaciones y de las exuberancias / y de la poesía, esa cenicienta ilimitada.” (FE, 6); escritura al modo cervantino, desde el lenguaje de la jurisprudencia: “oh, Excelentísimos Señores de la Audiencia / de Justicia y de Jurado, un montón de bosquejos / (y algunas artimañas de la desazón y la locura) (FE, 7); ruptura del endecasílabo por un sintagma (en el caso que ejemplifico se trata del adjetivo “la”), sin extravío del ritmo: “Oh, la (yo subr.) hermosa soledad de los lugares / soleados a pura eternidad desde lo Alto” (FE, 9); letánicos versículos reminiscentes del Eclesiastés: “He recibido del labrador la serenidad de la paciencia. / He recibido del herrero la fragua de su heredad. / He recibido del orfebre la miniatura de su filigrana.” (p. 11); escritura a la manera de los narradores orientales; feliz versificación con alternancia latina, castellana y germánica: “Resucité al instante proclamando sin cesar Christus / vincit, Christus regnat, Christus imperat (y no obstante / aquello que, Pousa, y en tedesco, dice: Mein Gott Mein Gott, / Warum hast du nich verlassen).” (p. 35)

Así, desde la inmediatez crítica ante Certámenes literarios fraudulentos (que siempre fueron miserables consuelos para malignos, y necio envanecimiento de idiotas útiles): “Proclamo, humildemente, la intensidad sin mengua, / de los sueños de aquéllos (los eclipsados / en el desvarío, que me procuró dificultades / de entenderos sin amaros” (p. 7); pasa por avatares de la vida en general: “Porque fui nada más que un hombre esperando la vida. / Sólo la vida. Como razón de vida. / Y como siempre, / algunas veces.” (p. 13); las confusiones de la injusticia y el engaño que la voz lírica patentiza en el juego de los lexemas “iniquidad” e “inequidad”, como se muestra en la página 15; escribiendo sobre la ambición: “(...) los engendros y las concepciones de siempre. / Exceptuando algún milagro.” (p. 16); y examina las razones y sinrazones de la historia, como se lee en “La caravana” o “El baúl” (páginas 22 y 24 respectivamente).

Podría continuar in extenso, porque extensos (y hondos) son los entresijos de la grieta humana, donde alguna vez, sólo muy rara vez, asoman el genuino bien y la poesía: “La playa estaba lejos, como siempre. / Es noche, todavía. / Que reviente la cabeza del gusano que no piensa. / El bolsillo vacío. Ya es domingo.” (p. 21)

Se llega entonces al núcleo alveolar anunciado al comienzo de este artículo. El mismo aparece en el poema “Ni siquiera nunca”: “Decíamos que, en la noble faena de este oficio, / continuaremos la misión de satisfacer / esa gloria interior que, en cada entrega, / decimos toto corde “hombre, piénsate.” (Yo subr.)

La propuesta: una fresa, un esmeril para limar la vergüenza, la ingratitud, la soberbia, el oprobio, la inmoralidad. En este sentido, inquietan los versos finales de la obra, en cuyo espíritu flota cierto pesimismo que se comprende, considerando lo fatigoso de la escalada:

“Y el libro fue. Y el final coronó las obras.
Pero, nadie tuvo el coraje de cavar en su corazón
para encontrarlo.” (p. 38)

Reitero: libro de moral para un examen de conciencia, en estos propicios tiempos prepascuales. Molesto, penitencial. Porque es menester armarse de valentía para enfrentar el espejo. O la grandeza. Esa que, los que justamente piensan que la tiene, evidencian con ello que no la poseen.

Pero el hombre es perfectible. Y existe la Esperanza. Y la fresa. Y el esmeril.

Ana María Rodríguez Francia

Centro de Investigaciones de la Fac. de Filosofía y Humanidades (UN de Córdoba)

En la Cuaresma del año del Señor de 1997

2

La talentosa escritora Aurora Venturini (platense por nacimiento y vocación y espíritu generoso que donó su casa para la SADE cuando yo presidía la entidad en los períodos 1973/75 – 1975/77), me sorprendió un día con este emocionante título: **Decir algo sobre “Fresa y esmeril” de Atilio Milanta, lo dice Aurora Venturini en el verano de 1997**, editado en la sección Cultural de “Nuevo Siglo” de San Nicolás, el 2 de abril de 1997, y que dice así:

Ante todo decir de Atilio:

Su recta elegancia corta el aire de la amada ciudad de Rocha y Benoit.

También de nuestros puros cuan trágicos bardos que nunca morirán en la memoria del tilo, la alhucema y la araucaria. Especialmente Pancho López Merino que ahora se acompaña con Stella Calvo. Qué felices serán, Atilio, qué dichosos.

Pronto vendrá el otoño de las estaciones y vos aparecerás como el farero de Neruda. El atuendo interior del farero enamorado.

La elegancia exterior heredada de los italianos marinos próximos a la mar marea del canto.

Ante todo decir de la casa del poeta de la fresa y el esmeril. Distinta y hermosa; algo de humedad saliente ciñe los objetos.

Dos veces visité el antro del marinero.

Una de las hijas tomaba mate. Muy preciosa la chiquilina.

Había antigüedades que el poeta rejunta para no fallecer de actualidad monótona. Me ocurre a mí ese horrendo defenderme de lo vulgar que odio. Vaya qué mala palabra. Pero, soy frontal y por eso enemiga de mí misma. Qué me importa. Falta poco para saltar a la orilla en que hace tiempo vivíamos...

Cómo no recordarte, poeta en bicicleta, allá en la juventud, en la primera.

Era un tiempo angustiante que nunca dejó de serlo aunque no lo merecemos, porque cargamos una bolsa de ilusiones y generosidad.

Para qué...

Dios sabe cosas que ignoramos, mas es preciso una señal desde arriba, supongo, para no resbalar en el humo de la **saïson** de Rimbaud...

Ahora el libro lacerante y lacerado de la joven madurez.

María me pregunta si la fresa es una fruta.

Sí, le respondo, pero dura de pelar.

A ella le gusta cocinar y explica que la pelaría igual con esfuerzo y yo plagiando a un escuerzo televisivo, le digo: “dejémoslo ahí”.

Cuando se tiene un libro como “Fresa y esmeril”, de Atilio Milanta, ante los azorados ojos y la inteligencia, ya enceguecidos y obnubilada ella, por tanta pobreza y ridiculez seudointelectual, nos resarcimos de rasguños anímicos y fracasos neblinosos inmerecidos, de la noche eterna del vero poeta.

Y entendemos que, a pesar de tal fatalidad, merecemos el oasis claro de la belleza para sentarnos cerca, sentando a la belleza misma codo a codo hasta aspirar su dulce aliento a mejorana.

Porque magüer atropellos y pedradas la belleza es invicta. Es.

Aquí están los versos que escintilan los estigmas de plata de la Rosa Cruz.

Es idea mía. Personal porque no hay pétalos fáciles ni dúctiles y, sí, hay rosas de metal.

Hay elementos rotarios hondamente repetidos que acaso Atilio no los llamó pero vinieron a su verso duro de diamante... vaya a saber...

Vaya a saber por qué o ya se sabe que el bohemio es brujo y vidente. Hay que serlo o te arrastras por el barroso camino de la versificación. La náusea.

Recurro a mi amado entre los amados Arthur Rimbaud: “Me habitué a la alucinación simple, veía muy claramente una mezquita donde había una fábrica, una escuela de tambores constituida por ángeles, carruajes, en los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios, un título de vodevil alzaba espantos ante mí”.

En “El leñador”, del libro de Atilio Milanta, los duendes de Arturo:

“Uno de los cirios se apagó de inmediato./El otro se consumió más tarde./ El tercero no tenía pabilo./Y el último, sigue encendido, desde hace años,/ junto a una estatua de madera, que asemeja a esa hacha,/las noches más estrechas de los espectros,/que se confabulan para construir un ataúd”.

Y aparece un ciervo que huye porque vio la muerte tácita del engendro.

Utiliza el autor, el amigo autor, irónica metáfora y el último término blanco de la huída –cerval– de la musicalidad sonante más ineludible que estampa el poeta intercalando clásicos aparecidos desordenadores del **totum**.

Travesura del talento para que algunos entiendan. Vale. Está bien. Es la palabra extranjera o latina que desorbita el ámbito.

Va junto al humor nostálgico del hombre que está de vuelta de hechos y circunstancias.

Comparaciones

Nocturno de las iluminaciones de Rimbaud:

**Un soplo abre brechas operativas en los tabiques
resuelve los arbotantes de los techos consumidos
dispersa los límites de los hogares
eclipsa las ventanas.**

**A lo largo de la viña, después de apoyar un pie en la gárgola
bajé en esa carroza cuya época es indicada
suficientemente por los vidrios convexos
los paneles combados y los sofás contorneados.**

Coche fúnebre de mi sopor, aislado, casa de pastores de mi tontería,
**el vehículo gira sobre el césped de la ruta borrada:
y en un defecto que hay en lo alto del espejo
derecho dan vueltas pálidas figuras lunares, hojas, senos...
En todo es concurso que me exijo
para lograr el éxito de las marionetas.**

Para el (o un imaginario) concurso (de los últimos tiempos) de Milanta
–fragmento–

**En un cajón de las rebeldías he dejado, alguna vez,
Oh. Excelentísimos Señores de la Audiencia
de Justicia y de Jurado, un montón de bosquejos
(y algunas artimañas de la desazón y de la locura)
que antes desistí de entregarles a tales jueces,
enseñoreándome en la soledad de los silencios.**

**Y en la multiplicación de los misterios,
ha poco inaugurados con mi resignación y mis dolores.**

**Proclamo, humildemente, la intensidad sin mengua
de los sueños de aquéllos (los eclipsados
en los desvaríos, que me procuró dificultades
de entenderos sin amaros).**

**Como el hombre, egregios árbitros de las gestas,
los pronunciamientos y las austeridades,
empleados en el exilio de todos los valientes
y arriesgados, espero en el atardecer de alguna plaza,
o en el valle de una mañana encendida,
que todo ese Concurso sea un éxito por esto, nada más:
que me den el premio (por algo más que por haberme presen-
tado).**

Graves y provechosas influencias devenidas de la lectura que duermen subconscientemente, o acaso, de iluminaciones, por qué no, estampa algo de Eugenio Montale en el poema “La fresa” de Atilio Milanta:

de Montale; Huesos de sepia. In limite:

**Gozas si el viento en el pomar
vuelve a traer la oleada de la vida;
aquí donde se hunde un muerto
amasijo de memorias,
no era huerto sino relicario.**

de Milanta: La fresa

**Como las habituales actitudes de los aptos,
se provee el elemento para descarnar,
alejando los restos como una viruta.
Una voluta del descenso, una espiral sin nombre,
una serpentina del deshecho, del desperdicio.**

Fresa y Esmeril es un libro culto, hondo y cruel, al que es preciso leer varias veces porque es la revelación de un poeta capital.

Atilio Milanta es otro Atilio Milanta (nunca el de los textos anteriores). ¿Quién lo habrá arrojado de gastados miradores y despertado a la luz? ¿Nunca lo sabremos?

Sublevado por una soledad inmanente se ha vuelto en albornoz de verso.
Creo que está orgulloso. Y tiene por qué.

Aurora / Febrero

3

Desde Tandil, me llega una carta del escritor Hugo Nario fechada el 11 de marzo de 1997, la que **brevitatis causa**, expresa lo siguiente:

TANDIL, 11 de Marzo de 1997

Estimado Atilio Milanta:

Recibí su cariñoso envío, y me lancé a devorarlo con avidez.

Usted es, quién puede dudarlo, no sólo un poeta, sino un espíritu sensible del que siempre se aprende y con quien siempre se goza.

He recorrido la espera silenciosa de **La Fresa**, me ha hecho reflexionar la ironía de **El Ipsófono**, y por supuesto, le acompañé en el balance vital de **Desde un Principio**.

Gracias Milanta, no ya por el objeto libro, sino por su contenido.

Es en estas circunstancias cuando uno valoriza cuánto le hace falta a la aridez de la vida, la presencia del Poeta.

Estoy en el parto de mi nuevo libro, **Los Picapedreros**, y en cuanto tenga un ejemplar, se lo haré llegar. Es un antiguo sudor y una deuda –la de escribirlo- que tenía con un mundo alucinante y ya desaparecido.

Quizá confabulemos con Usted para presentarlo en La Plata.

Un abrazo y le reitero mis gracias por recordarme con su envío.

HUGO NARIO

4

Y finalmente, en este capítulo, la voz y el talento, además de la generosidad y la sabiduría, todos atributos que caracterizaron cada paso que dio en su vida transitando la literatura, la escritura, la docencia, la dirigencia en la SADE y muchas otras inquietudes de la oratoria, la conferencia, la plática y el silencio.

Asimismo, bajo un título sorprendente, **Ante un texto inefablemente imprescindible**, Raquel Sajón de Cuello me dice:

Al queridísimo amigo, Dr. Atilio Milanta, ¿qué puedo decirle de **Fresa y esmeril**?: ipoesía y sabiduría!

Parecieran inconciliables. Pero, he aquí que, tras su lectura, se descu-

bre, luego de una segunda, un vocablo inexcusable. La personificación del primero ya está en el verso, con ese inmortal personaje recordado: el ilustre manchego.

Pero, hay algo más que juega entre la broma y lo serio.

Esta capacidad de entremezclar las fichas, descubre otra cosa que no siempre sale del verso por su natural esencia, sino de la vida vivida, de la vida acurrucada en la experiencia del mundo, de los hombres, de las propias cosas, de todo cuanto se juega y apuesta a ganar o perder. De ahí, la aparición, como quien no quiere perder, la aparición de una elección modesta (segundo término, porque el primero, ya está jugado y se lo lleva, precisamente, por eso).

Pero, el juego no termina ahí, sino en una matemática espacialísima.

Aquí hay creación poética. Y de la buena. No es un juego de figuras literarias configurando una estética, sino una estética cognoscitiva del “hombre y sus fantasmas”, como diría seguramente Henri René Lenormand.

Adviértase, además, un toque de tal cruenta ironía que le permite al autor designar a los que tienen en sus manos el destino del incrédulo, recordando a los “Excelentísimos Señores del Jurado”...! Claro que el lector debe recordar los últimos tiempos!

¿Y lo demás? Dudas, perplejidades, padrenuestros, etcéteras, un filo cortante y agudo, que vale la pena reírse de la inocente credulidad del otro, que cree en ellos.

No recuerdo, personalmente, haber leído un juego de tal fina ironía, sin herir. Porque, el otro podría pensar y decir: “esto no va para mí, porque yo... ¡siempre fui tan justo!

¡Vale la pena temblar ante esta hoja finísima de tan finísimo filo que es la poesía de Atilio Milanta!

En este solo poema hay tanta causticidad (y sarcasmo) que no estoy segura de que, en general, todos lo perciban.

Fineza en el decir, expresión sería por fuera (hasta con un ligero barniz de aparente inocencia), cortante filo por dentro que no dejara rastro vivo.

¡Y esto es una virtud rara si se piensa, con no retumbante candor, que la poesía es solo un perfume de rosa y piadosas lilas!...

Adviértase, siempre, en la continua lectura, una actitud (y aptitud) mental y espiritual esencialmente **didáctica**; una sólida experiencia mental e intelectual que sólo, aparentemente, deja entrever una suerte de desazón cimentada sobre una inmovible experiencia vital que puede llegar a ser una suerte de lo que el propio autor designa como “intemperie de mi alma”, espléndida metáfora (Pág. 11), lo cual no impidió una riqueza espiritual serena y sabia.

Toda herida, por profunda que fuere, cierra siempre en un extraño y dulce sabor y en una franja de casi invisible herida, como en las operaciones de la carne (lo cual no significa, tampoco, que no se cerrarán alguna vez).

Y en cualquier página, en la lectura, se suceden los poemas...

Y... inueva sensibilidad del verbo, que se autodestroza y destroza al otro, si es capaz de escamotear el filo!

¿Cree el autor que todos se cortaran? Porque lo cierto es que existe tal desdén por la “verdad” verdadera que, apenas se sientan alcanzados, como cucarachas, escapan...

Y continúo leyendo...Espléndido el silencio crucial y obstinado e inocente del poema dirigido a los alumnos. ¡Etapas y etapas y más etapas!...

Tengo el texto subrayado en expresiones de pensamiento insustituibles e inevitables, por ejemplo: “Seguiremos buscando esa gloria interior/(exenta de los premios exteriores/o comedidos comentarios de ocasión/o vocablos de comedimiento o compromiso/o sólo la virtual frase de los entusiasmos/-tan efimeros de siempre-como convencional)”.

Y un final de poema, de amarga ironía:”Seguiremos en los demás, sin embargo,/aunque nadie llame a nuestra puerta./Ni siquiera nunca”.

¡Dolorosa verdad!, le digo al querido amigo. A quien le agregó: su poemario exige un estudio en profundidad, mucho más que el comentario circunstancial, porque el poeta remata, por ejemplo, un poema con esta tremenda verdad: “Como siempre, la verdad está lejos del hombre/como del tiempo./Y tan cerca, a veces, que nadie lo sabe”.

Libro para leer y releer. Y en cada lectura, habrá otro descubrimiento.

Mi gratitud por este regalo espiritual que lo dejo sobre mi mesa de luz, en donde apilo los libros que leo hasta las altas horas de la noche o...de la madrugada.

¡Y un abrazo por esta entrega luminosa, más allá de las sombrías verdades!

En La Plata, en el otoño del 1997.

Raquel

XXX

SÚCUBOS... ÍNCUBOS

Ya se sabe que los primeros refieren al dicho de “ciertos” espíritus, diablos o demonios, los que, según la superstición vulgar, tienen comercio o relación sexual con un varón, bajo la apariencia de mujer; y los segundos, inversamente, se trata de tales espíritus, diablos o demonios que, bajo la apariencia de varón, tienen dicho “comercio” con una mujer. Pues bien, el libro acudiendo al latín y otros idiomas, arguye sin ser pornográfico (porque entonces no sería literatura, ya que ofendería la faz ética) entre lo romántico y lo erótico. Las opiniones mayoritarias, inclináronse por lo romántico...

Pero, como este libro pretende, más que hablar de sí mismo, decir los que los demás dicen de tal poemario y de su autor, veo la necesidad de ir directamente a las enjundias, exégesis o comentarios pertinentes.

1

En el matutino “La Prensa” de Buenos Aires, con fecha 24 de febrero de 1991, Oscar O. Campeol, bajo el título **De íncubos y súcubos**, dijo lo siguiente.

Brujas eran las de antes, y diablos también. Poco a poco, ante el empuje de la civilización han ido desapareciendo como desaparecen en un río los peces con el ruido de los motores.

En mi barrio bruja queda una sola, con escoba y todo, pero en lugar de viajar montada en ella la usa mañana y tarde para barrer la vereda –que tiene repulida-, mientras lleva disimuladamente el control de todo lo que sucede en el vecindario.

Están lejanos los tiempos en que los demonios visitaban a los mortales con regularidad, cuando se instalaban en sus casas y aún en sus cuerpos para hechizarlos y ganarlos para la causa del mal.

Santo Tomás de Aquino en su “Summa Theologica” dice que los diablos podían enamorarse de las mujeres terrenas y tomar forma humana para seducirlas, y los demonios femeninos se transformaban en jóvenes hermosas y atractivas para conquistar a algún hombre que había despertado en ellas

deseos carnales. Eran los temidos íncubos y súcubos que durante siglos atormentaron a la raza humana.

Alrededor del año 1100 fue muy comentado el caso de una pobre mujer joven y bella, que era causa inocente de la concupiscencia de uno de estos abominables habitantes del **Tártaro, llamado Belfegor**. La visitaba por las noches cuando ella dormía con su marido y aprovechándose de la circunstancia de que aquél tuviese el sueño pesado, abusaba de la desdichada a su antojo.

La tortura de esta mujer, que vivía llena de remordimientos, se prolongó casi seis años, durante los cuales guardó absoluto silencio, entre otras cosas por temor, pues cualquier persona que hubiese tenido trato con Lucifer o alguno de sus subordinados era condenada de inmediato a padecer el tormento, acabando sus días en la hoguera.

Sin embargo, de pronto tomó conciencia de que no era posible seguir viviendo en pecado mortal, temió la ira de Dios y resolvió confesar su deshonra a un sacerdote, rogándole que tuviese piedad, ya que no había provocado aquella situación a sabiendas. El fraile se conmovió por lo que ella estaba padeciendo, pero sus oraciones no llevaron absolutamente a nada. Aquel espíritu del mal seguía visitándola y cada vez se mostraba más osado.

Hasta que un día **San Bernardo** llegó a la aldea. La mujer logró acercarse a él y éste la escuchó; comprendió su desdicha y prometió ayudarla. Para ello le entregó su bastón, que tenía la propiedad de alejar a los demonios, recomendándole que lo colocara debajo del lecho matrimonial. Al domingo siguiente, durante el sermón, pidió a los fieles que cada uno mantuviese en su mano una vela encendida. Entonces lanzó un patético, un apocalíptico anatema contra el ser ignominioso que había hecho presa de aquella devota aldeana (sin nombrarla, desde luego), y le conminó en nombre de Jesucristo a alejarse y no volver a molestarla.

Cuando las velas se apagaron el poder del maligno quedó anulado y éste no volvió a aparecer.

Pero estaba escrito que esa pobre joven –tal vez debido a su gran belleza– fuese la elegida predilecta de los diablos para saciar en ella sus bajos instintos y no pasó mucho tiempo para que una noche otro se metiera en su cama y repitiera los actos abominables que tanto la habían hecho padecer en su pasado reciente. Este condenado le confesó al oído que su nombre era **Gresil**, y su poder era tan grande que lograba exacerbar los deseos más ardientes de la infeliz criatura, la cual seguía sin decir nada por vergüenza y por temor al Santo Oficio. Para entonces ya nadie podía ayudarla, pues Bernardo hacía mucho tiempo que se había marchado del pueblo.

Una tarde en que buscaba algo en el altillo, el marido se sorprendió al

hallar entre los trastos un extraño bastón en forma de báculo pastoral, que jamás había visto antes y que se encontraba tirado en un rincón cubierto de polvo. Lo partió en varios pedazos y junto con otros desechos lo arrojó al hogar donde las llamas acabaron con él rápidamente.

2

Y Aurora Venturini, en la publicación nicoleña “Nuevo Siglo”, Sección Cultural, de fecha 11 de junio de 1997, bajo el título **SUCUBUS... INCUBUS... ATILIO MILANTA**, dice esto (sic). No sin antes puntualizar que dicha publicación, según el aludido medio, debiese a una especial atención de la SADE, presidida por Emilce Ríos, y de la SEP, presidida por Rosita Castelli, calificando la exégesis de Aurora como de una “admirable pieza literaria” y de “talentosa” a la autora Venturini. Y así dice la publicación.

SUCUBUS... INCUBUS... ATILIO MILANTA

Por una atención especial de Rosa María Castelli, que preside la sección local de la SEP, y de Emilce Ríos que cumple igual función con respecto a la SADE, tenemos la honrosa ocasión de hacer llegar a los lectores de NUEVO SIGLO esta admirable pieza literaria de la talentosa Aurora Venturini que, inocultablemente, le ha merecido e inspirado el nuevo libro de poesía titulado “De sucubus et de incubus” de Atilio Milanta, el no menos talentoso poeta y escritor nicoleño, quien desde la ciudad de las diagonales, donde se encuentra radicado, siempre nos visita, nos recuerda y nos regala con los frutos de sus logros humanísticos y científicos.

Por Aurora Venturini.

No bien el diluvio amainó, una liebre se puso a rezar entre los hilos de seda de una tela de araña.

Aparecieron los signos del aleph y la liebre corrió desde aleph hasta tau, regando en saltos y cabriolas las otras mayúsculas y minúsculas; cuando se fatigó, escribió con su patita las palabras sin vocales de la escuela de mashora.

Humearon grandes tabernas de las landas. Nació otro mundo y la liebre temiendo que fuera tan cruel y devastador como el sumergido, se arrojó al mar.

Una mujer instaló una cabaña en la montaña y empezó a tañer un instrumento de cuerdas, acaso arpa o laúd, no lo recuerdo, porque el borrador de las penas borró, en algo, mi memoria.

Hago esfuerzos, poeta Atilio Milanta, para ser yo misma y andar a saltos, igual que cuando cabalgaba la liebre.

Temo perder el otro universo, como ya he perdido éste.

Un libro como el suyo, ayuda a ganar minutos a las despedidas, al fracaso, culpa de la costumbre de creer en el prójimo, de cambiar de vida por una caricia sobre el lomo del perro que sujetamos por encima de la espalda. Montura de servidumbre.

Los ángeles desesperados que han estampado en vertido llanto, son las llagas del alma de los incomprensidos, abandonados y exiliados del cielo. Los ángeles negros que cantan melopeas más sentidas que los ángeles albos de nieve y crema que, apoltronados en nubes, ven hacia abajo con desprecio a los dolientes que apenas si pisaron las alfombras serenas del paraíso.

Hay que sufrir para cantar como los ángeles de la pasión y del aire viciado de las ciudades feas, en cuyos alféizares se apoyan para no aplastarse contra los empedrados del averno.

La Inmortalidad de la pena pasea por los escalones del aleph del libro con súcubos e incubos. Tan dolientes los textos cual una de las horas de los reflejos blandos de Picasso y Dalí, los monstruos... a pesar tan bellos.

Los espejos del ojo lector adivinan el angustioso suspiro de las desterradas criaturas. Son los espejos de Borges y sus laberintos. El cubilete anterior arroja dados, la medalla. Una cara de ángel blanco. Contraria, la otra. Fatalidad de juego que ubicará al dichoso o al desdichado en el cielo o infierno.

Llanto de almíbares o agua salada.

De uno no depende. San Agustín lo sabía. Estamos inscriptos en el Libro desde antes de nacer.

Y caeremos:

**Como una pista de aterrizaje hacia donde vendrán
todos los pájaros
y jaurías de mariposas, describiendo tu nombre
Ese soy yo.
Y un lunes.**

Y en respuesta:

**Esa vez con la que comenzara
en la proximidad de la noche.
Entonces, tú.
Ahora.**

Y así continúa la empresa del poeta culto, que hay escasos.

Pero, Milanta lo es.

Como dice Ana María Rodríguez Francia, **des fantomes du musée**

d'Orsay... arrivés.

Estuve allí y hay fantasmas sobre las piedras; acaso sean los ángeles aferrados a las hornacinas de Notre-Dame de Paris.

Poeta: no te dejes tentar por el llamado de los aparentes ángeles...

Sigue tu camino en soledad, porque las puertas se abren para tentar al inocente. Nada más.

Una vez saciado el minotauro, que es un ángel descarriado, hijo del pecado y del toro de Creta, por lo brutal, lo empujará al sur helado de los desperdicios.

Porque es verdad:

**Somos huéspedes del dolor y la agonía
Como un emblema tatuado hasta en la sangre
caminando dentro del cuarto.
Observamos sólo la sombra de los
pasos y latidos,
y vemos la escoria de nuestros huesos y efímeras
glorias.**

Este libro excelente, excede la crónica común.

Habría que volver una y cien veces sobre él. Tal como sobre “Una tempestad en el infierno” de Arthur Rimbaud.

Aurora Venturini. Otoño 1997.

XXXI

ENTRE DIOS Y EL UNIVERSO

Conservé el título que me propuso Atilio jr. (mi hijo), al que le adicione una especie de subtítulo: **Una escultura del espacio**; libro dedicado a mis hijos (Patricia Elsa Marta, Claudia Angélica Matilde y José Leandro Atilio) y a mis hermanos (Roberto Julio y Marta Matilde), con una fotografía de “la” inolvidable (Elsa).

1

En el Suplemento Cultural de “El Norte” de San Nicolás de fecha 28 de marzo de 1999, el nicoleño Miguel Julio Perret, bajo el título (y refiriéndose al libro “Entre Dios y el universo – una escultura del espacio”) ATILIO MILANTA, EN POSESIÓN DE LA PALABRA TRASCENDENTE, dice cuanto a continuación transcribo.

“Entre Dios y el universo – una escultura del espacio”, es la obra de un poeta de excepcional capacidad léxica que siempre va hacia el significado más rico de la palabra, aquel que ofrece una experiencia capaz de ordenar las voces interiores que vagan sueltas por un espacio que reconoce nuestra imperfecta condición.

Atilio Milanta no es un poseído de la palabra, es un poseedor del verbo que traspasa los arcanos tras un mandato, perfectamente identificable, que asume y cumple no como un problema mental sino como una urgencia espiritual. La visión del poeta se patentiza desde la primera composición, es como si viniera del Génesis; Dios es el supremo hacedor, muchos hombres han tratado de imitar su omnipotencia, mas, han advertido que la caída sería apresurada y han asumido su ignorancia. Nuestra condición de peregrinos nos impele a emplear toda la energía que nos da el resplandor de los dones intransferibles de la cultura clásica. El rescate de un sonido o de un vuelo no es cosa fácil, es que la palabra y el espacio están insertos en el tiempo; sólo el poeta puede darse el lujo de desvirtuar las apariencias y proclamar la muerte como una expectación que no contemple las verdades ni las incógnitas.

Atilio Milanta categoriza el verbo; crea una poética que suscita su propio código, el de la urdimbre por el conocimiento filológico-lingüístico que ostenta, sostenido por datos comprendidos entre los libros sagrados y las historias orientales. A lo largo de veintinueve poemas, expone y articula términos y pensamientos de la cultura cristiana y universal, en relación con la religión, el mito, la literatura, la filosofía y la moral, todo ligado por un intenso prosaísmo frente al estímulo de un lenguaje que intenta reflejar, a toda costa, la inserción del hombre contemporáneo con todos los planos de la vida, para darle un sentido a la existencia, y en esa mirada, desde los griegos hasta nuestro tiempo, nos encontramos ante la encrucijada de lo enigmático y la verdad primigenia.

Sostenía Mallarmé, uno de los creadores del simbolismo, que un poema no se construye con ideas sino con palabras; “Entre Dios y el universo”... indispone los ánimos, en cuanto al reencuentro con la raíz de los valores eternos, el verbo de Milanta revela una verdadera conjunción integradora tanto en la plasmación estética de sus versos como en el mensaje profundo que nos deja. Descree de los artificios, de ahí la perduración infinita que concede a la expresión en la pureza de sentimiento y el devenir luminoso que la palabra inteligente es capaz de inducir cuando fraterniza los universos paralelos del corazón y la razón.

Desde un trasfondo esencialmente vital, Milanta busca con vehemencia lo trascendente, lo que hay más allá de la impresión; reproduce el instante singular y las expectativas de una existencia sellada por los mensajes del cristianismo.

Subyacen en el fondo sus propias inquietudes, el anhelo de reiterar la aventura de acercarse a las fuentes del conocimiento, del hombre que teniendo sus pies sobre la tierra, es penetrado por el áurea mirada del Señor, en relación con el pensamiento de Teilhard de Chardin: “Hoy continúan estudiando en los lejanos textos/las dimensiones de la indecencia y del ejemplo./Se trata de descubrir algún rasgo, una señal/como el guiño del Señor, que salve a todos/y a cuanto sobrevivieron de la declinación./ Único modo de intentar la salvación eterna./O al menos, la de ahora”. (Ethik... Sitteniehere, pag. 14).

Creemos que Milanta se prodiga en la memoria escrita del mundo, reconoce las imperfecciones del hombre, pero también sabe del mortal en lucha consigo mismo, con la certidumbre de que todo ensueño pasa inevitablemente bajo el signo del peregrino que atisba rumbos, y su paso por fugaz que sea, deja huellas sobre la tierra generosa que las aguas del anhelo fertilizan: “Soy apenas un interrogante que llega al corazón,/ una cúspide y un silencio en la arista de la duda./Una inquietud con ansias de abismos y de cumbres,/ nunciaturas de secretos y cavilaciones,/infolios que nutren los desvelos de

mis praderas./O la vocación por develar tersuras y terrores./ Un pastizal encendido entre los cerros me demuestra/que soy la otra propuesta de los libros, la que conjura/los estudios con el pensamiento, en la condición humana./Y el compendio de la existencia de los que lo integran,/ aunque malgasten instancias y espacios./Mientras pacen en silencio, ven mi ofrenda de tiempo./El que se va con ellas”. (Las cabras, pag. 26).

En este final de siglo que transitamos, el prestigio de Atilio Milanta como poeta y escritor, se sedimenta en una decena de libros de inusual riqueza conceptual y formal, eslabones también encadenados que lo han llevado a una plenitud escritural de perfecto equilibrio.

“Entre Dios y el universo – Una escultura del espacio”, es presentado por Dei Genitrix (La Plata) y para su mejor comprensión consta de un glosario de locuciones, nombres, voces, apotegmas, adagios y citas que el autor introduce en el texto.

2

Y Aurora Venturini, en el mismo Suplemento del citado medio nicoleño de fecha 16 de mayo de 1999, bajo el título **Entre Dios y el Universo**, escribe las siguientes reflexiones.

En la elegancia del verbo escrito y oral, y de él mismo, Atilio Milanta propone una escultura entre Dios y el Universo, entidades metafísicas si se resuelve a considerar a Dios por Ser y al Universo por extenso incontrollable, imposible de aprehender.

Una aventura que no escapa a la necesidad de recurrir, en lugar del mármol o alguna otra materia, al espacio–tiempo, al alma, insisto, al Ser sin comienzo, devenires y fin, al Ser en tanto que Ser.

Basamento de **Ephebeia**, el color de una flor blanca en la cúpula que fuera inaccesible al padre, faena del hijo en memoria de la madre muerta, un año más... Otro 23 de enero, cuando una bandera blanca cubrió el piano y la canción de Elsa Peralta. Ahora el teclado libre, porque la sábana flamea al tope; será camino de notas para que el efebo “sin duda, hacia la noche.../ dejará el día con la canción de siempre./ O alguna nueva que le habrá inspirado desde ayer, / desde la cuna, la inmensidad de su talento. / Y la hermosura de su alma”.

Los pequeños y sencillos andariveles del tiempo y de los trabajos de los demás, acarrear materiales sutiles y extraños a la escultura que va tomando forma.

Liturgia de hacer en retornelo quehaceres mínimos, más indispensable para la vida, el recuerdo y el sedante olvido. “Al atardecer, deja el envoltorio

a la orilla de la acera,/la que barre toda la mañana./Luego, enciende la cocina y, tras calentar el agua/para tomar el mate del desayuno,/llena la olla con carnes y legumbres./En tanto plancha con esmero su ropa y la de los niños,/recuerda el ayer con un fondo de música y noticias/que pasan por la radio”.

Fluye del poema la historia de un **ser** que aporta al **Ser** en tiempos y espacios suyos propios, el sentimiento rural trabajosamente sostenido por una viuda que, aunque alumbra una memoria, insiste en seguir las huellas de la escultura con escalinatas de futuro, porque cuando despierta con fatiga “a la hora/en que una calandria canta las ganas de seguir viviendo”, la mujer, en su jardín riega las flores, más allá del luto austero, cantando como la calandria, aunque sea para la tumba del esposo: “las que llevará el domingo al cementerio,/después de misa. Si no llueve”.

Y la edad más que madura, quemadura de la carne y los tejidos del alma de los humanos que al nacer ya empezamos a morir.

El provector y las parcas en la textura del poemario de este culto señor de la poesía, que es Milanta, resulta claro como al agua de alguna fuente en la escultura del espacio entre Dios y el universo. Un caminante sobre la arena, mira a lo lejos “la lejanía/de esa línea similar al hito de la vida. Era como él”.

Insinuaba un final, un horizonte sumergido, un adiós. La gran hilandera, Cloto, ya lo había olvidado, tan viejo estaba el tejido que Láquesis “devanaba sin lujuria hasta el final”... y “Átropos” lo acechaba buscando una avería en su ser mortal. Entró en él. La última Parca. Nacer, evolucionar, morir: bajo relieve de la escultura... “Entonces atardecían las olas sin gaviotas”.

El universo circundante, tengo para mí, que comparte los estados anímicos y otros estados menos sutiles de todo habitante y su universo, especialmente, en caso del artista. Y del poeta. La casa del poeta Milanta es marmórea y clásica. Con algo de lluvia y musgo. **El gato** comparte un capitel y esta muriendo, “la vigilancia había transcurrido al descuido/en los ojos de él sobre el umbral,/envejeciéndose de mármoles junto al muro”. Motivaciones para la escultura: espacio de vacío y de incógnitas, las oportunidades de morir, de una vez y no a plazos.

Todo el poemario conduce al último racimo luctuoso de versos. Todo lleva a la escultura de la amada inmóvil de Milanta, un Amado Nervo profundo, difícil, distinto. “Entonces, veo un cuerpo exánime y noble y bello,/una serpiente de nácar y porcelana y un cascabel/engarzado en el pecho de una alondra/y un crucifijo/entre las manos inertes cruzadas sobre el pecho”...

Un sollozo enamorado por siempre del artista de la palabra. “Y veo, en fin, ese dibujo inverosímil entre Él y lo creado/en la común cuadratura que se encuentra cerca,/en la fila 3, piso 2, sección R-1, circunscripción I,/nicho signado con el número 8167, en la necrópolis/de las calles 31 y 72 de

una ciudad luminosa y buena./Y en la sombra de una cruz, esta leyenda: Q.E.P.D./Y esa fecha: 23 de enero de 1982./Requiescere iacere, situm esse, Elsa...”

Para llegar al alto relieve de la escultura intermediaria de entidades metafísicas, La Amada Inmóvil, hay que andar por oquedades intensas, por inesperados ramalazos de relámpagos quemantes, transcurrir el enorme frío de los tristes y de los entristecidos. Milanta oculta el estallido y el sollozo. Está más solo que la ausente. Altos y bajos relieves de la escultura. El filicida que inmolaría la criatura, el raro skinhead eusko, los dispersos desechos del Jumbo, 104 cuerpos: la vanidad que sucumbe. La descomposición de la materia (¿qué es la materia?). Podrán salvarse del cataclismo... “algún apóstata o creyente, poeta o linyera”...

Del **muladar**... ¿podrá salvarse la historia? Acaso pueda salvarse la prehistoria del lagarto del Trueno. Motivaciones de la escritura: los que viven en la opulencia, en la indigencia o los héroes de las guerras.

El super hombre, tierra en la urna abierta post-mortem.

En **el zorzal** me nombras, Atilio, junto a Rimbaud y Lugones, vos que venís de la ciudad del puerto de San Nicolás, de Rega Molina y la Virgen del Rosario y que estás a veces en La Plata, “la ciudad con sus avenidas de frondas y veredas”... “Y los caminos”. Así, nos vamos aproximando a la que duerme en el capitel más alto. La Amada Inmóvil, que tal vez despierte. O no.

La nombran desde el papiro que lee el persa Omar: “Dios no existe./ Sólo persiste el éxito de la ilegible rúbrica a su pie”. La deletrea el escolar solitario que no desea crecer y desea, sí, volver al banco escolar primero... el escolar de la flor blanca de la mano de su madre.

El niño que la viera sentada al piano, huye de lo vulgar y navega en el agua sinfónica de Haffner. **Y todo por añadidura** en la base de la inscripción concentrada del Ser en el vocablo: Él.

Y los bajísimos relieves que figuran mercachifles que aprovechan las sobras del banquete de los poderosos. El egoísmo en la dimisión solitaria de las virtudes en desuso.

Igitur ex fructibus forum cognoscetis eos... o así por sus frutos los conoceremos. El título aclara el contenido.

Y el escultor inserta filibusteros, corsarios, piratas en matemática cronología: ...”Se lo ve buscando desde siglos/a quien lo profesó de beduino y filibustero”.

La actualidad del clon que nos hace dudar si la mano que nos dan es cierta o inventada en el dubitativo “chascarrillo y el retoño”.

Las águilas romanas de bronce y el alemán Von Der Goltz en la paz, huyendo de las batallas que engrosarán los textos de historia. El alemán sabio

que marcó al general Perón.

Toda la barahúnda universal para despertar a una mujer dormida. Hasta el triunfo y la derrota del **Aquilífero, en el amanecer**. Y todo. El enamorado: “Entonces, veo un cuerpo exánime y noble y bello”... El enamorado ha escalado la escultura del Espacio, pisando los espacios, escalones hasta el capitel del ansia. La Amada Inmóvil. Abril 1999. En otoño y frío, platense.

XXXII

PEDRONI, PERÓN, EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO Y LAS NUEVE LUNAS DEL CONTADOR

En efecto, y con motivo del cincuentenario de la fundación de la Facultad de Ciencias Económicas (UNLP), según decreto del presidente de la Nación, Gral. Juan Domingo Perón, de fecha 17 de diciembre de 1953, y entre los actos conmemorativos de la aludida media centuria, el alto mando de dicha unidad académica (el Dr. Julio César Giannini, decano; el Lic. Martín López Armengol, secretario académico; y el Lic. Santiago J. Barcos, secretario de extensión universitaria), me invita a dar una conferencia de tema libre y escogí una bajo el título **Del ábaco y las nueve lunas en el parnasiano Hermano Luminoso**, acto llevado a cabo en dicha facultad el día 4 de diciembre de 2003. En razón de la brevedad, me permito transcribir dicha disertación en la que colaboró en la lectura de poemas el locutor nacional Daniel Gustavo Hernández.

Hasta que un día nuestro hombre descubrió, quizá, porque en los comienzos de la primaria jugó –o no jugó– con ese extraño cuadro de madera con diez cuerdas o alambres paralelos conteniendo cada uno de ellos tantas cuentas móviles, llamado ábaco, que tenía vocación por las matemáticas y las ciencias y técnicas contables que le hicieron hacerse contador en 1916 jubilándose como tal en 1955. Descubrió sí que podía hacerse contador de verdad teniendo la vocación de serlo. Pero, también, ese buen día descubrió que había nacido poeta cuando se inició con el abjurado título de “La divina sed” de 1920, luego “La gota de agua” de 1923, así como “Gracia plena” de 1925 (que le prologa nada menos que Leopoldo Lugones con el significativo epígrafe de “El hermano luminoso”), siguiendo con “Poemas y palabras” de diez años más tarde, “Diez mujeres” de 1937, “El pan nuestro” de 1941, “Nueve cantos” de 1944, “Hacecillo de Elena” de 1955, el gran poemario “Monsieur Jaquin” del año siguiente, “Cantos del hombre” de 1960, “La hoja voladora” de 1961 y “El nivel y su lágrima” de 1963, entre otros. Cinco años más tarde, el 4 de febrero de 1968 muere en Mar del Plata. Había nacido el día de la primavera de 1899 en la santafecina ciudad de Gálvez.

De cuanto con toda brevedad he dicho hasta aquí, encuéntrase suficientemente explicado el título de la disertación que he dispuesto encarar con la ineludible colaboración de un camarada, orador y soñador como Daniel.

Y ya para entrar en lo que el propio Lugones, en el prólogo de referencia, sobre este habitante del Parnaso –de allí lo de parnasiano (monte griego consagrado a Apolo y a las musas, es decir a los poetas, ó quizá, a la poesía), indudablemente, “es que apenas hay poeta –concluye Lugones- en quien se realice mejor la naturalidad del pájaro que canta”. Sobre todo si es que canta a las misteriosas nueve lunas del encanto y la natividad donde se advierte ese milagro del Creador Celestial que es la esencia, la existencia y la vida del hombre. Pero, el preanuncio es una composición del bardo titulada “Maternidad” en la que, previamente, el poeta transcribió del Génesis, el Versículo que dice:

“Asimismo, acordándose el Señor de Raquel, oyó sus ruegos, y la hizo fecunda. La cual concibió y parió un hijo. Y dijo: ‘Quitó Dios mi aprobio’. Y púsole por nombre José, diciendo: *Áñádame el Señor otro hijo*” (Gén. 30, 22-24).

Pues, escuchen Uds. lo sustancial de dicha composición “Maternidad”, que dice así:

Mujer: en un silencio que me sabrá a ternura,
durante nueve lunas crecerá tu cintura;
y en el mes de la siega tendrás color de espiga,
vestirás simplemente y andarás con fatiga.
-El hueco de tu almohada tendrá un olor a nido,
y a vino derramado nuestro mantel tendido.-
Si mi mano te toca,
tu voz, con la vergüenza, se romperá en tu boca
lo mismo que una copa.
El cielo de tus ojos será un cielo nublado.
Tu cuerpo todo entero, como un vaso rajado
que pierde un agua limpia. Tu mirada un rocío.
Tu sonrisa la sombra de un pájaro en el río...

Y un día, un dulce día, quizá un día de fiesta
para el hombre de pala y la mujer de cesta;
el día que las madres y las recién casadas
vienen por los caminos a las misas cantadas;
el día que la moza luce su cara fresca,

y el cargador no carga, y el pescador no pesca...
 -tal vez el sol deslumbre; quizá la luna grata
 tenga catorce noches y espolvoree plata
 sobre la paz del monte; tal vez en el villaje
 llueva calladamente; quizá yo esté de viaje...-
 Un día, un dulce día, con manso sufrimiento,
 te romperás cargada como una rama al viento.
 Y será el regocijo
 de besarte las manos, y de hallar en el hijo
 tu misma frente simple, tu boca, tu mirada,
 y un poco de mis ojos, un poco, casi nada...

Quizá un crepúsculo como hoy que recuerda al otro que exhibía similares matices solariegos en la lejana ciudad silenciosa, habría querido el joven poeta que repitiera en la platense ciudad universitaria de los tilos, diagonales y poesía, cuando aquél encaminaba sus pasos hacia la orilla ribereña del Paraná de siempre cantando con la lira regamolíniana, con la honda al cuello y una caña de pescar, regresando hacia la noche con la mochila encendida de sueños y estrofas, sin haber mojado el sedal ni estirar las tirachinas, ausentes de peces y de pájaros que duermen ya en el nido del río y de los cálidos nidos de regocijos y el latido de vida. O quizá, el reverso de una tarde que muere tras un monte de eucaliptos señeros y cipreses hercúleos, indagando lo que, muchos años después, en un día como hoy, yo habría de tener el santo orgullo de aproximarme a un límpido libro de versos en los altos estrados de la alta academia de esta Universidad platense de las Ciencias Económicas.

“Gracia plena” se intitula el libro en inexorable plenitud de hermosura y canto, de tibio remanso, a pesar de las oleadas callejeras del desencuentro, los entusiasmos y los requerimientos de quienes siguen esperando con fe que amanezcan mejores días para la perdurabilidad y las historias.

Entonces, se lee un libro en el regazo de los momentos y la delectación, inmediato, sencillo y pródigo, tenue y claro, como profundo y prometedor, logrando el fervoroso goce de las medias centurias de un natalicio que no es el de todos los días.

El deleite espiritual de la aventura y de la gracia, pero sobre todo de la moral y de la hermosura, alcanzando los altos planos de la ética y de la estética, hasta que aquel genial Lugones venido de la mediterránea provincia cordobesa devela las incógnitas, más aparentes que reales, del Hermano Luminoso de las Nueve Lunas, de las cuales ya escucharemos devotamente la primera, en la voz de Daniel, que me acompaña desde milenios en estas cruzadas líricas de la fe, de la esperanza y del amor.

Primera Luna

Dejando en mi aposento la lámpara encendida,
salí sin darme cuenta.

Para mis ojos nuevos era desconocida
la calle polvorienta.

Me llenaba la boca, reseca de pasado,
un cosquilleo innúmero de vino repuntado.

Y hecha energía joven, mi lasitud longeva
se estiraba en mis brazos hacia la luna nueva.

Con la cara contenta,
silbando en la vereda lo encontré a mi vecino:
un buhonero alegre que cuando está de venta
canta por el camino.

Me senté sin palabras, como un hijo, a su lado;
cordialmente le puse mi mano sobre el hombro;
y él, viejo inestimado,
se demudó de asombro.

Y aunque nada decía,
con los ojos clavados su pasmo confesaba:
¡ver sonreír al hombre que nunca sonreía!
¡ver a su lado al hombre que no lo saludaba!

Así, bajo la noche, con mutuo regocijo,
nuestra amistad sellamos de aquel extraño modo.
Él todo me lo dijo;
yo se lo dije todo.

Cuando volví dormías. A tu lado, sonriente,
me acosté con el frío que traje del camino.
Y te besé en la frente,
pensando, en mi ventura, que besaba al Destino.

Imaginen o intuyan el viejo, lejano y cercano pago santafecino, de fines del siglo XIX, no muy extraño del Paraná, cerca de la Cañada Carrizal Grande

y de la Laguna Coronda, en un poblado de apelativo Gálvez, fundado quizá, por aquel virrey azteca, o por el otro, don José, el hispano marqués de la Sonora, o en fin, por don Matías o don Luís Gálvez de Montalvo, el señudo escritor español, o cualquier otro que siempre importe, pues allí nació el día de la primavera y día de San Mateo del año de 1899, el poeta de hoy, el que hoy me convoca sin poder disimular la emoción de su vida y de su poesía, de la hermosura de su canto y el ejemplo de su existencia. Y en esa noble población hizo sus primeras letras y residió hasta 1912. ¿Ya estarían en su alma esas nueve lunas de las cuales ya nos deleita Daniel con la segunda?

Segunda Luna

Con el primer ensayo de los grillos
tomé el sendero de continuas vueltas.
Recién cobradas, en mis dos bolsillos
se entrechocaban las monedas sueltas.

Hecha sonrisa por el buen destino,
mi faz contaba una intención traviesa:
llegar a tiempo de comprar el vino
y de poner el pan sobre la mesa.

Salir contigo a recoger la ropa;
bajar contigo las tempranas brevas,
y llenarte una copa y otra copa
con puñaditos de monedas nuevas.

Pero al llegar sin que tu amor me aviste,
ganado el beso de la bienvenida,
te hallé en el lecho demudada y triste
cual si estuvieras por morir vestida.

¡Ah, si algún día en mi habitual regreso,
silbando entrara a nuestra casa abierta,
y al ir en busca de tu casto beso,
con mi destino te encontrara muerta!

El poeta que ya era y el contador que ya vendría, luego en 1961, siete años antes de la partida final, en alguna parte dice el testimonio de que, por ese tiempo, el mejor tal vez de su vida, nace su relato en el género cuento donde

existen nombres para la perdurabilidad, tales como los de Ramón, Juan, Félix, Julián y el de su dulce hermana Ercilia. Aquellas ruinas a extramuros de una iglesia, que nunca tuvo techo, o el observatorio con lechuzones de una chimenea de viejo molino, o una laguna llena de sanguijuelas chupadoras, o en fin, un campo pletórico de pechirrojos y “sonsitos”, junto a un tren que pasa y una mariposa que deposita en el corazón del niño aquel huevecillo del recuerdo y la evocación.

Escuchen la tercera luna del poeta.

Tercera Luna

De un día para otro tu seno estacionado
-remanso con hoyuelo- ha empezado a crecer.
Cien veces me ha sufrido tu pudor agraviado,
y todavía, amiga, no lo puedo creer.

Ruidoso como un niño mi buenhumor contrasta
con tu recogimiento de tímida perdiz;
y con el tono triste de tu reserva casta,
ruidosa como un niño, mi palabra feliz.

Así, mientras me pides con humilde protesta,
para el secreto mutuo mayor intimidad,
yo quisiera vestirme con mi traje de fiesta
y salir a contarlo por toda la ciudad.

Don Gaspare, que así se llamaba el padre, menudo, tenso, nervioso y gran trabajador, como buen “tano”, y doña Ercilia, su madre, que como todas ellas de entonces y siempre propensa al llanto, buenamente sonreía, mientras el padre “muratore”, y el poeta siempre niño adivinaba sus estrofas, aunque oficiaba de peoncito en sus horas libres.

Esas almas ya acunaban esas lunas, de las cuales, ustedes ya están, ahora, con la cuarta.

Cuarta Luna

En su viejo carrito de dos ruedas
la moza trajo los bizcochos frescos;
te miró de reojo la cintura,
y se fue sonriendo.

Con la vasija para el vino tinto
salí tras ella en dirección al pueblo;
la alcancé en siete puertas, ¡y la pobre
ya lo estaba diciendo!

Por la calle volví con un amigo
hablando sólo del amor materno;
pero de pronto me quedé confuso:
¡se lo estaba diciendo!

Amiga, de qué valen tu recato
y mi palabra de guardar silencio,
si en ti ya lo descubren y yo mismo
¡a todos se lo cuento!

Sal a la puerta para ver la gente,
camina por el sol, ponte en el viento,
que lo que ha de venir para mi dicha
¡ya se te ve en el cuerpo!

Entregada al orgullo de mi brazo,
deja por fin la sombra de mi techo,
que a los ojos del cielo y de la tierra
será santo tu aspecto.

¡Y aunque pocos comprendan la grandeza
de lo que estas haciendo,
a la vista de todos, sin palabras,
te pasearé en el pueblo!

Esas callejas de la lejana población, pueblerina estancia sin cuidados y sin alternativas de cualquier calle, encrucijada o camino, de inefable felicidad y descuidada armonía interior de los espíritus, habrá logrado el encendimiento de una noche, tal vez, con la fulguración de la quinta luna que la tendremos en la voz de Daniel.

Quinta Luna

Con ojos de alfarero alucinado
sigo el cambio sin prisa de tus senos,

porque son como vasos milagrosos
que se levantan a un divino fuego.

Y en verdad que tu vientre primerizo,
ni blanco ni moreno,
calladamente se deforma en cántaro,
a la presión continúa del misterio.

¡Ah, si me fuera dado referirte
lo inexplicable que en el alma siento,
y hacer de modo que tu angustia santa
se te vuelva alegría todo el tiempo!

Mujer, en el secreto de tu carne
es mi destino el que se está cumpliendo;
y por eso sonrío a tu sonrisa
y sufro sin querer tu sufrimiento.

¡Y soy como un pastor ante su tierra
-que mi tierra es tu cuerpo-;
pastor que canta o que en la plaga llora
con lo brazos abiertos!

Ah, poco a poco, como un niño triste,
de extraño mal me moriré en silencio,
si lo que llevas, que es mi propia viña,
te lo destruye el viento.

Pasó rápidamente la escuela fiscal elemental que luego la nominaron “Simón de Iriondo”, y sobre todo, lamentablemente, pasó la niñez que no siempre regresa en el hombre común, como pasó también su ciudad natal de Gálvez para iniciar, en 1912, su encuentro en Rosario con la Escuela Superior de Comercio, en la que, además de comenzar a saber del francés y del inglés, logra graduarse en estudios comerciales.

¿Cómo es esto de lo mercantil en el alma de un poeta que nació poeta?. Quizá, se pueda comenzar la investigación, si ya se aprecian las estrofas de la sexta luna del poeta.

Sexta Luna

El mismo día que lo supe todo
con esta Biblia regresé del pueblo,
y la empezamos a leer felices
a la rojiza claridad del fuego.

(Lía la grácil y Raquel la hermosa;
la paloma y el cuervo;
cautivos pálidos, guerreros hoscos
y faraones negros.

Abisag y David. Jephthé llorando.
El Jordán y el Mar Muerto.
La voz de Dios en las llanuras calvas,
y un pueblo y otro pueblo).

Y he aquí que al entrar, como una luna,
en su sexta figura tu misterio,
leo el último salmo del profeta
y te contemplo ante el primer proverbio.

Ah, tú que tienes la suprema dicha
de llevarlo en el cuerpo:
aprende la palabra de los santos,
y háblale luego con el pensamiento.

Cuéntale siempre este remoto drama,
háblale a solas de este antiguo ejemplo,
y deja que la arena de las horas
caiga sin ruido en el reloj del tiempo.

Así, sin esperarlo, ante tus ojos
blancos de fe, se detendrá el momento;
y en el alma tendrás, recién oída,
la voz del Evangelio.

Después, rama quebrada, con alivio
descansará tu cuerpo,
y al lado de la rama, el fruto hermoso
caído a tierra por la ley del viento.

Y ante los dos, como Melchor el mago,
mi corazón venido del desierto.

Pero pronto será que comience, en realidad, el exterior del poeta, virgiliano y habitante ya del Parnaso, igual a muchos, pero distinto de todos, pues hay un solo Homero, un solo Lugones y un solo Virgilio, como uno solo que ya cante, simultáneamente cuando comienza el “contador”, algo mucho más que el entonces “tenedor de libros”, que contemporáneamente llamaban en las zonas rurales “El escribano”, porque escribía, no libros, sino en los libros. Y aunque en los pagos rosarinos fue mensajero de cerealistas, esto no fue óbice para aprovechar las noches de estudios hasta lograr la graduación de contador en 1916, lo que le facilitó obtener el puesto de tal en la firma Darwin Bohé & Cia., en la población santafecina de Juncal, al sur de la provincia y a pocos kilómetros del arroyo del Medio que limita con la de Buenos Aires. Y al año trasládase a San Carlos Norte, cerca de la capital santafecina y del Paraná, trabajando para la firma Fabre Hnos., para luego, en 1919, radicarse en San Pereyra, trabajando también como contador en la firma Alejo Chautemps.

¿Y el poeta? Vean ustedes los sigilos y rastros que les deja la séptima luna, en la voz de Daniel.

Séptima Luna

Frente a frente en la mesa, que es un humilde altar,
hablamos en voz baja del que está por llegar.

Sobre la tinta verde del hule de la cena
la lámpara proyecta su tibia luna llena.

Y una penumbra suave refleja en toda cosa
la flor iluminada de su pantalla rosa.

Cortado del diario que nos llegó en el día,
el molde sufre el peso de la copa vacía.

Molde de camisita en el papel conserva,
casi todo el dibujo de un pastor en la hierba.
¡Molde de camisita con una historia trunca,
y la palabra siempre, y la palabra nunca!

Caído de tus manos, el ovillo de lana
estira hasta la puerta su purísima cana.

A tus pies duerme el perro, y a mi calor, liviano,
el libro recibido de un poeta lejano.

¡Libro de adolescente, libro desconocido,
en mis rodillas juntas como un recién nacido!

Y he aquí que te digo: -Si tal es tu querer,
también, por tu alegría, yo lo espero mujer,

Pero que siempre sea dulce de condición;
no importa, amiga mía, si mujer o varón.

De modo que en sus manos, ya de José o de Marta,
el pan se subdivida y el vino se reparta.

Aunque después los otros, en un olvido cruel,
sirvan el pan sin ella o el buen vino sin él.

Así, sencillo y bueno, sencillo y sin fortuna,
será de los que tienen su símbolo en la luna.

Que la luna noctámbula, en su piedad remota,
es moneda de todos, y casi siempre rota.

El 26 de marzo de 1920 casa con una única mujer de su vida: Elena Chau-temps, con la que tiene cuatro hijos: Omar Tulio (17 de marzo de 1921), José María (en 1925), Juan Carlos (el 14 de mayo de 1928) y Ana María (el 6 de agosto de 1930). Luego del servicio militar con alta de abril de 1920 y con la baja del 11 de abril del siguiente año, se radica en Esperanza, una premonitoria localidad santafecina, cerca de Cavour y de la capital, esperanzada ciudad aludida por el poeta como su “patria chica” e ingresa a la fábrica de arados de Nicolás Schneider (h) de la que egresa en 1955 para jubilarse como contador, profesión a la que le fue tan fiel como a la poesía, pues con aquélla obtuvo los recursos para amadrigar buenamente al poeta que había nacido antes que el profesional de los ábacos, de los debes, de los haberes, de los inventarios y avalúos, de los balances y mensuras contables. De la

poesía nunca se jubiló. Ni siquiera, después de muerto, pues allá, aún, puede escucharse su lira, si Uds. aprecian la siguiente luna, la octava.

Octava Luna

Ya no sales conmigo cuando parto
ni vienes a mi encuentro cuando llego.
¡Andas con tu rubor de cuarto en cuarto,
pájaro triste, animalito ciego!

Andas... Y santifica nuestra casa
la presencia de Dios en tu fatiga,
como hace grave nuestra cena escasa
la simple vestidura que te abriga.

Y al verte muda, vacilante, opresa,
siento en las manos un temblor divino,
que se acrecienta si al tender la mesa,
sobre el mantel se te derrama el vino.

Por eso adquiere en mi temor cristiano
un suceso común, hondo sentido:
la copa que se cae de tu mano
o el clavo que desgarró tu vestido.

Y a remorderme en esta vida nueva,
viene un recuerdo y otro del olvido:
la cría inerte que ultimé en la cueva
y la paloma que atrapé en el nido.

Y cada vez que tu aflicción callada
te deja en algún sitio recogida,
mis ojos ven en ti, transfigurada,
la liebre madre que maté dormida.

Desconozco si en el cielo de la poesía haya aparecido algún contador, o en la pléyade de los profesionales de las ciencias económicas un poeta, pero en mi larga docencia de más de cinco lustros en esta unidad académica, siempre he visto muchas caras jóvenes con miradas preocupadas en

las cosas de las ciencias, de los conocimientos y en las del saber; pero, esas mismas miradas no podían evitar la sorpresa y cierta delectación cuando yo dejaba, y aún, dejo deslizar tropos, metonimias y metáforas entre los fríos conceptos de una disciplina jurídica tan noble como el derecho del trabajo y de la seguridad social.

Cuando este contador escribe su famoso “Lunario santo”, que yo osadamente llamo “Las nueve lunas”, esa lírica enéada de los nueve meses maternos, hace decir nada menos que al insuperable Lugones, simplemente esto:

Que “se trata de una obra de arte de una belleza y ternura jamás superada en nuestra lengua cuando escribe “Las nueve lunas” y que las incorpora en un libro titulado **Gracia plena**, que edita en 1925, seguramente ha sido concebido durante las nueve lunas de Omar Tulio o de José María... queda esto en la conjetura”.

Si Lugones dijo esto hace casi ochenta años, yo digo, salvando muchas distancias y leguas, que dicha obra de arte, hoy en el año 2003 del cincuentenario de esta facultad, es o continúa siendo la misma obra de una belleza y ternura, aún no superada ni aquí ni en otros países.

Y si la gloria, como dice el poeta, no es más que un verso recordado, escuchen ahora el eminente ejemplo de la última y novena luna en la voz de Daniel, a quien agradezco su talentosa colaboración y enjundia.

Novena Luna

Dos cartas iguales escribí en la noche
para dos ausentes: tu madre y la mía.
Las madres salieron de distintos puntos
y llegaron juntas al caer el día.

Mi madre, del campo, con su cochecito;
la tuya, de lejos, en veloz carruaje;
una con mantillas que compró en el pueblo
y otra con un gorro que tejió en el viaje.

Llorando, en la puerta, me besó tu madre;
llorando y riendo me abrazó la mía;
y yo, como niño que no sabe nada,
lloraba con ellas o me sonreía.

Entraron a verte las dos madres juntas.
En la puerta, solo, me quedé parado.

Y esperé el suceso como si tuviera
que verlo en el fondo del camino andado.

Levantóse polvo. Vi en la nube un punto.
Vi en el punto un niño. Vi en el niño un hombre.
La nube de polvo se elevó hasta el cielo.
Y alzando las manos pronuncié tu nombre.

Queridos académicos, alumnos y amigos: Cuando Lugones cumplía sus 62 años de vida, es decir, el 13 de junio de 1926, escribió el enjundioso prólogo a “Gracia plena”, titulado “El hermano luminoso”, estampando un párrafo sublime que dice:

“Qué saludable alegría de encontrarlo y poder decir, sólo con poner a la vista sus versos: he ahí un luminoso hermano que acaba de llegar”.

Y el autor de la “Guerra gaucha” concluye con esta verdad y hermosura diciendo de este hombre:

Es un gran poeta de la patria.

Y en un día como hoy, con enjundias de grávidas elocuencias de misteriosos nacimientos y latidos, de simples y sencillos versos, así como de palideces y otras ensoñaciones de crepúsculos, riberas, riachos y aves de suaves cantos y madrigales, me encuentro ya en la salida de esta casa de estudios con alguien que me aguarda en la vereda, sonrisa leve de su leve cara, y una vez que descendí las escaleras de la calle 6, me detengo frente a él y le digo:

-Yo soy Atilio Milanta, gracias amigo poeta. José.

Y el me responde:

-Yo soy José Pedroni, gracias a usted, Atilio, poeta y amigo, por haberme tenido presente en su austera clase de la media centuria de la facultad y a mí, modesto trabajador de la contabilidad... Y además poeta, como usted.

XXXIII

REMEDANDO AL GENIO EIN LITERARISCHER SPAB

¡Qué palabrejas! Lo cierto es que el genio, Johanes Chrysostomus Wolfgang Gottlieb (Amadeus), también llamado el “Angel Mozart”, de quien, el pasado 27 de enero de este 2006, cumpliósse el un cuarto de milenio de su natalicio, escribió una obra titulada “Una broma musical”; y aquí remedando va lo de “Una broma Literaria” (que no sé si de broma tiene algo, o si de literaria le resta un menos).

Uno de los poemas refiere a la obra del genial músico (su título: Ein Musikalischer SpaB; con una dedicatoria, también en tedesco que dice: für mein Kater Serapio, un bueno y hermoso gato amarillo enterrado en casa, que murió muy viejo). Y el tal poema hace referencias que, para sintetizar, transcribo fielmente a renglón seguido.

La espumadera y la sartén, a toda orquesta
como testigos invisibles de las bestias,
la ocasión y los sucesos.
El estómago radiante como un enorme pulgón
entremezclaba aromas y hedores,
bálsamos, liturgias, ácidos, almíbares y toxinas.
Tortugas, cururúes, rococos y malvones.
Todo un pluvial de verbos y los peores
sustantivos que crecieron en los bajos.
Mientras, cerca, el polvillo
impregnaba la visibilidad y los suspiros,
un tenue vaho descende ahora de la encina
-iperdón, quise decir cocina!-, despabila
al felino que continúa soñando los últimos
acordes de un chanza musical de Wolfgang.

El bueno de Miguel Julio Perret, con su reconocida solvencia o probidad humanística, con fotografía de tapa, en el suplemento Cultural del matutino

nicoleño “El Norte” del domingo 18 de agosto de 2002, dejó impregnada de seriedad una broma que no fue broma, bajo el título **Atilio Milanta al encuentro de su identidad**.

El entusiasmo creador se manifiesta, por lo general, desde la sugestión o fascinación de los estímulos sensoriales. Ein Literarischer SpaB, puede considerarse como una paráfrasis, una explicación anticipada de las treinta y una composiciones que abarca el poemario recientemente presentado por Atilio Milanta, cuyo título está inspirado en una broma musical del genio de Salzburgo (Ein Musikalischer SpaB), según acotaciones del autor, transmitidas no por casualidad por el músico compositor, Atilio Milanta(h).

Al leer este poemario, se advierte el vigor y el rigor de un oficio que el autor conoce bien y maneja con seguridad. De inmediato se impone un estilo que se vincula con la más genuina poesía de nuestro tiempo –Gelman, Molina, Brughetti, Mujica- en cuanto adopta una concepción de pertenencia que preside casi todas las composiciones, conceptualizando lo propio, sus experiencias intelectuales y espirituales, el tono decidido de una generosa entrega al encuentro de su identidad, que Milanta viene dando cuenta desde sus actividades privadas y públicas, a través de un trazo exultante, sin desligarse del apego de testimoniar su pensamiento de corte racional, impelido por gestos amplios que nunca se quedan a mitad de camino, superados los estigmas del nihilismo y el prurito de la disolución como destino del ser, un tema tratado “in extenso” por Gianni Vattimo.

Inmediatamente se impone una visión que lo vincula con el destino del hombre. Su escritura se abre paso para revelar una actitud interior, en sentido recto, nunca oscilante, capaz de sugerir una atmósfera trascendente, habida cuenta de una indagación profunda respecto de las intenciones de cada palabra, las que evidencian una opción legítima por un camino que parecería reanudar continuamente: “aún nos queda algo para el arrepentimiento/para el padrenuestro diario”; “continuamente por la ruta del dolor intentando sacarnos/ la cruz/ que creemos inmerecida”; “Pronto abandonamos todo y desandamos el camino”; “E iniciado el viaje/ nos sorprende el sueño/ olvidando el rosario que tenemos en las manos”; “hasta que despertamos al llegar a destino/ (una manera de decir lo que ignoramos)”.

En su poesía, hay una combinación de zonas explícitas que se integran y complementan por medio de un registro particular, notándose la alternancia de sintagmas de manifestación muy vivas con otras de lacerante pulcritud, de justa armonización, que surgen de estallidos interiores, tras persistir en ciertos temas que le preocupan sobremanera: el paso del tiempo y el llegar a destino, al templar la cuerda sensible que posibilita un acercamiento a

las regiones más sutiles del intelecto.

Las poesías “Cautiverio” y “Profesión”, son un claro ejemplo de estas apreciaciones: “Todavía seguimos el camino/ sembrado de sorpresa y torviscos.// Aunque sabemos que al final de él/ o en cualquier recodo del mismo/nos punzará como una araña el estilete agudo y frío /del que ambiciona ocupar nuestro lugar/sin que supere nuestro vuelo” (...) “Así la emprendemos cada día en que el amanecer/ nos convoca al consuelo de ese sueño que dejamos/ almidonado en el olvido del corazón”.

Mas allá del talento de explicitación que el poeta pueda tener, de esa mística del verso, en la obra de Milanta se da un proceso de comunión dentro de un contexto de “lirismo vehemente” que define un accionar sincero por medio de un juego de palabras que conducen a su innegable facultad de discurrir y develar, ya que su mirada parece encontrar siempre el vocablo oportuno, ajustado a los requerimientos de una pluma cuidadosa y expansiva. A propósito anotamos estos versos del poema “Mínima mismidad”: “Vengo de lejos. Nicoleño y fuerte,/ seguro de madera y de camino, / trayendo en la ocasión, junto a su vino,/ otra luz que en mañana se convierte”.// “Y en tardes de pradera o de poesía/ unas sílabas más, o algunas menos,/ dibujan en vocablo el nuevo día”.

Un renglón aparte merece la poesía “Ein Musikalischer Spab”, del que se origina el título del libro. Aquí notamos que el poeta, algunas veces, no toma las cosas en serio y entre las aventuras y desventuras, sostenida por sustantivos de todo tenor y escasez de verbos, consigue una expresión plena de humor avalada por segmentos de intimidad cotidiana y no cesa de sorprender por su habilidad de suscitar bromas en clave de graciosos equívocos: “La espumadera y la sartén a toda orquesta/ como testigos invisibles de las bestias,/ la ocasión y los sucesos. (...) un tenue vaho desciende ahora de encina/ - ¡perdón quise decir cocina!-, despabila/ al felino que continúa soñando los “últimos/ acordes de una chanza musical de Wolfgang”.

Por otra parte, es de considerar, que el autor, en ningún momento apela a las alucinaciones obsesivas de la sinrazón. No está en conflicto con la ironía ni con lo establecido. Aún así, pretende sin ataduras conceptuales, entrever desde ángulos móviles, entre lo consagrado y lo inoportuno, sin excluir la posibilidad de acercarse a una crítica positiva capaz de hacer variar un punto de vista. “Del tiempo y la zozobra”, es una poesía que contempla estas antinomias: “Qué extraño todo eso, cuando las cátedras/ continúan proclamando la libertad,/ la justicia, la paz y la salud,/ La seguridad, la moral y la belleza./Cuánto desatino junto para un acorde disonante/ en el chiste de Amadeus con su chispa y su rutina”.

Con ojo avizor, Atilio Milanta armoniza las disonancias, una paradoja

que alude la identidad y le permite escribir el poema “Ser como los demás”, del que apreciamos su prosapia verbal: “Nunca supo de lo que dejó aquí/ aunque ser sin los demás/ es un modo extraño de andar tan solo por esos mundos/ como parecerse a sí mismo/ sin concordia, sin humor, sin tregua, sin acíbar,/Ni siquiera con un resto de tímida osadía para explorar el suspiro del cielo o los ayes del averno/.

“Entre casa” es una composición que se concreta entre lo descriptivo y lo narrativo, por eso tiene un carácter prosaico en cuanto detalla algunos momentos de la vida del poeta, como trasfondo de una visión existencial donde lo objetivo no desmerece las revelaciones de la realidad: “El poeta recorre las habitaciones y luego riega/ la maceta en un rincón del patio” (...) “Cuando viene el crepúsculo llega a su escritorio/ donde le espera la lámpara, que enciende/ cerca de unas cuartillas que están sobre la mesa”.

El ejercicio de escribir un poema conlleva el acto de explorar y meditar, parece decirnos el autor, dos funciones simultáneas condicionadas por el universo en que vive, segregado por la atmósfera que deslinda el aquí y ahora de lo temporal, en un espacio enigmático que puede dispersar sus propias aproximaciones, sin hacer concesiones fáciles ni dejarse por abrumadores efectos, como bien lo sugiere el poema “Satélite”: “Todo hombre tiene el suyo/ hasta que advierte ser de otro./ Y no son pocos los que son de los demás./ Así, el hombre camina en torno/ de astros y soles que no son tales./ Ni aún en la historia”.

Un poema de rara intensidad es el titulado “Blanco equino”. Con aire melancólico, el poeta se entrega a una serie de cavilaciones, una manera condescendiente de conjugar la plástica con la música, produciendo una relación adecuada entre la naturaleza y la meditación honda. El eco musical y el paisaje cotidiano, nos transportan a una zona de cálida intimidad y conmovedores hallazgos: “Habría quedado en el silencio de la calle,/ sin beber ni comer, sobre la vereda,/ desde la noche de Pascua (...) Sólo se oía el andante de Amadeus/ en el suspiro de ese árbol sobre su testa”.

Es cierto, una poesía de Milanta, estimula una catarsis para el lector, puede molestar o seducir, pero nunca desencantar y dejar de sorprender por la captación de un sujeto lírico invulnerable a los devaneos de un “gusto” vulgarizado. Se aleja de los compromisos estéticos apoyado por una consigna que desdeña toda factura oportunista que, en el peor de los casos, podría devenir en intereses editoriales de dudosa integridad, en el contexto de la mercantilización planteada por la pregunta implícita que encierra la pulsión del momento, lo cual según Jean F. Lyotard, se caracteriza por una cultura que tiende a sublimar lo eficaz y lo vendible, pero, positivamente, éste no ha sido nunca el objetivo de Milanta.

La nota de tapa posterior que firma Raúl Marcelo Cheves, director de la Editorial Policial de la Pcia. de Bs.As (La Plata), que publicó el libro comentado, configura una justa valoración de las aptitudes del doctor Milanta: “En este libro encontramos la simpleza y a la vez superlativa visión de un hombre que está de vuelta, sobre la vida, el amor, la tolerancia como la humanidad, virtud que solo tienen los grandes”.

Un final “a toda orquesta” (Amadeus mediante) corona el libro porque el autor ha tenido el buen tino de incluir un vocabulario de locuciones, voces y nombres que aparecen en el texto.-

XXXIV

LA CASA DE DON JOAQUÍN

De modo similar a cuanto sucediera con el libro comentado anteriormente (Cáp. XXV) sobre la primera centuria del primer proyecto laboral (en serio) elaborado por el riojano gonzalino, así también sucedió, lamentablemente, en el año 2005 celebratorio del centenario de la fundación de la Universidad Nacional de La Plata por su primer presidente don Joaquín V. González. Ya que ninguna unidad académica ni cátedra atrevióse u osó (de osadía), como Dios me iluminara a mí para dejar testimonio escrito, aunque sintético, en un “librito” modesto y noble de apenas 160 páginas que intitulé (al mejor modo gonzalino) así: **República Científica Platense** y que vio la luz en el mes de mayo de dicho año (2005), anticipándome un tantico al día de la suscripción de la mentada “Ley-Convenio” (el 12 de agosto). No puedo ni debo, aunque quisiera, “advenir” a algunos temas incorporados al volumen; y sí, leal con mis atrevimientos y osadías, mencionar uno solo, que es el que trata de los símbolos patrios de la República Científica, pues, sin pedirle permiso a Don Joaquín, y luego de aludir al escudo y sello mayor, así como a las dos emblemáticas hojas de roble y al injustamente olvidado himno de la Universidad (letra de Arturo Capdevila y música de Carlos Lopéz Buchardo), yo (y no otro) “metí” (ps. 46/47) un cuarto: la **Lección de Optimismo** (palabras pronunciadas por el fundador el 18 de septiembre de 1918).

Y seguidamente, el resto o parte de cuanto queda, lo dejo en el trabajo titulado **Una investigación reveladora**, cuyo autor (Miguel Julio Perret) publicó en el matutino nicoleño “El Norte” (Suplemento Cultural del sábado 2 de junio de 2005) y que dice así.

Al laborioso camino emprendido desde hace tiempo por Atilio Milanta en el campo de la cultura, hay que agregar un nuevo eslabón, su libro reciente: **REPUBLICA CIENTIFICA PLATENSE**, cuyo introito, a manera de presentación, del Comité Interdisciplinario de Publicaciones y Especialidades Ecdóticas del Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura Leopoldo Lugones y de “Dei Genitrix”, expresa: “Nos ha declarado (el autor), que este

pequeño volumen de hoy es sólo un homenaje a esa institución universitaria o república científica platense y no tanto un enjundioso libro de investigación histórica o de similar alcance científico, sino la modesta gratitud de un humilde artesano del derecho y de la cultura (literaria y poética). Pero, nosotros debemos decir que si este volumen no agrega nada, sin embargo, significa mucho, pues a través de sus páginas, se revela y advierte lo tanto que el autor ha dado a la Universidad desde hace más de sesenta años en que ingresara a ella, subiendo la escalinatas de la calle 7 de La Plata, para dar su ingreso en Abogacía (1946)”.

En primer lugar, se hace una escueta reseña de la fundación del Instituto Literario Horacio Rega Molina, el 10 de julio de 1989, al cumplirse el nonagésimo aniversario del nacimiento del eminente poeta, designándose director de la referida institución al Dr. Atilio Milanta y del órgano editor “*Dei Genitrix*” (sin fines de lucro), que iniciara sus actividades en la misma fecha, editorial que ha llevado a la imprenta ochenta y tres volúmenes, citándose a sus autores, como así también, a los colaboradores permanentes. Le sigue una reflexión sobre Horacio Rega Molina y la singular iniciativa del instituto que lleva su nombre, de lograr que el municipio nicoleño sancionara la ordenanza 4152 del 27 de junio de 1996, por la cual se declaró el 10 de julio, fecha de nacimiento del escritor y poeta nicoleño HRM, como el día de la Cultura Nicoleña.

Una ajustada biografía de Atilio Milanta que firma Sergio Romano, da cuenta de la diversidad de géneros que cultiva el autor; sus innumerables escritos y de su actuación en el campo literario, científico, cultural y de bien público.

En la introducción de la primera parte, República Científica Platense, que da título al libro, el Dr. Milanta hace constar lo siguiente: “Este breve libro de hoy no es más que respeto, gratitud y homenaje, con fe, esperanza y caridad (amor), las tres virtudes teologales que permanentemente trato de hacer realidad en mi diario y humilde comportamiento humano. Además, no existen palabras prohibidas; ni menos, nombres, así como proscripciones de ninguna especie”. II. De la prehistoria; III De los símbolos patrios de la República Científica; IV. En este capítulo, se ocupa de la obra de educador de Joaquín V. González y notas aclaratorias sobre el Museo, el Observatorio Astronómico, la Biblioteca Pública, y de las Facultades, Escuela; Institutos y Academias que conforman el amplio espectro que la Universidad ofrece con legítimo orgullo V. De la designación republicana y de sus conductores; VI. Entre sus acertadas “Conclusiones”, considera que “González, al igual que Rocha, también masón, fueron lúcidos y no renegaron de su acendrada educación cristiana. Al igual que éste, González fue un idealista, quizá y por

momentos, hasta utópico, no un ideólogo. Allí y así considero a Lugones. Otro de los mayores personajes de la intelectualidad nacional, no superado aún por nadie. Ni por ciertos figurones que aún están de moda”.

En la segunda sección: Parte documental e informativa, incorpora estas referencias: A-Nómina de personalidades, científicos, catedráticos y demás colaboradores que fueron y siguieron siendo protagonistas de la R.C.P. (entre otros, lejanos o no, citados circunstancialmente) así como entidades de las ciencias, la historia, la cultura y el bien público que fueron y están con ella. B-Fotografías y otros testimonios gráficos; C-Addenda sobre el trabajo decente; D-Biocronología de Joaquín Víctor González; E-Post Scriptum-Disertación (31/03/05). En este tramo resalta, una vez más, su admiración por “Don Joaquín y Don Leopoldo; dos intelectuales nada fácil de igualar en Argentina”; F-Bibliografía.

El autor adopta en todas estas obras, R.C.P., un punto de vista sobre los acontecimientos individuales y colectivos que abarcan una diversidad de elementos, cuyo interrelación resulta evidente. Su escritura manifiesta una permanente disposición para encauzar sus exploraciones, sin valerse de remanidos atajos. Se percibe, además, una prosa de matiz periodístico, que busca con insistencia la palabra precisa, no como recuerdo, sino como una bien entendida vía de no aminorar la dimensión de los hechos que se evocan. Resulta elocuente que su proyecto tiende a la recuperación de esas vivencias que el tiempo dispersa sin piedad.

Indudablemente, Atilio Milanta, hombre de mente despejada y probo escritor, ha cumplido un número estimable de desafíos, cuestiones que la realidad es parca en discernir frente al esfuerzo tenaz y el pensamiento concertados, dando fundamento a las hipótesis planeadas por medio de una investigación reveladora.

XXXV

RENOVADO LOGRO BIOGRÁFICO

Dice de mí el escritor Perret al comentar el t. III de **Abogados poetas**, tema que, con no menos osadía y atrevimiento (de mi costumbre), un día decidí hacerlo por varias razones o motivos. Uno solo basta y sobra para la levísima introductoria al capítulo. No tanto porque yo haya sido diplomado de abogado en 1954 cuanto por el hecho de haber “militado” en las comisiones de cultura del Colegio de Abogados de La Plata, ya desde la presidencia del recordado Alfredo Galletti, siguiendo por las de Trigo Represas, y finalmente, por la de Juan Carlos Simoncelli. En efecto, durante la presidencia de este último, y entre los actos celebratorios del Día del Abogado en 1994, el primero de septiembre de dicho año diserté en el Salón de Actos de la entidad de La Plata sobre el tema “Abogados Poetas” (Amalia Alcoba Martínez; Alberto Alfredo Casey; Gustavo Alberto García Saraví; Guillermo Lapalma; Juan Carlos Mena; Alberto Mendióroz; Hugo Enrique Mendióroz y Estanislao de Urraza), todos fallecidos, según lo escogí yo por ciertas razones de evitarme autoincluirme y, más que nada, por los apretujones de muchos “vivos” que querían o pretendían entrar en el ruedo. Y se publicó ese Tomo I en el invierno de 1996. El segundo tomo de similar título fue la edición de una disertación que el mismo Colegio me invitara a pronunciar por análogas razones; y la misma comenzó con estas palabras: “En la ciudad de La Plata, Capital del Primer Estado Argentino, en el Salón Auditórium del Benemérito Colegio de Abogados, en la semitarde del Día lunes 25 del mes de agosto del año 1997, Año del Cincuentenario de la Ley 5.177, reunido el Supremo Tribunal de la Diosa Themis para considerar diversos aspectos de ciertas personalidades no siempre bien tenidas en cuentas y consideradas debidamente en su integral aspecto de hombres de la palabra jurídica y en la de la poética, además de la política, la escritura científica, periodística o literaria, entre otras inquietudes enaltecedoras de los elevados y lúcidos espíritus, reunido, se repite, el aludido Tribunal, ante el no menos Supremo Tribunal del Pueblo, que ocupa hoy el recinto destinado al público (y que será

el postrero que, en imaginario recurso de reconsideración o apelación, diga la última palabra) y, luego de una serie de consideraciones, quedó resuelto y establecido, por ante mí, Actuario y Abogado impulsor de este proceso promovido por el Honorable Consejo Directivo del Colegio de Abogados, lo que a continuación sigue”... Y me ocupé en la sesión, asimismo, de los siguientes “letrados” (léase “abogados”) muertos: Leandro N. Alem; Ignacio B. Anzoátegui; Matías Behety; Arturo Capdevila; Juan María Gutiérrez, Vicente López y Planes, Angel Mazzei, Nicolás Semorile y Luis Ramón Soria. Como en el caso anterior, por orden alfabético. Editóse dicha disertación en el tomo II de **Abogados poetas** (invierno de 1998).

Y en el mentado tomo III, editado en febrero de 2004, luego de una escueta explicación sobre mis disertaciones de distintas fechas del año 2000 (18 de abril, 13 de junio, 10 de agosto y 18 de octubre), reuní el material, también por orden alfabético de los abogados poetas fallecidos siguientes: Marco María Avellaneda; Mario Bravo; Mario Busignani; Mario Calí; Bernardo Canal Feijóo; Joaquín Castellanos; Pedro Mario Delheye; Andrés Chabrilón; Juan Chassaing; Matilde Creimer; Macedonio Fernández; César Fernández Moreno; Juan Filloy; Ginés García; Oliverio Girondo; Joaquín Víctor González; Enrique Larreta; Mario Marcilese; Alfredo Martínez Howard; Carlos Francisco Melo; Adolfo Mitre; Artemio E. Moreno; Pedro Miguel Obligado; Calixto Oyuela; Horacio Ponce de León; Carlos B. Quiroga; Horacio Germinal Rava; Luis Reyna Almandos; Enrique Esteban Rivarola; Baldomero Juan Valera; Rolando Glauco Venturini y Emilio Zolezzi.

De este libro, dejo ya la palabra al aludido **Renovado logro biográfico de Atilio Milanta** del escritor nicoleño Miguel Julio Perret, publicada en la sección Cultural de “El Norte” de San Nicolás, el domingo 23 de mayo de 2004, que dice así:

Después de la publicación de *Abogados y Poetas* (Dei Genitrix; La Plata, 1996 y 1998), Atilio Milanta nos ofrece ahora el tercer volumen de esta serie, **un matizado mosaico de hallazgos y agudeza de percepción** en torno a treinta y dos abogados poetas argentinos, en el que **desgrana una apretada síntesis** que marca la trayectoria de sus vidas ligadas al quehacer poético.

Presenta, ciertamente, una visión panorámica producto de **constantes lecturas y acopio de datos** –marcada por un periplo abarcador de distintas provincias– de autores que “fueron abogados y poetas y viven con el Señor”, no sin aclarar en las páginas liminares que el contenido de estos trabajos es el producto de las disertaciones con que el Colegio de Abogados de La

Plata, justamente con el Instituto Literario Horacio Rega Molina, ha rendido homenaje a los abogados poetas, dando a la imprenta escuetas biografías y una sucinta ejemplificación de la producción en verso de cada una.

En un **afán loable de perpetuar** en el libro el verbo poético, Milanta recorre los antecedentes más destacados de las personalidades biografiadas. Para cumplir su propósito, **hace referencia en grandes rasgos** “a la gente de la abogacía” que ha desarrollado paralelamente a su oficio, el arte de componer versos, siguiendo el orden alfabético por apellido.

Toma como base la vida documentada de los autores, sus poemas, tendencias, testimonios y valoraciones, premios y honores recibidos, dando unidad orgánica a: Marco María Avellaneda, Mario Bravo, Mario Busignani, Mario Calí, Bernardo Canal Feijóo, Joaquín Castellanos; Andrés Chabrilion, Juan Chassaing, Matilde Creimer, Pedro Mario Delheye, Macedonio Fernández, César Fernández Moreno, Juan Filloy, Ginés García, Oliverio Gironde, Joaquín Víctor González, Enrique Larreta, Mario Marcilese, Alfredo Martínez Howard, Carlos Francisco Melo, Adolfo Mitre, Artemio E. Moreno, Pedro Miguel Obligado, Calixto Oyuela, Horario Ponce de León, Carlos B. Quiroga, Horacio Germinal Rava, Luis Reyna Almandos, Enrique Esteban Rivarola, Baldomero Juan Valera, Rolando Glauco Venturini y Emilio Zolezzi.

Una prosa fluida, de ajustada escritura, da cuenta de la noble tarea del autor, mediante **agudos detalles** que transmiten una acendrada convicción por lo que nos ha brindado: un renovado logro biográfico. La página 14 contiene la composición “Mi bandera” (Aquí está la bandera idolatrada) de Juan Chassaing, no por olvidada menos esclarecida; sin duda, **un hito** de este volumen.

Al final del libro comentado, Atilio Milanta se explaya en esa promesa: “Concluyo esta prieta revista de las sesiones aludidas al comienzo de los abogados poetas, dejando para una próxima oportunidad ocuparme de otros que engrandecieron o prestigiaron la constelación de la toga y de la lira, del Parnaso y del templo de Themis. Y sin que pueda agotar la lista de los abogados poetas, que viven en la otra dimensión, intentaré con la ayuda de la Providencia, iniciar la otra revista de los abogados poetas, la de los que aún están en esta vida”.

XXXVI

DE LOS TRES CHIQUILLOS (O “CHICUELOS”) QUE NACIERON CASI GEMELOS Y DEL PERIODISTA FUN- DACIONAL

A mediados del año 2000 dieron a luz (cuasi gemelos) que traigo aquí por ellos y por ciertos afortunados aniversarios. Me parece mejor identificarlos o individualizarlos por cuanto fueron y, aún, representan para La Plata.

1

Una mujer ejemplar: **Nelly Alfonso**

El primero de los tres (pequeños) libros anticipa en tapa lo siguiente: **Nelly Alfonso (1908-1977) en el XXXVIII Aniversario de la SADE platense**, dedicado a la incomparable “Nelly” y a cuantos me acompañaron, a su turno, en mi cuatriena gestión presidencial de la SADE platense (1973/75 y 1975/77): Andrés Homero Atanasiú, Josefina de Barilari, Manuel Bejarano, Horacio Castillo, Enrique Catani, Vilma Ethel Ciapparelli, Mario Cintora, César Corte Carrillo, Alcides Omildo Degiuseppe, Osvaldo Elliff, Ma. Cecilia Font, Alfredo Galletti, Ma. Del Carmen Garay, Gustavo García Saraví, Osvaldo Garriga, Mario Marcilese, Osvaldo Oscar Octaviano Ortiz, Lidia Haydée Palacios, Guillermo Peñalva, Ludmila Pissanetzky, Horacio Ponce de León, Horacio Preler, Julio Anselmo Rica, Héctor Marcelino Rivera, Rolando Glauco Venturini y Juan Manuel Villarreal. Y por supuesto, Nelly.

Nelly, quien justamente estuvo en las sesiones fundacionales de la SADE La Plata, lo que concretóse el 22 de junio de 1962, oportunidad en que se eligió a María de Villarino como presidente (inaugural); luego sucedieronse Juan Manuel Villarreal (24/07/1964; secretaria: Nelly); Enrique Catani (03/06/1967 y 24/07/1969) y Rolando Venturini (24/07/1971). Después tuve el honor de presidirla en dos períodos.

A pocos kilómetros de Montevideo, en un accidente automovilístico, murió con su madre (la muy buena de Juanita Jiménez de Alonso y la señora María José Guichón de Cohn) el 6 de marzo de 1977. Se dijo, se recuerda y se inscribe en la impronta de los espíritus platenses que Nelly distinguióse por su ejemplar bondad, de cotidiana dulzura, sensible a todas las manifestaciones del arte y de una particular delicadeza con sus semejantes, por lo

que queda ligada, notoriamente, a la historia espiritual de la ciudad, como no muchas personas que habitaron esta latitud de diagonales, tilos y poetas.

2

El que le sigue simplemente lleva el título de **Panchito, el poeta, y el LXX aniversario de la Fundación del Rotary Club La Plata**, entidad que, si bien nació en Chicago el 23 febrero de 1905 (por un joven abogado de los EE. UU., Paul Harris), llamándose “Rotary”, después Rotary Internacional, naciendo dos decenios más tarde en La Plata, con el padrinazgo de Buenos Aires, el Rotary Club La Plata (exactamente el 25 de julio de 1925), siendo el tercero en Argentina (después del de la Capital federal y el de Rosario). El primer presidente fue el navarro Enrique Herrero Ducloux (1877-1962). Y cuatro meses más tarde de su fundación, el club recibe como socio a Panchito.

Y de Francisco López Merino no diré nada porque ya he dicho de él como integrante de la primavera fúnebre (él junto a Delheye, Mendióroz y Ripa Alberdi), además de los innumerables homenajes dentro y fuera de la SADE. Poeta fino, melancólico y romántico de una generación de nostalgias y vuelo de primas, domingos y rosas. Nació y murió en La Plata... El 6 de julio de 1904 y el 22 de mayo de 1928. El final de mi poema IV **A modo de mínima biografía** (del libro **Poemas**, 1972), dice así: “En un rincón, nomás, del bosque, / contemplo hacia el cielo sereno/el sereno perfil de López Merino”.

3

Y el tercero, lleva este título: **Rivarola y el LXXV Aniversario del Colegio de Abogados de La Plata**, entidad que fue fundada el 5 de septiembre de 1924, siendo su primer presidente Enrique Esteban Rivarola. Aún joven, Joaquín V. González le dice: “Feliz Ud. que siendo tan joven, ha conquistado un mundo” (23 de agosto de 1883). O sea, un año más tarde de la fundación de La Plata, acto en el que Rivarola estuvo presente como periodista. Por eso, en el Circulo de Periodistas de la Pcia. de Bs. Aires, el 23 de junio de 2001, diserté sobre el tema **joven periodista en el acto fundacional**, oportunidad en que me fue dado decir lo siguiente.

Claro es que si se dice tan escuetamente sobre el “acto fundacional”, por elementales razones de los ámbitos espaciales y temporales, débese aludir en primer intento a cuál acto de tal linaje se referirá esta exposición.

De entradas, debo decir que no se refiere a una fundación cualquiera...

Recuerdo siempre un texto romano, el que, con notable precisión y certeza, decía que, “en realidad, no hay ninguna cosa en la cual la virtud humana se acerque más al numen de los dioses, que el hecho de fundar ciudades nuevas, o conservar las ya fundadas”. **Civitatis aut condere novas aut conservare iam conditas.**

Y es lo cierto que no refiero a un acto fundacional cualquiera, cuanto al de una ciudad, y nada menos, que esta ciudad capital del llamado primer estado argentino, la que como bien se sabe tiene su data de natalicio aquel 19 de noviembre de 1882, el que tampoco es un día cualquiera, ya que vino cargado de inexorable inquietud y repercusión política e histórica.

Esa resonancia, históricamente indisimulable, me trae al recuerdo el protagonismo de otra muy querida ciudad bonaerense de la que provengo, hasta 1949, en que me radiqué en La Plata, o sea, la bella ciudad del Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, ciudad de la unión de la confederación argentina en aquel 31 de mayo de 1852.

La Plata no fue menos en esa coyuntura de la unión nacional y federal con su expectante inquietud de la cuestión capital, entre otros antecedentes causales y demás inferencias históricas y políticas.

Y es que esa fundación no hubo de ser una fundación cualquiera magüer las indesdeñables opiniones adversas de ilustres contemporáneos que no admitían la cesión de la ciudad de Buenos Aires ni aceptaban que otra que no fuera ella dejara su nombre para la Nación y consecuentemente dejara de ser la capital de la provincia de Buenos Aires.

Ya fue y ya pasaron caudales bajo el puente de los variados sucesos sistematizados en la historiografía argentina de los que ya no habré de decir más de lo que no fuese lo indispensable para aludir a ese joven periodista, de origen rosarino y de itálica ascendencia, que un histórico 19 de noviembre de 1882 vino a estas latitudes para hacer la crónica de esa extraña, medular y casi divina actitud y aptitud del hombre: “**civitatis aut condere novas**”, o sea, fundar ciudades.

Claro que hablar de un hombre simplemente en tal anecdótico, quizá, no signifique otra cosa que una superficial descripción de un día, ignorando cuánto es lo que sucedió partir de siete años más tarde en la vida de La Plata y en la de ese periodista, abogado, poeta y tantas otras cosas que hizo mediante las condiciones y aptitudes que adornaban su rica personalidad intelectual y espiritual.

Un historiador rosarino afirma que, “con insondable afianzamiento, aparente sosiego y luciendo antiquísima estirpe”, residía en Parma, a principios de s. XI, un cierto **Bernardo Rossi** (conde San Secondo), a quien el emperador le había donado un castillo en Rivarolo. Pero, su hijo Guillermo,

luego de que su padre fuera desposeído por el mismo emperador, se fue a **Chiavari** (hoy Riviera di Levante, en el Apoenino Ligure, entre las localidades de Rapallo y Sestri en el golfo de Génova, Liguria), donde en el año 1080 levantó otro castillo junto al río Entella y adoptó el apellido que, desde entonces a hoy, lucen todos sus descendientes.

Ese apellido de la **Liguria** ingresa, entonces, al más antiguo de los apellidos y grupos peninsulares. A ese lugar vinieron desde antiguo emigrantes asiáticos, de las regiones carpáticas y danubianas, entre otras, tales como sajones, teutónicos, cimbrios, helvéticos y helénicos, motivo por el cual el autor de la Divina Comedia dijo: **tutti convengon qui d'ogni paese**.

Pasaron varias centurias hasta que los descendientes de aquellos regios llegaron en 1848 a la gran aldea: **los hermanos Enrique Agustín** (nacido en 1829) y **Esteban** (mayor que él y casado) pusieron un negocio de platería. El primer **Enrique Agustín** casa en 1856 con **Rita Verdguer** (pariente de un poeta catalán).

Seguidamente se trasladan a Rosario, donde el **18 de diciembre de 1857** nace **Rodolfo** (llamado a ser célebre catedrático y publicista en el campo jurídico) y también nació **Enrique Esteban**, el 15 de febrero de 1862.

Este último, con sus veinte años de edad es el que vino a La Plata como cronista de “El Nacional” el día de su fundación.

Rivarola que así se apellida nuestro hombre, luego se radica en Buenos Aires en 1877 donde comenzó a adquirir cierta inclinación por la literatura en esa prodigiosa quinceañera edad. Y dos años más tarde, ingresa con el cargo de secretario del Círculo Científico Literario, entidad que editaba “la Revista Literaria” y en la que escribían **Adolfo Mitre** (hijo del general), **Benigno Lugones** y **Alberto Navarro Viola**.

Anteriormente, en aquel año 1877, obtuvo el primer premio en el concurso con la composición “A la muerte de Jesús”, con un exigente Jurado integrado por José Manuel Estrada, Enrique Muñoz y Alejandro Castro. Hubo una fiesta, fue muy aplaudido y reconocido. Y tales éxitos hicieron fortalecer cierta valentía, o tal vez, la osadía de escribir al presidente Avellaneda en solicitud de empleo. El presidente le respondió citándolo a su domicilio en Suipacha 10, oportunidad en que el joven se atrevió a recitarle la galardonada composición.

El mismísimo Avellaneda en 1881 prologó “Las primaverales”, oportunidad en que Nicolás dijo lo siguiente:

“El verso del Sr. Rivarola es hoy, sobre todo, musical, pero será pronto íntimo, poético, esplendoroso; está destinado a recorrer las formas todas del lirismo. El reloj de arena que el tiempo lleva en sus manos, necesita de-

jar caer alguno de sus duros granos sobre el sendero florido que embriaga nuestro poeta con sus perfumes primaverales. La **verdadera inspiración** vendrá con la meditación, con la pasión, con el dolor”. Para más adelante seguir diciendo que el autor “es hijo de Werther, de René, de Oberman, de **Las lamentaciones de** Lamartine y de **Las noches** de Musset; es hermano de Olimpio, por su juventud y tristeza. Es hijo, sobre todo, de este siglo, que ha modelado su corazón”.

En los quinceañeros años del 77, en que parecía haber tenido cierta inquietud por la ingeniería, cuando se encuentra en Buenos Aires abandona esa idea porque ya comienza a interesarle la literatura, aunque se entretiene navegando, por ese extraño atavismo ligure, en el contiguo Paraná con una canoa similar a las bateas utilizadas para lavar. Así surcaba las zonas alejadas de canales y lagunas que formaban las toscas a orillas del Plata antes de trazarse el puerto de Buenos Aires.

Luego interesáronle ciertas justas taurinas por el vecino Uruguay a donde viajaba con su novia, la poetisa uruguaya Mariana Clivelli, con quien luego en 1882 casó y quien desafortunadamente muriera cuatro años más tarde, sin dejar descendencia.

Ese mismo año, Enrique Esteban viene al acto fundacional como cronista de “El Nacional”, diario que asimismo había terciado en la cuestión capital, máxime que su secretario de redacción era nada menos que Sarmiento, quien adoptó la postura de que la capital no fuera Buenos Aires, sino San Nicolás.

Dije en otra oportunidad lo siguiente:

¿Habrà de constituirse en premonitorio este circunstancial cometido periodístico en ocasión nada menos que del acto fundacional de La Plata?

¿Se sabe, acaso, si Enrique Esteban pensó, de momento, en que siete años más tarde se radicaría definitivamente en dicha ciudad hasta su muerte, ciudad que, a diferencia de Rosario –que parece lo olvidó–, honraríale reconociéndole los suficientes méritos como para merecer la platense perdurabilidad? En La Plata vivió hasta su muerte y en La Plata descansan sus restos mortales.

A fines del próximo año 2004, y probablemente, desde la zona del Bragado en esta provincia, se repetirá un suceso o fenómeno de la astronomía en que Venus pasará delante del sol. Eso mismo observó y relató Rivarola en que “El Nacional”, en diciembre del año fundacional de 1882, desde dicha localidad de Bragado por razones de visibilidad.

Ante de venir a la fundación de La Plata, apenas cumplidos los diecinueve

años de edad (en 1881), Avellaneda le prologó “Las primaverales” con las palabras que ya fueron leídas.

En 1885 Sarmiento, por sus inevitables disidencias políticas, se fue de “El Nacional”, en tanto Rivarola se había graduado de abogado el año anterior, ampliándose así el panorama de modo notorio, y sin hacer abandono de sus amores (el periodismo y la poesía), abre estudios en Buenos Aires y en Mercedes con los Dres. Pedro Bourel, Pablo Toriello y Emilio Revirego.

Y en 1889 se radica en La Plata definitivamente, pues aquí muere el 27 de octubre de 1931, a los 69 años de edad, y si bien aún podía mucho esperarse de su lucidez, corazón e inteligencia, nadie puede quedar sino profundamente reconocido y satisfecho ante todo cuanto se propuso y realizó, ya en la magistratura, en el periodismo, en la abogacía, en la política, en la literatura...

Degiuseppe en un estudio de su obra sostiene que Rivarola escribía sonetos de perfecta construcción. Yo me atrevería, para probarlo, hacerles escuchar la composición titulada Sarmiento, también en endecasílabos y rima atrayente e irreprochable:

La aludida sesión llevóse a cabo en el edificio de la avenida 13 N° 821/29 de La Plata, en el último matiz del atardecer crepuscular del 11 de noviembre de 1999 y, en homenaje del autor y a cuantos estuvieron presentes y escucharon, transcribo las dos composiciones aludidas.

A Sarmiento. Duerme el atleta. Bajo el mármol sueña/que no descansa el luchador valiente;/y pegada sobre él madre doliente/cubre su cuerpo la argentina enseña.//Duerme el atleta. El ideal, diseña/inmarcesibles glorias en su frente; /sueña, y se ve tranquilo, omnipotente, /cóndor andino sobre abrupta peña. // ¡Allá arriba! ¡Más alto todavía!/Donde tan sólo llega el pensamiento; /en la cumbre más áspera y bravía.// ¡Glorifique la patria sus hazañas!/Que para alzar la estatua de Sarmiento, / ¡hay que hacer pedestal con las montañas!”

No se puede prescindir de la lectura de una hermosa quarteta titulada **Definición de la rosa**, que dice así:

Del paraíso en la alborada hermosa
besó Adán a su adorable compañera
y, del rubor de la mujer primera,
cayó encendida la primera rosa.

Antes de venir a La Plata contrajo segundas nupcias con **Delmira Baidán**, y en ese 1889, abre estudio en la nueva capital de la provincia. De dicha unión nacieron:

Guillermo, que murió joven de tifoidea mientras cumplía con el servicio militar;

Delmira Argentina, también falleció, aproximadamente a los tres años de edad;

Víctor Enrique: n. el 7 de julio de 1895, que casó con Maria Angela Saraví Cisneros, de cuya unión nacieron: Delmira (casada con Elías), Alicia (con Cárdenas), María (con Olavarría) y Silvia (con Romano) y

Enrique Esteban (h) nacido en La Plata el 21 de abril de 1906, casado con Mercedes Emilia Malenchini, de cuya unión nació Guillermo Fernando Enrique.

Hoy ya no será preciso el detalle de su actividad en la cátedra, en la justicia y en la literatura, entre otras muchas inquietudes del espíritu y de la inteligencia.

Me gustaría concluir esta desordenada, frívola y superficial exposición del joven periodista fundacional platense, con tres escuetos temas o referencias de este singular hombre que lo olvidó Rosario, pero que nunca lo olvidó La Plata.

1) Luego de las consagraciones y servicios a la ciencia, la docencia, la cultura y la literatura, se permite el lujo de recordar los principios gremiales que había estudiado en la universidad, que habría escuchado a propósito de no pocas reivindicaciones obreras y de otras ocupaciones, y sobre todo, de haber intervenido en más de una oportunidad en que los abogados quisieron, pero no pudieron, cristalizar la colegiación. Ese lujo del recuerdo obtiene el fruto, casi lugoneano –diría yo (y enseguida diré por qué)-, de fundar el colegio de abogados de La Plata el 5 de septiembre de 1924 y ser su primer presidente.

Dije Lugoneano porque hoy, que es el Día del Escritor –que, como he dicho, también lo fue Rivarola-, el gran poeta y escritor cordobés tuvo cuatro años más tarde la misma gravitación sobre los escritores, como Rivarola respecto de los abogados, y logró lo que tantas veces se intentó con resultado adverso: **fundar las SADE el 8 de noviembre de 1928**. Pero, el Día del Escritor se celebra hoy, justamente, porque el día 13 de junio de 1874 nació Leopoldo Lugones en la Vila de María del Río Seco sita en la mediterránea provincia argentina de Córdoba.

Y a propósito de ese concepto de lo gremial –tan bien elaborado y profundizado en Italia en la época del corporativismo, que nada tiene que ver con el fascismo-, y entre otros autores, escojo a **Nicola Jaeger** quien enseñó que le gremio es el conjunto indeterminado, variable o mudadizo de individuos que,

con motivo de su actividad y en un territorio determinado, tienen comunes intereses profesionales. Luego, cuando se organiza jurídicamente, adviene o nace el sindicato, la asociación, los colegios, los consejos profesionales, etc. Y todo esto lo sabían muy bien, quizá antes de las elaboraciones itálicas-tanto Rivarola para el año 1924, como Lugones para 1928.

2) El segundo tema tiene que ver, brevemente, con el presente o regalo que su hermano Rodolfo (cuatro años mayor que Enrique Esteban) le hace a éste el día de su cumpleaños (15 de febrero de 1926), circunstancia que le permitió al agasajado responderle cumplidamente con un soneto titulado “A mi hermano Rodolfo” que dice así:

Ni en alta cumbre, ni en terreno bajo,
sino en un llano de gentil belleza
dos olivos levantan la cabeza,
símbolo de la paz y del trabajo.
Crecen fértiles ramas de destajo,
hay arrugas de tiempo en la corteza
y se descubre que, a ceder, empieza
bajo el peso del fruto, cada gajo.
-Soy más viejo que tú, tú eres mi vice-
prorrumpo en el silencio el más frondoso.
Y el que le sigue en crecimiento, dice:
-viejos no somos, aunque tal parece,
que mientras brinda el fruto generoso,
el árbol tiene edad, mas no envejece.

3) Y por último, queridos amigos, porque esto último es lo último, aunque habría mucho más para decir de Rivarola, que refiere a su innegable ciudadanía platense.

Recordé –con el título de esta conferencia- que Rivarola era un joven veinteañero cuando viene al acto fundacional de La Plata el 19 de noviembre en 1882. Y en 1889 se radica definitivamente aquí, donde fallece el 27 de octubre de 1931, figurando su nombre en la Universidad, en la Escuela Normal Mary O.Graham, en el pretorio, en la calle de City Bell y en el sillón presidencial del Colegio de Abogados, entre otros eminentes lugares.

Al periodista que he querido evocar, lo he hecho muy aledaño de las letras, en inevitable homenaje al Día del Escritor y al Día del Periodista, no sin antes decir que Rivarola, como muchos otros, se instituyeron en el gran mentís de una cuarteta que se difundía notoriamente durante la niñez de

La Plata y que decía así:

Me voy para La Plata,
la nueva capital,
donde se gana dinero
con poco trabajar.

XXXVII

DENGREMONT EN LA PLATA CON CHERVOS Y DOS AUSENCIAS¹

1

Introito

Antes del violinista, del libro y de su autor, hablaré brevemente de mi conocida vocación de siempre como violinista, instrumento que ejecuté hasta los cincuenta años. Pero, más que de ella, hablaré de él: el violín. No me atrevo a definirlo ni conceptuarlo sino como el rey de la orquesta o el que ejecutan los ángeles y un hombre excepcionalmente creador como lo es el violinista, pues éste debe «fabricar» (crear) la voz, el canto, el tono, la afinación, el sonido, es decir, todo lo que tiene el violín, instrumento que todos los violinistas ejecutan distinto. Un mismo Stradivarius o Guarnerius es ejecutado de modo diverso por Heifetz, Mischa Elman o Kreisler.

Después de la primera escuela (la bresciana) con Gäsparo da Saló y Giovanni Paolo Maggini (s. XVI), surge la insuperable de Cremona (s. XVIII), con nombres como Amati, Stradivarius y Guarnerius; de la tirolesa (con Stainer), la veneciana (con Bergonzi, Serafino y Gobetti, entre otros), la piamontesa (Cappa y Pressenda), la bolognesa (Marconcini y los Tononi); la milanesa (Grancino, Guadagnini, Testore y Mantegazza); la romana (Tschler, Platner y Gigli), la napolitana (Gagliano), y entre otras, la francesa (con Lupoy y Jean Baptiste Villaume).

Este último, Jean Baptiste, fue un insuperable imitador, a mi juicio, del

¹ Crónica del acto de presentación del libro **Dengremont, El violinista de los Arroyos** (Yaguarón Edic., San Nicolás, 2002) de **Santiago Chervo**, organizado por el Centro de Estudios Nacionales de Historia y Literatura Leopoldo Lugones y el Instituto Literario **Horacio Rega Molina** de la República Argentina, llevado a cabo en el Museo Policial de La Plata, 54 N° 393, el sábado 3 de mayo de 2003, oportunidad en que hicieron uso de la palabra el director del museo, Crio. Insp. **Julio Crespi**, el codirector de Yaguarón Ediciones, escritor **Miguel Ángel Migliarini** y el presidente del Círculo de Miembros Honorarios de la Fundación Juan Vucetich, **Dr. Edgardo Coloccia**. Y en mi carácter de presidente de las entidades organizadoras, tuve el honor de pronunciar, previo introito, la disertación sobre el tema **De la inefable pericia y del ingenioso manejo del material histórico**, sin descartar las aludidas «dos ausencias», por parte del autor, respecto a las composiciones poéticas que se indican en el discurso: una de César Bustos, publicada en **El matiz de los días** (1945), y otra de mi autoría, publicada en **Resonancias nicoleñas** (1960; 2da. ed., 1991).

Stradivarius y sobre todo del Guarnerius. Uno de sus violines fue el único que tuvo Dengremont. Villaume vivió en el s. XIX.

En Italia nació Mariano Militello quien luego se radicó en Rosario y en 1948 construyó un violín para mí, al mejor estilo Stradivarius, Guarnerius y Villaume. Al poco tiempo falleció Militello y este instrumento que ustedes ven y que se parece al Villaume de Dengremont, me acompañó desde entonces en la orquesta universitaria de La Plata y en otras oportunidades (casamiento de mi sobrina Alicia, cumpleaños de mis sobrinas nietas mellizas y otros familiares y amigos). Hoy está en esta sala, con su sonido oculto, evocando al Villaume de Dengremont.

2

De la inefable pericia y del ingenioso manejo del material histórico

Hace media centuria San Nicolás leía un libro con la tinta aún fresca de la imprenta escrito por uno de los más inspirados poetas nicoleños (titulado en tono menor: **El matiz de los días**) en el que se leía, también, uno de los más hermosos poemas, que César Bustos tituló **A Mauricio Dengremont, violinista**, y que dice así:

De sagitarias alturas/ caen tus voces dormidas, / aquellas que tú animabas
/ de noble sabiduría. / Vuelven tus trinos de nuevo/ como luciérnagas vivas,
/ sobre la noche desnuda / que las estrellas vigilan.// Vivías alucinado/ por
musicales heridas/ que rebalsaban tus dedos/ en las tardes de amatista. /
Lloraban sobre tus claves/ nocturnos y cavatinas, / serenatas y baladas/ con
magia de hechicería./ Y era que tu alma sensible/ tan lejana y cristalina, /
se marchaba en los «andantes» / sin remedio, fugitiva. // No te alcanzaba
la tierra/ para tu gran melodía, / y emprendiste la temprana / nueva senda
pensativa. / Con tu Villaume querido / muy cerca de tus pupilas.../ En el
espasmo postrero/ las manos desvanecidas. / Sobre tu pecho signado/ sola tu
caja sumisa.// Cerca, por aquí descansa/ tu breve sombra furtiva. / Cercana
al paisaje nuestro/ que te nombra todavía. / Silencio, puro silencio.../ Velan
tus voces dormidas. / Reposa, ya para siempre / con tu sombra pensativa.

Decía **Géorges Rénard**, con verdad y justeza, que «el arte es el desenvolvimiento de un alma que ha sentido la belleza». Y esto se da, a mi entender, ya en la poesía, como en la música, la escultura, la plástica o la literatura. Y aún rebasa, en cierto modo, algunos esquemas, términos o moldes, pues, como en el caso de hoy, según ustedes advertirán sin esfuerzo, mucha

razón tenía **Nelly Alfonso** cuando afirmaba, hace un cuarto de siglo, que hablar de géneros literarios no debe preocupar en lo más mínimo, pues hay especies en la nueva concepción. Y hoy, en mi concepto, sobre la base de tales afirmaciones de otrora, me atrevo a eludir a las tales especies y a algo más: la subespecie y las formas mixtas o alternadas de varios géneros o especies. Ya la prosa poética de **Don Segundo Sombra**, ya la novela **Martín Fierro**, escrita en versos, ya la tragedia incásica teatral **Ollántay**, también escrita en verso, o ya **la Guerra Gaucha**, sucesión de cuentos, entre otros ejemplos. Y hoy, viene a La Plata un nicoleño con un libro de literatura. Y digo así porque **Santiago Chervo**, con esta obra, ha abierto un nuevo camino de idealización, belleza, investigación y estudio. La lectura de su **Dengremont, el violinista de Los Arroyos**, demuestra una inefable pericia en el relato, un ingenioso manejo del material histórico, el espíritu imprescindible para imprimir en la obra la finalidad ética y estética. Si la presencia de ese elemento espiritual es lo que distingue o diferencia al poeta del versificador, al pintor del ejecutor de cuadros o al artista del artesano, como decía **Octavio Nicolás Derisi**, va de suyo, consecuentemente, que en toda realización estética se efectúa un movimiento que va desde la intuición creadora, a través de su gestación y encarnación en el espíritu, como concepción práctica, y como tal, tendiendo hacia fuera hasta su nacimiento y vida independiente en la materia exterior. En este caso, un libro ya editado.

Tal mencionado elemento espiritual, indudablemente, que es el alma y constitutivo de la obra de arte, le es imprescindible a la misma no sólo para su comprensión, sino para su realización. Y para comprenderla (a la obra de arte), asimismo, es necesario poseer un espíritu preparado, sobre todo, como para llegar a posesionarse de su forma de belleza a través de su materia.

Y es que estoy hablando, sin decirlo, de belleza y de estética; en suma de literatura, del latín **literarius**, o sea, el arte, que emplea un preciado, aunque limitado instrumento llamado, indistintamente, lengua, palabra o verbo. Por eso es que, si bien los libros científicos, generalmente, no interesan al ámbito de la literatura, porque no suelen ser obras de arte, sin embargo, otros que tienen algunos pilotes asentadas en tierra firme de la investigación científica que obtiene conocimientos, luego elevan sus puntos de vista hacia el saber, y si además, lo hacen con atinados recursos estéticos, ingresan al ámbito de la literatura. Para este logro no basta ya exponer la verdad de los hechos históricos o pasados, las versiones fidedignos, sino, y sobre todo, en el caso de un músico que vivió y murió en San Nicolás, a fines del siglo XIX, superar el escuálido relato biográfico echando mano a

los recursos de la creación espiritual para conformar una obra de arte. No sólo quererlo hacer, sino saberlo hacer.

Cuando **Lugones** escribió **La misión del escritor**, puso de relieve en dicho obra, con la claridad y profundidad que caracterizaba al escritor más representativo del país, la síntesis fundamental que aquél tiene en su misión: él ante la verdad y él ante el arte y la cultura. Nada más ni nada menos que la ética decir verdad- y la estética, o sea, el resplandor intelectual de la belleza. Ambos extremos los ha cumplimentado **Chervo** en este libro de hoy.

A **Chervo** lo ha caracterizado instintivamente un inefable acto de intuición poética, porque su libro, más allá de su estructura, e iniciativa descriptiva e investigación histórica y otros recursos que enriquecen, en general, a la obra literaria, se encamina, como decía **Maritain**, hacia un acto de pensamiento que, por su esencia, es creador, que forma alguna cosa en el ser en lugar de estar formado por las cosas.

En efecto, emprender una biografía de un hombre, tarea no muy sencilla, por cierto, quizá, y en última instancia, que no se reduzca sólo al análisis y cotejo de versiones, tradiciones, documentos, relatos y otros documentos y testimonios (escrituras, asientos en natalicios y obituarios, objetos, obras, realizaciones, etc.). Y de allí, componer el libro de tal linaje.

Pero, si por sobre esa base, diría, científica, partiendo de la eurística y con el auxilio de las ciencias y disciplinas auxiliares (geografía, geopolítica, arqueología, filología, criptografía, cronología, antropología, genealogía y la onomástica), entre muchas otras que hoy no viene al caso mencionar-, o sea, algo más que la simple historia (como dice Mayón, eso que se conoce preguntando o simplemente los hechos del pasado) o la historiografía, es decir, algo y mucho más que lo objetivo de los hechos pasados en sí mismo, o sea, ir hacia lo subjetivo que impone la investigación efectuada por el escritor que tiene que ver con el aspecto cognoscitivo de la actividad histórica; repito, si más que la historia y la historiografía (aspectos que cumplimentó **Chervo** con sobriedad y justeza), el autor afronta la tarea de efectuar un estudio metódico de ese pasado contemporáneo de Dengremont, ya entonces, sin que queden atrás la historia y la historiografía, la obra luce un contorno atractivo que seduce al lector sin esfuerzo y sin proponérselo como fin en sí mismo, al transformar la historiografía en verdadera ciencia histórica por la excelencia de su sistematización con un estudio metódico de todo cuanto se propuso. Además, **Chervo** tuvo el tino de no abundar en erudición libresca y en citas innecesarias de fuentes documentales más de lo imprescindible.

Pero, si **Chervo** se hubiera quedado aquí, ustedes tendrían una obra incon-

clusa, ya que le faltaría la asignación básica de lo humanístico que es la visión globalizadora de la filosofía. ¿Y cuándo o dónde **Chervo** tiene esa preocupación de intentar el análisis de esencias, causas y efectos de ciertos aconteceres del personaje y su tiempo si no en todas y cada una de las páginas de libro?

Chervo no sólo intentó describir un pasado de un hombre, sino que en todo momento buscó explicaciones, al modo en que el mismo hombre experimenta el inefable asombro de los hallazgos más allá de las cosas y de los documentos. Dentro del misterio que siempre encierra el hombre en sí y que él no podrá nunca saberlo en su totalidad, pues para ello se necesita nada menos que ser Dios Omnisapiente, Chervo puso empeño, inteligencia y voluntad en dejarles la existencia de un hombre joven violinista que sintió y amó como cualquier otro hombre. Pero que, por algo y mucho más que muchos otros, mereció los desvelos de un hábil escritor, como Chervo, que supo arreglárselas o componérselas con algo nada fácil como lo que realizó en este libro, profundo y noble, de fácil lectura y comprensión, para saber no sólo algo más que el pasado de un hombre, sino de muchos otros contemporáneos suyos, de un tiempo y de un hermoso lugar, como San Nicolás de Los Arroyos.

Tenía razón **Maritain**, y hoy viene justo con motivo de este ejemplar de Chervo, cuando decía, tratando aquel tema de la institución o emoción creadora del escritor de una obra de la literatura, la que finalmente es una oscura captación del propio yo y de las cosas, a la vez, en un conocimiento por unión o por connaturalidad que no se forma ni fructifica, no tiene su verbo si no es en la obra y que, con todo su peso vital, se dirige a ser y a producir. Este es un conocimiento muy diferente de lo que ordinariamente se llama «conocimiento», pues es un conocimiento que no se expresa en ideas y juicios que ya se dan por expuesto e investigados-, sino que es más bien experiencia que el propio conocimiento, y experiencia creadora, porque ella quiere expresarse y no es expresable sino en la obra. Este conocimiento no es previo ni presupuesto a la actividad creadora misma -como decía Maritain- sino enviscerado en ella, consustancial al movimiento hacia la obra. Y esto es el conocimiento poético sin el cual no habrá de comprender nunca todo cuanto gira en torno del secreto vital de este germen espiritual sin el cual **Chervo** nunca podría haber concebido y elaborado la obra.

Toda obra de arte o de la literatura es finalmente una confesión; pero lo es descubriendo todo lo que se pueda del secreto del ser que el mismo ser normalmente desconoce. Es una obra de concentración activa y armoniosamente lograda como se advierte por esa capacidad dialogal en primera y tercera persona, según los instantes del libro y de la vida del protagonista.

El momento decisivo del arte se realiza con anterioridad al de los entusiasmos y las exaltaciones, que suelen llamarse de la inspiración. La intuición poética precede y prepara en el silencio ese entusiasmo lírico de este libro, en que la criatura bella tiene su primer nacimiento, su primera encarnación de las ideas, imágenes y emociones del escritor o poeta. O ambas cosas a la vez.

La creación artística no se reduce a una simple combinación de elementos tomados de la realidad con los que la inteligencia logra plasmar una forma nueva de la belleza, decía **Derisi**. A la luz de la inteligencia del ser se han despertado las potencias del alma, se ha iluminado la conciencia, y a ella, se ha asomado sustentando sus actos **el mismo yo**, la persona sustancial. En este libro de **Chervo** no sólo está **Dengremont** y ése su pasado, su vida, su tiempo y su lugar, sino el mismo Chervo en la creación artística. Por ella es que la descripción extrínseca de un libro de nada vale, si no se tienen en cuenta estos elementos que he tratado de exponer someramente y sin ánimo ni desplantes académicos, aunque con notoria desprolijidad, para lograr la comprensión de un objeto cultural.

Lo demás va hacia la lectura, que les producirá placer y beneficio, y que cada uno leerá «su « libro de Chervo, su sintaxis, su erudición, su fortuna intelectual, su inspiración poética, su calibre y enjundia para ingresar a la estirpe nada desdeñable de los que intentan saber, sabiendo que no sabrán todo, sino más que otros que necesitan saber. O que no saben lo suficiente como para hablar de lo que fue.

Comencé diciendo que hace media centuria, en San Nicolás, **Cesar Bustos** daba vida a un nuevo ser que bautizó con el nombre de **El matiz de los días**; y ahora, para terminar, digo que hace un poco menos de esa media centuria, en La Plata, un nicoleño llamado **Atilio Milanta**, bautizó a n primer hijo suyo de la inspiración con el nombre de **Resonancias nicoleñas**, en las que incluyó un soneto titulado **Eugenio Mauricio Dengremont**, que dice así:

Es creer en el arte, si te nombro, /aunque hayas parecido, aunque te fuiste.
/Y la rima de música hoy se viste /en tu arte, Dengremont. No causa asombro
//que en el lento silencio del escombro /mude el trino el matiz, si se reviste /
del misterio profundo, que aun persiste /en las cuerdas tensadas en tu hombro.
//El mástil que pulsaste y tu arco han sido /el rito sacro con que habrá latido /
quizás en la danza, convertida en canto. //Y aún el rocío que amadriga el llanto
/todavía en el alma es llama, en tanto /hecho luz no ha caído en el olvido.

Y no ha caído en el olvido por la gracia de un pueblo nicoleño que tiene memoria y de sus escritores y poetas, como **Chervo**, que mantienen en vida a seres, como Dengremont, que estuvieron y están en San Nicolás.

Razón tenía **Atanasiú** cuando, a propósito del **Origen de la Literatura**, afirmaba que existen varios planos, desde el punto de vista de su expresividad. El primero, refiere a la **simple crónica** de su realidad. El segundo, es el de lo **simbólico**, pues ya aquí, a la palabra, no se la utiliza para mostrar sólo la realidad (en una literatura de compromiso o costumbrista), sino para designar otro objeto o hecho que, por encarar valores supremos o experiencias inéditas, carecen de nombre apropiado, sufriendo una jerarquización que los ennoblece (tal como ocurre con la literatura religiosa, la moralizante, los ejemplos, las fábulas, la literatura para niños o la que exalta el valor cívico). Y el tercero, tal vez el más difícil de descubrir, el que menos se muestra a la atención del lector (aún del inteligente y curioso), es el **más significativamente literario** y que escapa a todo prototipo artístico, pues responde al propósito primordial de todo autor ambicioso, que ha empleado tiempo en definir para sí mismo la dimensión y el carácter de la obra que expresa lo inexpresable, lo que es imposible decir de otro modo que por medio de la obra total. Y éste es el valor supremo, como el libro de hoy, pues es la justificación de la literatura, la que nace, paradójicamente, de una incapacidad del lenguaje, su incapacidad de nombrar aquellos sectores de la realidad que por sutiles, lejanos o incomprensibles, no han merecido la gratificación de ser coronados por la palabra justa. Quizás ése fuese el verdadero origen de lo literario, que yo propongo para la propia reflexión de todos ustedes, incluyendo al autor del libro, pues se trata de un origen, según **Atanasiú**, que escapa al tiempo, pues se hunde en la esencia misma del lenguaje humano. Un origen que sirve para reconocer la más alta literatura, la verdadera, la única que merece, en sentido estricto, el nombre de tal.

Ustedes dirán si, con motivo de una reseña de un hombre que murió joven en San Nicolás, Chervo fue inspirado para realizar una obra literaria no escrita antes, a pesar de que Dengremont estuvo esperándolo más de una centuria a partir del día de su muerte, en un levísimo instante de un 4 de septiembre de 1893, en una ciudad histórica del trascendental Acuerdo y en una ciudad de notorias inquietudes espirituales y poéticas, la que, ante libros como éste, se enorgullece de ser ciudad no sólo para nicoleños, sino para todos cuantos quieran habitar su suelo noble, tranquilo, pródigo y culto.

XXXVIII

PILIA, OTERIÑO, PELTZER...

Ya en los tramos postreros de esta «rendición de cuentas» de cuanto tuve que protagonizar desde 1926 hasta hoy, y aunque queda mucho en carpeta, cajones, legajos y otros rincones de los ordenamientos y del desorden, no puedo ni debo evitar el fugaz comentario de la **Historia de la literatura de La Plata** (La Comuna Ediciones, Secretaría de Cultura, La Plata, 2001, de María Elena Aramburú y Guillermo Pilía, Colección Textos del Rescate, Coordinadora: María Laura Fernández Berro), dividido en dos partes (**Narrativa**, a cargo de la profesora Aramburú, y **Poesía**, por el profesor Pilía), obra que en las páginas 210/211, dice (sic):

En la línea hermética podríamos ubicar a **Atilio Milanta** (1926), que si bien publica su primer libro, **Resonancias nicoleñas** en 1960, se consagra en la década del 70 con **Poemas** (1972) y el acceso por dos períodos a la presidencia de la SADE filial La Plata. En las décadas siguientes aparecerían reediciones de sus poemas juveniles, y los nuevos de **Dictamen de mí mismo**, de **Ismael**, de **Microcosmo**, de **De Succubus et de Incubus** y de **Entre Dios y el universo una escultura del espacio**. El siguiente mosaico de juicios críticos quizás pueda orientar a quienes deseen profundizar en la obra de este escritor: «Observo, entre otras cosas, un indudable abandono de lo que podría llamarse, con alguna precipitación, circunstancial, para ingresar en una poética con tendencia a lo hermético (¿neo Girri?), atávico, misterioso, oculto, velado, bellamente dificultoso, profundo, metafísico, íntimo, secreto» (García Saraví). «Como buen cristiano, denuncias una constante familiaridad con la muerte, aceptada y no limitada. Tu poesía es la exégesis de un yo elocuente que se confiesa, que inscribe sus perturbaciones anímicas, registra las efemérides de tu corazón»(Lewkowicz)». Aprecio lo depurado y maduro de su tono poético...pero sobre todo, mi afinidad se relaciona con los temas que trata, que son los que preocupan a todo hombre consciente»(Peltzer). «Su estilo es claro, sin tirabuzones insólitos...Se caracteriza por la fidelidad a la esencia del vocabulario...La fuerza simbólica

no es tanta, pero la delicadeza del enunciado provee al verso de un ritmo agradable, de una armonía que crea un clima adecuado para el montaje temático» (Furlan). «El autor ajusta los condimentos líricos a una acertada entonación donde la melancolía se pliega sin adulteraciones a vaivenes espirituales muy profundos» (Sureda). «Una serena nostalgia de las cosas irremediablemente perdidas; pero que no podemos ni queremos alejar de nosotros, puesto que nos constituyen» (Oteriño).

Los poemas breves tal vez sirvan para corroborar los juicios anteriores: «A veces nos creemos demasiado/y andamos a la zaga, sin rumbo. // Aunque nos obstinamos/ en vernos a la vanguardia/de quienes tiene fe. / O piensan mejor en los demás.// Y no advertimos cerca nuestro / al que luego nos sorprende, / devolviéndonos a la realidad/ de encontrarnos en la retaguardia/ de los inútiles y los necios». «Vamos al camino llevando / una escalera de angustias, / una estrella o un reloj / de miedos e impaciencias, envueltos en ideas y propósitos / con las únicas de destronar / las sombras que nos duelen, / aunque nos protegemos en otras sombras.// Cuando vemos la luz, / quedamos enceguecidos por el deslumbramiento, / buscando luego a tientas / la ruta que extraviamos».

XXXIX

DE LA EXTRAÑA CASA DEL PORTÓN DE DON JULIAN

Lo cierto es que el portón de la casa fue comprado por don Julián en la época de Rosas en un lugar cualquiera de Buenos Aires. Y según se dijo entonces, habría sido construido o fabricado por artesanos medioevales que «laboraban» bien el hierro forjado y demás anexos o añadidos en las mejores herrerías de las Italias o las Francias; no habiéndose podido saber, aún, cómo llegó a estas latitudes ese portento de macro orfebrería, aunque no extraña a los cautos y curiosos de las antípodas (los del miniaturismo) que habrían admirado a quienes vieron los frutos o productos de los antiguos talleres (los de la Nieuwe Gilde Van Saint Lucas, allá en Flandes, por ejemplo).

Don Julián poco y nada sabía de arte, artesanías, repujados ni otras técnicas, ni de museos, antigüedades y demás; pero, en cambio, si no fue a Salamanca, natura le dotó de cierta estética instintiva, para decir de algún modo lo que sigue. Gustaba de cuanto debía ser gustado. Le agradaba lo que realmente era bello, sin saber de escuelas ni academias, ni de haber escudriñado los meandros de las filosofías de la belleza.

En cambio sabía no sólo qué le agradaba o le placía en punto del arte o de las obras de tal linaje, sino que con meridiana claridad, sobria y sencillamente, daba razón de sus dichos, de sus gustos, preferencias u opiniones. Sabía escoger, aunque no se coincidiera, a veces, con su parecer; y sabía el por qué. ¡Qué más!

Pero, regreso al hombre que un día se juntó con el portón aquel impreciso día de la época del Restaurador, e inmediatamente, imagino el lugar donde construiría la casa a propósito de tan formidable y tremenda artesanía.

Se dice en el pago que había heredado, entre otros extensos campos ubicados en la provincia, algunas extensiones en el llamado pago de Los Arroyos, allá cerca del arroyo del Medio, en inmediaciones del sitio donde habrían fusilado al traidor Cullen (por supuesto mal fusilado, porque debieron haberlo hecho por la espalda). Más precisamente al norte de lo que después fuera la Emilia, hacia un lado, y cerca de la conocida Bola de Oro,

por donde habría vivido don Guillermo Hoyos (apuntalado con el apodo de Hormiga Negra), hacia el otro lado. Y en uno de esos lugares puso el portón, cercó el predio de tres o cuatro hectáreas y comenzó a construir la «casa».

La imagino con cinco dormitorios, un comedor grande, otro tanto menor, cocina amplia y generosa, algún cuarto accesorio y otros para depósitos, galería, aljibe, alguna arboleda de aquellos lugares «arroyeros» y más allá algún galpón o granero, además de ciertas comodidades para la «gente del servicio», como le gustaba decir a don Julián: porque de «servicio» era (para «servicio»), aunque no dejaba de ser «gente» nunca; servir no era ser lacayo ni condición alguna de servidumbre u otra análoga, como la esclavitud.

Don Julián no conocía las Europas sino por comentarios y por pinturas, dibujos, grabados o litografías. Menos aún las tierras de sus ancestros que, por eso, y según decía él, por sus venas corría sangre sajona y grecorromana. O sea, buena mixtura en esa conjugación criolla y cristiana. Nada de panteísmo ni paganismo de los viejos tiempos.

Aquí era Federal a lo Rosas; y dentro de ese esquema instintivo, nacional, argentino, pragmático y de atinada coherencia de pensamiento político, también lo era a lo Dorrego de sus últimos años y a lo Quiroga. Añoraba el Virreinato, aunque hubiera preferido que la conquista no la hubiera hecho a la cabeza del Ítalo descubridor Colón, sino los griegos comandados por un romano del brazo de la iglesia católica hispanoamericana. Con una salvedad: no extinguir de manera alguna al indígena o aborígen, ya que por haberlo hecho ¡cuánto es lo que nos quedó por aprender de ellos! Así pensaba don Julián.

Pero, ¿Quién era él y qué pasó después de muerto con los bienes, incluyendo el tan mentado portón?

En una próxima, se lo diré a quien tenga la paciencia de esperarme.

Probablemente se trate, en opinión de un pariente mío de San Nicolás, del existente en inmediaciones de la Posta de Vergara y del «histórico» ombú donde fue fusilado Cullen (en el partido de San Nicolás a 24 km. del centro de la ciudad); ombú donde se colocó «una cruz de madera sobre un basamento de material en el que una placa expresa: **´Al Gobernador de Santa Fe, Don Domingo Cullen, mártir de la tiranía, que fue ejecutado al pie de este ombú por orden de Rosas´**. El lugar puede ser visitado», prosigue G. Santiago Chervo (Crónica de San Nicolás, 1992, ps. 84-55; obra que el querido autor me dedicó con estas palabras: «Para el Dr. Atilio Milanta, nicoleño y amigo. Con alta estima. G. S. Chervo, 05/07/1994»), agregando

que, «en su frente, sobre el camino de tierra al pueblo J. B. Molina, existe un tapial con una **artístico portón de hierro**, que sirve de entrada»; y «al fondo del terreno, se encuentra el ombú», el que «está cercado por una artística verja de hierro que, como el portón, fue mandada colocar por los descendientes del prócer». Estoy de acuerdo con mi recordado y querido amigo Chervo respecto de haber sido **mal** fusilado Cullen; pero disiento sobre las causas y razones, pues Cullen no fue ningún prócer (aunque algunos buenos comportamientos tuvo anteriormente, luego de su venida de Tenerife), ya que debió ser fusilado por la espalda, por la doble traición a la Confederación Argentina, y sobre todo, a la patria (por ayudar al enemigo francés que estaba en guerra contra la Argentina). En esto le doy toda la razón a Rosas (que no fue un tirano, sino un dictador, al mejor estilo de los de la república romana, cuando defecionaban los cónsules) y al coronel Pedro Ramos que ejecutó, aunque deficientemente, la orden del Ilustre Restaurador.

XL

DOS MAS DE PERRET; Y SU DESPEDIDA...

1

Una, del sábado 13 de agosto de 2005, publicada en la sección Cultural de «El Norte» de San Nicolás, tiene como título **Almafuerte, en la lupa de Milanta** y una apostilla previa que dice: «En el discurso testimonial del escritor Atilio Milanta, advertimos una evidente inquietud de ofrecer una interpretación fidedigna del asunto tratado, con datos extraídos de diversas fuentes que figuran en la vasta bibliografía» (sic).

Un nuevo ensayo enriquece el patrimonio de Atilio Milanta en el campo de la investigación. Se trata del estudio «¿Quién es Almafuerte?» que acaba de publicar Dei Genitrix (La Plata), una experiencia de perfilado estilo y apreciación deductiva que incluye la indagación del segundo nombre de Pedro B. Palacios (1854_1917), ¿Bonifacio o Benjamín?, en capítulos que constituyen sólidos fundamentos desprovistos de toda urdimbre de dudosa concreción.

En el discurso testimonial de Atilio Milanta, advertimos una evidente inquietud de ofrecer una interpretación fidedigna del asunto tratado, con los datos extraídos de diversas fuentes que figuran en la vasta bibliografía, además de la consignada en el texto, despejando incógnitas sin dejar hilvanos incoherentes. Las alternativas que el autor propone, demuestran un hábil manejo de las motivaciones generadoras de cada uno de los pasos seguidos para llegar a una inferencia de convincente naturaleza.

Hombre de extensa trayectoria jurídica y docente, el Dr. Milanta, posee la calidad expositiva que brinda la docencia universitaria, a lo cual se suma el aval que le confiere su producción literaria.

El libro comentado, incluye una introducción titulada «El patrono y el fundador», el primero, en referencia a Horacio Rega Molina, patrono del Instituto Literario que lleva su nombre y del sello editorial Dei Genitrix y el segundo el propio Atilio Milanta, exordio firmado por Juan José Terry y Ricardo Volpe (Miembros Honorarios del Instituto nombrado), del que

extraemos el siguiente párrafo: «Aquí ya no es el lugar ni el momento si no de recordar al emblemático Almafuerite, pues Horacio y Atilio hoy están en el servicio de una develación que no admite demoras, resignaciones ni otra cosa que una claridad tal de la que sólo son capaces de exponerla Horacio y Atilio».

Le sigue «El buen interrogante»- A manera de prologo, del Comité Interdisciplinario del Instituto Almafueriteano de la Pcia. de Buenos Aires (y otras instituciones culturales) que concluye con estas palabras: «Creemos que se trata de un aporte valioso por su contenido, pero para saber quién es Almafuerite, previamente, Atilio Milanta transcribe todo lo que dijo del autor de «El misionero». Y por supuesto, muy oportuna, justa y necesaria la evocación, antes que la SEP y que la SADE en el tiempo, de la primera entidad platense que rescató a Almafuerite y ocupó su casa: la Agrupación Bases».

El capítulo I hace hincapié en las notas publicadas en EL NORTE de San Nicolás de los Arroyos del domingo 17 de marzo de 1996, titulada: del «Benjamín» o el «Bonifacio» y del 2 de junio del mismo año:»Reflexiones sobre Almafuerite, en su natalicio» y de otras aproximaciones del tema enfocado. El capítulo II, «Bonifacio», finaliza con esta aseveración:»... por una buena intención y con el mejor de los propósitos, todo lo referido a un supuesto segundo nombre (Bonifacio), es inexistente. Y máxime por cuanto vendrá seguidamente sobre el tema Benjamín. Esto es, el capítulo III con esta aclaración:»... ya no con Benjamín, que no figura en la «fe de bautismo», ni menos con «Bonifacio», que no figura nada más que en la mera tradición oral, un instrumento interesante y valioso, algunas veces, pero desvalioso en otras, a punto tal que, reitero, nada más perjudicial para la verdad que un error inveterado».

En la sección IV, se lee esta conclusión: «Y entonces, si alguien pregunta: «¿Quién es Almafuerite?», se le responderá de inmediato: «pues, ¡Almafuerite!» y si se quiere, se puede agregar que se trata de un tal Don Pedro... de apelativo Palacios».

El capítulo V condice que toda la explicación precedente de este trabajo fue cedida al Museo Almafuerite, «Entidad oficial del municipio de La Plata, donde los interesados pueden concurrir para verificar la verosimilitud de mis afirmaciones en este ensayo».

Ya al final, Atilio Milanta, aprecia el reflejo de la obra poética de Lugones en la de Almafuerite y sobre la nominación de Ciudadano Ilustre-post mortem-del emblemático platense. Precisamente, Lugones, fue uno de los primeros en reconocer al talentoso autor de «El Misionero».

Asimismo, es justo consignar que Almafuerite es el patrono de la Sociedad de Escritores de la Pcia. de Buenos Aires, que ha instituido la fecha de su

nacimiento, el 13 de mayo, como «Día del Escritor», en la ciudad de La Plata y diversas localidades del interior de la provincia.

Precisas aclaraciones dan cuenta de la solvencia autoral de Atilo Milanta, las que corroboran la autonomía de su proceder como escritor e investigador de agudo sentido crítico dentro de la compleja circunstancia humanista de los tiempos que corren.

2

La obra se titula **Tentativas para comprender la poesía de Milanta**, editada en «El Norte» de San Nicolás de fecha sábado 11 de marzo de 2006, que dice así:

A propósito de la publicación del poemario «La mesa» de Atilio Milanta (sello editor Dei Genitrix), es preciso fijar la atención en los signos que se enhebran para intuir el eco de las voces y avanzar en el oleaje de las páginas que se prodigan en alto vuelo y vuelven a su lecho en pliegues de un recordatorio que señala la íntima satisfacción de motivar lo indecible, a costa de nuestra fidelidad en la «participación estética».

Es que la poesía es un llamado al cultivo del intelecto, la gran revelación que posee la fuerza del grano germinal, que no se desgrana ante el sometimiento de la razón y el autor prosigue: «También encubridora de mis males/ y testigo de mi felicidad. Aún, en el dolor».

En el ciclo de las mutaciones, el espíritu humano crea y se distiende al vaivén del fluir del lenguaje, como una inabordable escalera al cielo, aunque un asombroso «soplo interior» exceda los cercenamientos a los secretos rincones «mas allá de la poesía». «Y cuando se acerca la luz/ por qué se disipan/ las diferencias, esos distingos o vocablos/ que intentan disimular la inefable paridad/ de las cosas, las sustancias y el espíritu».

Entre la casa y «la mesa» no hay distancia posible; el ser cuestión de una cosa, reside en que el hombre se considere una entidad personal que puede hablar de sus afanes y sus eternos bienes, pero el poeta da cuenta que cuando enuncia una confesión, viola su alter ego que es el encargado de descifrar los enigmas que sobrelleva a cuestas, tras la incidencia de los días.

Las tres dimensiones del lenguaje (semántica, sintáctica y uso práctico) no alcanzan para descifrar las señales que se avizoran en el espejo de las circunstancias, hay otra dimensión, que consiste en que el autor sea de su propia andadura, ya sea en la medida o en el vuelo.

El poema «Como cóndor», transita en esta dirección: «Siempre quedó en la memoria/ ese testimonio de cuantos fueron/ tras la luz que vino de las

noches./ Y por aquel viaje siempre distante»// «Hoy saben todos ya de esos gemidos/ y de las otras crueldades./ De lo que el alma que es y de cuánto fue/ en el corazón que llaman espíritu,/ de la mesa».

Cuando el poeta promueve su catarsis frente a los demás (como parecería ser el caso de Milanta), suscita la emoción en el lector, lejos de ofensas y formas equívocas.

Lo hace con la seguridad de hallar en el otro el consecuente temblor que hermana hasta contradecir la quietud o el abandono: «Y ya retornan los deseos/ de volver a sentar a su alrededor/ a los que antes vivían lejos de mi./ Aunque en mi».(...) «Sobre la mesa ya vacía, el poema/ anunciaba el otro instante de las cosas./ Ese que ya no se mide/ como se mide el tiempo/ ni se calcula con la mirada atenta».

Mientras los días sigan su paso inexorable, la presencia manifiesta de lo cotidiano, seguirá girando como única justificación de los testimonios de la palabra que crece y se expande, en el milagro del encuentro y el prodigio de conocer esa virtud que nos permite creer: «Mas, al arrimar la silla se inició el diálogo/ entre la fe y la razón, y sólo ella/ debajo de un lindo mantel blanco/ daba respuestas a lo desconocido/ y a ese milagro de todos los días/ de la sencillez. Y de la hermosura».

La iluminación del espíritu busca la comunicación de las palabras simbólicas, de acuerdo con el código lingüístico, o en casos especiales, con el corazón, que es otro modo de operación del lenguaje.

Sea como fuere, en los versos siguientes, el poeta transfiere a « la mesa de la consagración», su auténtica devoción :» Debajo del mantel era ella/ que se mantenía en el misterio del pan y del vino/ hacia el Cuerpo y Sangre/, cubierta o desprovista de soledosa humildad,/ ese servicio íntimo de grandeza y de sostén».

En esta breve duración del tiempo que es la vida, todos los desvelos resultan inoperantes, ignoramos el destino humano y de las cosas, la permanencia superficial.

Los pretextos quedan reducidos a una infidencia de nuestros propósitos, y los sentimientos, a impresiones accesorias; estamos atrapados en un empalme difícil de destrabar: «Y ella paciente de los acuerdos y de las ilusiones, /de los ilusos, de los cálculos y de los vaticinios,/ los abigarrados esquemas de las luchas y egoísmos. /En tanto, la patria se resigna y espera.// Y un día queda sola, su tabla y sus patas,/ en un lejano galpón del anticuario».

3

En cuanto a su «despedida» (esperando que no se concrete), dejo aquí testimonio escrito de mi gratitud por toda la atención que demostró haber prestado a mi obra. En San Nicolás, nadie, salvo Bustos y Semorile, se ocupó con la probidad intelectual y el afecto humanístico de «mis hijos» (libros, obras), como el profesor, escritor y poeta Miguel Julio Perret, a quien, justicieramente, me vino en gusto citarlo en **La mesa** (Dei Genitrix, La Plata, 2006, 40), con estas palabras: «Escritor (profundo) y (exquisito) poeta nicoleño nacido en 1933. Egresado de la Escuela Normal de San Nicolás en 1949. Docente de vocación en varios institutos nicoleños. Maestro Normal Nacional, Profesor de Castellano, Literatura e Inglés. Editó varios títulos de singular jerarquía poética, así como también en los géneros ensayo y cuento, entre otros. La contratapa de **Por el ojo en la cerradura** (narrativa, 2000) pertenece al autor de este libro. Galardonado reiteradamente en el país y en el extranjero. Pronto sumará varios títulos a los siete ya editados, cuando este poemario dé a luz».

Inesperadamente, esta sección 3, tiene dos partes (por lo que diré a renglón seguido).

A

Por un lado con la tinta fresca de la imprenta, Perret me hace llegar su último (y generoso) libro que trata del acervo rural en la poesía nicoleña donde incluye a trece nombres cuyas obras responden a la mentada designación (Ameri, Rega Molina, Bustos, Semorile y Cafiero, entre otros). Y como entre ellos, el autor tuvo la deferencia de incluirme, paso seguidamente a transcribir, como en anteriores páginas, no tanto lo que yo digo de mí, sino lo que otros lo hacen.

Ponderar la obra de **Atilio Milanta**, nacido en San Nicolás en 1926, parecería una redundancia, por cuanto más de veinte libros publicados desde 1960 avalan un itinerario de notable jerarquía. Abogado, ensayista, catedrático, escritor, nos interesa sobremanera su obra poética con referencia a dos composiciones del capítulo décimo de su libro inicial: «Resonancias Nicoleñas». La primera se titula, «Introducción al pago».

Ciudad noble y tranquila,
pago pleno de sed de litoral.
Tu tiempo recopila

con tiempos de ritual
la jornada que acaba. Y la inicial.

La pampa es tu regazo
y gozas las virtudes de su estilo.
También, un gran abrazo,
que al tiempo es tierno lazo,
te ofrenda el litoral de aire tranquilo.

En esta Introducción, todos los elementos articulados se injertan en un marco de color local. Hay una estrecha relación entre la urbe y la pampa, la estrechez de lo urbano explicitado de manera sosegada, y la amplitud de la pampa como una falda acogedora y sumisa. Se trata de una poseía de excelente factura donde está la quinta esencia del terruño, en la manera de captar la realidad. La actividad del poeta gira en torno a la evocación sensible de un lugar imposible de olvidar. El nivel artístico tiene la carga emocional que evidencia, al dejar constancia, con ánimo comprensivo y afectuoso, de un paisaje que encierra las características del lugar. Los dos quintetos comprenden una estructura, que la habilidad compositiva del autor, marca con dinamismo y una flexibilidad que surge de la soltura en el trazado de los versos, merced a una combinación de rimas consonantes y asonantes en la segunda.

Un hermoso soneto de sobria arquitectura es «Campo y siembra»:

Amplia poesía de ángulos cabales
extiéndese en la tierra ya medida.
Oh, gravidez, que muestras en tu herida
de paralelas y de diagonales.

Naturaleza plenas de esponsales
lenguaje tienen de tierra encendida.
Y hoy va al suelo hasta el grano que da vida
con vértice de versos desiguales.

Grano y lluvia hacia el seno de la tierra.
Hondura y gravedad el verso encierra
ante aquello que baja o que desciende.

Y luego, lo que asciende o lo que sube
como insinuando el vuelo, hacia la nube,
es la flor. Nuevo vuelo que se emprende.

Carente de apremios sensoriales, el poeta reflexiona sin afectación ni deslices de ostentación, captando los misterios de la tierra y de la siembra, de tal manera, que todo sobreviene armoniosamente ajustado.

Hay intensidad en el pulso de Atilio Milanta, siendo que su personalidad discurre por entre lo auténtico de un pensamiento de orientación rural y bonaerense. Se destaca una geometría simétrica que en nada disminuye el vuelo imaginativo, al plasmar en cuatro estrofas, con fidelidad al soneto, nunca entrecortadas, las evoluciones de catorces versos perfectamente sincronizados.

«Campo y siembra», excluye lo pintoresco en una exaltación de la naturaleza por la rotación de una cosmografía en movimiento, y al mismo tiempo, se agiganta en la visión del poeta.

Indudablemente existe una asociación descubierta, como un telón de fondo que se descorre, entre el motivo inspirador y su traslado al verso de los rasgos del ámbito rural, buscando más que recrear viejas tradiciones, suscitar el interés por nuestro acervo.

Esta atinada selección de Perret (y eruditas palabras valorativas), me dan ocasión de incluir el poema siguiente que publiqué en la segunda edición del libro «Resonancias Nicoleñas» (1era. ed., 1060; 2da. ed., 1991), en homenaje al pago y al vate máximo nicoleño (Horacio Rega Molina), a quien le dediqué el poema titulado «Lenguaje y patrimonio», previa una brevísima aclaración. San Nicolás cuenta, como no ocurre con muchas otras localidades bonaerenses, de un extraño patrimonio por su situación geográfica, más la presencia de extranjeros, sobre todo italianos. En efecto, aparte de la elección efectuada por Urquiza en 1852 para celebrar el histórico Acuerdo, por tratarse de una ciudad que, sin salir de la provincia de Buenos Aires, tuviera cercanía a Santa Fe y al pago entrerriano, entre otras connotaciones que di cuenta en mi conferencia **Hoc pacto** (supra capítulo IV), San Nicolás tiene cercano el litoral que sólo la separa y la une el Paraná y hacia el oeste la hermosa insinuación de la pampa. De allí la alusión del sauce y el ombú. Pero, además, y entre otras particularidades que se advierten en el poema, destaco que entre la ciudad y el campo, existió y existe una zona intermedia que otrora se llamaba de los «quinteros», explotada predominantemente por los italianos. Y la tal «quinta» no es sino un extensión considerablemente mayor que los solares de la ciudad y considerablemente menor que los campos, estancias, etc., de la inmensa zona rural. En esas «Quintas» se afanaban en tener sembradíos, viñedos, pastizales, la infaltable vaca lechera, aves de corral, horno, parrilla y todo

aquello que hiciera una estación donde alternara la casa y la pequeña producción agropecuaria, así como la ciudad y el campo...

Lenguaje y patrimonio

A Rega Molina

Por un territorio de densidad, de geografías
de prados y mesopotamias,
el sauce está vecino del ombú.
Allí, tan cercano, el río y la pampa,
la isla y la campiña,
la hacienda y el cardumen, la pesca y el arreo.
El río pasa frente al arenal y al monte.
Y atrás la planicie que se extiende
entre quintas, viñedos, frutales, sembradíos,
latitudes de campo,
en enjundia de litoral y de llanura.
Se determina así el margen necesario,
la propicia descripción,
el límite preciso e inextinguible,
la multiplicidad
de un cuadro y un vocabulario,
el vocablo, el sustantivo, el nombre,
que pueden transitar
predicando la literatura (esa página,
en la que quizá sólo algunos poetas,
como Horacio, tengan la palabra).

B

Por el otro lado, y no menos importante que el libro, la carta (de la su-
puesta «Despedida»), que dice así.

San Nicolás, 18 de julio de 2006. Dr. Atilio Milanta. Presente. De mi consideración: Hace unos meses recibí su libro «Odas y poemas» y no puedo permanecer callado ante tanto rigor impuesto a su obra, sin duda, su trabajo depurado en que la técnica y la expresión se amalgaman en un continuum de unidad técnica, de tono y singular estilo. Me parece trascendente señalar los valores simbólicos, formales y conceptuales de la oda, una especie lírica de larga y prestigiosa tradición desde Anacreonte hasta Darío, Rega Molina y

Neruda. Yo recuerdo las odas que estudié en la Escuela Normal: Oda a las delicias del labrador de Vicente López y Planes, Oda al Paraná de Lavardén y las Odas seculares de Lugones, un despliegue estimulante de grandezas y añoranzas, que la escuela de hoy ha olvidado. Por otra parte, lamento que ya hace tiempo he decidido no publicar más comentarios porque estoy muy cansado, y van para 37 años de colaboraciones en «El Norte», por lo que es hora de retirarme. Eso sí, continuaré con mis libros. Le envío «Nuestro acervo rural en la poesía sannicoleña», de reciente data, y en breve aparecerá mi décimo trabajo que se titula «Las cinco señales». Me siento muy honrado de que mi nombre haya sido tenido en cuenta por el prologuista de «Odas y poemas», como por usted. Afectuosamente. Miguel Julio Perret.

XLI

EN MALTA UN TAL AZZOPARDI

La historia del Coronel de Marina, que protagonizó la primera batalla naval argentina, y cuyos restos se encuentran al comienzo de la calle Pellegrini de San Nicolás en un monumento erigido allí a ese efecto, se inicia en una ciudad «maltesa» (Senglea) el 19 de febrero de 1772, en que nace el prócer, y se extiende hasta más allá de su muerte, acaecida en Buenos Aires el 23 de octubre de 1848 (dos días más tarde sus restos recibieron sepultura en la Recoleta y en 1878, fueron trasladados al cementerio del Oeste, y el 23 de octubre de 1948, fueron llevados a la cripta del referido monumento al primer Combate Naval erigido en San Nicolás).

Malta se encuentra entre Sicilia y África, y pertenece a los ingleses. Su capital es Valette. Goza de suave clima y su suelo produce granos y frutos. Su posición es de singular importancia para el dominio mediterráneo. Carlos V la cedió en 1530 a los caballeros de Rodas, que sostuvieron en ella un sitio memorable contra los turcos en 1565. Bonaparte se apoderó de ella en 1798 y los ingleses la ocuparon en 1800, obteniendo su posesión definitiva en 1814 por el tratado de París. Durante la primera guerra mundial, constituyó una base naval eficaz para los ingleses y sus aliados; y durante la segunda, fue bombardeada sin tregua por la aviación germana y la itálica (sin lograr destruirla). La famosa Orden (de Malta) fue fundada en 1099, instituyéndose como la más célebre y antigua de las órdenes religiosas y militares originadas por Las Cruzadas. Sus miembros llevaron primero el nombre de Caballeros Hospitalarios de San Juan. La orden estaba regida por un Gran Maestre y dividida en ocho lenguas (o naciones), las que obedecían a un jefe y abarcaban numerosas encomiendas, prioratos y bailiajes. Los Miembros, a su vez, se dividían en tres clases: nobles o caballeros (llevaban armas); sacerdotes y capellanes (encargados del servicio religioso) y los hermanos sirvientes (asistían y ayudaban a los miembros de las dos primeras). Los caballeros ostentaban sobre el pecho una cruz de tela blanca, de cuatro brazos iguales, o una cruz esmaltada en el pecho.

En 1880 León XIII concedió a la Orden la Iglesia de San Basilio, en Roma, con el priorato del Monte Aventino. Actualmente, la Orden es honorífica y filantrópica.

En esa isla nació en la fecha indicada Juan Bautista Fortunato Ignacio Azzopardi, ya que descendía de una antigua familia de romano origen, poderosa originalmente, que se asentó allí en uno de los viajes comerciales de entonces, conservando hacia el año del nacimiento del prócer naval grandes posesiones y, además, mantenía una flotilla de barcos mercantes. Dicho apelativo posteriormente se afrancesó Azopard, y al final, se convirtió en Azopardo, ortografía que perduró hasta siempre en toda su descendencia. Y en la historia sintetizado así: Juan Bautista Azopardo. En la introducción de la vida y obra del prócer efectuada por la bisnieta del bizarro marino, profesora Mercedes G. Azopardo, introito escrito por el capitán de navío Humberto F. Burzio, obra editada en Buenos Aires en 1961 por la secretaría de Estado de Marina, Estudios Históricos Navales, Biografías, Serie C, se dice enfáticamente que «la adversidad que vagaba sobre las aguas del Río De La Plata, se asentó el 2 de marzo de 1811 en la escuadrilla patriota frente a San Nicolás» y de allí en más continúa una historia de este hombre latino e incorporado a la historia nacional, magüer las diferencias ulteriores con aquel gran almirante Brown, que prosiguiera luego de la estancia maltesa, cuando el joven tenía edad bastante para acometer estudios superiores, trasladándose a Francia, donde practicó, además, construcciones navales en Tolón, durante más de un lustro. Luego obtuvo, por sus intervenciones en las guerras coloniales de 1793 y en veinticuatro combates por mar y tierra, el despacho de teniente primero de marina francesa. Se tienen noticias de que también sirvió en la marina inglesa por el año 1796. Luego de varias actividades bélicas en San Juan de Malta, así como la guerra de corso de Holanda, se hace a la mar en busca de presas hacia 1803.

En abril de 1806 arribó a Montevideo como segundo comandante de la corbeta Reina Luisa (apodada «Dromedario») de varias piezas de artillería y cerca de doscientos cincuenta hombres de tripulación, armada en corso al servicio de España. Luego condujo lancha obusera (La invencible 4) que tripuló con gente de su corbeta integrando las fuerzas de defensa, ante la presencia de buques ingleses frente a las costas brasileñas. Para ello, fue vigilante de costa, efectuando todos los servicios atinentes a ello y realizaba salidas de reconocimiento con lanchas cañoneras. Mientras así estaba en Montevideo, Azopardo no desconoció el apoderamiento de la colonia del

cabo en 1805 por los ingleses, los que posteriormente irían a Buenos Aires (25 de junio 1806) entrando triunfantes en la ciudad, en tanto el virrey abandonaba la misma.

Cuando Liniers llega a Montevideo para alistar un ejército de reconquista (otro prócer de gran estatura patriótica mal hecho fusilar por Moreno luego de la revolución de 1810), es alistado Azopardo a las fuerzas de marinas comandadas por Gutiérrez de la Concha, encargadas de trasladar el ejército a Buenos Aires. Y allí, comienza otra historia.

Luego de las acciones militares con sus marineros y siendo uno de los primeros en la Reconquista de entrar en el Retiro, recibió de Liniers licencia de curso el 20 de noviembre de 1806 para ejercerla en el Río de La Plata, la que, luego de varios acciones importantes, dio fin el 23 de enero de 1807, certificado por Liniers, quedando sin ejercicio alguno, hasta el 17 de marzo del mismo año, previo llamado del mismo Liniers, la Real Audiencia extendióle el despacho de Capitán Urbano de Artillería, recibiendo el destino de la Comandancia de la batería de los Olivos donde se alistaba el cuerpo de Pardos y Morenos. Después de reconstruirla y disciplinar varias compañías, al atacar nuevamente el inglés, Azopardo recibe orden de incorporarse al ejército, alistándose con el segundo batallón de Patricios y un escuadrón de caballería, enfilado hacia el puente Barracas, alternando con otros puestos hasta la comandancia de la batería Recoleta, donde estuvo hasta el 15 de septiembre de 1809, en que el virrey Cisneros lo separó del servicio, aparentemente por razones económicas; pero, realmente, por «sus ideas liberales y por ser antiguo oficial de la Revolución Francesa, antecedentes que el gobierno español no ignoraba» (cit. Obra de la bisnieta, p. 22).

Ya producida la revolución Maya, el 27 de mayo el presidente coronel Cornelio Saavedra lo incorporó al cuerpo de granaderos conducido por el Coronel Terrada, donde estuvo hasta el 13 de agosto de 1810.

Sin el dominio de los ríos Paraná, Uruguay y el Plata, la acción Revolucionaria no alcanzaría el éxito que correspondía, por lo que la Junta comisionó al diputado por Salta Francisco Gurruchaga y al teniente Azopardo para que organizaran una escuadrilla, la que se logró con algunos barcos mercantes de menor porte o calado que estaban en el puerto de Buenos Aires, luego anclados en el Riachuelo, donde se aprovisionaron con otros elementos llegados con posterioridad, efectuándose una leva de marineros, pero dejándose constancia de que la tripulación de Azopardo no contaba con ningún marinero argentino (tal vez, algún soldado). Embarcó en la **Invencible**, nave capitana, acompañada con la **25 de Mayo**, comandada

por Hipólito Bouchard, y la **Americana**, por Ángel Hubac. Y el 10 de febrero de 1811, don Miguel de Azcuénaga y don Domingo Matheu, trayendo los despachos de teniente coronel para Azopardo y el de jefe de expedición como también el de segundo para Bouchard, en un sencillo acto a bordo y luego de ponerlos en sus cargos y arengar a la tripulación, dieron orden de partida, disparándose un cañonazo, antes de elevar anclas, y partieron las tres naves.

Enterada la escuadra española de la partida, inició la persecución con una formación muy superior en equipos y hombres, compuesta de los bergantines **Belén y Cisne** y los faluchos (embarcación costanera con una vela latina) **Fama** y **San Martín**, capitaneada por el capitán de fragata Jacinto Romarate, uno de los mejores oficiales de la marina hispana.

Encontráronse el 2 de marzo de 1811 frente a San Nicolás entablándose un combate de envergadura que las historias describen con lujos de detalles, a punto tal que, a pesar de la derrota, esos hombres escribieron una de las páginas más brillantes del pasado argentino, y además, se instituyó como el bautismo de fuego como lo dice la inscripción puesta en la base del monumento aludido en San Nicolás: «En estas aguas del Paraná, el 2 de marzo de 1811, la escuadrilla patriota libró el combate de San Nicolás, jornada heroica con que se inició su historia naval La Nación Argentina». El presidente de la Nación, Gral. Juan Domingo Perón, suscribió el Decreto 27286 con fecha 28 de octubre de 1949 declarando Monumento Histórico Nacional el emplazado en la ribera nicoleña y el nacimiento de la calle Pellegrini, en donde, como dije, se encuentra la cripta donde se guardan las cenizas del prócer.

El español intima a Azopardo la rendición, pero éste prefiere la muerte con honor; y ante las súplicas de sus heridos marineros, cede y entrega sus armas al teniente de fragata José María Robión, su antiguo compañero de armas. Quedó, según testimonia su Diario, «con un pantalón y camisa llenos de sangre, descalzo, sin sombrero y la mitad de mi cuerpo quemado» (Archivo General de la Nación, Legajo «Campañas navales, años 1811-1828, Sala X, C. 5, A. 1, N° 5).

Luego comienza el llamado martirologio en el regreso a Buenos Aires entre los años 1811 y 1820. Encausado, maltratado, apresado, trasladado a España, luego a la plaza más segura de Ceuta. Pasó un lustro de ignominia e injusticia, donde en vez de decaer, aseguró sus fuerzas y mantuvo el patriotismo de siempre. Precisamente, en Ceuta, conoció a su tocayo Juan Bautista Tupac Amarú, hermano del celebre José Gabriel, hermano aquel

que tuvo la desgracia de padecer cuarenta años encarcelado.

Azopardo fue liberado y llegó a Buenos Aires el 26 de agosto de 1820, donde comienza otra historia infausta para el país con la muerte de Belgrano y la anarquía, que se inició en el litoral con Artigas, Ramírez y López, sucumbiendo también el ejército argentino en Arequito, sublevándose el regimiento de Cazadores de los Andes en San Juan, entre otras ingratas polvaderas para la patria, lográndose finalmente el desorden, la desorientación y el eminente peligro de la pérdida de la nación argentina, la que, luego de los infortunios de Dorrego, y los incontables infortunados homicidios de Lavalle, la Confederación Argentina instala la fortaleza necesaria para que, después de dos decenios, San Nicolás fuera nuevamente protagonista del famoso Acuerdo que posibilitó la definitiva organización institucional del país.

En 1821 se lo ve a Azopardo, luego de sus prisiones en España y África como teniente coronel, segundo jefe de una escuadrilla comandada por el coronel José Matías Zapiola. Luego adviene el nombramiento de capitán del puerto de Buenos Aires, en una importante tarea organizadora en el lapso 1821/1825, una vez cumplida su actuación en Colastiné.

Destaca las bisnietas que «otras de las medidas importantes fue la contrata que celebró Azopardo con el piloto Diego Johnson para la derrota y practicaje de toda la costa patagónica desde el cabo San Antonio hasta el sur de Puerto Deseado con el bergantín de guerra General Belgrano, en fecha 29 de diciembre de 1824». Sin duda, que todo esto, más otras medidas, fueron tomadas por Azopardo para ser respetar la soberanía argentina sobre sus territorios.

No bien aceptada la capitanía del puerto, Brasil declara la guerra a las Provincias Unidas del Río de la Plata el 10 de diciembre de 1825. Brown por su parte, a principio de 1826, ofrece sus servicios al Gobierno que los aceptó confirmándosele en el grado de coronel mayor y nombrándosele jefe de la escuadra. Recuérdese que Azopardo, comandaba como coronel, y además segundo jefe de la escuadra, el Bergantín General Belgrano. Dice la citada autora que «el día 9 de febrero se entabló un combate que resultó indeciso para los nuestros y en el que se batió sólo el almirante con la 25 de Mayo, según el parte oficial de Brown dirigido al comandante general de Marina», acusando al almirante «a los comandantes de los otros buques de cobardía», pidiendo entonces Azopardo se inicie un sumario y que un consejo de guerra juzgue su conducta. Los acusados fueron el coronel Juan Bautista Azopardo, el sargento mayor Martín J. Warnes, el capitán Guillermo Roberto Mason, el teniente Roberto Guillermo Beazley y el capitán Graduado Francisco

Seguí, integrándose el consejo por decreto del 22 de junio de 1826, de la siguiente manera: coronel mayor Matías de Irigoyen (presidente) y por los vocales coronel mayor José Matías Zapiola, coronel mayor Manuel Ramírez, coronel mayor Manuel Rojas, coronel graduado Ángel Salvadores, teniente coronel Francisco Sánchez de Celiz, sargento mayor Tomás Espora, capitán Benito Lynch y auditor Pedro Somellera. Luego de algunas renunciaciones y recomposiciones del consejo, éste resuelve expedir cédula de retiro al coronel Azopardo con fecha 23 de febrero de 1827.

Luego prosigue ese camino íntimo, sus amigos, su esposa, su hijo, su muerte y el traslado de sus restos.

El almirante está en la historia, pero también está en su página de gloria el coronel de marina que vive su eternidad a orillas del Paraná en San Nicolás, lugar del primer Combate Naval Argentino.

XLII

EN EL CENTENARIO DEL NATALICIO DE DON JULIO ALBERTO GUSTAVO...

Un viejo papel hallado en estos días, extraviado en un legajo de viejas reflexiones, con este título que mantengo por justa evocación, y que en ese año 1999 remití a «El Norte» de San Nicolás para su publicación (de lo que nunca tuve noticias: si mereció la atención para ello o se extravió en el camino), aún ya cerrado el primer paso de la edición de esta obra, y en homenaje a muchos amigos de la genuina militancia «nacionalista», o nacional y popular y cristiana, la llevo a las bondadosas manos de Florencia Visconti (en **Copy** sabrán de quién se trata); el texto aludido que dice así.

Este año 1999 es el del centenario de varios ilustres natalicios: el del gran poeta nicoleño **Horacio Rega Molina** (10 de julio), así como el del admirado poeta santafecino **José Pedroni** (21 de septiembre) o el del polifacético y talentoso jesuita **Leonardo Castellani** (16 de noviembre). **Inter alia**.

Pero, ¿quién es este Julio Alberto Gustavo sino el inmenso entrerriano **Irazusta** que el próximo 23 de julio, de no haberse interrumpido su existencia terrena en el 82, habría cumplido su primera centuria de vida?

Sin connotaciones peyorativas hacia otras figuras que se las evocan mercedamente, el caso Irazusta, y es de lamentar, es uno de los tantos que no se los recuerde como es justo y necesario. Sin duda, algunos visitarán su solar natal, el Gualaguaychú de las tantas visitas en vida de Don Julio, pero no se advertirá, lamentablemente, la promoción que se le confiere a otras figuras, incluso desde los ámbitos oficiales.

Político, periodista, académico de la historia, literato, historiador relevante, ensayista de alta significación, habitualmente sus obras son consultadas y estudiadas por especialistas serios de las grandes cuestionales nacionales e históricas, ya la «Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia» (ocho volúmenes), ya «Actores y espectadores» (premio municipal 1937), o «Genio y figura de Leopoldo Lugones», así como «La Argentina y el imperialismo británico», o «Tomás de Anchorena», o los «Ensayos históricos», además de «Tito Livio», o «Balance de siglo y medio»;

«Influencia económica británica en el Río de La Plata»; o «Gobernantes, caudillos y escritores»; o «Perón y la crisis argentina»; o «Políticos y literatos del mundo anglosajón»; o «Memorias»; o «El tránsito del siglo XIX al XX»; o «De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina»; o en fin, la monumental obra «La política, cenicienta del espíritu» entre otras. Sin dejar de mencionar que colaboró con la revista «Nosotros» y fundó el recordado periódico «La Nueva República».

Don Julio fue un incansable investigador de la historia nacional, allegándose a la loable postura reivindicatoria de un revisionismo razonable y justiciero, para corregir no pocas inexactitudes de los que escribieron la otra historia (los historiógrafos de los vencedores de Caseros). No fue rosista, pero tuvo la osadía intelectual de develar verdades y mentiras que se habían acumulado de mala fe en la historia argentina. Un elocuente y sincero nacionalismo de este entrerriano, afortunadamente, hizo conciencia a las generaciones futuras, a punto tal que no causó ningún malestar el hecho de la repatriación de los restos del Restaurador a la Argentina en la época de Menem, ni que apareciera entonces la imagen de Rosas en los billetes de veinte pesos.

Fui alumno de José María Rosas en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP), en la disciplina Historia Argentina, y allí, entonces, advertí muchos errores deliberados, contra Rosas, que las historiografías liberales de fines del siglo XIX habían consignado en los «intocables» textos de las historias argentinas. Y uno de los nombres citados en sus clases no era si no, entre otros, el de Don Julio Irazusta. En las veladas de antaño con Aragón y el «Beco» García, además de algunos nacionalistas de buena fe y de paz e inteligencia, siempre Don Julio era la palabra escrita que guiaba la plática serena y fecunda de los argentinos en paz. **Procedamus in pace**, era nuestra consigna. Y lo que sigue siendo, a pesar de...

XLIII

VERE DIGNUM ET IUSTUM EST

En verdad, es justo y necesario... esta inclusión postrera, en atención y respeto de cuanto se irá diciendo con la mayor brevedad que se me sea dado. A un poema y a una oda. Y a un amigo.

A

Un cierto libro de una amiga nicoleña, que exitosamente presenté en La Plata a mediados de 2004 en el Círculo Policial, titulado **Quanta nostalgia...** (de Antonia Russo), viajó a Italia para su edición en el idioma del Dante y bajo un (nuevo) título: **Partivano i bastimenti Quante lacrime!** (obra que me fue remitida por Luigi Muccitelli, responsable de Edizioni Lo Spazio, Fondi LT, Italia) y una nota del siguiente tenor: «Ilmo. Director Instituto Literario «Horacio Rega Molina», La Plata, Bs. As., Argentina. Objeto: Libro en italiano de Antonia Russo; Revista Lo Spacio. Ilustrísimo Director: Envío a Ud. Copia del libro «Quanta nostalgia» de Antonia Russo, traducido al italiano con nuevo título y copia de la revista Lo Spazio, que desde muchos años publica, de preferencia, textos en lengua castellana con traducciones, siendo enviada gratuitamente a muchas instituciones del mundo en intercambios culturales. Espero que Ud. pueda tener interés en una colaboración hacia los asociados a ese Instituto, participando asimismo de la antología Premio «Simón Bolívar El Libertador» que mi editora publica periódicamente. Publicaré cada noticia y programa de su Instituto que quiera despacharme. Fondi, 12 de mayo de 2006».

Y en vista de tan generosa invitación, hacía Italia fue mi (último) poema inédito titulado **Lucha de ser** (que va a continuación):

Eres lumbre de fuego y argamasa
donde ensayas las luces del acento;
días de césped y rizo en escultura,

artífice, cincel y caladura
en éxtasis y unión de singladura.

Eres ave y halcón, ala y destello,
y viento y pintura y remolino;
entrecejo de acento y hendedura,
agua y sales y mares, y distancias
que se aspiran en soplos sin galopes.

Torbellino final, una algaraza
que irrumpe la ocasión con sus destellos
de sacos y botones, desconsuelos
de tiempos que ignoraron los que huyeron.

Eres cuerno y estampa, o estampido,
emoción de llegar a toda capa;
mandoble de león o de bisonte.

Eres surco y suspiro, o la ceniza
en fogón, y columpio y cerradura;
todo en silencio, en fin, de tierra dura,
que, alguna vez, de noche, se le anuncia
a la propia ternura que declina
de temores, latidos, prescindencias
de esas nada sin más, o esas cadencias...
Oh, la íntegra verdad de toda ausencia.

B

La Oda al Vigilante y el Pocho Langone

El tal «Pocho» no es otro que el amigo de vida, esperanza y caridad Omar Rafael Langone (fallecido el 4 de agosto de 2006) y a quien despedí en la necrópolis platense, en mi carácter de presidente de la Fundación Juan Vucetich y de la Peña de la Amistad Boquense, así como en el carácter de Socio Honorario del Círculo Policial de la Pcia. de Buenos Aires, oportunidad en que, en prieta síntesis, dije cuanto va y, luego de aludir al «Decálogo del Policía», a la «Oda a la policía en su primer día de III milenio» y al «Himno a Vucetich», textos editados en mi anterior libro («Odas y poemas», 2006), asimismo hice alusión a la «Oda al vigilante» escrita el 24 de abril de 2006,

y por ende, inédita (la que en homenaje a Langone, va aquí en el último capítulo de este libro).

Primero

La alocución en la necrópolis, de la que colaboró y asistió el Crio. Jorge Giménez Perret, es la que sigue.

No tanto por mí, Pocho

Todas las entidades de mi específica y muy querida afiliación, tales como la Fundación Jun Vucetich, así como la Peña de la Amistad Boquense de La Plata, incluyendo, en mi carácter de Socio Honorario del mismo, por indicación de su secretario, Crio. Insp. Remigio Dal Cin, esto es, el Círculo Policial de la Pcia. de Bs. As., entre otras entidades, en las que el Dr. Omar Rafael Lanzones, médico de prestigio y amigo muy querido, están conternadas justiciera y notoriamente por el que hoy parte hacia la eternidad del Señor. La biocronología, desde su nacimiento, en aquel 6 de febrero de 1937, hasta el día de ayer, en que nos dejó, se nutre de voces singulares, queridas, nostálgicas y de inconmensurables efectos trascendentes, ya como hombre de ciencia, de servicio, de afecto, de trabajo y de familia, pues siempre el Dr. Langone, siempre «Pocho» en la calle, la esquina y el homenaje, fue un ejemplo de hombre y de vida.

Transcurrió ese tiempo, en este tránsito terrenal, inquieto por las demandas de trabajo y de su profesión, así como las preeminencias del hogar que edificó con el amor de su mujer, que no hace mucho dejó este mundo, para vivir en la otra dimensión. También, la amistad, la verdadera, no tanto la que se celebra con las apariencias de un 20 de julio, donde abundan los amiguismos, sino ésa, la auténtica, la que aludía Aristóteles cuando hacía referencia estricta, precisa y clara, como la de «un alma que habita dos cuerpos»; o la de «un corazón que habitan dos almas». Por eso, ese día, como los anteriores días 20, ni Pocho me llamó ni yo le llamé a Pocho. No era necesario, porque la víspera, así como cualquier día lunes u otro vacío, él estaba en mí como yo en él, con el significativo llamado del saber del otro, simplemente. Y estar recíprocamente con el otro. «Mirá, macho», me decía...

Faltaría a la verdad y a mi lealtad, si no dijera que, también, vengo en cabal sentido de gratitud por varias razones. Ya hacia el médico que siempre me prodigó sus cuidados escrupulosamente y con notoria probidad; pues, me cuidó como se cuida, no tanto a un paciente, cuanto a un amigo, sin aguardar esos 20 de julio, opacos y que no dicen nada más que la insustancial copa de las exteriorizaciones de la vanidad o la frustrería... Pocho vivía otras alturas y otras honduras.

También vengo de viejos tiempos, en que una mañana de los años 80, en la esquina de 54 y 5, luego de echar unos párrafos por el circunstancial encuentro, me invitó a ingresar a la Escuela de Policía Juan Vucetich, a lo que, de inmediato, le respondí que no quería saber nada con los milicos; y a lo que él, sereno y profundo, sintéticamente me respondió: «mirá, macho, que todos los que dijeron los mismo, cambiaron de opinión». Pues bien, le dije, acepto para demostrarte que yo soy la excepción. Y esa excepción, ahora reflexiono ante la muerte del amigo, no fue si no la que tuvo las dos siguientes: pues, no fue la de todos, o casi todos los demás, que yo conozco, que van a la docencia, improvisadamente, un poco por vocación y un mucho por el salario. En mi condición de Maestro Normal Nacional, diploma que traje de mi Escuela Normal Nacional «Rafael Obligado» de San Nicolás, yo fui, en cambio, por el mucho otro: la vocación; y por supuesto, me quedé e hice, por Pocho, una carrera que comprendió todos los institutos policiales, que, hoy Pocho, y ya esto directo con vos hasta el final, y estoy en el deber de la enunciación: la mencionada Escuela de Cadetes que lleva el nombre del sabio dactiloscopista; la Escuela de Inteligencia «Crio. José Héctor Ramos»; la Escuela Superior de Policía «Cnel. Adolfo Marsillach»; el Liceo Policial y la Escuela de Suboficiales y Agentes «Cnel. Julio Dantas» (sin excluir la «Compañía Femenina), además de algunas disertaciones (yo les llamo «charlas») en diferentes cursos y ocasiones sobre deontología o sobre el Decálogo del Policía. Esta es una de las excepciones. Y ahora, iré a la otra, que consiste en haber amado todo cuanto hice, porque allí no encontré a «milicos», como pensaba, sino a hombres, seres humanos y personas, como las encuentro en la Universidad, las oficinas, en las iglesias, en las plazas, en los trabajos, en los paseos. Esta otra excepción, Pocho, de la que hoy te rindo cuentas, es la que te he honrado con todo el corazón y la ética en la Policía, pues no siéndolo, hice mucho más que algunos otros que lo son. En este reciente libro titulado «Odas y poemas», que pensaba llevarte en estos días a tu consultorio de 56, y que dejo en manos de tus hijos, está, en primer lugar, aquel mi querido «Decálogo del Policía» escrito a los pocos meses de haber ingresado a la «Vuce», como decimos con afecto y con nostalgia. Había fallecido mi mujer en enero del 82, y por esa razón, algunas veces dejaba pasar el mediodía y caminaba la siesta de la escuela meditando silencioso sobre mi vida y sobre cuanto podría allegar a la Escuela, además del servicio de las horas cátedras. En un tarde, orando frente a la Virgen, un grupo de cadetes que «trotaba» por allí me dijo: «Profe..., acuértese también de nosotros». Y además de las oraciones, comencé a pensar ya en el Decálogo que luego fue «adoptado como marco de referencia en la actividad de los efectivos de la Fuerza» (según el Decreto 3693 de 1991, suscripto por el go-

bernador Cafiero). Esto, Pocho, en tu obsequio, y para que los hombres que admitieron tu recomendación para mi ingreso a la Escuela, te reconozcan y te gratifiquen. Sin duda, el Bocha Berutti, que por entonces era Director General de Institutos, te está agradeciendo con emoción y cariño. Luego de esta excepción sigo con la «Oda a la Policía en el Primer Día de su III Milenio», que se me solicitó para ser recitada como se hizo- por el Locutor Nacional Daniel Hernández, el día de la Policía, el 13 de diciembre de 2001. También en tu recuerdo, querido Pocho, escribí el «Himno a Vucetich» en las primeras horas del 77º aniversario de su paso a la inmortalidad, el 25 de enero de 2002. Y por último, en el Día del Vigilante, 24 de abril de este año 2006, querido Pocho, escribí lo que nos comprende a todos: la «Oda al vigilante». Pues, si un policía no tiene alma de tal, cualquiera sea su situación, revista o jerarquía, es apenas un uniforme o un disfrazado.

Todo esto, y en tu obsequio y gratitud, Pocho, porque fuiste el (santo) culpable o responsable de mi ingreso a la docencia de la Policía, todo lo cual está en este libro, que dejo en las manos de tus hijos.

Y ya me voy yendo, querido Pocho, aunque debiendo hablar de mí, que es una de las maneras de hablar de vos, queriendo dejarte en la felicidad del auténtico y sincero dolor y de que estás, más allá de muchos, por tus virtudes y acrisolada probidad de hombre de bien y de bien nacido. Con este leve aplauso te decimos hasta siempre, Crio. Myr. Dr. Omar Rafael Langone, «Pocho» en el homenaje y en tantos caminos que recorrimos juntos, sin necesidad de andar juntos...**Requiescat in pace!**

Segundo

El Crio, Insp. Carlos Enrique Fontana (n. en la La Plata el 11 de julio de 1911, hijo de Mateo y de Orfilia Alverdi, y m. en el paraje El Triangulo, Villa Elisa, La Plata, el 24 de abril de 1993) escribió el aleccionador libro «Reflexiones de un vigilante» (Dei Genitrix, La Plata, 1990), del que luego hice otra edición (Edit.Policial de la Pcia. de Bs Aires, 2003 y que prologué). Fue mi amigo y me distinguió, incluso por afecto, más que por merecimiento, como «vigilante» (él se autodefinía como tal). La Fundación Juan Vucetich, durante mi presidencia, decidió designar el Día del Vigilante, justamente, el 24 de abril, día del deceso del amigo Fontana, en el año 2002, fecha que siempre es recordada y devotamente evocada como tal. Pues bien, la del año 2006, fue de tal modo que dio a la luz la aludida «Oda al vigilante», la que por primera vez, se edita y va en homenaje al amigo «Pocho» Langone (ver ante p. 162).

XLIV

ROSITA: Y MÁS (CASI FUERA DEL LIBRO)

1

No podía, no quería, y no debía dar finiquito a este libro que ya está en prensa, si no ingresara, antes del último que lo redacté mucho antes, este capítulo con el extraño (y no tanto) título que luce el mismo. Rosita Castelli no es sino María Rosa Castelli, nicoleña, compañera en la primaria y en la secundaria, y luego, en tantas andanzas por la literatura, el libro, la SADE, la conferencia y el lirismo o la humanística. Todo esto no quiere decir que ella, también, ya tenga los ocho decenios, o los ochenta «pirulos», o los dieciséis lustros, que ya tengo yo. Pero, es el caso que, para mi cumpleaños, el que además es el Día del Maestro (en homenaje a Don Domingo que falleció el 11 de septiembre de 1888), Rosita me hizo llegar, entre otros presentes, el único poético o sonetístico, el que, sin más ni más, va como cierre de este extraño y muy sentido libro. Y que dice así:

Ayer y hoy

Con muchas esperanzas e ilusiones
guardadas en tu mente, como guía,
de tu ciudad natal partiste un día
en pos de concretar tus vocaciones.

Y al cabo de unos años, en funciones
que demanda ejercer la abogacía,
alternaste trabajos y poesía,
conjugando los dos, sin mediciones.

Caminante de tiempos sin distancias,
en espacios que envuelven las fragancias
y perduran en voces. Y en penumbra.
Mas allá de encontrar entre tus cantos,

recuerdos, un clamor, algún quebranto,
hay una luna azul que siempre alumbra.

María Rosa Castelli

San Nicolás de los Arroyos, 11/09/06

2

Y además, reconocer y dejar testimonio de algunas otras «cosas», como las que siguen.

A

Si este libro fue escrito para dar cuentas de cuanto protagonicé en estos últimos ocho decenios de mi vida, no fue tanto por vanidad personal y orgullo de haber acometido los emprendimientos de la apuntación y designios, cuanto por justificar el pago parcial de la deuda grande que sigo teniendo o manteniendo. En efecto, se ha dicho de mi origen nicoleño en 1926, un cierto día del maestro, alrededor de las diecisiete horas del mismo, hasta el año 1949 en que me radiqué en La Plata sin dejar aquella nacionalidad lugareña del Pago de los Arroyos, donde obtuve los títulos secundarios; y luego aquí, los universitarios y demás que todos conocen. Pero, todo cuanto soy, se lo debo a los demás. En primer, a Dios y a mis padres; luego a las entidades de la educación y la cultura, a los libros y tantos otros bienes del espíritu y de las inteligencias que me ofrendaron los mencionados libros, bibliotecas, conferencias, reuniones, cenáculos, institutos y demás.

De allí es que todo cuanto los demás reconocen de mí no es sino cuanto debí hacer en mínima parte y en pago, aunque parcial y a cuenta de ello.

B

Tendré que puntualizar las distinciones, honores y reconocimientos más importantes que no hablan tanto de mí, sino todo cuanto recibí yo de las instituciones a las que tuve acceso y aprendí de ellas y de sus hombres, directivos, integrantes y alumnos. Así, y en reconocimiento a ellos, va a continuación el siguiente detalle:

a) Medalla de Plata y Diploma de Honor «por su destacada trayectoria docente y su interés constante en mantener viva la memoria y obra del sabio Juan Vucetich», otorgados por el Ministro de Seguridad de la Pcia. de Bs. Aires, Crio. Gral. Ramón Oreste Verón, el 1º de septiembre de 2000, a las

11 hs., en la escalinata de la sede ministerial (calle 2 e/ 51 y 53, La Plata);

b) Diploma de Miembro Honorario de la Asociación de Dactiloscopistas de la Pcia. de Bs. Aires, otorgado por el presidente dactiloscopista Carlos Britos, el 1º de septiembre de 2000 a las 18 hs., en la II Muestra de Identificación Humana, realizada en el Auditorium del Centro Cultural Islas Malvinas, sito en 19 y 51 de La Plata;

c) Designación con el nombre de «Prof. Atilio Milanta» a la avenida peatonal del Complejo de Aulas, en celebración del «Día del Cadete» de la Escuela de Policía Juan Vucetich, descubriéndose la placa recordatoria el 20 de septiembre de 2000, a las 11 hs., por el director de la Escuela Crio. Insp. Gastón Javier Pérez, en presencia del subsecretario de Formación y Capacitación del ministerio Prof. Santiago Daniel Fazzini, el director general de Institutos de la Policía Crio. Myr. Pedro José Noel, plana mayor de la policía, profesores, cadetes y público en general;

d) Designación con el nombre «Dr. Atilio Milanta» a la Sala I del Museo Policial, sito en 54 N° 393 de La Plata, «por su reconocida trayectoria como docente en diferentes institutos policiales y académicos del país» (Resolución N° 48 del 16 de enero de 2002, del ministro de seguridad Dr. Luis E. Genoud, el Superintendente General Amadeo A. D'Angelo y secretario general de Jefatura Crio. Insp. Raúl M. Cheves;

e) Designación de Socio Honorario de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE LA PLATA) el 3 de noviembre de 2003, Acta 440 por «sus méritos personales, su trayectoria literaria y los servicios prestados a la institución», designación ratificada en la Asamblea General del 3 de marzo de 2006 por unanimidad;

f) Designación de Ciudadano Ilustre del Partido de La Plata, Decreto 1648 del 4 de noviembre de 2005 firmado por el intendente Municipal Dr. Julio César Alak y el secretario de Gobierno Dr. Oscar Alberto Martini, acto llevado a cabo en el salón dorado municipal el 19 de noviembre de 2005 a las 10 hs., con motivo de la celebración del CXXIII Aniversario de la fundación de la Ciudad, con asistencia de funcionarios, arzobispo de La Plata, concejales, amigos y numeroso público;

g) Designación de Socio Honorario del Círculo Policial de la Pcia. de Bs. Aires, en la Asamblea General del 10 de diciembre de 2005, por unanimidad

(entrega de Diploma y credencial en el Salón del Círculo en La Plata, calle 49 N° 735 el viernes 27 de octubre de 2006, a las 19 hs.) y

h) Homenaje del Consejo Académico Universitario de la Facultad de Ciencias Económicas (UNLP) en la IX Sesión Ordinaria del mismo llevada a cabo el 19 de diciembre de 2005, al académico profesor Dr. Atilio Milanta con motivo de la designación de Ciudadano Ilustre del Partido de La Plata, oportunidad en que expusieron los fundamentos, aceptados por unanimidad, por parte de consejero ex decano de la Facultad, Prof. Dr. Julio César Giannini, y del vicedecano Prof. Lic. Martín López Armengol, que estuvo presente en el acto municipal del 19 de noviembre de 2005, a las 10 hs., en el salón dorado.

C

Reconocer, además, a todos cuantos me acompañaron en todos los emprendimientos, realizaciones, cursos y actividades varias, ya aquí en La Plata, ya en San Nicolás y Buenos Aires, como en los Centros Universitarios de Junín, Chascomús, Saladillo y Bolívar, en los que, algunas veces, pasé silencioso el día de mi cumpleaños, como ocurrió en Bolívar, el nefasto de hace un lustro del ataque y destrucción de las dos torres estadounidenses.

Pero, también, decir y reconocer que, desde que Elsa se fue, mis cumpleaños comenzaron a decrecer en los festejos y en mí, a tal punto, que he preferido hacer retiro espiritual y secreto, a pesar de los simpáticos seguimientos y persecuciones de familiares, parientes, amigos y compañeros que nunca cejaron en hablarme, aunque encontráronse con el maldito y malhadado (mi) contestador automático, al que yo, bajo el título de «El ipsófono», le dediqué un (mentado) poema en un (mi mentado) libro («Fresa y esmeril»).

De la indulgencia y bondad de todos, habránse evanescido mis evasiones, huidas o como quiera llamarse a mi elemental ausencia de los agasajos y fiestas. Pero...

D

Este octogenario u ochentón celebratorio vino acompañado de innumerables llamadas durante todo el día, las que agradezco con ternura y con indisimulable y buen orgullo. Pero, además de ello y de algunos «presentes» de compañeras de la facultad, y del poema de Rosita, el club de mis amores, Boca, me regaló muchos lauros en los últimos tiempos, incluyendo la última copa que mereció ser «Rey de Copas» mundial. Gracias, Boca...

E

Este último lunes 11 de septiembre de los 16 lustros, aparecí despierto y levantado a tempranísima hora, y luego de algunas lecturas y escrituras, me esperaba el bueno de Enrique Lombardi, en la misa de las 7:30 hs. en la parroquia San Roque (de 7 entre 39 y 40), celebrando los sagrados misterios y ayudándolo en la lectura y demás de la misa, a la que asistió mi ahijada Carola con la que luego, junto al compañero, el mayor del Ejército, Rubén Figueroa, celebramos el encuentro con un café en 7 y 43. y luego, seguí sin rumbo cierto y con la aparente soledad a ver gente, orar y pensar, agradeciendo a Dios haber llegado a todo esto, con pena y con gloria. La primera es como el dolor bíblico. La segunda, ya se sabe, y como lo dije en oportunidad de la Ciudadanía Ilustre, **sic transit gloria mundi...** Salvo, por supuesto, cuando uno se va de este mundo y tener la dicha de que el Señor me tenga en su Santa Gloria.

ULTÍLOGO

Ya sé que es una palabra «grande» (como que viene del latín y del griego), pero la prefiero en lugar de la orteguiana «epílogo» (que usó en la «Rebelión»), pues...

Abrevio el «discurso» para ir al «grano» y establecer una conclusión o un final a este libro, «pues» cuando el próximo día del Maestro en mi país, «suenen» las diecisiete horas, cumpliránse exactamente los ochenta años de mi existencia terrenal que debo a mis padres por voluntad del Señor. Fui el primero de ese matrimonio santo (José, 27/10/1893-03/01/1969, y Marta María Margarita Castelli, 24/02/1889-13/08/1977), quizá, lo que siempre le dio a mi (santa) madre aludirme como la «alegría del hogar».

Ya en sus últimos años de su angelical ancianidad, y además, con pérdida de la visión, cuando la visitaba, acercándome silenciosamente a ella, a la que veía con la nostálgica tristeza en su rostro y los celestes ojos de siempre, y al besarla, cuando me tocaba la cara y la barba, se iluminaba su rostro al son feliz: «llegó la alegría del hogar».

Este tiempo nunca transcurrió, para mí, ni después de su muerte (en todo viaje a San Nicolás, siempre visito su tumba y quedo con ella con el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria). Luego de esta visita, continuo con Roberto las otras...

Pero, vuelvo a ese tiempo, el que aún no sé si me refiero al «físico», al «existencial» o al «metafísico» (o algún otro que ignoro si existe y que habré de preguntar a San Agustín, aquel de la célebre frase: «tolle et lege»).

Este libro que concluye refiere a un tiempo físico, en primera instancia, ya que desde aquel 11 de septiembre de 1926 hasta el 19 de marzo de 1949, ó sea, toda mi niñez y mi adolescencia, y además, buena parte de mi primera juventud, es de San Nicolás, y el resto, desde dicho 19 de marzo hasta el 11 de septiembre de 2006, es platense. Pero, si mido la dimensión de esta obra, faltaría a la verdad si no confesara que en mi residencia platense siempre alterné con mi existencia nicoleña; pues, si anduve residiendo en la ciudad

de Rocha, asimismo, existí en la de Aguiar. Y viceversa.

Por ello, al concluir, mi gratitud a mi terruño arroyeño de origen por la exclusividad de mi natalicio, que me enorgullece siempre, de mi apuntada niñez, adolescencia y primera juventud, por haber alternado en ella con las otras edades posteriores (que mi amigo pergaminense Mc. Donnell, en sus ochenta «pirulos», dice que continua sumando, apilando juventudes), así como mi gratitud a la Plata., donde coseché muchos amigos de verdad, y por no ser un cretino (como dice Antonio Herrero en **Dactiloscopia comparada** de Juan Vucetich, La Plata, 1951, p. 256), también tuve detractores, envidiosos, necios, petulantes y soberbios, no tantos (aunque los suficientes como para que, asimismo, pudieron ser tenidos en cuenta para cimentar mis modestos éxitos que culminaron con mi designación de «Ciudadano Ilustre» del Partido de la Plata en el aniversario de la ciudad de 2005), a todos los cuales tengo por perdonados en la gracia del Señor.

El referido texto de Herrero dice: «si en un necrólogo se afirma que Fulano no ha tenido más que amigos en vida, puede estarse seguro que dicho fulano ha sido un cretino, porque es menester ser un nulo para no tener ningún adversario».

Es para reflexionar un tanto sobre lo que el poeta latino Terencio, nacido en Cartago (que vivió entre los años 194 a 159 AC), luego de afirmar «Homo sum; humani nihil a mi alieni puto» (Soy hombre y nada de cuanto es humano me es extraño), dijo «Veritas odium parit» (La verdad engendra el odio).

Y me despido lento y tranquilo, perdonando y pidiendo ser perdonado por mi falencias, errores y demás equívocos y omisiones, quizás, hasta un próximo libro como éste que, hasta ultimo momento, no atiné con el título, pues pasaron por mí, además del que ya tiene, otros como «Se dice de mí» (recordando a la Tita), o «Lo que los demás dicen», o «No tanto por mí», (que ya lo puse respecto al Club de Regatas, o...). Me despido, así, hasta el próximo libro, tal vez, parecido a éste que escribiré dentro de los próximos ocho decenios, aquí, en este mundo... o más seguro, desde la otra dimensión donde pido y deseo estar con el Señor.

¡Hasta entonces, Elsa!

ÍNDICE DE NOMBRES

- ABBATISTA DE BRANDI Rosa Edith: 146
ABDALA Raúl Oscar: 183
ABRAHAM (patriarca hebreo): 193
ACOSTA Josefina: 49
AGAR (personaje bíblico): 193
AGUADO Roberto: 155
AGUIAR Rafael de: 73, 79
AGUSTÍN San: 93, 134, 153, 226, 317
ALABUENAS DE POZZIO Ma. Judith:
81
ALAK, Julio César: 148, 313
ALBARRACÍN Paula: 40
ALBINA Ricardo Mario: 81
ALCALÁ ZAMORA Y CASTIDLO
Aniceto: 70
ALCOBA MARTÍNEZ Amalia: 111, 259
ALCONADA ARAMBURÚ Carlos R. S.: 81
ALDRIN Edwin: 119
ALEIXANDRE Vicente: 70
ALEM Leandro N.: 260
ALFARO Horacio: 148
ALFONSO El Sabio: 66
ALFONSO Nélica Esther “Nelly”: 8, 14,
81, 263, 275
ALIGHIERI Dante: 67, 120, 134, 305
ALIVERTI Ambrosio A.: 81, 139
ALIX: 106
ALMAFUERTE (Pedro Palacios): 8, 11,
14, 15, 18, 19, 38, 43, 45, 49, 56, 82,
92, 103, 133, 145 ss., 180, 287 ss.
ALMEYDA Damián: 8, 145
ALFONSO Dámaso: 70
ALSINA Valentín: 74
ALVAREZ Eduardo M.: 107
ALVAREZ QUINTERO Joaquín y
Serafín: 70
ALVEAR Marcelo Torcuato de: 131
ALVERDI Orfilia: 309
ALVIRA Félix: 145
ALZUGARAY Miguel Angel: 81
AMADEO Octavio R.: 104
AMATI Nicoló: 273
AMEGHINO Florentino: 82, 92, 103,
146 ss.
AMERI Rogelio Luis: 291
ANACREONTE (poeta lírico griego): 294
ANASTASI Leonidas: 119, 139
ANDUAGA Javier: 110
ANTONIO de Padua, san: 120
ANTONIOLI Carlos: 145
ANZOÁTEGUI Ignacio B.: 260
ARAGÓN: 81, 304
ARAGONE Emilio Luis: 146
ARÁMBURU Juan Bautista: 168
ARAMBURÚ Ma. Elena: 281
ARANA Alberto B.: 81
ARANA Paula: 83
ARCIPRESTE DE HITA: 66
ARGERAMI Omar: 81
ARGÜELLO Custodia: 134
ARGÜELLO Diego Alejandro: 156
ARISTOFANES (poeta cómico
ateniense): 213, 307
ARISTÓTELES (filósofo griego): 60, 94,

- 117, 118, 120, 134, 253
ARLT Roberto: 53, 54
ARMSTRONG Neil: 119
ARRIETA Rafael Alberto: 36, 82
ARTIGAS José Gervasio de: 301
ATANASIÚ Andrés Homero: 46, 64, 81,
145, 148, 203, 263, 279
AULIGINE Elsa: 169
AVELLANEDA Marco M.: 260
AZCUÉNAGA Miguel de: 300
AZEVEZ Angel Héctor: 81
AZOPARDO Juan Bautista Fortunato:
297 ss.
AZOPARDO Mercedes G.: 298
AZORIN (José Martínez Ruiz): 70
- BACH Juan Sebastián: 30, 120, 156
BACH Raúl Oscar "Coco": 51
BAJARLÍA Juan Jacobo: 96, 109
BALADO Josefa: 168
BALBIS Pablo: 212
BALESTRASSE Oscar Ramón: 170
BALLINA Osvaldo: 81, 148
BAMBILL Haydée M.: 145, 148
BARBIERI Vicente: 180
BARCIA Pedro Luis: 19, 81, 88, 134,
148, 206
BARCOS Santiago J.: 235
BARILARI Josefina de: 81, 263
BAROJA Pío: 70
BARRERA VALVERDE Alfonso: 211
BARTOK Bela: 30, 31
BASILE Nicolás: 79
BASÍLICO H. B.: 170
BASTERRECHEA José: 168
BAUDELAIRE Charles: 209
BATTISTESSA Angel J.: 63
BAUDRY-LACANTINAIRIE: 177
BAUZÁ Jaime: 81
- BECQUER Gustavo Adolfo: 70
BEETHOVEN Ludwing van: 23, 48
BEHETY Matías: 21, 188, 260
BELGRANO Manuel: 15, 32, 80, 82, 98,
100, 127 ss., 153, 159, 162, 203, 263,
301
BELMARTINO Teresa: 168
BELTRAN DE MORTE Catalina: 169
BENAVENTE Jacinto: 70
BENAVIDEZ Nazario: 169
BENEGAS Tiburcio: 74
BENITEZ Marial: 46
BENOIT Pedro: 80, 83, 215
BEPRE Julio: 200
BERCEO Gonzalo de: 66
BERENGUER CARISOMO Arturo:
66, 69
BERG: 159
BERGONZI Carlo: 273
BERNARD Suzanne: 214
BERNARDEZ Francisco Luis: 18, 46,
67, 113
BERNARDO de Charaval San: 53, 90,
224
BERNASCONI Antonio: 146
BERTOLINI Ma. Emilia: 145, 148
BERTOLINI Oscar Luis Ma.: 113
BERUTTI Héctor Eli "Bocha": 309
BERUTTI Martha: 148
BETANCOUR José Isaías: 117, 121
BIBER Heinrich Ignaz Franz Von: 156
BIOY CASARES Adolfo: 96
BLAKE Lidia: 81
BLOY Léon: 64
BOCACCI (o BOCCACCIO) Giovanni:
68
BOERO Ernesto M.: 105
BOFFI BOGGERO Luis Ma.: 81
BOLÍVAR Simón: 103, 305
BONELLI: 170
BONSIGNORE Gelesina de: 168

- BORDA BARRERA Vicente D.: 121, 145
 BORGES Jorge Luis: 24, 157
 BORRÁS Antonio: 81
 BOSCÁN DE ALMOGÁVER Juan: 67
 BOSCO San Juan: 98
 BOUCHARD Hipólito: 299
 BRAHMS Johannes: 23, 85, 181
 BRANDI Ismael J. O.: 121, 146
 BRAVO Mario: 260
 BRAZANOVICH: 105
 BRÉMOND: 26
 BRICCHETTI Benito: 146
 BRITOS Carlos: 313
 BROWN Dan: 131, 135
 BROWN Guillermo: 298
 BRUCKNER Anton: 28
 BRUGHETTI Faustino: 81, 250
 BRUNELLI: 156
 BUENADER Roque Victorio: 81
 BUONAROTTI Miguel Angel: 120
 BURGOS MÁRQUEZ José Efraín: 81
 BURMEISTER: 157
 BURZIO Humberto F.: 298
 BUSIGNANI Mario: 260
 BUSSO: 135, 136
 BUSTOS César: 18, 40, 47, 88, 170, 175
 ss., 194, 273, 274, 278, 291
 BUSTOS Manuel Vicente: 169
 BUSTOS BERRONDO Horacio: 81, 119
- CAFFARO: 81
 CAFIERO Antonio: 309
 CAFIERO Oscar Felipe: 291
 CAINO: 81
 CALABRESSI Ubaldo: 191
 CALCAGNO Alfredo D.: 45
 CALDERÓN DE LA BARCA Pedro: 70
 CALÍ Mario: 260
 CALLEJA Antonio: 81
 CALVO Marcelo E.: 124
- CALVO Stella: 215
 CAMACHO Mario: 34, 113
 CAMBOURS OCAMPO Arturo: 79, 81
 CAMINO Carlos A.: 155
 CAMOZZI Pedro José: 32
 CAMPEOL Oscar O.: 223
 CAMPORA Duilio: 32, 88, 148, 170
 CAMPS Ramón Juan Alberto: 98
 CANAL FEIJÓO Bernardo: 260
 CANÉ Miguel: 21
 CANELO Raúl: 121, 146
 CAPDEVILA Arturo: 255, 260
 CAPPÀ G.: 273
 CARA Lily: 169
 CARLOS III: 70
 CARLOS IV: 70
 CARLOS V: 297
 CARLYLE Thomas: 159
 CARNELUTTI Francesco: 36
 CARR: 106
 CÁRREGA Hemilce: 203
 CARREIRAS Gustavo: 8
 CARTEY Walter Sigfrido: 113
 CASEY Alberto A.: 81, 11, 259
 CASIELLO Juan: 127
 CASONA Alejandro: 70
 CASTELAR Y RIPOLL Emilio: 157
 CASTELLANI Leonardo: 134, 303
 CASTELLANOS Joaquín: 260
 CASTELLI Juan José: 75
 CASTELLI Ma. Rosa "Rosita": 32, 50, 63,
 146, 169, 225, 311 ss.
 CASTELLI Marta Ma. Margarita: 124, 317
 CASTILLO Horacio: 81, 263
 CASTILLO Ramón S.: 152
 CASTIÑEIRA DE DIOS José Ma.: 109
 CASTRO Alejandro: 266
 CASTRO Oscar Alfredo: 117, 121, 148
 CATÁ Horacio: 169
 CATANI Enrique: 46, 47, 81, 148, 263
 CAVOUR Conde de (Camilo Benso): 12, 36

- CAZALLA Manuel Luis Alfonso: 8, 47
CELA Camilo José: 70
CELSONO: 87
CENDOYA Juan P.: 81
CEREZO Luis: 146
CERNUDA Luis: 70
CERUTTI Luisa de: 169
CERRUTI Omar: 81, 148
CERVANTES SAAVEDRA Miguel de:
64, 69, 71, 113, 120, 133, 134
CHABRILLON Andrés: 206
CHAPLÍN Charles “Carlitos”: 101
CHASSAING Juan: 260
CHÁVEZ Fermín: 113
CHERVO Gregorio Santiago: 88, 96,
121, 148, 170, 284
CHERVO Santiago: 273
CHEVES Raúl Marcelo: 170, 253, 313
CHIURAZZI Atilio A.: 121
CHRISTMAN Federico E.: 81
CIAPPARELLI Vilma E.: 263
CICERON Marco Tulio: 60, 73, 87, 98, 100
CINCOTTA Héctor Dante: 50
CINTORA Mario: 148, 263
CIOCCINI Héctor Eduardo: 22
CISNEROS Baltasar Hidalgo de: 76, 299
CITTADINI Basilio: 82
COBBOLD Rosa de: 169
COLABELLA Angel: 81
COLERIDGE Samuel Taylor: 63
COLLINS Michael: 119
COLOCCIA Edgardo: 145, 273
COLOCCIA Omar: 146
COLOMBO Fernando: 81
COMMENDATORE Eduardo: 169
CONRAD Mater: 135
CONSTANTINO: 135
CORNAGLIA Ricardo J.: 197
CORTE CARILLO César: 148, 263
COSTA Carlos J.: 105
COSTA Zunilda ethel: 81, 146
COTO Patricia: 191
COUTURE Eduardo J.: 59
CREIMER Matilde: 8, 260
CRESPI Julio: 273
CRESPO Domingo: 169
CREVANI Filomena: 124
CRISTO: 28, 97, 119, 135
CROISNIER DE VARIGNY Henry: 106
CROVETTO: 82
CROWE Russel: 135
CUFRÉ Roberto Germán: 121, 148
CULLEN Domingo: 283
CUSMINSKY Gregorio: 81
DAGLIO Elsa: 169
DAIEN Samuel: 37, 81, 119
DAL CIN Remigio: 307
DALÍ Salvador: 226
D’ANGELO Amadeo A.: 315
DANTAS Julio: 308
DARÍO Rubén: 48, 56, 113, 116, 131,
203, 211, 294
DARREGUEIRA José Ma.: 146
DARWIN Charles: 106, 157
DA SALÓ Gasparo: 273
DE GAETANO Gustavo: 18
DEFELITTO: 81
DEGIUSEPPE Alcides Omildo: 81,
263, 268
DELHEYE Pedro Mario: 22, 82, 180,
264
DELLA CASA Leticia: 168
DELLA CROCE Roberto: 81, 139
DELLANQUE Carlos Alberto: 156
DEL POZO Andrés: 48, 88, 170, 177,
194
DEL VALLE INCLÁN Aristóbulo: 70
DE MASI Andrea: 145

- DEMOLOMBE: 177
 DENGREMONT Eugenio Mauricio: 273 ss.
 DERISI Octavio Nicolas: 55, 82, 275, 278
 D'ESTE Carlos: 157
 DEVOTO Juan Bautista: 81
 DIAZ Carlos Alberto: 169
 DIAZ CISNEROS César: 81
 DICKINSON Emily: 29
 DIDIMO: 97
 DISANDRO Carlos A.: 82
 DORREGO Manuel: 284, 301
 DOVA Ma. Teresa: 110
 DOZO Ismael Eusebio: 81
 DULCH: 105
 DULLES John Foster: 48
 DUMM Raúl Enrique: 81
 DURAÑONA Y VEDIA Francisco de: 155
- ECO Umberto: 135
 EFRAÍN: 31
 EGUILEGOR Ma. Esther: 139
 ELENA Rogelio: 168
 ELENA Santa: 32
 ELIOT Thomas Stearns: 25, 211
 ELLIFF Osvaldo: 160, 263
 ELMAN Mischa: 273
 EMERSON Ralf Waldo: 159
 ENNIS Humberto María: 119
 ERCILLA Y ZÚÑIGA Alonso de: 67
 ERRICO Juan José: 121
 ERRIOT: 25
 ESCALADA Angel Washington: 100
 ESCALADA Celedonio: 100
 ESCARDÓ Florencio: 195
 ESPORA Tomás: 302
 ESPRONCEDA José de: 70
 ESTIÚ Emilio: 81
 ESTRADA José Manuel: 98, 266
 EUBÓLIDES: 188
 FALABELLA: 81
- FALBO Miguel Norberto: 81
 FARENGA Teodoro, Juan Antonio y Enrique: 146
 FATONE Vicente: 23, 24
 FAURE BLUHM Marta: 32, 169
 FAVALORO René G.: 81
 FAVERO: 81
 FAZZINI Santiago Daniel: 117, 121, 313
 FEBRERO Enrique Ernesto: 119
 FELIPE V: 70
 FERÉ Angel Guillermo: 106
 FERNÁNDEZ Elsa: 145
 FERNÁNDEZ Macedonio: 260
 FERNÁNDEZ BADÍA Rafael Benedicto: 81
 FERNÁNDEZ BERRO Ma. Laura: 281
 FERNÁNDEZ LECCE Juan Carlos Jorge: 81
 FERNÁNDEZ LEYS Alberto: 81
 FERNÁNDEZ MORENO Baldomero: 207
 FERNÁNDEZ MORENO César: 206
 FERNÁNDEZ PEDEMONTE Damián: 211
 FERNÁNDEZ VIÑA Olga: 149
 FERNANDO VI: 70
 FERRARA: 81
 FERREIRA Ana Aurora: 32
 FERREIRA Roque: 146
 FILLOY Juan: 260
 FONT Ma. Cecilia: 92, 148, 263
 FONTANA Carlos Enrique: 49, 81, 121, 161, 309
 FRANCISCO DE ASÍS San: 120
 FRANCO: 81
 FRANGI Hipólito Alberto: 81, 145
 FRONDIZI Arturo: 49
 FUCHS Theodor: 181
 FULLER Thomas: 101
 FUNES Nilda C.: 169
 FURLAN Luis Ricardo: 184, 281
 FUSTEL DE COULANGES Numa

Dionísio: 106

GAGLIANO Genaro y Nicola: 273

GALÁN Carlos, Mons.: 18

GALIMBERTI: 81

GALLETTI Alfredo Natalio: 81, 92, 259, 263

GALLI Carlos José: 101

GALLIANI Ricardo: 131

GALLO Guillermo Gilberto: 81, 145

GALTON Francis: 106

GALVAGNI Saverio: 139

GANDHI (Mohandas Karamchad)
Mahatma: 28

GANS: 81

GARAY Juan de: 80

GARAY MUÑOZ Ma. Del Carmen
“Cochecha”: 8, 20, 32, 46, 81, 92, 113,
148, 268

GARCIA Adolfo Horacio: 98

GARCÍA Ginés: 21, 168, 260

GARCÍA Juan Agustín: 147

GARCIA ALONSO Pedro Antonio Mons.: 81

GARCIA BELSUNCE: 73

GARCÍA CÁMARA José Ma.: 81, 304

GARCÍA LORCA Federico: 70, 177

GARCÍA OLIVERA Miguel Angel: 81

GARCÍA PUENTE César Martín: 81

GARCÍA SARAVÍ Gustavo: 16, 22, 25, 33,
70, 81, 84, 92, 11 ss., 119, 148, 175 ss.,
187 ss., 259, 263, 281

GARCÍA URCOLA Enrique Juan: 81

GARCÍA VARELA Rodolfo: 81

GARCILASO DE LA VEGA “El Inca”: 67

GARD Jacinto: 168

GARRIGA Osvaldo: 263

GASCÓN COTTI Alfredo J.: 81, 145

GATTI Daniel M.: 170

GAYO o GAIUS: 87

GAZZA Teodoro: 68

GELMAN Juan: 250

GENETTE Gérard: 211

GENOUD Luis E.: 315

GHIO Haydée: 191

GIANNINI Julio César: 235, 314

GIGLI Giovanni Battista: 273

GIL Irma de: 168

GIMENEZ PERRET Jorge Rubén: 8, 16,
103, 145, 146, 170, 307,

GIRONDO Oliverio: 260

GIRBAL Carlos Alberto: 148

GIRRI Alberto: 281

GIUSSO Rubén Oscar: 16, 81, 148

GIUSTI Pedro: 145

GIUSTI Roberto F.: 207

GOBETTI: 273

GOEBBELS José: 97

GOITY Aurora Julia: 146

GÓMEZ Otilia: 168

GÓMEZ DE LA SERNA Ramón: 70

GÓNGORA Luis de: 70

GONZÁLEZ Aída Inés “Chocha”: 169

GONZÁLEZ Joaquín Víctor: 43, 79, 82,
112, 197, 155 ss., 260, 264

GONZÁLEZ MONTAÑA Delicia: 149

GRACIÁN Baltasar: 70

GRAHAN BELL Alexander: 125

GRANADA Fray Luis de: 69

GRANCINO: 273

GRENIER Cynthia: 135

GRISSETTI Lidia: 168

GUADAGNINI Lorenzo y Giovanni
Battista: 273

GUADO Fanny: 121

GUARNERIUS o GUARNERI Andrea: 273

GUEVARA María de: 168

GUICHON DE COHN Ma. José: 263

GUILLEN Jorge: 70

GURRUCHAGA Francisco: 299

GUTIÉRREZ Celedonio: 169

- GUTIÉRREZ Juan María: 260
 GUTIÉRREZ DE LA CONCHA Juan: 299
 GUTIÉRREZ NÁJERA Manuel: 211
- HARRIS Paul: 264
 HAYDN Francisco José: 48
 HEIDEGGER Martín: 42, 212
 HEIFETZ Jascha: 173
 HENRY Virginia: 32, 169
 HERNÁNDEZ Rafael Horacio: 170
 HERNÁNDEZ Daniel G.: 235, 309
 HERNÁNDEZ José: 81
 HERNÁNDEZ Miguel: 24, 70
 HERRERO Andro Osiris: 146
 HERERO Antonio: 17, 43, 45, 103, 106, 121, 318
 HERERO Fernando de: 68
 HERRERO DUCLOUX Enrique: 264
 HNATIUK: 170
 HITLER Adolf: 97
 HÖLDERIN: 22, 42
 HOMERO: 17, 27, 54, 91, 120
 HOMS ALURRALDE E. Elsa: 32, 169
 HOWARD Ron: 135
 HOYOS Guillermo “Hormiga Negra”: 284
 HUBAC Angel: 300
 HUGO Víctor: 177
- IBÁÑEZ FROCHAM Manuel Ma. Juan: 81
 IGLESIAS Juan: 60
 INSAURRALDE Elisa: 169
 INZA PUIG Josefa Irma “Pepita”: 32, 169
 IRAOLA Marta: 82
 IRAZUSTA Julio: 95, 113, 303
 IRIGOYEN Matías de: 301
 ISLAS Romualdo A.: 145
 ISMAEL: 13, 27, 41
 IVANISSEVICH Oscar: 105
- JAIME Mirta: 8, 146
 JAKOBSON Román: 211
 JAMMES Francis: 22
 JÁUREGUI José Pedro: 169
 JEAMBEAUT Adriana Beatriz: 149, 170
 JÈZE Gastón: 61
 JIMENA Ana María: 169
 JIMÉNEZ Juan Ramón: 25, 70, 177
 JIMÉNEZ DE ALONSO Juanita: 263
 JOB: 107
 JOHNSON Diego: 301
 JOSSERAND: 177
 JUAN (Evangelista) San: 7, 64, 97, 136
 JUAN (El Bautista) San: 110
 JUAN XXIII: 50
 JUAN DE LA CRUZ San: 69
 JUAN MANUEL El Infante: 66
 JUAN PABLO II: 17, 20, 124
 JUSTINIANO: 60, 61, 87
- KAFKA Franz: 28
 KAYSER Wolfgang: 212
 KELLER Hellen: 125
 KENNEDY John Fitzgerald: 49
 KHRUSHCHEV Nikita Sergueievich: 50
 KOLLMAN: 106
 KOREMBLIT Bernardo Ezequiel: 109
 KORN Alejandro: 82, 92, 103, 146 ss.
 KORN VILLAFÁÑE Adolfo: 37, 82, 103, 104, 121
 KOVADLOFF Santiago: 104
 KOVASEVICH Ma.: 104
 KRAISELBURD Elías: 81
 KREISLER Fritz: 273
 KRISTEVA Julia: 211
 KUBIK Rodolfo: 81
 LABARDÉN Manuel José de: 295
 LACASSAGNE Jean Alexandre Eugène: 106
 LAGORIO AIMAR DE LOYOL Haydée

- Nilda: 169
- LAGUARDIA: 121
- LAMARTINE Alfonso de: 177
- LANGONE Omar Rafael “Pocho”: 306
- LAPALMA Guillermo: 11, 259
- LAPALMA Oscar: 32
- LARRETA Enrique: 260
- LAS HERAS Antonio: 109
- LATTANZIO Alberto Benjamín: 149
- LATZINA Francisco: 106, 159
- LAVALLE Juan de: 301
- LAZO Raimundo: 70
- LECOT: 156
- LEGUIZAMON: 121
- LEMME Isabel Alfonsina: 169
- LENIN Vladimiro Ilich Ulianov: 97, 98
- LENORMAND Henri René: 220
- LEÓN Fray Luis de: 68, 69
- LEÓN XIII: 298
- LEONARDO Ma.: 139
- LEONI Elida: 169
- LERANGE Catalina: 81
- LEVAGGI Oscar Enrique: 81
- LEWKOWICZ Lidia F.: 70, 148, 282
- LIMA Vicente Solano: 156, 160
- LINARES QUINTANA Carlos A.: 81
- LINCOLN Abraham: 49
- LINIERS Santiago Antonio de: 299
- LOMBARDI Enrique Pbro.: 81
- LOMBROSO Cesare: 106
- LOPE DE VEGA CARPIO Félix: 69
- LÓPEZ: 301
- LÓPEZ Vicente Fidel: 75
- LÓPEZ ANDRADE Héctor Alfredo: 156
- LÓPEZ ARMENGOL Martín: 16, 17, 148, 235, 314
- LÓPEZ BUCHARDO Carlos: 255
- LÓPEZ MERINO Francisco: 8, 14, 22, 23, 85, 180, 215, 263
- LÓPEZ Y PLANES Vicente: 169, 260, 295
- LORENZI José: 168
- LUCAS (Evangélista) San: 97, 99, 136
- LUCIANI Oscar: 50
- LUCERO Pablo: 169
- LUDOVICA Sor Ma.: 83
- LUÉ Obispo: 76
- LUGONES Benigno: 266
- LUGONES Leopoldo: 6, 8, 12, 14, 15, 18, 19, 27, 64, 71, 73, 79, 92, 113, 120, 131, 134, 153, 205 ss., 235 ss., 257, 269, 276, 288, 295
- LUGONES Santiago: 134
- LUIS I: 70
- LUPOY: 273
- LUZURIAGA DE OGALLAR Ma. Delia: 168
- LYNCH Benito: 302
- LYOTARD Jean F.: 352
- MC. DONNELL Denis: 320
- MACHADO Antonio: 24, 48, 70, 116, 177
- MAGA Ricardo: 169
- MAGGINI Giovanni Paolo: 273
- MAINETTI José Ma.: 81, 96
- MALDONADO Máximo Carlos: 147, 160
- MALLARMÉ Stéphane: 209, 211, 230
- MAMBLONA Héctor Rodolfo: 81, 155
- MAMMONI Osvaldo: 81
- MANCUSO Francisco “Pancho”: 81, 145, 148
- MANRIQUE Jorge: 66
- MANTEGAZZA: 273
- MAQUIAVELO Nicolás: 36, 134, 154
- MARASSO Arturo: 43
- MARCATELLI Marcelino: 149, 169
- MARCELO: 60
- MARCILESE Mario: 148, 260, 263

- MARCONCINI: 273
 MARCOS (Evangelista) San: 97, 136
 MARÍA MAGDALENA: 135
 MARÍAS Julián: 179
 MARINO Sergio: 8, 146, 170
 MARITAIN Jacques: 276, 277
 MARSILLACH Adolfo: 308
 MARTÍ José: 211
 MARTIELLO Liliana: 8
 MARTÍNEZ CUITIÑO Vicente: 177
 MARTÍNEZ HOWARD Alfredo: 260
 MÁRQUEZ Narciso: 195
 MARTINI Oscar Alberto: 145, 148, 313
 MASTROVINCENZO Alicia: 274
 MATEO (Evangelista) San: 97, 99, 136
 MATHEU Domingo: 300
 MAURE Ma. Teresa: 145
 MAYON Carlos Alberto: 106, 276
 MAZZEI Angel: 260
 MAZZEO Héctor Salvador: 117, 121
 MEDEROS Rodolfo: 96
 MELO Carlos Francisco: 260
 MENA Juan de: 66
 MENA Juan Carlos: 111, 256
 MENCHACA DE VARELA Ma.: 169
 MENDIÓROZ Alberto: 22, 36, 81, 111, 203, 259, 264
 MENDIÓROZ Hugo Enrique: 111, 259
 MENDIÓROZ Romita: 37, 81
 MENDOZA Pedro de: 80
 MENDOZA PEÑA Héctor B.: 145
 MENDY Pedro Luis: 121
 MENUCCI Jorge Alfredo: 146
 MEYER Mauricio: 83
 MILANTA (h) Atilio: 18, 28, 148, 170, 249, 250
 MILANTA Claudia A. M.: 30, 148
 MILANTA José: 124, 319
 MILANTA José Julio: 124
 MILANTA Ma. José: 9
 MILANTA Patricia E. M.: 148
 MILANTA Roberto J.: 32, 148, 317
 MILITELLO Mariano: 274
 MILLÁN Peter: 135
 MIÑONES Pedro: 148
 MIOTTI Armando: 81
 MIRÓ: 70
 MISTRAL Gabriela: 21
 MITRE Adolfo: 260, 266
 MITRE Bartolomé: 37, 73, 75, 127, 203
 MITRE Juan Carlos: 191
 MODERN Rodolfo: 191, 195
 MODESTINO: 87
 MOISÉS: 110, 131, 134, 136
 MOLFINO José Fortunato: 159
 MOLINA: 250
 MOLINARI Ricardo E.: 50
 MONTALE Eugenio: 25, 218
 MONTEVERDE Ricardo Luis: 81
 MONTICELLI Fernando: 110
 MORENO Artemio E.: 260
 MORENO Rodolfo: 152
 MOZART J. C. W. G. (A.): 18, 27, 48, 98, 99, 120, 153, 172, 181, 249 ss.
 MUCCITELI Luigi: 305
 MUJICA: 250
 MUÑIZ: 157
 MUÑOZ Enrique: 260
 MUSSACCHIO Mercedes “Mechita”: 169
 MUTTI Roberto: 169
 NAPOLI Rodolfo A.: 37, 139
 NAPOLITANO Américo “Meco”: 81
 NARIO Hugo: 209
 NAVARRO VIOLA Alberto: 266
 NERUDA Pablo: 93, 295
 NICOLINO Elsa: 194 ss.
 NOEL Pedro J.: 145, 313

- NUNES Guillermo J.: 106
NUÑEZ WEST Horacio: 22
- OBLIGADO Rafael: 63
OBLIGADO Pedro Miguel: 260
OCAMPO Jesús Matías Filomeno: 148
OLIVERA AGUIRRE Ricardo: 169
OLIVERA CORDOBA Miguel: 169
ORTEGA Y GASSET José: 63, 70, 159
OSÉS Angel Luis: 8, 146, 170, 332
OTEIZA Alberto Marcelino: 81, 146
OTERÍÑO Rafael Felipe: 25
OTTAVIANO ORTIZ Osvaldo Oscar:
81, 203
OYHANARTE Rodolfo: 81
OYUELA Calixto: 260
OZARIZ Maitena: 169
- PABLO San: 7, 137
PÁEZ MOLINERO Ma. Laura: 145
PAGANINI Nicoló: 20, 241
PAGÉS LARRAYA Antonio: 70
PALACIOS Alfredo L.: 50, 92, 103, 147,
150, 152, 160
PALACIOS Lidia Haydée: 263
PALADINI Jorge Héctor: 139
PANNONE Norberto Ismael: 148, 160
PAPINIANO: 87
PASO Juan José: 76
PASTEUR Louis: 120
PAULO: 60, 87
PAULO VI: 50
PAZ Carlos: 81, 109, 148
PECO José: 50
PEDRO San: 137
PEDRONI José: 235 ss., 303
PEEL Roberto: 197
PELTZER Federico: 281
- PENNEY Arturo: 146
PENSA Carlos: 191
PEÑA: 121
PEÑALVA Guillermo: 263
PERALTA Elsa: 9, 28, 31, 51, 79, 92,
139, 204, 231 ss.
PÉREZ Benito: 38, 81, 119, 139
PÉREZ Gastón Javier: 313
PÉREZ Mabel H.: 9, 16, 17, 117, 121,
146, 148
PÉREZ AZNAR Ataúlfo Serafín: 81
PÉREZ CATELLA Héctor R.: 124
PÉREZ DE AYALA Ramón: 70
PÉREZ DE GUZMÁN Fernán: 66
PERÓN Juan Domingo: 234, 235, 300
PERRET Miguel Julio: 18, 149, 171 ss., 205
ss., 229 ss., 249 ss., 255 ss., 259, 287 ss.
PETRAGLIO DE LINLAUD Amelia: 168
PETRARCA Francesco: 30, 67, 141
PEYRE: 70
PIAZZOLA Astor: 25, 46
PICA Carola: 9
PICASSO Pablo Ruiz: 226
PILÍA Guillermo: 281 ss.
PÍO XII: 50
PISSANETZKY Ludmila: 263
PIZARNIK Alejandra: 209, 211
PLASTINO Angel Luis: 81
PLATNER: 273
PLATÓN: 69, 134, 154
PLAZA Antonio José: 81
POE Edgar Allan: 23, 24
POGGIO DE MENDIÓROZ Romilda (Ver:
MENDIÓROZ Romita)
POITIER: 177
POLETTI Syria: 191
POLIMNI: 177
POLIZIANO Angel: 68
PONCE DE LEÓN Alberto «Poncho»: 22, 81
PONCE DE LEÓN Horacio: 22, 81, 84,
113, 260, 263

- PONFERRADA Gustavo: 82
 POUND Ezra: 25
 POUSA Narciso: 22, 214
 PRADO José Ma.: 121
 PRELER Horacio: 25, 191, 263
 PRESSEDA Gianfranco: 273
 PUCHURI Osvaldo Martín: 156
 PURKINJE Juan Evangelista: 106
- QUARRACINO Antonio: 82, 191
 QUASIMODO Salvadore: 25
 QUEVEDO Y VILLEGAS Francisco: 70
 QUIJOTE Don: 30, 39
 QUILES Isamel: 172
 QUINTELA Sabino Vicente: 121, 146
 QUIROGA Carlos B.: 260
 QUIROGA Facundo: 165, 284
- RADAELLI Sigfrido A.: 191
 RAMÍREZ: 301
 RAMÍREZ Manuel: 302
 RAMÍREZ ABELLA Carlos Alberto: 82
 RAMÍREZ GRONDA Juan D.: 39, 82,
 119, 139
 RAMOS José Héctor: 119, 139
 RAMOS Pedro: 285
 RANDUCCI DE OTEIZA Silvia: 145
 RANKE: 106
 RAVA Horacio Germinal: 260
 RÉBORA Juan Carlos: 123
 REBULLIDA PÉREZ Myrna: 38, 145,
 146, 148
 REGA MOLINA Horacio: 4, 6, 12, 18, 21,
 40, 70, 71, 76, 79, 92, 99, 113, 120,
 147, 170, 177, 194, 211, 256, 287, 291,
 294, 303, 305
 RÉNARD Georges: 274
 REYNA ALMANDOS Alberto M.: 146
- REYNA ALMANDOS Luis: 103, 121,
 160, 260
 RICA Julio Anselmo: 263
 RICONDO Ma. Antonia: 168
 RIDRUEJO Dionisio: 70
 RIFATERRE Michel: 212
 RILKE Rainer Ma.: 22, 174, 212
 RIMBAUD Arthur: 177, 209, 216, 227
 RÍOS Angela »Angelita« : 18
 RÍOS Emilse : 63, 149, 225
 RIPA ALBERDI Héctor: 22, 82, 264
 RIVAROLA Enrique Esteban: 8, 14, 82,
 160, 260, 264
 RIVAROLA Rodolfo: 45, 82
 RIVERA Héctor Marcelino: 30, 92,
 149, 263
 ROBIÓN José Ma.: 300
 ROCCO Orlando Pedro: 41, 82
 ROCHA Dardo: 74, 79, 80, 82, 83,
 215, 256
 RODENBACH Georges: 22
 RODRÍGUEZ Sislán: 103, 121
 RODRÍGUEZ FRANCIA Ana Ma.: 147,
 209 ss., 227
 ROJAS Fernando de: 66
 ROJAS Francisca: 107
 ROJAS Manuel: 302
 ROJAS Ricardo: 127
 ROMANO Sergio: 145, 146, 170, 256
 ROMARATE Jacinto: 300
 ROMAY Pablo Germán: 8, 117, 121, 146
 ROMERO Francisco: 158
 ROMERO GAUNA Rómulo: 145
 ROSAS Juan Manuel: 283, 303
 ROSSI Bernardo: 265
 ROVIRA Eduardo Oscar: 82
 RUCKAUF Marcelo Alberto: 121
 RUIZ DE ALARCON Juan: 69
 RUSSO Antonia «Tony»: 148, 305
 RUTA Juan Carlos (Mons.): 104

- RUTA Pedro: 104
- SAAVEDRA Cornelio: 76, 127, 299
- SABATO Ernesto: 29, 191, 204
- SABIN: 120
- SAINT BONNET Jean Louis: 191
- SAJON DE CUELLO Raquel: 8, 32, 81, 113, 146, 148, 191 ss., 209 ss.
- SALGUIERO Teófilo: 146
- SALLE: 156
- SALVADOR Nélida: 199
- SALVADORES Angel: 302
- SAMAIN Albert: 22, 177
- SAMPAY Arturo Enrique: 198
- SAMPOL DE HERRERO Ana: 191
- SANA Francisco: 145
- SÁNCHEZ ARGERICH Lía: 169
- SÁNCHEZ DE CELIZ Francisco: 302
- SÁNCHEZ ESTEVES Osvaldo Enrique: 119
- SANCHÍS Y SIVERA José: 70
- SAN MARTÍN José de: 100, 127
- SANTILLANA Marqués de: 66, 67
- SARLO Manuel S. y Orlando: 121
- SARMIENTO Domingo Faustino: 40, 64, 73, 80, 87, 267, 268
- SAVIGNY: 177
- SCIUTTO Mirta: 148
- SCHUMANN Robert: 23
- SEGALERBA José Benito: 121
- SEGOVIA Andrés: 101
- SEGUI Francisco: 106, 301
- SEGURA Pedro Pascual: 169
- SEMORILE R. Nicolás: 18, 42, 88, 147, 149, 160, 175 ss., 260, 291
- SERAFINO Giorgio: 273
- SERAFINO Angel Ademar: 121, 145
- SFORZA Carlos: 135
- SHAKESPEARE William: 27, 134
- SIGLIANI Hugo Carlos: 8
- SILVA Roque F.: 121, 145
- SILVETTI PAZ Norberto: 22
- SIMONATO Rogelio Edgardo: 6
- SIMONCELLI Juan Carlos: 32, 92, 111, 145, 148, 259
- SOLDI Raúl: 195
- SOMERELLA Pedro: 302
- SORIA Luis Ramón: 205, 260
- SOROKOWSKI Juan: 170
- SOTELO Osvaldo: 145
- SPEGAZZINI Carlo: 82, 92, 103, 146 ss.
- SPERONI Roberto Themis: 22, 41, 42, 70, 160, 180
- SPINOSA Carlos Miguel: 121
- SPIRO Carlos: 169
- STAINER Jacob: 273
- STALIN José (Djugachivli): 98
- STAMMLER: 60
- STAMPONI Atilio: 96
- STEPINAC Alojzije: 50
- STERN Isaac: 106
- STOCKHAUSEN: 188
- STOLFI Antonio Luis, Mons.: 191
- STORNI Elina: 46
- STRADIVARIUS Antonio: 273
- STRATICO Mario Bernardo: 124, 125
- SULLIVAN Ane: 125
- SUREDA Jaime: 145, 195, 282
- TABOADA Manuel: 169
- TAGORE Rabindranath: 24, 28
- TALLÓN: 170
- TECHLER: 273
- TEILHARD DE CHARDIN Pierre: 230
- TEJADA ITURRASPE Raquel H.: 170
- TELMO San: 28
- TEMIS: 177
- TERENCIO: 320
- TERESA Santa: 69

- TERESA DE CALCUTA Santa: 120
 TERRADA Cnel.: 299
 TERRIER Francisco: 145
 TERRY Juan José: 8, 11, 16, 18, 82, 92,
 127, 145, 146, 148, 170, 287
 TESTORE Carlos A.: 273
 TESTUT Jean-Léo: 106
 THOMAS Albert: 127
 TIRSO DE MOLINA Fray Gabriel
 (Téllez): 69
 TIZZANO Francisco: 4, 18
 TOMÁS (Apóstol) Santo: 97, 136
 TOMAS DE AQUINO Santo: 29, 134,
 154, 223
 TONONI Roque Manuel: 273
 TORRE Francisco de la: 68
 TORRES: 121
 TRIACA Julio César: 123
 TRIGO REPRESAS Félix A.: 92, 259
 TRIPIANA Martín: 110
 TUPAC AMARÚ Juan Bautista y José
 Gabriel: 300

 ULPIANO: 59, 87
 UNAMUNO Miguel de: 64, 70, 134,
 150, 177
 UNGARETTI Giuseppe: 25, 200
 URQUIZA Justo José de: 73, 75, 169
 URRAZA Estanislao de: 111, 259

 VALERA Baldomero Juan: 260
 VALÉRY Paul: 172, 209
 VALLA Lorenzo: 68
 VALLEJO José Joaquín: 70
 VARELA Alberto: 169
 VARELA Elvira: 32, 169
 VATTIMO Gianni: 250
 VEGA Alejandra Silvia: 121

 VELÁZQUEZ Luis Horacio: 193 ss.
 VELEZ SANSFIELD Dalmacio: 87
 VENTURINI Aurora: 18, 82, 209 ss.,
 225 ss., 231 ss.
 VENTURINI Rolando G.: 82, 260, 263
 VERARDO Francesco: 119
 VERÓN Ramón Oreste: 313
 VILLA Agustín Ariel: 121
 VILLARINO Ma. De: 70, 82, 184, 263
 VILLAREAL Juan Manuel: 82, 263
 VILLAUME Jean Baptiste: 273
 VILLOTA El fiscal: 76
 VIRASORO Benjamín: 169
 VIRGILIO: 54, 56, 90, 91, 95, 120
 VISCONTI Ma. Florencia: 4, 18, 30
 VOLPE Ricardo: 5, 16, 18, 82, 92, 146,
 148, 288
 VON DER GOLTZ: 234
 VUCETICH Danilo: 105
 VUCETICH Juan: 6, 12, 15, 18, 30,
 42/45, 82, 92, 103 ss., 117, 118, 120,
 146 ss., 203, 306, 308, 312, 318
 VUCETICH Martín: 105
 VUCETICH Víctor: 104
 VILGEVICH: 105

 WAGNER Richard: 29
 WARNES Martín: 301
 WILVERGER Pablo Oscar: 117, 121
 WIMPI (Arthur García Nuñez): 101

 YARACCI Gabriela: 32
 YRIGOYEN Hipólito: 158

 ZAMPIETRO: 170
 ZAPIOLA José Matías: 301, 302
 ZEBALLOS Omar Luis, Pbro.: 18, 198

332 / *¿Y qué de los 16 lustros?*

ZIULU Adolfo Gabino: 141

ZOLEZZI Emilio: 260

ZORRILLA DE SAN MARTÍN Juan: 70

ZUELGARAY Haroldo: 121, 170

ÍNDICE

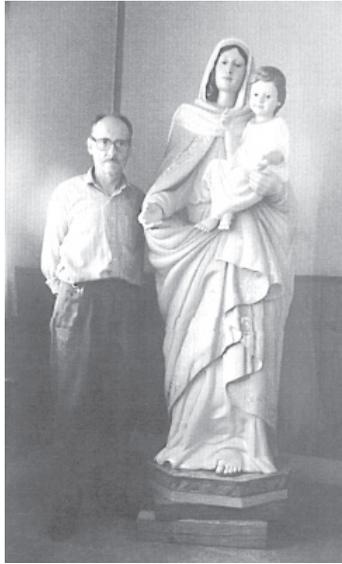
Prólogo	5
Dedicatoria	9
Introducción	11
I. De Juan José Terry (Centro Naval, 10 junio 2006)	11
II. Del autor de las obras presentadas en el Centro Naval	16
III. De “Cochecha” Garay (Casa del Acuerdo, San Nicolás, 18 agosto 1990)	20
VI.	
I. De lo operativo y de lo contemplativo que hay en el poeta (Conferencia en la XXVI feria Exposición Internacional del Libro, Predio Ferial Sociedad Rural Argentina, Buenos Aires, domingo 23 de abril 2000, Sesión sobre el tema “La poesía en el III milenio”	53
II. La justicia	59
III. La literatura universal hacia un momento cualquiera de cualquier lugar del mundo	63
IV. Hoc pacto... (Conferencia en el Instituto Platense de Cultura Hispánica de La Plata, el 31 mayo 2006, en el 154º aniversario del Acuerdo de San Nicolás)	73
V. La Plata en la historia nacional (Conferencia en el Círculo Policial de La Plata, 17 noviembre 2004)	79
VI. Patente nicoleña (colaboración a “El Norte” de San Nicolás, en abril 2006, sin publicar)	87
VII. Algunos papeles, confesiones y disculpas acreditativos de falencias, errores y equívocos	89
1. Carta a un poeta del año 3000	89
2. Finis coronat opus (“El Norte” San Nicolás, 28 diciembre 2005)	91
3. Ayer, hórreo; hoy, silo sin pegollos	92
4. El vino que alegra el corazón humano	93

5. Del ocio a la parsimonia	94
6. De la presciencia (o conocimiento de las cosas futuras) y de las otras virtudes (o gracias) de ciertos “augures” o vaticinadores (y las de los políticos y de los poetas)	95
7. De dinosaurios, paquetes, perros hambrientos y otras especies....	96
8. Ver para creer... ..	97
9. Mentir, mentir, mentir... ..	97
10. Aré lo que pude... Haré lo que pueda	98
11. No es la casa quien honra al dueño	99
12. Celedonio Escalada	100
13. Schutzstaffell	101
VIII. Vucetich, un verdadero humanista (“El Día” de La Plata, 02 marzo 2006)	103
IX. Bing Bang	109
X. García Saraví	111
XI. De la amistad. Amigos y amiguismos (Conferencia en el Centro Naval de La Plata, 22 julio 2006)	117
XII. Julio César Triarca, un invidente que no ve, pero que mira más y mejor que muchos videntes	123
XIII. El Santo de la Patria (Conferencia en el Colegio de Martilleros de La Plata, 07 julio 2006)	127
XIV. A propósito del libro y del escritor, 13 y 15 de junio; De Moisés a Dan Brown (Conferencia en la Sala de la Biblioteca Pública “Bartolomé Mitre”, Secretaría de Cultura, Educación y Derechos Humanos, Municipalidad de Saladillo, 15 junio 2006)	131
XV. Aliverti	139
XVI. Ziulu (a propósito del libro “¿Órgano (judicial o administrativo) para conocer y decidir las controversias individuales de intereses en lo laboral?”)	141
XVII. Coloquio de los cinco hermes en el Hemiciclo (Conferencia en el 119º aniversario de La Plata, en el Automóvil Club Argentino, Filial La Plata, inaugurándose su salón de Actos, 21 noviembre 2001)	145
XVIII. El vigilante (y la Oda)	161
XIX. Quiroga y un soneto	165
XX. Con motivo de “Ein Literarischer SapB” en San Nicolás (Conferencia en el Edificio Histórico de la Escuela Normal de San Nicolás, 27 julio 2002)	167

XXI. Aquellas “Resonancias nicoleñas” (“El mensaje poético de Atilio Milanta y sus evoluciones” por Miguel Julio Perret en “El Norte” de San Nicolás, 31 diciembre 1995)	171
XXII. De los “Poemas” de los años setenta	175
1. “Un nuevo libro de Autor Nicoleño” por César Bustos (en “El Norte” de San Nicolás, 06 diciembre 1972)	175
2. “Expresión de una nueva poesía nicoleña” por Nicolás Semorile (en “El Norte” de San Nicolás, 11 diciembre 1972)	177
3. De García Saraví	179
A. Palabras liminares	179
B. “Poemas” de Atilio Milanta (en “El Norte” de San Nicolás, 25 julio 1989)	182
XXIII. “Dictamen de mí mismo” de 1989, Prólogo de García Saraví	187
XXIV. “Ismael”	191
1. De Raquel Sajón Cuello (marzo 1999)	191
2. De Luis Horacio Velásquez (diciembre 1998)	193
3. De Elsa Nicolino (en “El Popular” de Olavarría, 30 abril 1990)	194
XXV. De “La primera centuria del primer proyecto laboral (y Addenda sobre filosofía del trabajo a través de los tiempos)” (Dei Genitrix, La Plata, 2004)	197
XXVI. Microcosmos	199
De Nélide Salvador, en “La Prensa” de Buenos Aires, el 03 febrero 1991	199
De Julio Bepré, en “La Capital” de Mar del Plata, el 04 febrero 1990	200
XXVII. Y algo más de “De las almas que no mueren”, de Hemilce Cárrega, el 03 marzo 1996	203
XXVIII. “Lugones gremialista”, una faceta casi olvidada del mítico poeta, por Miguel Julio Perret, en “El Norte” de San Nicolás, el 02 abril 2005	205
XXIX. Fresa y Esmeril	209
1. Para la aproximación a Fresa y Esmeril de Atilio Milanta, por Ana María Rodríguez Francia, en “El Norte” de San Nicolás, el 02 marzo 1997	209
2. Decir algo sobre “Fresa y Esmeril” de Atilio Milanta, por Aurora Venturini, el 02 abril 1997	215
3. Desde Tandil, Hugo Nario, de fecha 11 marzo 1997	219

4. “Ante un texto inefablemente imprescindible” por Raquel Sajón de Cuello, en el otoño 1997	219
XXX. Sucubus... incubus	223
1. De Oscar O. Campeol, en “La Prensa” de Buenos Aires, el 24 febrero 1991	223
2. De Aurora Venturini, en la Sección Cultural del “Nuevo Siglo” de San Nicolás, el 11 junio 1997	225
XXXI. Entre Dios y el universo	229
1. “Atilio Milanta, en posesión de la palabra trascendente” de Miguel Julio Perret, en “El Norte” de San Nicolás, el 29 marzo 1999	229
2. “Entre Dios y el Universo” de Aurora Venturini, en “El Norte” de San Nicolás, el 16 mayo 1999	231
XXXII. Pedroni, Perón, el quincuagésimo aniversario y las nueve lunas del contador. Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas (UNLP), el 04 diciembre 2003	235
XXXIII. Remedando al genio – “Ein Literarischer SpaB”	249
“Atilio Milanta al encuentro de su identidad” por Miguel Julio Perret, en “El Norte” de San Nicolás, el 18 agosto 2002	249
XXXIV. La casa de Don Joaquín	255
“Una investigación reveladora” por Miguel Julio Perret, en “El Norte” de San Nicolás, el 02 junio 2005	255
XXXV. “Renovado logro biográfico” por Miguel Julio Perret, en “El Norte” de San Nicolás, el 23 mayo 2004	259
XXXVI. De los tres chiquillos (o “chicuelos”) que nacieron casi gemelos y del periodista fundacional	263
1. Una mujer ejemplar: Nelly Alonso	263
2. Panchito, el poeta, y el LXX aniversario de la fundación del Rotary Club de La Plata	264
3. Rivarola y el LXXV aniversario del Colegio de Abogados de La Plata	264
XXXVII. Dengremont en La Plata con Chervo y dos ausencias	273
1. Introito	273
2. De la inefable pericia y del ingenioso manejo del material histórico	274
XXXVIII. Pilía, Oteriño, Peltzer...	281
XXXIX. De la extraña casa del portón de Don Julian	283
XL. Dos más de Perret; y su despedida...	287

1. Sobre “¿Quién es Almafuerte?”	287
2. Tentativa para comprender la poesía de Milanta (comentario sobre el poemario “La mesa”)	289
3. Su despedida... ..	291
A. Su libro “Nuestro acervo rural en la poesía sannicoleña”	291
B. Su misiva del 18 de julio 2006	294
XXI. En Malta un tal Azzopardi	297
XXII. En el centenario del natalicio de Don Julio Alberto Gustavo	303
XXIII. Vere dignum et iustum est	305
A. Referencia del libro “Partivano i bastimenti – quante la- crime!” de Antonia Russo	305
B. La Oda al vigilante y el Pocho Langone	306
Primero. La despedida al Pocho	307
Segundo. La Oda al vigilante	309
XXIV. Rosita: y más (casi fuera del libro)	311
1. El soneto (regalo) de Rosita Castelli	311
2. Y cinco postreros testimonios	312
A. Atisbo de rendición de cuentas de ochenta años	312
B. Distinciones, honores y reconocimientos	312
C. Gratitudes a personas, instituciones y Centros Universitarios	314
D. El regalo del “Rey de Copas” (Boca) además de los otros en el cumpleaños 80	314
E. Agenda del 11 septiembre 2006: misa, retiro espiritual... ..	315
Utlólogo	317
Índice de nombres	319
Colofón (Virgen del Rosario y Angel Osés)	338



Virgen del Rosario de San Nicolás (Argentina), de 1,77 m., talla en madera efectuada por Angel Luis Osés del original nicoleño que se halla en el santuario erigido en su honor en dicha ciudad del Acuerdo. La réplica de la foto, fue donada por el jefe de policía Crio. Gral. Pedro Anastasio Klodczyk a la Iglesia Parroquial San José (6 N° 1562, La Plata) el 26/12/95, recibíéndola el Arzobispo + Carlos Galán.

Laus Deo Verginique Matri.



El logotipo del sello editor DEI GENITRIX sin fines de lucro del Instituto Literario Horacio Rega Molina de la República Argentina, fue diseñado por la Profesora y Licenciada en Artes Plásticas Patricia E. M. Milanta, representando en su forma triangular a la Santísima Trinidad (Patris, Filii et Spiritu Sancti); la expresión DEI GENITRIX se corresponde con el fragmento de la segunda parte del Ave María en el latín imperial de la Iglesia Católica (Sancta María, Dei Genitrix, ora pro nobis); luciendo en su interior sobre la mencionada leyenda la campana (voz del Señor) llevada por la paloma (que representa al mencionado Espíritu Santo), en el vértice superior los siete destellos anunciadores de los dones del Espíritu Santo (Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios).



Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Servicop
en el mes de noviembre de 2013.

Calle 50 N° 742, la Plata , Buenos Aires

www.imprentaservicop.com.ar